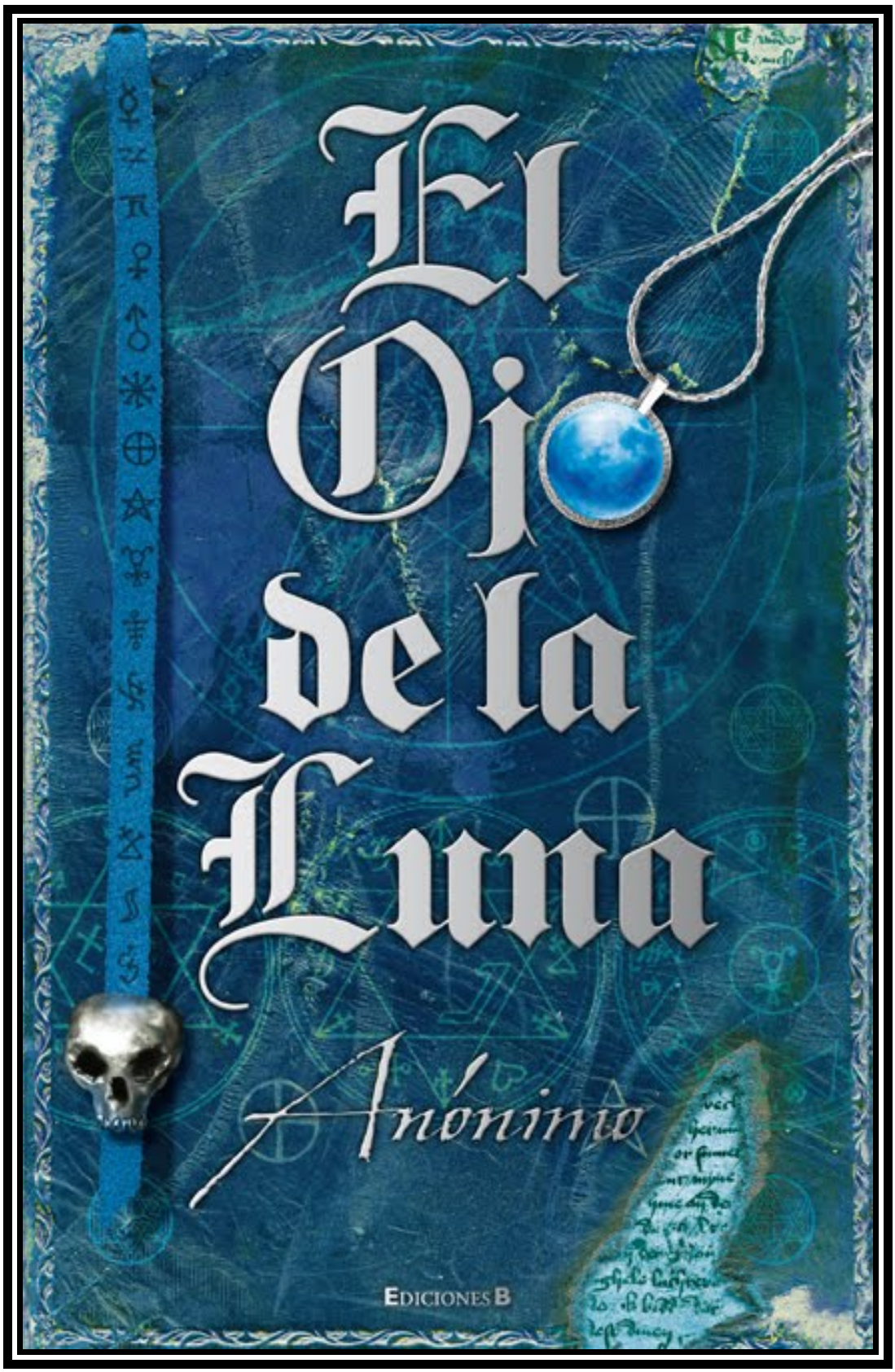

El Ojo de la Luna
Anónimo
EDICIONES B

EL OJO DE LA LUNA

ANÓNIMO

¡DISFRÚTALO MIENTRES DURE…!

Querido lector.

Tienes en tus manos *El Ojo de la Luna.* ¿Estás seguro de lo que haces? ¡Muchas almas han perecido en el camino!

Tras dieciocho años de asesinatos (y una exagerada cantidad de whisky), es hora de que Kid Bourbon deje de matar. Pero Peto, el monje de Hubal, ahora en posesión del Ojo de la Luna, regresa a Santa Mondega en busca del asesino encapuchado. .. y no está solo.

Se acerca la noche de Halloween. Héroes tan dispares como Dante y Kacy se ven una vez más envueltos en una violenta espiral de maldad… junto con pandillas de vampiros y algún hombre lobo. Los acompañarán Sánchez, el camarero entrometido, Jessica, el ángel de la muerte, un Lord Oscuro recién llegado… ¡Prepárate para un nuevo baño de sangre!

Tras el fracaso de un atentado a Kid Bourbon, aquellos que lo quieren muerto descubren que las cosas han cambiado: él tiene su propia lista de víctimas. Y esta vez, no dejará escapar a nadie…

Esta sangrienta pero estupenda secuela de *El libro sin nombre* continúa, con el mismo humor negro, la escalofriante historia de matanzas, caos y mentes desquiciadas.

EL OJO DE LA LUNA
NOVELA (PROBABLEMENTE)

Anónimo

Para el lector:

En la página 133 de *El libro sin nombre,* la Dama Mística hizo la siguiente advertencia sobre el Ojo de la Luna:

La piedra atrae el Mal hacia vosotros. Mientras esté en vuestras manos, no viviréis seguros. Muchas almas han buscado esa piedra y muchas han perecido por ella.

Querido lector:

En este momento tienes en tus manos *El Ojo de la Luna.*

Disfrútalo mientras dure…

anónimo

Uno

Joel Rockwell no se acordaba de cuándo había estado tan nervioso como ahora. Su trayectoria profesional de guardia de seguridad nocturno del Museo de Arte e Historia de Santa Mondega había transcurrido sin incidentes, por no decir otra cosa. Su deseo había sido imitar a su padre, Jessie, e ingresar en el cuerpo de policía, pero no alcanzó el nivel que exigía la academia. En algunos aspectos se sentía aliviado de haber suspendido: el trabajo de policía era mucho más peligroso, tal como quedó demostrado precisamente tres días antes, cuando su padre fue abatido de un disparo por Kid Bourbon tras el eclipse que tuvo lugar durante el Festival Lunar. De modo que un empleo tranquilo de guardia de seguridad se reveló como una opción más segura. O por lo menos eso había parecido hasta cinco minutos antes.

La parte más pesada de sus obligaciones nocturnas era la de tener que pasarse el tiempo sentado en la oficina de seguridad observando una fila de monitores, los cuales, por regla general, no mostraban que estuviera ocurriendo absolutamente nada dentro de las paredes del museo. Además, el uniforme de color gris que estaba obligado a llevar le provocaba unos picores tremendos; lo más seguro era que lo hubieran usado innumerables empleados mucho antes de que se lo hubieran entregado a él el primer día de trabajo, y desde luego no estaba pensado para que uno lo llevara puesto estando sentado. Normalmente, sentirse cómodo con él era la tarea más importante que tenía que *realizar* durante toda la noche, excepto que lo que acababa de ver en el monitor número tres lo había cambiado todo. Joel Rockwell no era un hombre imaginativo. Tampoco tenía una inteligencia especial, y la falta de estas dos cualidades fue lo que terminó por llevarlo al fracaso en la Academia de Policía. Tal como anotó en su informe confidencial uno de sus instructores —un teniente de treinta años y cabello entrecano—: «Este tipo es tan tonto que hasta sus compañeros cadetes se han dado cuenta de ello.» Así y todo, poseía cierto tesón y una sinceridad que lo convertían en un testigo certero y un guardia de fiar, aunque sólo fuera porque carecía de imaginación y de inteligencia para ser otra cosa.

Si la vista no le engañaba, acababa de presenciar un homicidio en la pantalla. Al parecer, su colega Garitón Buckley había sido agredido y asesinado mientras deambulaba por la planta situada por debajo del nivel de la calle. Hubiera llamado a la policía, pero cuando describiese lo que creía haber visto sólo conseguiría que se echaran a reír y acaso que lo arrestaran por hacerles perder el tiempo. Así que hizo lo segundo que le pareció mejor y llamó al profesor Bertram Cromwell, uno de los

directores del museo.

Tenía el número del profesor registrado en su teléfono móvil, y a pesar de que lo incomodaba un poco molestarlo a aquella hora tan intempestiva, siguió adelante con su plan y lo llamó de todas formas. Cromwell era uno de esos caballeros de modales exquisitos que de ningún modo le harían sentirse mal por llamarlo, por muy trivial que fuera el motivo.

Con el corazón retumbando en el pecho y el teléfono pegado a la oreja a la espera de que Cromwell atendiera la llamada, salió de la oficina de seguridad y bajó al nivel inferior para comprobar por sí mismo lo que acababa de ver en la sala egipcia.

Llegó al pie de un tramo de escalera, y justo acababa de doblar a la derecha para tomar un largo pasillo cuando Cromwell contestó por fin. Cosa nada sorprendente, la voz del profesor sonó como la de un hombre al que acaban de despertar de un sueño profundo.

—Diga. Al habla Bertram Cromwell. ¿Quién es, por favor?

—Hola, Bernard, soy Joel Rockwell, del museo.

—Hola, Joel. Por cierto, es Bertram, no Bernard.

—Como sea. Verá, me parece que tenemos un intruso en el museo, pero no estoy seguro del todo, así que se me ha ocurrido llamarlo a usted, ya sabe, antes de hacer venir a la policía y todo el tinglado.

Cromwell pareció despejarse un poco.

—¿De veras? ¿Qué es lo que pasa?

—Pues… le va a parecer una chorrada, pero creo que ha salido una persona de la sala de las momias egipcias.

—Repítelo.

—La sala de las momias. Creo que alguien acaba de salir de esa maldita tumba.

—¿Qué? ¡Eso es imposible! ¿De qué diablos estás hablando?

—Sí, ya sé que parece una chorrada. Por eso lo he llamado a usted primero. Verá, me parece que quienquiera que sea acaba de agredir al otro guardia de seguridad.

—¿Quién está contigo esta noche?

—Cárter Bradley.

—¿Te refieres a Garitón Buckley?

—Eso, como sea. No sé muy bien si no será él, que me está gastando una broma o algo así. Pero si no es una broma, la verdad es que tiene un problema grave. Lo que se dice muy grave.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —El profesor, ya despierto del todo, calló unos segundos para ordenar sus ideas y después dijo en voz baja—: ¿Qué es lo que has

visto en realidad, Joel? Hechos, muchacho, necesito hechos. Perdona que te lo diga, pero lo que dices no tiene mucha lógica que digamos, y yo tengo bastante sueño.

Durante la conversación con Cromwell, Joel había seguido avanzando por el pasillo, ancho y tenuemente iluminado, hasta que, antes de lo que hubiera querido, llegó al final del mismo. Respiró hondo y a continuación giró a mano derecha en dirección a la amplia galería abierta conocida como Salón Lincoln. Entonces fue cuando oyó la música. Alguien estaba tocando una leve melodía al piano, una melodía suave y triste, no muy distinta del tema «El solitario» que sonaba al final de la serie de televisión *El increíble Hulk* que tanto le gustaba de pequeño, a finales de los años setenta. Sabía que por allí abajo había un piano, ¿pero quién coño lo estaba tocando? Y además tan jodidamente mal…

—Aguarde un minuto, profesor Crumpler. No se lo va a creer, pero estoy oyendo un piano. Voy a guardarme el teléfono en el bolsillo un segundo. Si espera un poco, le cuento lo que vea. Rockwell deslizó el pequeño aparato en el interior del bolsillo frontal de su camisa gris y se sacó la porra del cinto. Seguidamente, entró en el enorme salón para investigar un poco más. El piano se encontraba escondido detrás de una pared de color arena situada a su izquierda y que llegaba hasta la mitad de la estancia. Todo a lo largo de la misma se veían varios retratos de músicos famosos. Durante unos instantes hizo caso omiso de la música y centró la atención en la sala egipcia que tenía a su derecha, una impresionante exposición permanente denominada «La tumba de la momia». Estaba patas arriba. El suelo estaba cubierto de cristales allí donde habían destrozado la vitrina que protegía los objetos exhibidos. Y, mezclada con los cristales, había sangre. Un montón de sangre.

Lo más curioso era que el sarcófago de oro que se hallaba colocado en posición vertical en el centro de la sala estaba abierto. La tapa yacía en el suelo, y los restos momificados de su ocupante habían desaparecido. Rockwell sabía que el profesor Cromwell adoraba aquel tesoro en particular, y que se alteraría muchísimo si su preciada posesión hubiera sido robada o siquiera manipulada. Constituía la pieza central del museo, el objeto más raro y más valioso de toda aquella vasta colección. Y ahora había desaparecido la mejor parte de la misma.

Rockwell volvió a pensar en lo que estaba convencido de haber visto en el monitor de la oficina de seguridad, y sacudió la cabeza en un gesto de confusión. Desde entonces sólo habían transcurrido unos minutos, pero ya estaba empezando a pensar que la agresión sufrida por Buckley había sido producto de su imaginación. Aquello tenía que ser una broma pesada, sin duda. No una bien programada, teniendo en cuenta los homicidios cometidos recientemente en Santa Mondega y sus alrededores —más bien carentes de gusto, en su opinión—, pero una broma de todos modos. ¿Y de qué iba lo del puñetero piano? «¡Aprende a llevar una melodía, quienquiera que seas!», pensó con lo que, incluso para él, era una sobrecogedora falta de seriedad.

Para llegar hasta el piano —el cual, si lo que se rumoreaba era verdad, en cierta

época había sido propiedad de un compositor famoso— iba a tener que maniobrar rodeando el estropicio de cristales y sangre y pasar por delante de una estatua gigantesca de Aquiles, el héroe de la Grecia clásica, para alcanzar un nicho pequeño que había al otro lado de la larga pared de color arena. Si la memoria no le fallaba, sentado al piano había un maniquí de madera de tamaño natural, vestido y caracterizado de modo que se pareciera al afamado compositor que había sido el propietario de dicho instrumento. «¿Quién era? —reflexionó—. ¿Beethoven? ¿Mozart? ¿Manilow?» El dato no era lo bastante importante para darle demasiadas vueltas, y en cualquier caso no tardó en encontrar la respuesta. Tras dejar atrás la estatua del magnífico, aunque hosco, guerrero griego y doblar el extremo de la pared color arena, vio al maniquí tendido de espaldas en el suelo, un poco alejado del piano, como si lo hubieran arrojado con una fuerza considerable. Llevaba puesta una chaqueta morada y una camisa blanca, y como remate un pantalón bombacho oscuro y unos zapatos negros de charol. En la solapa izquierda de la chaqueta lucía una placa con un nombre. «Beethoven», decía, pero Rockwell no se fijó en ella al pasar por encima de la figura de madera, así que se quedó sin saber de qué compositor se trataba.

Quedó claro que el que tocaba el piano no era el maniquí.

Era otra cosa. Dio unos cuantos pasos hacia el instrumento, ubicado en el rincón del nicho, para echar un vistazo al músico responsable de tan mala interpretación. Cuando por fin estuvo lo bastante cerca, vio una figura sentada frente al piano de cola, en la pequeña banqueta de delante, que toqueteaba las teclas con más entusiasmo que habilidad. Aquella visión le provocó un escalofrío que le bajó por la columna vertebral.

La figura vestía un manto largo y con capucha, de intenso color escarlata. Con la capucha echada sobre la cabeza, dicha prenda se parecía al albornoz que usan los boxeadores cuando se dirigen al cuadrilátero. El individuo, cubierto por el manto y con el rostro oculto por la capucha, se movía apasionadamente de un lado a otro, agitando la cabeza igual que Stevie Wonder y tocando su melodía tremendamente desafinada. No había rastro del colega de Rockwell, Buckley, aunque, cosa más bien preocupante, había una hilera de salpicaduras de sangre que atravesaba el suelo en dirección a la figura encapuchada que estaba sentada al piano.

Manteniendo cierta distancia, Rockwell decidió interpelar al misterioso pianista con la esperanza de alcanzar a verle la cara. Si no le gustara lo que viera, por lo menos contaba con una ventaja de veinte metros para salir corriendo en el caso de que tuviera que echar mano de la opción de «huir como alma que lleva el diablo».

—¡Eh, usted! —exclamó—. ¿No sabe que está cerrado? ¡No debería estar aquí! Tiene que irse, amigo.

La figura dejó de tocar y sus huesudos dedos temblaron casi de forma imperceptible, suspendidos por encima de las relucientes teclas blancas y negras.

Entonces habló:

—¡Si tú la acallas, yo la reanudaré! —graznó una voz herrumbrosa bajo la capucha escarlata. A continuación se oyó una fuerte carcajada, y después las manos volvieron a posarse en las teclas y la melodía volvió a sonar.

—¿Qué? Oiga, ¿dónde está Carterton? —voceó Rockwell dando otro paso adelante, al tiempo que asía fuertemente la porra con una mano sudorosa.

Una vez más la figura dejó de tocar, y volvió la cabeza para mirarlo directamente. Rockwell, como no se dirigía hacia ella precisamente deprisa, no tuvo dificultad alguna para frenar en seco. Siguió un instante de desconcierto durante el cual Rockwell estudió seriamente la posibilidad de mearse en los pantalones.

En el interior de la capucha, la figura tenía sólo media cara. En la sombra que formaba la tela, el aterrorizado guardia de seguridad tan sólo logró distinguir algo que parecía en su mayor parte un cráneo amarillo. Todavía llevaba algunos horribles colgajos de carne adheridos a las mejillas, la mandíbula y la frente. También había un ojo verde de lo más extraño, pero la cuenca del otro se hallaba vacía, y por lo que parecía, aquel rostro no tenía ni labios ni nariz. Rockwell, asqueado, apartó la vista, y entonces se dio cuenta de que los huesudos dedos que antes aporreaban el piano eran exactamente eso: huesos. Dedos sin nada de piel encima. Ay, Dios…

Antes de que tuviera tiempo para dar media vuelta y echar a correr, la figura encapuchada se levantó de la banqueta y se irguió en su más de metro ochenta de estatura. Daba la impresión de dominar aquella amplia galería, con sus dedos de hueso apuntados en dirección a Rockwell. Entonces hizo una cosa extraña: agitó una mano en el aire como si estuviera manipulando los hilos de una marioneta invisible. En todo momento, su rostro inexpresivo se las arregló para dar la impresión de mostrar una sonrisa satisfecha.

Para Rockwell, a pesar de que se encontraba a unos veinte metros de distancia, aquellas manos huesudas estaban a punto de lanzarse hacia él de un momento a otro. Al girar sobre sus talones con la intención de salir corriendo de la sala a toda pastilla —joder, no podía ser que aquel muerto fuera capaz de esprintar tanto— recibió la segunda conmoción de aquel breve ratito.

El maniquí de Eudwig van Beethoven se había incorporado, animado de algún modo por las manos que agitaba *la cosa, y* ahora estaba justo delante de él, mirándolo fijamente con la expresión vacía de aquellos ojos de vidrio enmarcados por una tupida melena, y con las manos de madera extendidas para aferrarlo por el cuello. El guardia de seguridad, estupefacto, intentó golpearlo con su porra, pero el efecto que consiguió fue únicamente un sonoro impacto producido por la cabeza de madera al absorber el golpe, aunque logró astillar parte de una oreja. Con un hormigueo en los dedos, Joel tiró la inútil arma, se sacó el móvil del bolsillo de la camisa y se lo acercó al oído, a pesar de que el maniquí cerró las manos en torno a su garganta. Cuando cayó al suelo con el asesino de madera encima, estrujándole el cuello y vaciándole el

aire de los pulmones, consiguió emitir un breve grito de socorro por el teléfono, esperando contra toda esperanza que Cromwell lo oyera y de algún modo acudiera a rescatarlo, o por lo menos enviase alguien en su ayuda.

—¡Bernard, por el amor de Dios! ¡Tiene que ayudarme! —dijo con voz ahogada—. ¡Me está atacando el jodido Barry Manilow!

Rockwell no llegó a saber si el profesor le respondió o lo oyó siquiera. Dejó caer el teléfono y peleó hasta con el último gramo de energía que le quedaba para zafarse de su agresor, pero no sirvió de nada. El maniquí era demasiado fuerte, y también impasible a los débiles intentos que hacía él por liberarse. Simplemente lo mantuvo aprisionado contra el suelo, con las manos cerradas en torno a su cuello.

Rockwell continuó debatiéndose con desesperación hasta que por fin vio una figura que se erguía sobre él, y entonces se encontró mirando de frente la horrible cara de la momia. Aquel egipcio no muerto necesitaba engullir más carne humana para rellenar su cuerpo putrefacto, y la de Rockwell le iba a ir muy bien para dicho fin.

Durante los diez minutos siguientes, el aterrado guardia de seguridad fue despedazado y devorado por la salvaje criatura. Tardó varios minutos en morir en medio de un sufrimiento insoportable. Sólo había tardado tres días en seguir a su padre a la otra vida.

Después de darse un festín con la carne de los dos guardias de seguridad muertos, la momia —los restos inmortales y embalsamados del faraón que en otra época fue conocido como Ramsés Gaius— se sintió casi preparada para entrar de nuevo en el mundo de los vivos. Pensaba buscar —en realidad, exigir— dos cosas: venganza contra los descendientes de aquellos que la habían tenido tanto tiempo confinada y la recuperación de lo que había sido su posesión más preciada mientras gobernó Egipto: el Ojo de la Luna.

Dos

31 De octubre. Dieciocho años antes

El baile anual de disfraces del instituto Santa Mondega con ocasión de Halloween era, para sus alumnos, el momento culminante del calendario social de todo el año. Beth Lansbury, que tenía quince años, había esperado pacientemente desde el comienzo del trimestre a que llegara esta noche. Era su gran oportunidad —probablemente la única, pensaba— de llamar la atención de determinado chico del curso superior al suyo. No sabía cómo se llamaba, y le habría resultado demasiado violento preguntar a alguien, no fuera a ser que se dieran cuenta de que estaba loca por sus huesos y se burlaran de ella. Lo cual habrían hecho sin duda alguna.

Beth no tenía amigos en el instituto. Todavía era bastante nueva, y el hecho de ser guapísima no contribuía precisamente a mejorar la situación. Esta era una de las principales razones por las que todas las otras chicas parecían estar resentidas con ella. Es más: Ulrika Price le tenía manía y había dejado claro a todas las demás chicas que no había que dirigirle la palabra, a no ser que fuera para decirle algo despectivo.

Tal como era la moda en lugares así, el emplazamiento escogido para el baile era el gimnasio del instituto. Aquel mismo día Beth había ayudado a la señorita Hinds, su profesora de Lengua, a decorarlo. Al terminar no pareció quedar tan espectacular, pero ahora, por la noche, con las luces destellantes y la música, adquirió un ambiente totalmente nuevo. Beth advirtió encantada que, a pesar del parpadeo espasmódico de los focos de discoteca, en su mayor parte el recinto quedaba muy a oscuras, o sea, un refugio perfecto para forasteros y solitarios como ella.

Además, había otro motivo para la angustia que sentía Beth. Su madrastra, excesivamente controladora, había insistido en escogerle el disfraz y, como siempre, había elegido uno que no resultaba en absoluto apropiado. Mientras que todo el mundo iba convenientemente disfrazado para Halloween (de fantasma, zombi, bruja, vampiro, esqueleto, e incluso había un murciélago poco convincente y por lo menos cuatro Freddy Krueger), ella iba vestida de la Dorothy de *El mago de* Oz, hasta llevaba los mismísimos zapatos rojos. Se había convencido de que se lo pasaría bien a pesar de todo, pero seguía estando bastante enfadada por el hecho de que su madrastra le hubiera escogido un atuendo tan ridículo y tan inadecuado.

Decir que Olivia Jane Lansbury era sumamente dominante era como decir que Hitler a veces podía ser un poco revoltoso. Peor, parecía estar totalmente empeñada en impedir que su hijastra conociera jamás a un chico. Era posible que la causa de dicho empeño fuera el cierto grado de rencor que sentía por haber enviudado poco después de haberse casado con el padre de Beth. La verdadera madre de Beth había fallecido cuando ella nació, de modo que ésta, durante la mayor parte de su vida, había tenido como única progenitora a Olivia Jane. Hasta el momento, a Beth le había resultado bastante difícil el proceso de convertirse en adulta. «Y esta noche tampoco va a ser un lecho de rosas», reflexionó.

De modo que allí estaba, en la noche de Halloween, vestida como la Mema que el Tiempo Olvidó y sin un solo amigo en el mundo, una candidata perfecta para un torrente de comentarios malévolos por parte de Ulrika Price y de su círculo de brujas. Ulrika y sus tres seguidoras más fieles habían llegado al baile disfrazadas de felinos. Las tres seguidoras iban vestidas de panteras negras, mientras que Ulrika lucía un disfraz de tigre de Bengala, rematado por unas afiladas garras en las puntas de los dedos.

Los cuatro felinos habían localizado a Beth sentada en una silla de plástico al borde de la pista de baile, junto a otras cuantas marginadas, todas ansiando con desesperación que algún chico les pidiera que lo acompañasen a bailar. Que la persona objeto de su desprecio fuera vestida de Dorothy indicaba que una situación como aquélla no requería ningún comentario malévolo; Ulrika y sus amigas se limitaron a señalar a Beth y a reírse de forma escandalosa y ostentosa. Esto atrajo la suficiente atención hacia la pobre chica para que todos los que hasta aquel momento no se habían fijado en ella se sumaran a las risotadas y las pullas. Si Ulrika y sus amigas estaban riéndose de algo, todo el mundo quería ser visto haciendo honor a dicha broma. En el instituto de Santa Mondega la aceptación social era muy importante, y si Ulrika Price, la animadora rubia de bote, creía que alguien no reía con ella, a ese alguien más le valía hacer las maletas y volverse a su casa. La única migaja de consuelo que le quedaba a Beth era que su madrastra no la había obligado a teñirse el pelo de rojo para añadir más autenticidad al atuendo. Por lo menos había tenido la suerte de conservar su preciosa melena castaña.

Pero resultó ser un pobre consuelo, porque su humillación fue casi completa poco después de las once, cuando una de las panteras negras convenció al encargado de las luces de que enfocara a Beth con una de ellas. Cuando el fuerte brillo del foco iluminó su triste figura, el pinchadiscos (otro de los amigos de Ulrika) anunció que sí, que aquella Dorothy de allí, la iluminada por el foco, era la ganadora por unanimidad del premio al disfraz más patético. Dicho anuncio, horriblemente amplificado, provocó aún más risotadas entre un público que rápidamente iba transformándose en una turba de adolescentes que aullaban excitados por el alcohol y por las drogas.

Beth permaneció sentada, guardando un digno silencio, esperando con

desesperación a que el foco se apartara de ella, luchando por contener el mar de lágrimas que notaba cómo crecía poco a poco. Pero el foco no se movió. Ulrika, no queriendo perderse la oportunidad de una foto, se acercó a ella con parsimonia y le acarició la cabeza.

—¿Sabes una cosa, cielo? —sonrió satisfecha—. Si hubiera un concurso para encontrar al mayor perdedor del mundo entero, tú serías la segunda.

Para Beth, aquello fue el final. Comenzaron a rodarle las lágrimas por la cara y le subió a la garganta un enorme sollozo reprimido. Lo único que le quedaba por hacer era levantarse y salir corriendo de la sala. Mientras huía, oyó a su espalda las risas de todos los presentes. Hasta los otros forasteros quisieron sumarse también, pues si los vieran serios cualquiera de ellos podría ser la siguiente víctima. Y nadie deseaba verse clasificado en la misma categoría de perdedor que la chica que había venido disfrazada de la Dorothy de *El mago de Oz.*

Cuando franqueó a la carrera las puertas dobles que había al fondo de la sala y salió al pasillo, Beth tuvo la sensación de haber tocado fondo verdaderamente. Había suplicado a su madrastra que no le escogiera una birria de disfraz, pero sus súplicas habían hallado oídos sordos, tal como esperaba. Aun así, la muy estúpida se carcajeó de gusto cuando ella le rogó que le permitiera cambiar el disfraz por otro. Todo, su humillación en público, su huida del salón hecha un mar de lágrimas, era culpa de su madrastra. En cambio, sabía que cuando llegara a casa y le contara la humillación sufrida, la muy malvada sonreiría con satisfacción y se regodearía diciendo que ya le había advertido ella que era un error esperar obtener la aceptación de los demás. Desde que falleció su padre, su madrastra se recreaba en decirle que no valía para nada. Y ahora ella misma lo sentía así. De hecho, estaba empezando a entender por qué la gente se quitaba la vida. En ocasiones, vivir se hacía demasiado difícil.

Mientras recorría con paso inseguro el pasillo que llevaba a la entrada principal del gimnasio, desesperada por verse libre de aquel sitio y lo bastante lejos para dejar de oír las risas procedentes del salón, oyó que alguien la llamaba a su espalda. Era la voz que llevaba toda la noche anhelando oír. La del chico del curso superior. Sólo le había oído hablar en una ocasión, cuando él le preguntó si se encontraba bien después de haber tropezado en el patio del instituto a causa de la zancadilla que le puso una de las compinches de Ulrika. La ayudó a levantarse, le preguntó si estaba bien, y al ver que ella no reaccionaba —porque estaba demasiado aturdida— simplemente sonrió y se marchó. Desde entonces, Beth lamentaba no haberle dado las gracias en aquel momento y se prometió buscar la manera de hablar con él y mostrarle lo agradecida que estaba por su ayuda. Y ahora era su voz la que había preguntado:

—Así que tu madre también, ¿eh?

Beth se volvió. Allí estaba, detrás de ella, a medio camino del pasillo. Curiosamente, iba disfrazado de espantapájaros, con un sombrero puntiagudo de

color marrón en la cabeza, la cara pintada con maquillaje marrón para que pareciera barro y una zanahoria de cartulina de color anaranjado sujeta a la nariz con un cordel que llevaba atado en la nuca. La ropa consistía fundamentalmente en harapos marrones, aunque calzaba unas botas de lo más guay que le llegaban al tobillo.

—¿Qué…? —fue la mejor respuesta que logró musitar Beth al tiempo que procuraba limpiarse un poco las lágrimas para no dar tanto el espectáculo.

—Mi madre también es una obsesa de *El mago de Oz* —dijo él señalando su propio disfraz con la mano. Por fin Beth consiguió esbozar una sonrisa, algo que tan sólo un minuto antes parecía imposible. Se miró con gesto triste su pichi con delantal y su blusa blanca de manga corta—. Seguro que no has elegido tú el disfraz…

De repente, Beth volvió a quedarse petrificada. Aquél era el momento que había planeado. Llevaba toda la noche esperando que llegase, y entretanto se había visto dolorosamente humillada. Pero ahora la situación era diferente, no concordaba con el plan. No tenía previsto llorar y estar hecha un desastre en general, aunque en aquel momento no había gran cosa que ella pudiera hacer. «Ay, Dios —se dijo—. Va a pensar que soy una perdedora total.»

—¿Fumas? —le preguntó el chico acercándose y tendiéndole un paquete de tabaco. Beth negó con la cabeza.

—No me dejan.

El chico sacudió el paquete, se lo acercó a la boca, extrajo un cigarrillo con los dientes y lo dejó colgando a un lado de los labios. Acto seguido, sin dejar de aproximarse a Beth, se apartó la nariz de zanahoria de la cara, la pasó por delante del cigarrillo y la dejó colgando del cuello por el cordel.

—Oh, venga —le dijo sonriente—. Vive un poco, ¿no?

Beth deseaba profundamente que él no pensara que era una estrecha total, y para ser sinceros, la única razón por la que no fumaba era que su madrastra no se lo permitía. Bueno, pues en aquel momento su madrastra podía irse a tomar por saco.

—Vale —dijo, sacando un cigarrillo del paquete—. ¿Tienes fuego?

—No —contestó el chico con cara seria—. No puedo acercarme lo más mínimo a una llama, al menor soplo de aire desaparecería.

—¿Cómo?

—Por la paja, ¿entiendes? —El chico sonrió al ver su gesto de confusión—. Por el disfraz de espantapájaros.

Beth abrió la boca y después procuró recuperar la compostura.

—Ah, sí… sí, claro. —Río con nerviosismo. «¡Serás idiota!», pensó para sus adentros. «Hace un chiste y tú no lo pillas. Concéntrate, por Dios, no permitas que piense que eres tonta.»

Hubo una pausa incómoda mientras Beth se colocaba el cigarrillo en los labios sin saber qué se suponía que debía hacer sin tener un encendedor.

—Entonces, ¿cómo lo prendo? —inquirió.

El chico sonrió otra vez y a continuación sorbió profundamente del cigarrillo sin encender que le colgaba de la comisura de la boca. Este se prendió igual que un petardo, y el chico le dio una calada.

—¡Hala, eso sí que mola! —exclamó Beth, que por fin había recuperado la voz para hablar sin tener que pensar demasiado—. ¿Cómo lo has hecho?

—Es un secreto. Se lo enseño sólo a mis amigos.

—Ah.

Hubo otra pausa embarazosa mientras Beth sopesaba si debía pedirle que se lo enseñara a ella. La cosa era que si el chico le contestaba que no, querría decir que no eran amigos.

Pero *al* final, después de lo que se antojó una pausa larguísima e incomodísima, el chico dio otra calada al cigarrillo y se lo quitó de la boca con la mano izquierda.

—Esa Ulrika Price es una auténtica idiota, ¿eh? —dijo expulsando un poco de humo por las fosas nasales. Beth no pudo evitar asentir frenéticamente.

—La odio —respondió sacándose el cigarrillo de la boca. Los dos se sonrieron durante unos instantes, y después el chico volvió a hablar:

—Bueno, ¿quieres que te enseñe cómo se enciende ese cigarrillo o qué?

Todavía agitando la cabeza como una lunática, Beth dejó que se extendiera una sonrisa radiante por todo su rostro. Así logró camuflar las lágrimas que le habían rodado por las mejillas tan sólo un minuto antes; fue lo que tuvo de bueno.

—Sí, por favor —ronroneó.

—Pues entonces ven, vamos a largarnos de aquí antes de que hagamos saltar la alarma contra incendios.

Al momento siguiente Beth experimentó la sensación más importante de toda su vida. Aquel chico, aquella persona cuya atención había buscado tan desesperadamente, alargó una mano y le rodeó los hombros con el brazo. Ella, nerviosa, le deslizó un brazo por la cintura y le dio un ligerísimo apretón. Se hizo obvio que él recibió bien dicho gesto, porque la estrechó un poco más contra sí. Acto seguido echó a andar pasillo adelante en dirección a la entrada del instituto, tirando de Beth. Dorothy y el espantapájaros caminando juntos, aquello bien podía dar pie a una canción, se dijo Beth.

—Vamos a ver al mago… —empezó a cantar.

—No cantes —replicó su nuevo novio con un gesto negativo de cabeza.

—¿De verdad? —preguntó Beth sonrojándose. Temió haber metido totalmente la

pata al interpretar la situación.

—¡No me extraña que no tengas amigos! —bromeó el chico.

Beth lo miró, y se sintió aliviada al ver su amplia sonrisa. Luego la apretó un poco más contra él. «Uf, menos mal que lo ha dicho en broma.»

Cuando salían por la entrada principal del instituto, se cruzaron con un joven disfrazado de roedor gigante que entraba en aquel momento. Su disfraz consistía en un mono de color castaño rojizo confeccionado con pelaje sintético y provisto de una larga cola en la parte de atrás. Una parte de la cara resultaba visible por debajo de la pieza que cubría la cabeza, pero estaba pintada de un color similar al del mono y tenía unos bigotes dibujados en las mejillas. Beth no lo conocía de nada, en cambio su reciente amigo descubrió un rostro conocido bajo aquel maquillaje.

—Llegas un poco tarde —comentó el espantapájaros cuando pasó por su lado aquella bola de pelo.

—Ya, es que me dejé las pastillas en casa y he tenido que volver a por ellas —murmuró el roedor—. A propósito, ¿alguno de los dos ha visto por alguna parte a una tía, Ulrika Price?

—Está en el salón principal —contestó Beth indicando el pasillo con la cabeza.

—Genial, gracias —dijo el roedor—. Voy a invitarla a una copa. —Y seguidamente, rascándose en una zona del disfraz que implicaba que se estaba dando placer a sí mismo, echó a andar en dirección al salón.

—¿Quién era ese tipo tan raro? —preguntó Beth. Su atractivo amigo el espantapájaros conocía bien al otro chico.

—Ése es Marcus *la Comadreja* —respondió—. Un pervertido total. A saber qué tiene planeado para tu amiga Ulrika.

Sin saberlo los dos adolescentes, el desagradable momento que Marcus *la Comadreja* estaba a punto de hacer pasar a Ulrika Price no era nada comparado con el horror y el sufrimiento que ellos estaban a punto de experimentar en aquella fatídica noche.

Tres

Beth y el espantapájaros caminaban por el paseo mientras las olas acariciaban el muro del puerto que tenían a su izquierda. En lo alto del cielo de la noche brillaba una luna de color azul, rodeada por unos oscuros nubarrones de lluvia que daban la impresión de estar deseosos de reventar, pero que, respetuosos, se mantenían alejados de la luna, como si no quisieran ocultarla a la vista de los paseantes.

En toda su vida, Beth no se había sentido nunca tan viva, tan emocionada. Su madrastra había conseguido ahuyentar a todos los chicos que alguna vez se le habían acercado, de modo que jamás había podido tener siquiera una conversación como es debido con un joven. Después de haber recibido las clases a domicilio desde su temprana infancia, había adquirido una educación decente, pero prácticamente no había tenido ninguna experiencia de la vida hasta hacía poco, cuando comenzó a acudir al instituto. Y ahora, por primera vez en su vida, tenía un chico que le rodeaba los hombros con el brazo y que paseaba con ella junto al mar. Si los cielos tuvieran números escritos, se puede decir que ella se dirigía hacia el séptimo. Charlar con el espantapájaros no había resultado, ni con mucho, tan difícil ni tan estresante como ella había temido. Todavía le retumbaba el corazón en el pecho, a duras penas capaz de controlarse a sí mismo por culpa del poderoso torrente de adrenalina que lo inundaba. Era una sensación cálida y confusa que parecía que no iba a disiparse nunca, y desde luego ella esperaba que así fuera.

—Entonces, a ver, señor Espantapájaros, ¿vas a decirme cómo te llamas o qué? —preguntó al tiempo que le apretaba la cintura con gesto juguetón.

—¿Pero es que no sabes cómo me llamo? —respondió él, sorprendido.

—No. Lo único que sé es que eres el que me ayudó a levantarme del suelo una vez que me pusieron la zancadilla.

—Vaya. ¿Sabes?, desde el mismo día en que llegaste al instituto me propuse averiguar cómo te llamabas tú. Y resulta que llevas aquí… ¿cuánto? ¿Dos meses? ¿Y sigues sin saber cómo me llamo?

—Sí. Pero no te lo tomes a mal. No sé cómo se llama casi nadie. Nadie habla conmigo.

—¿Nadie? —volvió a decir en tono de sorpresa.

—Sí. Todas las otras chicas me ignoran, por culpa de esa Ulrika Price. Me tiene

manía desde el primer día, así que nadie más me dirige la palabra.

El espantapájaros dejó de andar y retiró el brazo de los hombros de Beth. A continuación se plantó delante de ella para impedirle que siguiera avanzando y entonces, cuando los dos estuvieron tan cerca el uno del otro que casi se tocaban y Beth notaba el aliento de él en la cara, le pasó la mano izquierda por la larga melena castaña.

—JD—dijo. Beth alzó una ceja.

—¿Perdona?

—JD. Así es como me llaman mis amigos.

—Ah, vale. ¿Y qué significa?

—Eso tendrás que adivinarlo.

—De acuerdo —contestó Beth sonriendo. Levantó la vista hacia la luna y procuró pensar en un nombre interesante que correspondiera a las iniciales J y D.

—¿Ya lo tienes? —le preguntó él.

—¿Jack *el Destripador?*

JD dejó de acariciarle el pelo y le dio un empujón de broma.

—¡Por eso nadie quiere hablar contigo!

Beth le sonrió a su vez. La verdad era que charlar con JD resultaba divertido y sorprendentemente fácil. Por lo visto, dijera ella lo que dijese, sabía que él lo iba a pillar. A lo mejor los chicos no eran tan complicados, después de todo. Por lo menos, éste parecía encontrarse exactamente en la misma onda que ella. Jamás había conectado así con nadie, y mucho menos con un chico. JD daba la impresión de que la entendía, y por primera vez en su vida no tenía ningún miedo de decir alguna idiotez. De hecho, estaba empezando a experimentar una sensación de seguridad en sí misma. Aquello era nuevo.

—Voy a decirte una cosa, Beth —dijo JD retrocediendo unos cuantos pasos—. Si descubres qué significa JD, te llevo a salir por ahí.

Beth ladeó la cabeza.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero salir contigo? —replicó encogiéndose de hombros.

JD movió la lengua por el interior de la boca durante unos momentos, pensando cómo contestar. No tardó mucho en decidirlo.

—Que tú quieres salir conmigo —dijo guiñando un ojo. Beth echó a andar de nuevo y le rozó con el hombro al pasar por su lado.

—Puede —respondió.

JD contempló cómo se alejaba por el paseo en dirección al embarcadero

abandonado que había un centenar de metros más adelante. Cuando la tuvo a unos diez metros empezó a andar tras ella, muy despacio, admirando el suave contoneo de sus caderas. Beth, por su parte, sabía que JD la estaba mirando fijamente y exageró el movimiento de caderas un poquito más para cerciorarse de que él no apartara la vista de su trasero.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —dijo al final.

—¡Mierda! —oyó exclamar a JD. Dejó de andar y se volvió. El tono de voz del otro denotaba auténtico fastidio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Son casi las doce! —JD parecía presa del pánico y miraba alrededor.

—¿Y por qué es tan grave? ¿Tienes que irte a casa?

—No, no, no es nada de eso. Oye, tengo que irme pitando. Tengo que recoger a mi hermano pequeño en la iglesia. Si me retraso se asustará y se pondrá hecho una furia.

Beth dio un paso hacia él.

—Si quieres te acompaño.

—No. Gracias por ofrecerte, pero como te vea mi hermano se pondrá como loco y no habrá manera de llevarlo a casa. Y si llega tarde, mi madre se cabrea que no veas.

—Bueno, puedo esperarte aquí, si es que puedes volver. —Beth no pudo disimular que no deseaba que terminara la noche, y desde luego en aquel momento no le apetecía nada volver a casa con su madrastra.

—¿Estás segura? —le preguntó JD.

—Segura del todo. Y voy a decirte una cosa. Si consigues volver aquí antes de la una, cuando acaba la hora de las brujas, aceptaré salir contigo.

JD le sonrió de oreja a oreja.

—Pues hasta la una. Espérame en el embarcadero. Pero ten cuidado, esta noche hay mucho loco suelto por ahí. —Y con esta observación todavía flotando en el aire, JD dio media vuelta y echó a correr en dirección al pueblo.

El paseo continuaba desierto y las olas rompían suavemente contra el muro del puerto, situado a escasos metros de donde se encontraba Beth. El aire del mar le llenaba de frescor los pulmones y aprovechó para aspirar varias bocanadas. Por fin estaba descubriendo lo que era ser verdaderamente feliz.

Al cabo de menos de un minuto llegó al embarcadero y subió a los poco sólidos tablones de madera que se extendían por encima del agua. El embarcadero no tenía más de cincuenta metros de largo y estaba un tanto destartalado, pero el alcalde aún no lo había declarado inseguro. Beth paseó por él hasta llegar al final, donde permaneció unos momentos apoyada en la barandilla y contemplando el océano.

La luna seguía brillando con intensidad, y Beth se dejó embriagar por ella,

observando cómo se reflejaba en las olas, sonriendo tanto por dentro como por fuera. Las suaves gotas de lluvia que le habían salpicado en la cara de forma intermitente en los últimos minutos comenzaron a caer con más intensidad. Pero no le importó. Y tampoco le importó que hubiera prometido a su madrastra que estaría en casa antes de las doce de la noche.

Por desgracia, en Santa Mondega hay numerosas reglas no escritas, y una de ellas estipula con claridad que nadie tiene permiso para ser feliz durante mucho tiempo. Siempre hay algo malo en el horizonte. Y en el caso de Beth, lo malo estaba mucho más cerca que el horizonte que ahora contemplaba.

A pocos metros de ella se encontraba uno de los habitantes más desagradables del mundo de los no muertos. Si hubiera mirado hacia abajo, habría visto las puntas de los dedos de dos manos huesudas aferradas al final de la pasarela. Aquellas manos pertenecían a un vampiro. Las garras de sus pies colgaban en el agua. Las olas le acariciaban los tobillos porque la marea había subido de forma significativa mientras aguardaba pacientemente a que llegara alguien crédulo e inocente y se pusiera a contemplar el mar. Beth era ese alguien crédulo e inocente.

Hora de comer.



Cuatro

Sánchez odiaba ir a la iglesia, así que se hizo el propósito de no acudir con tanta frecuencia. Sin embargo, ésta era una ocasión especial, en todos los sentidos. Con esa idea en mente, había cogido la mejor ropa que tenía: unos vaqueros azules sin cortes y una sudadera blanca con cuello de polo que no tenía manchas visibles. Incluso se había puesto un poco de espuma en el pelo, negro y tupido, para darse a sí mismo esa imagen de tío peinado hacia atrás que va por ahí como dominando el cotarro.

El evento especial de esta noche se lo debían al nuevo predicador que acababa de hacerse cargo de la iglesia local, el cual era un apasionado de probar cosas nuevas. El último capricho había sido invitar a todo el que quisiera a acudir a una misa a las doce de la noche de Halloween, cuya finalidad era presentar la actuación de un invitado especial que constituía lo que el reverendo afirmaba que era «el mayor fenómeno de rock and roll de todo Santa Mondega». No había revelado cómo se llamaba dicho fenómeno, de modo que por si se daba el caso de que resultara ser algún grupo de tres al cuarto, Sánchez había venido preparado y se había traído una bolsa de papel marrón en la que llevaba unas cuantas piezas de fruta podrida para lanzárselas a cualquier personaje cuyo talento musical no fuera del nivel que él exigía.

No había duda al respecto: la iglesia de la Bendita Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes era un espectáculo magnífico, tanto por dentro como por fuera. Cuando hacía buena noche, el antiguo edificio destacaba en contraste con la oscuridad del cielo, con sus muros de estuco blanco resplandeciendo a la luz de la luna y su aguja apuntando hacia las estrellas. Pero esta noche de Halloween en particular era más oscura que ninguna. Justo cuando empezó el sermón, los nubarrones que llevaban buena parte de la noche cerniéndose sobre la iglesia liberaron por fin su carga. El aguacero descargó sobre la Casa del Señor como una verdadera tromba.

Desde donde estaba sentado, diez filas más atrás, Sánchez alcanzaba a oír el repiqueteo de la lluvia contra las vidrieras que había detrás del altar en el que se encontraba el reverendo. Los bancos de la iglesia estaban abarrotados de gente de todas las edades y de toda condición social. Sánchez tenía sentado al lado al tonto del pueblo, un chico de doce años que se llamaba Casper y que, según decían, no estaba muy bien de la cabeza. Nadie sabía con exactitud qué era lo que le pasaba, pero Sánchez lo había visto durante toda su infancia, el pobrecillo, siendo intimidado sin

piedad por otros chicos. Y no sólo se debía a que el chaval era un poco «pueblerino»; además era gracioso de ver. Llevaba siempre el pelo apuntando en ocho direcciones distintas, y lo mismo le ocurría con los ojos, más o menos. Era uno de esos chicos que, al mirarlos, uno casi espera ver el fogonazo de un relámpago y a continuación el estallido del trueno y quizás una campana de iglesia al fondo. Por supuesto, sólo para aterrorizar a Sánchez, aquello era exactamente lo que estaba sucediendo en esta noche en particular.

La iglesia no estaba bien iluminada. Para esta velada especial se había recurrido a una iluminación totalmente basada en velas colocadas en unos enormes candelabros de pared repartidos por el recinto, además de los dos gigantescos cirios de iglesia situados en sendos extremos del altar, y que iluminaban con sus llamas parpadeantes el alto crucifijo de oro que ocupaba el centro del mismo. (En realidad no era de oro, sino de bronce. En Santa Mondega, cualquier objeto que pareciera de un metal precioso no duraba mucho tiempo en su sitio, *a* no ser que estuviera atornillado y vigilado día y noche por pit bulls semisalvajes.) La razón de que el alumbrado fuera tan escaso, según supuso Sánchez al fijarse en lo incongruente de una masa de equipos de sonido de la tecnología más moderna, acompañados de la correspondiente masa de cables que atestaban el espacio de delante del altar, era que el concierto de rock que vendría a continuación debía de incluir un espectáculo de luces estroboscópicas.

Para Sánchez, aquella falta de luz no hacía sino empeorar las cosas, porque cada vez que se oyera un trueno las velas oscilarían un poco, mientras que en los destellos súbitos de luz lo único que vería sería al pirado que tenía al lado mirándolo fijamente con aquellos ojos de loco. Y después, como estaba previsto, se oiría la campana de la iglesia y el chico le sonreiría con una expresión de las que ponen los pelos de punta. Sánchez se hubiera cambiado de sitio, pero la iglesia estaba llena hasta los topes. En los bancos de atrás no quedaba ni un hueco libre, y no le apetecía sentarse demasiado delante, no fuera que le hicieran levantarse para participar en las historietas, excesivamente entusiastas, que montaba el reverendo. Corría el rumor de que el nuevo cura era un simpatizante de la «Nueva Era», y que por eso prefería que lo llamasen «reverendo» en vez de «padre». Tanto si era verdad como si no, como era un hombre joven y lleno de energía, tenía por costumbre levantar de su asiento a varios miembros de la congregación para que participaran en improvisados juegos de rol a lo «David y Goliat».

Después de escuchar al reverendo hablar con vehemencia durante más de una hora de Dios, de Jesucristo y de todas esas cosas, Sánchez empezó a ponerse nervioso. En realidad, había venido únicamente para ver qué tal tocaba el grupo. Si era bueno, vería si lograba convencerlo de que actuase en su bar nuevo, el Tapioca, que tenía en el centro de Santa Mondega. Si era una mierda, pensaba levantarse y marcharse a casa. Pero antes descargaría la fruta podrida.

Por fin, a las doce y cinco de la noche, el reverendo finalizó el sermón y los

presentes empezaron a removerse y prepararse para la actuación. Por detrás de un pulpito de madera de metro y medio de alto que habían colocado en una plataforma elevada delante del altar, el reverendo (que para ser cura era todo un tiarrón, se dijo el propietario del bar) se dirigió a su público. Aunque apenas pasaba de los veintipocos años, lo cierto era que tenía una presencia que imponía, y Sánchez percibió que debajo de aquella larga túnica negra y seria había un individuo musculoso y de complexión bastante ancha. Seguramente por eso las seis o siete primeras filas estaban ocupadas por jóvenes cristianas y fulanas disfrazadas de jóvenes cristianas. Todas estaban pendientes de cada palabra que decía. «Hay que joderse —pensó Sánchez para sus adentros—. Han venido únicamente para ver al reverendo. ¿No tendrán vergüenza? ¿Y cuándo coño van a empezar a tocar los músicos?»

—Bien, amigos, estoy seguro de que ya estáis cansados de oírme hablar a mí —dijo el reverendo sonriendo a la congregación. Tenía una de esas sonrisas que derriten a las mujeres, y para ser un cura, pensó Sánchez, también un brillito en los ojos que resultaba de lo más impropio—. Sólo me quedan un par de cosillas que comentaros antes de que comience la actuación musical de esta noche. En primer lugar, quisiera pediros a todos que seáis generosos y al salir depositéis un donativo en las cajas que hay junto a la puerta.

Su tono de voz contenía un inconfundible toque de agresividad, y los presentes se revolvieron nerviosos en sus asientos. (En Santa Mondega, la caridad empezaba por uno mismo, y en uno mismo terminaba también.) El reverendo hizo una pausa, a todas luces para reflexionar sobre lo que iba a decir a continuación.

—Y en segundo lugar —exclamó con voz tronante—, y he de decir que me causa cierta decepción, me han informado de que se han encontrado restos de orines en el agua bendita. Os ruego a todos que por favor no toquéis el agua que hay en las pilas de la entrada oeste. Para actos sagrados, disponemos de un poco de agua bendita embotellada; para lo demás, si alguien tiene sed puede utilizar el agua del grifo. —Miró a su público con expresión severa y luego agregó—: Y si descubro quién ha sido el responsable de tan deplorable acción, que Dios le ayude.

Esto último fue acogido por los fieles con una mezcla de chasquidos de lengua y gestos negativos con la cabeza, en señal de desaprobación. De pronto Sánchez se percató vivamente de que el chaval lunático que tenía sentado al lado lo estaba fulminando con la mirada, como si sospechase que él había sido el causante de dicha contaminación.

—¿Qué? —le preguntó susurrando, inquieto por la mirada entornada e inescrutable del chico.

El chaval meneó la cabeza en un gesto negativo, y acto seguido se cubrió con la capucha de la parka y volvió el rostro para mirar de nuevo al frente. Sánchez centró otra vez la atención en el predicador. No convenía que lo descubriesen mirando

fijamente a un muchacho retrasado. Parecía más bien absurdo. No creaba buena fama en absoluto.

Allá junto al pulpito, el reverendo estaba accionando unos cuantos interruptores de una consola de control que tenía ante sí. Primero empezaron a encenderse y parpadear las luces del equipo de sonido, y después entró la música. Por los enormes altavoces comenzó a sonar el tema central de la película *2001: Una odisea del espacio.* A Sánchez le gustaba aquella melodía,[1] y la verdad fue que creó ambiente, sobre todo en la oscuridad de aquella nave surcada por corrientes de aire, con la lluvia todavía golpeando el tejado y las ventanas.

La música llevaba sonando menos de veinte segundos cuando de pronto penetró en el recinto, a su espalda, una ráfaga de aire frío y húmedo, acompañada de un desagradable olor a rancio y a lóbrego. Alguien había abierto las grandes puertas dobles situadas al fondo, detrás de las filas de bancos.

Todo el mundo se dio la vuelta. El reverendo, desde su sitio junto al altar, miró por encima de las cabezas de sus fieles para ver quién podía haber llegado tan tarde al servicio religioso. Lo que vieron todos fue un hombre. Vestía una capa negra y larga con la capucha echada por la cabeza. Al cabo de un momento aparecieron en la puerta varios más, todos vestidos de forma idéntica, siguiendo al primero que había entrado. Fueron penetrando de uno en uno y colocándose formando una fila en horizontal por detrás de los bancos. En total eran siete. El último en entrar cerró las puertas dobles, con lo cual las oscuras figuras resultaron casi imposibles de distinguir en medio de las sombras negras que bañaban la parte posterior de la iglesia. Traían consigo una sensación de maldad que se esparció por encima de los presentes igual que el olor que penetró cuando se abrieron las puertas. Aquél no era el sitio en que debían estar, no hacía falta ser un genio para comprender eso. Era la noche de Halloween, y aquellas siete criaturas encapuchadas parecían monstruos de película que hubieran venido a la iglesia para sembrar el caos y la destrucción.

El reverendo comprendió de inmediato la amenaza que representaban y accionó un interruptor del panel de control. Al momento se encendieron las luces del fondo de la iglesia. Ahora los siete hombres quedaron iluminados de lleno a la vista de todos, pues la dureza de la luz eléctrica eliminaba todo elemento de sorpresa que pudieran tener previsto emplear si su intención era acercarse sigilosamente a alguna persona en la oscuridad del templo. Y, por extraño que parezca, esto era precisamente lo que tenían pensado hacer.

Mientras la música iba ganando intensidad y volumen, los aproximadamente doscientos fieles que ocupaban los bancos permanecieron con la mirada fija en los siete encapuchados, todos muertos de miedo por lo que iba a ocurrir a continuación. Entonces habló el reverendo por todos, dirigiendo sus palabras a los indeseados

[1] Que de hecho es la introducción al poema de Richard Strauss titulado *Así habló Zarathustra.* Pero eso Sánchez no lo sabía. Y tampoco le habría importado una mierda.

visitantes.

—No son bienvenidos a este lugar. Márchense enseguida.

Habló con calma por el micrófono, pero lo bastante alto para que lo oyeran por encima de la música. Ahora irradiaba una autoridad innegable, y Sánchez, incluso presa del pánico él mismo, volvió a observar que «desde luego, es todo un tiarrón».

Por espacio de unos segundos no hubo ningún movimiento en las siete figuras encapuchadas del fondo. Entonces, la del medio, que era la que había entrado la primera, dio un paso al frente y se retiró la capucha. Tenía un rostro estrecho y de una palidez fantasmal, enmarcado por una melena negra que le llegaba hasta los hombros. Cuando abrió la boca para hablar dejó ver una gigantesca hilera de colmillos amarillos y relucientes.

—Estamos en Halloween, y es la hora de las brujas —siseó—. Somos los vampiros del clan de las Capuchas, y reclamamos esta iglesia y todos los que se encuentran en su interior como de nuestra propiedad. ¡Nadie saldrá vivo de aquí!

Decir que estas palabras provocaron un estallido de pánico sería un eufemismo. Todas y cada una de las mujeres presentes y por lo menos la mitad de los hombres se pusieron a chillar y se levantaron de sus asientos. El problema era que no sabían con seguridad hacia dónde echar a correr; la iglesia entera se encontraba en penumbra a excepción de la parte en la que estaban de pie los siete vampiros, y no parecía que el reverendo estuviera esforzándose mucho por encender más luces. Por lo menos al principio. Pero luego, cuando finalizó el tema de 2001 y empezó a sonar otra melodía, accionó más interruptores. De repente, un foco iluminó el escenario levantado justo enfrente del pasillo que discurría por el centro de la iglesia, entre las filas de bancos. Bajo el haz de luz no se vio a nadie, tan sólo el pie de un micrófono rodeado de una densa nube de polvo.

Esta visión distrajo a todos durante poco más de un segundo, y seguidamente los siete vampiros se pusieron a lanzar chillidos, como animales salvajes que estuvieran preparándose para saltar sobre su presa. De uno en uno, se bajaron la capucha y se elevaron de un salto hacia las bóvedas que formaban el techo de la nave. Cada uno tenía una sola cosa en mente: escoger una víctima y lanzarse en picado sobre la pobre desgraciada para darse un festín con su sangre.

Los fieles, presas del pánico, seguían sin saber hacia dónde correr. Los bancos estaban abarrotados de figuras que forcejeaban, unas intentaban trepar por encima del compañero, otras lo empujaban, y otras procuraban esconderse debajo de los bancos, que estaban hechos de una madera bastante dura. Sánchez, como todos los demás, estaba petrificado. Lo primero en que pensó fue en coger la fruta que llevaba en la bolsa de papel y arrojársela a los vampiros para desviarlos, pero rápidamente se dio cuenta de que aquello era una insensatez. De modo que decidió agacharse en cuclillas debajo del banco con la esperanza de que los vampiros agarrasen primero a los más altos. Así pues, con la valentía que lo definía como hombre y como camarero

de un bar, se agachó y se metió bajo el asiento. Por si acaso, arrastró consigo a Casper, el chico gracioso de la parka, y lo colocó encima de él a modo de protección adicional. Mientras allá en lo alto los vampiros surcaban el frío aire de la iglesia, describiendo círculos alrededor de sus presas y recreándose en el pavor que estaban causando a los asustados fieles, de pronto se oyó por los altavoces un fuerte bramido de trompetas que no hizo sino multiplicar la confusión y la desorientación de todo el mundo.

Entonces sucedió una cosa inesperada. El reverendo, que todavía estaba de pie junto a su pulpito, gritó al micrófono:

—¡Os prohíbo, vampiros hijos de puta, que pongáis un pie en esta iglesia! —Dijo esto al tiempo que amenazaba con el puño en alto a los no muertos que, cubiertos con sus capas, volaban trazando círculos por encima de la aterrorizada congregación —. Preparaos para experimentar dolor. ¡Señoras, señores e hijos de puta! Les entrego… al Rey del rock and roll!

En el punto del escenario iluminado por la luz del foco, antes desierto, apareció una figura agresiva e imponente. Vestido con un traje banco de una sola pieza y un ancho cinturón dorado, y luciendo una tupida mata de cabello negro y gruesas patillas, no era otro que Elvis, el mayor asesino a sueldo que existía actualmente en Santa Mondega. En las manos sostenía una guitarra eléctrica, una guitarra negra, estilizada y elegante, que relucía lo suficiente corno para sugerir que era la alegría y el orgullo de su dueño. Con mano firme y nervios serenos, se puso a tocarla mientras seguía oyéndose la música de fondo por los altavoces. Rasgueó con fuerza unos cuantos acordes de blues y comenzó a dar golpecitos con el pie derecho a modo de preparación para cantar el primer verso de «Steamroller Blues».

Elvis estaba tan concentrado en tocar su música y en que a su público le sonara perfecta, que daba la impresión de ser totalmente ajeno a lo que estaba sucediendo a su alrededor. Y su presencia en el escenario era tal, que todo el mundo se paraba a mirarlo, incluidos los oscuros vampiros que planeaban a escasos centímetros del techo. Los siete tenían la vista clavada en él con la idea de convertirlo en su primera presa.

Y entonces empezó a cantar.

Soy una apisonadora, nena,

y voy a pasarte toda por encima…

Cuando las primeras notas resonaron en los altavoces, uno de los vampiros no pudo contener más su sed de sangre. Con un estridente alarido, se lanzó en picado hacia el cantante que encarnaba a Elvis, con los colmillos abiertos, listo para matar. Como reacción, el Rey, sin perder un solo tiempo del compás, se limitó a girar las

caderas hacia un lado y la guitarra hacia el otro, apuntando con el mástil del instrumento al chupasangre que se abatía sobre él.

Del extremo del mástil de la elegante guitarra negra surgió un dardo de plata que se encontraba en un orificio oculto. Rasgó el aire más deprisa que los rayos que descargaban en el exterior y, con un ruido sordo que resultó audible de un modo enfermizo para todos, se incrustó en el corazón del vampiro. Dicho miembro del mundo de los no muertos, sorprendido, notó cómo el dardo le atravesaba el pecho y quedó muerto en el aire, con los ojos fuera de las órbitas a causa del dolor y de la incredulidad. Su último pensamiento fue: «¡Mierda! No quiero morir al ritmo de una puta canción de James Taylor…» Un segundo después explotó espontáneamente en llamas y cayó al suelo del escenario, a los pies de Elvis, donde rápidamente quedó reducido a un pequeño montón de cenizas humeantes.

En el interior de Santa Úrsula, el estado de pánico que invadía a los asistentes se trocó al instante en un estado de esperanza y optimismo. Pero no se pudo decir lo mismo de los vampiros voladores. Momentáneamente aturdidos por la destrucción de uno de los suyos, enseguida volvieron a centrar la atención en el cantante que ocupaba el escenario.

Y el Rey continuó tocando.

Desde el escondrijo que había encontrado en el frío suelo, debajo del muchacho —que sorprendentemente pesaba bastante— al que había arrastrado consigo, Sánchez levantó la vista con gran asombro.

Aquél iba a ser un espectáculo de tres pares de narices.

Cinco

Kione adoraba el 31 de octubre. La matanza de Halloween tenía algo que la distinguía, un sabor que la hacía especial.

Santa Mondega era el hogar de vampiros venidos de todo el mundo, pero el centro de la localidad estaba reservado para los no muertos de Europa y de las Américas. Los primeros vampiros colonos procedían de París, y a ellos se sumaron muchos de sus primos europeos mucho antes de que Colón descubriera América. En el siglo XVIII dicha ciudad había experimentado una gran afluencia de refugiados latinoamericanos. Una vez asentados, enseguida varios de ellos se convirtieron en miembros de los no muertos y formaron clanes propios. La población de vampiros no tardó en hacerse demasiado numerosa para Santa Mondega, de manera que para cuando empezaron a llegar los vampiros africanos, como Kione, ya se habían creado normas no escritas para los inmigrantes. A resultas de ello, los vampiros africanos y asiáticos se establecieron en las colinas que circundaban Santa Mondega. A los orientales y los norteafricanos, en particular, les encantaba la libertad y el aire fresco de las colinas y de los valles, pues preferían cazar sus presas en la naturaleza, a las puertas mismas de la ciudad. Es decir, excepto a Kione, que hacía mucho tiempo que había sido expulsado de las colinas por infringir no sólo unos cuantos, sino todos los principios del código de honor de los vampiros. Siendo una criatura carente de escrúpulos, de clase y de orgullo, vivía bajo el embarcadero y salía de caza por la noche en busca de cualquier cosa a la que echarle la zarpa encima.

Durante el tiempo que pasó viviendo en las colinas fue miembro de la Peste Negra, un clan que siempre había sido muy cerrado. Sus miembros eran muy numerosos y tan agresivos como cualquier otro clan de vampiros, y todo el mundo sabía que si alguna vez decidían disfrutar de un poco de acción en la ciudad al momento se desataría una guerra sin cuartel entre los no muertos. Una de las razones por las que no se acercaban era un cuento de viejas cuyo origen se remontaba varios siglos. Según el folclore de Santa Mondega, durante una hora cada noche los espantapájaros cobraban vida y se dedicaban a perseguir y matar a todo desconocido que se aventurase a entrar en la ciudad. Nunca se habían encontrado pruebas que demostrasen que esto era cierto, pero dado que muchas de las casas de las afueras tenían un espantapájaros en el jardín delantero, éste cumplía con la misión de impedir que se acercaran demasiado los vampiros de las colinas.

Los integrantes de la Peste Negra casi siempre se desplazaban en gran número en las raras ocasiones en que se aventuraban a penetrar en Santa Mondega, y los clanes de la ciudad hacían lo mismo cada vez que decidían darse una vuelta por las colinas y los valles. Como Kione no tenía amigos de su clase —ni de otra, si vamos a eso—, se mantenía oculto en el puerto, y a veces sólo cazaba para comer peces y crustáceos. Sin embargo, otras noches —como ésta— acertaba un pleno. Sus preferidos eran los jovenzuelos inocentes, y el de esta noche era un bocadito que le hacía la boca agua.

Había observado cómo se separaba la chica de su compañero el espantapájaros, y después la había seguido sin quitarle la vista de encima por todo el paseo hasta el embarcadero. Rezó a la diosa Yemaya para que en esta noche especial empujase a aquella chica en su dirección. Y Yemaya le hizo caso; de buen grado guío a la joven a lo largo del paseo y la llevó hasta el embarcadero de madera para que se encontrara con él. Y no estaba por la labor de rechazar una ofrenda tan apetitosa.

Aferrado con sus largas uñas al último tablón del embarcadero, aguardó pacientemente a que se presentara el momento perfecto para atacar. La chica daba la impresión de sentirse feliz y despreocupada, que era como más le gustaban a Kione. Durante un rato le permitió que contemplase el océano, mientras él, a su vez, observaba maravillado sus brillantes zapatos rojos. Aquel vestido blanco y azul que cubría casi toda la carne de su torso no iba a tardar mucho en adquirir un color parecido, al teñirse con su sangre. Ni pudo evitar relamerse los labios al pensar en ello. Finalmente, después de recrearse con aquella idea hasta casi llegar al orgasmo, hizo el movimiento definitivo.

Con una velocidad que engañaba a la vista, abandonó de un brinco el lugar en el que estaba colgado, bajo los pies de su presa, y se dio el placer de flotar a la altura de los ojos de la chica, a escasos treinta centímetros de ella, con los pies suspendidos unos dos metros por encima de las olas. Fue un momento de placer exquisito. Se regodeó observando cómo la joven iba cambiando la expresión al comprender que estaba a punto de ser devorada viva por un asqueroso merodeador nocturno que iba vestido con harapos y apestaba a pescado. A pesar del terror que evidenciaban sus pupilas, que se dilataban a cada momento que pasaba, Kione se regodeó todavía más en el hecho de que la chica no tenía ni idea de la pasión y la lujuria que él pensaba desatar al mismo tiempo que le infligía un dolor insoportable.

Al verla abrir la boca preparándose para gritar, comenzó a desnudarla con la mirada. Ah, qué placer desgarrar aquel vestido y ofrecer un festín a sus ojos, su lengua y sus manos con aquella carne blanca y sedosa.

—Hola, cariño —le dijo en tono de burla, empleando lo que consideró que era un tono de voz seductor.

Pero a Beth no se lo pareció en absoluto. Era una voz sórdida, e iba acompañada por un tufo a mal aliento que bien podría acabar de salir de las profundidades del recto de Satanás. Una vez superada la conmoción inicial, instintivamente dio un paso

atrás y estudió su apurada situación. ¿Debería escapar corriendo? ¿O quedarse donde estaba e intentar salir de aquélla dialogando? Entró en acción el instinto de supervivencia y dio media vuelta para echar a correr, pero apenas se había girado cuando volvió a toparse con Kione delante de las narices. Con una sinuosa agilidad, éste había saltado por encima de ella haciendo una pirueta en el aire y había aterrizado en el embarcadero, entre ella y el refugio que representaba el paseo marítimo.

—Por favor —suplicó Beth—. No me haga daño. Tengo que volver a casa.

Kione sonrió de oreja a oreja mostrando los colmillos amarillos que tenía en la boca, unos colmillos que hacían juego con el blanco de sus ojos rasgados y malévolos. Aún tenía entre sus torcidos dientes restos pequeños de carne que llevaban un día pudriéndose allí. Aquel vampiro era un guarro, en todos los sentidos de la palabra. Sucio, desagradable, poco de fiar, y sin duda un colosal pervertido sexual de primerísimo orden.

—Quítate el vestido —dijo Kione con una sonrisa libidinosa.

—¿Cómo?

—El vestido. Quítatelo.

—Pero… Pero… ¿Cómo dice?

—Ya me has oído. Desnúdate para mí. Date prisa, nena, porque te puedo asegurar que si no te quitas la ropa tú te la quitaré yo, y dicen que no soy precisamente de lo más delicado que hay.

Beth se fijó en sus manos. El vampiro las sostenía delante del estómago y hacía con los dedos, largos y huesudos, movimientos como de agarrar, como si estuviera jugando con un imaginario par de tetas. Sin saber muy bien qué hacer, pero desesperada por ganar algo de tiempo hasta que se le ocurriera un plan para escapar de él, empezó a bajarse las hombreras del vestido azul. Kione no pudo resistirse a pasarse la lengua por los labios, preparándose ya para lo que iba a venir a continuación.

Pero lo que en realidad vino a continuación, muy poco después de que quedara suelta la primera hombrera, fue el ruido de pisadas de un par de botas que se acercaban taconeando por los tablones de madera del embarcadero, a su espalda. Al principio aquel ruido resonó tan sólo en su subconsciente, porque la lujuria se apoderaba de sus pensamientos; pero las fuertes pisadas fueron sonando cada vez con mayor intensidad y velocidad, porque el propietario de las botas iba acercándose cada vez más deprisa. La lujuria de Kione siguió conservando el control un segundo más de la cuenta antes de que sus instintos tomaran de nuevo las riendas. Su reacción, cuando llegó, fue demasiado tardía. Se volvió justo a tiempo para ver el puño de un espantapájaros que lo golpeó de lleno en la nariz. Cayó de espaldas contra Beth, la cual lanzó un chillido y se apartó a toda prisa, con lo que el vampiro

se estrelló contra las planchas de madera. Mientras se acomodaba de nuevo el vestido, vio la figura de JD, que, con los ojos muy abiertos, se miraba fijamente el puño con cara de asombro por lo que se había visto a sí mismo hacer.

De los tres, Kione fue el más rápido en reaccionar. Se incorporó de un salto un segundo después de haber caído sobre las tablas. Beth tomó esto como una indicación para echar a correr embarcadero arriba en dirección al paseo. Pasó como una exhalación junto al vampiro y JD, que estaban demasiado ocupados en medirse el uno al otro para hacerle caso a ella. Los absurdos zapatos rojos que llevaba no estaban diseñados para correr por tablones de madera llenos de agujeros, y sabía que de un momento a otro podía tropezar.

Sólo había recorrido la mitad del embarcadero cuando se detuvo de pronto. ¿Y JD? ¿Venía tras ella? ¿O se había quedado para seguir luchando con el vampiro?

—¡Ay!

Halló la respuesta cuando oyó gritar a Kione. Fue un chillido de dolor, pero también de frustración y de rabia, a partes iguales. Se volvió y vio al vampiro de rodillas, pues acababa de recibir otro fuerte puñetazo en alguna parte sensible de su anatomía. Kione volvió a incorporarse, esta vez más despacio que la vez anterior, pero JD lo golpeó con el puño cerrado en toda la cabeza. Acto seguido comenzó a descargar una lluvia de puñetazos sobre aquel depravado, que ahora permanecía encogido.

Al cabo de un minuto Kione estaba tendido de espaldas, con una mano alzada y suplicando piedad entre gemidos.

—Por favor, lo siento mucho. ¡No pensaba hacerle daño! Sólo estábamos jugando. ¡De verdad!

JD retrocedió con gesto cansado y permitió que el vampiro, acobardado, se pusiera trabajosamente en pie.

—Ya te estás largando de aquí cagando leches, pedazo de mierda —le ordenó.

Kione agachó la *cabeza* como si fuera un escolar desobediente que estuviera recibiendo un rapapolvo por haberse portado mal en clase. JD lo miró con desprecio y se volvió para ver cómo estaba Beth.

—¿Te encuentras bien? —voceó.

—¡CUIDADO! —le contestó Beth con un chillido. Kione había fingido, con la esperanza de que JD bajase la guardia unos momentos. Y aquello era exactamente lo que había hecho el muchacho. El vampiro aprovechó la oportunidad para abalanzarse, con los colmillos a la vista, sobre la garganta de su enemigo. El joven disfrazado de espantapájaros estaba dotado de una espectacular capacidad de reacción, y Beth apenas había terminado de emitir el grito cuando se volvió en redondo y le propinó a su atacante un puñetazo en la cara que lo lanzó hacia un

costado. Ambos forcejearon durante varios instantes, agarrados el uno al otro en un estrecho abrazo, los dos haciendo un esfuerzo por obtener una posición de ventaja. Beth observó con horror cómo luchaban. En un momento dado parecía que JD conseguía dominar a Kione, pero éste, sin saber cómo, se retorcía y conseguía ponerse por encima. Al final, cuando Kione ya hubo agotado todos sus movimientos astutos sin conseguir dar un solo mordisco a la carne de su adversario, JD lo arrojó contra la desvencijada barandilla de madera que bordeaba un lado del embarcadero y cerró con fuerza las manos en torno al cuello del vampiro, cada vez más debilitado, para bloquear el aire contenido en los pulmones.

Kione boqueó intentando respirar, mirando con ojos suplicantes al rostro burlón de su oponente.

—Por favor — graznó —. No…

Hablaba con voz débil y la cara se le iba oscureciendo poco a poco. JD leyó la desesperación en sus ojos y aflojó las manos lo justo para que pudiera aspirar una bocanada de aire.

—Por favor… no… me mates — dijo el vampiro con voz ahogada —. Ya he… muerto una vez… hace años. No me… hagas pasar otra vez… por ello. Por favor. Suéltame. Me marcharé. Lo prometo.

Con gesto serio y adusto, JD volvió a apretar con fuerza, viendo cómo se le escapaba la vida a su patético enemigo no muerto. Pero quitar una vida no es nada fácil, incluso una que técnicamente no existe. Para empezar, iba a tener que confesarse. *Así* que, en un momento de compasión que Kione no se merecía, JD le retiró las manos del cuello.

—Lárgate de aquí. Y no se te ocurra volver — soltó sin poder reprimir el asco que sentía.

El vampiro no necesitó más invitaciones. Al momento siguiente ya había dado un salto en el aire y se había perdido de vista en la oscuridad.

Beth corrió hacia JD, que estaba un poco jadeante tras la batalla librada con aquella criatura de la noche.

—¿Estás bien? — le preguntó. Se detuvo a un par de metros de donde se encontraba él, a fin de dejarle espacio para que se estirase y respirase un poco.

—Sí, estoy bien — contestó JD al tiempo que se llevaba una mano al cuello buscando marcas de dientes —. Aparte del hecho de que acabo de luchar con un vampiro, que según dice todo el mundo es un ser ficticio, todo está perfecto. ¿Y tú? ¿Te hizo algo antes de que llegara yo?

—No, pero pienso que si no fuera por ti ahora estaría muerta. ¿Cómo has sabido que tenías que volver?

—No lo he sabido. He vuelto porque se me había olvidado una cosa.

JD se acercó a Beth y extendió un brazo. Ella no experimentó ningún deseo de retroceder, tal como quizás hubiera hecho sólo una hora antes si un chico hubiese alargado la mano para tocarla. En vez de eso, permitió que JD le apartara el cabello de los hombros y le examinara el cuello por si había rastros de sangre o marcas de dientes.

—¿Qué se te ha olvidado? —quiso saber. JD le acariciaba el cuello buscando rasguños, pero la miraba directamente a los ojos.

—Esto —respondió. Entonces se inclinó y la besó en la boca. A Beth no la habían besado nunca, y aunque se sintió sorprendida y pillada un poco con la guardia baja, notó un calorcillo que le provocó un hormigueo en todos los nervios del cuerpo. Besó a JD a su vez, y compensó su falta de experiencia dejando que su instinto natural se hiciera cargo de la situación. Aquellos primeros besos fueron exactamente como ella los había soñado.

Después de un abrazo que duró sus buenos diez segundos y que consiguió que Beth se olvidara de la aterradora peripecia que había sufrido tan sólo momentos antes, JD se apartó de ella. Le sonrió con aquella expresión abierta y segura que Beth estaba empezando a adorar rápidamente.

—Venga, tienes que largarte de aquí—dijo JD.

La tomó de la mano y ambos emprendieron el regreso hacia el inicio del embarcadero. El aire era cada vez más frío y el cielo de la noche cada vez más oscuro, pues las nubes de tormenta que había en el otro extremo de la ciudad empezaban a aproximarse a ellos por el paseo marítimo. En el puerto, el oleaje iba incrementándose lentamente, por efecto de la inevitable tormenta que ya estaba empezando a soplar.

Beth y JD estaban tan abrazados el uno al otro que ninguno se fijó demasiado en que el tiempo estaba empeorando. Lo primero que les llamó la atención fue una figura solitaria que parecía estar esperándolos al final del embarcadero. Se trataba de una mujer de mediana edad, vestida toda de negro. Tenía el cabello blanco, y desde lejos daba la impresión de ser muy fea. Cuando se acercaron, dicha fealdad se acentuó todavía más.

—¿Otra vez ese maldito vampiro? —preguntó con una voz ronca, tan fea como su rostro.

—Sí, creo que sí —contestó JD.

—El muy hijo de puta —rugió la mujer—. Lleva meses merodeando por aquí, comiendo toda clase de basuras. Has hecho bien en ahuyentarlo de esa forma. —Luego centró la atención en Beth—. ¿Te encuentras bien, cielo?

Pese a la horrible cara que tenía, había en ella algo que, curiosamente, resultaba tranquilizador. «Qué raro —pensó Beth—. Es posible que esté un poco loca. Pero no es mala.»

La joven pareja se detuvo a un metro de la mujer, todavía dentro del embarcadero.

—Sí, ya me encuentro bien, gracias —respondió Beth con una amplia sonrisa al tiempo que miraba a JD y le apretaba la mano. Apenas podía disimular la alegría y el calor que sentía por dentro estando a su lado.

—Los dos deberíais poneros a cubierto —dijo la mujer señalando una caravana vieja y destartalada que estaba aparcada justo al borde del paseo marítimo—. Voy a prepararos una bebida caliente. Los cielos están a punto de abrirse, y se acerca una tormenta. No os conviene estar aquí fuera.

De repente se iluminó el cielo con un relámpago, y las últimas palabras que pronunció la mujer casi se perdieron en un inmediato retumbar que vino seguido del violento estampido del trueno y de un viento racheado surgido de ninguna parte. Aquello los sobresaltó a los tres, y cuando levantaron la vista hacia el cielo fueron premiados con otro intenso relámpago y otro trueno más. Un segundo después, de manera igualmente repentina, los nubarrones negros que tenían encima comenzaron a descargar lluvia en forma de un diluvio caótico, aparentemente inacabable.

—Mierda, tengo que irme —dijo JD mirando a Beth—. En serio, me va a caer una buena si no voy a recoger a mi hermano. En cuanto lo haya dejado en casa, vuelvo a buscarte. Estarás perfectamente si te quedas aquí, acompañada por… —Se volvió hacia aquella extraña mujer—. ¿Cómo se llama usted, señora?

—Annabel de Frugyn.

Entre el estruendo del chaparrón y el retumbar de los truenos resultaba difícil oírla con nitidez, de modo que se limitó a asentir con la cabeza. La mujer dio media vuelta y, luchando contra el viento y la lluvia, emprendió el regreso a su remolque, que se encontraba a unos buenos veinte metros de allí. Cojeaba terriblemente, lo que sugería que se había roto la cadera o que como mínimo tenía una pierna más larga que la otra.

JD la observó con curiosidad durante unos instantes, fascinado por aquella forma de andar tan ridícula. Cuando salió de su momentáneo trance, se inclinó y volvió a besar a Beth en los labios, y después le apartó el pelo mojado de los ojos mientras el viento empezaba a soplar alrededor.

—Mira, tú quédate con esa vieja chocha, que yo volveré antes de la una, tal como te prometí antes. ¿De acuerdo? Beth sonrió y lo besó a su vez.

—De acuerdo.

—Muy bien. Nos vemos dentro de poco, te lo prometo.

Una vez más, JD echó a correr hacia la noche, y la manta de lluvia lo hizo desaparecer en cuestión de segundos. Se dirigió a la iglesia sin saber que aquella jornada estaba a punto de dar un morboso giro a peor.

Beth fue en pos de Annabel y la alcanzó antes de que llegara a la caravana. La

extraña mujer le dedicó una sonrisa desdentada y repugnante.

—¿Qué acaba de llamarme tu novio? —le preguntó a Beth.

Lo primero que le chocó a Beth fue que le diera alegría que Annabel se hubiera referido a JD como su novio. Lo segundo fue el caer en la cuenta de que JD la había llamado «vieja chocha». Estaba claro que la situación requería una dosis de diplomacia.

—Me parece que la ha llamado Dama Mística —dijo Beth protegiéndose de la lluvia mientras Annabel abría con una llave la puerta rosa de la caravana.

—Conque Dama Mística, ¿eh? —repitió la mujer—. Me gusta como suena.

Mientras Beth acompañaba a Annabel al interior del remolque, Kione el vampiro se encontraba a medio kilómetro de allí, volando bajo la lluvia torrencial y los vientos huracanados que habían originado la tormenta. Si tuviera orgullo, éste habría sufrido un serio menoscabo tras la humillante paliza que había recibido en el embarcadero a manos del adolescente. Pero Kione no tenía orgullo. Lo que sí tenía, en cambio, era la cartera que le había birlado a JD del bolsillo durante la pelea. Una cartera que contenía la dirección de su propietario. Mientras recorría volando los sórdidos callejones de Santa Mondega, Kione el vampiro iba planificando su venganza.

Seis

En la misma noche

Olivia Jane Lansbury, viuda de esta parroquia, era una mujer orgullosa. También era una de las residentes más acaudaladas de Santa Mondega. La casa que había heredado de su finado esposo veinte años antes constituía uno de los rasgos más sobresalientes de la localidad. Se encontraba en la cima de una escarpada colina, al borde de una elegante urbanización, y desde dicha ubicación dominaba a todas las demás. Con sus no menos de veinte dormitorios, habría reunido los requisitos necesarios para ser una casa de huéspedes, salvo que Olivia no necesitaba explotarla como negocio; ya era lo bastante rica sin tener que alquilar las muchas habitaciones que tenía a su disposición. Por lo general había sólo dos dormitorios que estaban siempre ocupados: el suyo y el de la hijastra que había adoptado, Beth.

Su marido, Dexter, había muerto de un balazo en el cuarto de baño en la noche de bodas. La investigación inicial llevada a cabo por un detective local, Archibald Somers, indicó que la única persona que pudo efectuar el disparo era la propia Olivia Jane. En cambio, poco después de que Olivia Jane ofreciera una recompensa de cincuenta mil dólares por cualquier información que condujera a la identidad del asesino, Somers fue informado por uno de sus contactos de que el asesino era de hecho un pescador de la zona. El inteligente detective asumió personalmente el caso y siguió la pista a dicho pescador. Tras extraerle una confesión mediante una paliza, se vio obligado a dispararle por resistencia a la autoridad, intento de evadir la captura y obstrucción de la labor de un agente de policía que cumplía con su deber. Caso cerrado. Bien hecho.

En Santa Mondega no había nadie que entendiera de verdad por qué Olivia Jane había adoptado a Beth. A todas luces, no tenía tiempo para ocuparse de ella. En los primeros años hubo un trasiego de niñeras que llegaban y se marchaban, pero desde el momento en que Beth fue lo bastante mayor para asistir al colegio, su madrastra la educó en solitario y le impartió clases en casa. Rara vez permitía que la niña saliera del domicilio, y ponía mucho cuidado en cerciorarse de que jamás se mezclara con otros niños de su edad. Hasta hacía poco.

Justo dos meses antes, al parecer cambió de actitud e inscribió a su hijastra en uno de los colegios de la zona, incluso la animó a que acudiera al baile de Halloween.

Esto resultó tan impropio de ella que Beth se sintió al mismo tiempo sumamente sorprendida y más que suspicaz. Aun así, enseguida aprovechó aquella oportunidad de relacionarse con gente de su misma edad.

Tenía razón en sentirse suspicaz. El motivo que albergaba Olivia Jane para hacer salir al mundo a su hijastra tenía que ver con un plan que había puesto en marcha quince años antes. Y dicho plan iba a realizarse por fin. Era el momento de festejar.

Sus invitados llegaron todos juntos al amparo de la noche, y cuando Olivia Jane oyó el timbre de la puerta sintió una enorme oleada de emoción que le recorrió todo el cuerpo. Se miró una vez más en el espejo de cuerpo entero que había junto a la puerta de la calle y se preparó para la velada que la aguardaba. Había pasado más de una hora rizándose el pelo, denso y rubio, para conseguir un estilo que la hiciera parecerse a Marilyn Monroe. Remató dicho *look* con un vestido de color rosa sin hombreras que se ceñía a su figura. «No está mal para una mujer de cuarenta y tantos», pensó para sus adentros.

Al abrir la puerta se encontró con un hombre alto que iba vestido con una túnica larga y blanca y que llevaba el rostro cubierto con una máscara de oro en forma de carnero, con unos cuernos retorcidos que le llegaban a la altura de las orejas. Detrás de él había otras doce personas: seis hombres vestidos de modo idéntico y seis mujeres ataviadas con túnicas de tono escarlata y máscaras lisas de color blanco.

—Saludos, señora Lansbury — dijo el individuo alto con voz estentórea.

—Adelante — dijo Olivia Jane sonriente, al tiempo que invitaba a los visitantes con un gesto a que pasaran al caldeado recibidor.

Los trece invitados fueron entrando de uno en uno, saludando a la anfitriona con la cabeza al pasar por su lado y maravillándose por lo que iban viendo. Había un detalle en cuanto a la decoración en el que había insistido Olivia Jane para el interior de su casa: que todas las paredes, los techos y las alfombras fueran de color rojo vivo, el mismo que el de las túnicas que vestían sus invitadas. Un paseo por el edificio en su totalidad habría confirmado el carácter impresionante aunque siniestro de dicha decoración. Sin embargo, las actividades previstas para aquella noche no dejaban tiempo para una visita guiada, y ninguno de los invitados pensaba solicitarla. Todos y cada uno de ellos estaban deseosos de que dieran comienzo los festejos de la velada.

Olivia Jane los condujo al salón, un espacio enorme e imponente cuyo techo se elevaba nada menos que hasta nueve metros de altura y cuyo suelo estaba cubierto por la consabida moqueta roja. Estaba decorado con un mobiliario cómodo y de color rojo que incluía dos mesas de comedor llenas de botellas de vino y platos de deliciosos manjares. Diez minutos después, todos los invitados se habían despojado de las túnicas y retozaban ruidosamente entregados a una orgía, desnudos a excepción de las máscaras. Se recrearon en toda clase de actividades sexuales teniendo como fondo una suave música clásica, y tan sólo se interrumpían

ocasionalmente para comer y beber.

La anfitriona no tenía necesidad de haber dedicado tanto tiempo a arreglarse el pelo y escoger el atuendo; el vestido quedó hecho trizas en un momento de frenética lujuria en las manos de un tipo corpulento, al tiempo que otro la agarraba del pelo y la obligaba a bajar la cabeza, desprovista de la máscara, a la altura de su ingle. La iniciación de Olivia Jane al culto satánico de sus invitados no había hecho más que empezar. Tras las dos horas de orgía vendría el acontecimiento principal de la noche, justo después de las doce. Que ella fuera aceptada a formar parte de aquella secta dependía de que durante la hora de las brujas ofreciera una joven virgen en sacrificio.

Estaba previsto que Beth llegara a casa a las doce en punto.



Siete

Sánchez sabía que no debería haber agarrado a aquel chico retrasado mental para arrastrarlo consigo al suelo. Ahora el muchacho estaba abrazado a él con todas sus fuerzas, igual que un perro cachondo se aferra a la pierna de algún pobre idiota. Se agarraba con los dos brazos al cuello del camarero y lo miraba con adoración.

—Me ha salvado —dijo Casper sonriendo como tonto.

—Sí. Sí, así es —contestó Sánchez. Si el chico quería creer que él lo había tirado al suelo por su propia seguridad, ¿para qué hacer pedazos dicha fantasía diciéndole la verdad? En realidad, sencillamente se había servido de él a modo de escudo para que no se le acercara ningún vampiro que pasara por allí. Y resultó que no tenía por qué haberse tomado dicha molestia, porque ahora los vampiros estaban todos concentrados en atacar a Elvis y en esquivar su mortal puntería. Dos sentimientos recorrieron a Sánchez de arriba abajo. El primero fue de alivio, por haber sobrevivido hasta aquel momento. El otro, para ser sincero, fue de profunda vergüenza por el hecho de que lo vieran abrazando a un chico en la iglesia.

—Es usted mi héroe —dijo Casper, radiante.

—Sí, sí. Ya está bien, ¿vale? Quítate de encima, ¿quieres? No me apetece que nos vean así. Resulta de lo más embarazoso.

Pero las demostraciones de vergüenza de Sánchez sólo consiguieron animar aún más a Casper, el cual se abrazó a él con más fuerza todavía. Ambos estaban tumbados en el suelo, entre dos filas de bancos, prácticamente acurrucados, con las piernas entrelazadas como una pareja de jóvenes amantes.

—No quiero seguir con esta mierda —gruñó Sánchez empujando al chico—. ¡Venga, muévete!

Con un fuerte empellón, se quitó al muchacho de encima y lo metió debajo del banco que tenían detrás. Apenas había hecho esto cuando se lanzó sobre ellos un vampiro que revoloteaba en lo alto, agarró a Sánchez por el cuello con una mano y lo levantó del suelo.

—¡joder!

Pálido y con los ojos enrojecidos, el chupasangre acercó la cabeza con la boca abierta de par en par y enseñando los colmillos, listo para hundirlos en la apetitosa carne del cuello de Sánchez. El joven camarero, aterrorizado, cerró los ojos con una

mueca de dolor. Seguidamente oyó un agudo chasquido, pero no sintió dolor alguno. Ni tampoco dientes que se le clavaran en el cuello. Volvió a abrir los ojos y quedó asombrado de lo que vio. El vampiro tenía enrollado alrededor del cuello el extremo de un látigo de cuero y estaba siendo arrastrado rápidamente hacia atrás, entre bufidos de rabia, en dirección al hombre que asía la empuñadura del látigo, que tampoco era un hombre corriente. ¡Sólo era el reverendo, por amor de Dios! A estas alturas, a Sánchez sí que le caía bien el nuevo predicador. Había sido un soplo de aire fresco para la ciudad desde que llegó, pero nadie habría esperado verlo dominar a un vampiro únicamente con un látigo. «Ahora sí—pensó Sánchez—. Tengo que dejar de mear en la pila de agua bendita del reverendo.»

Sánchez y el chico, refugiado debajo del banco, contemplaron pasmados a aquel santo varón sin afeitar que tiraba poco a poco del vampiro, el cual forcejeaba como loco todavía con el látigo enroscado en el cuello. Cuando por fin lo tuvo lo bastante cerca de la cara como para que la criatura sintiera el roce de su barba, sucedió una cosa aún más inverosímil. El reverendo se sacó una escopeta de cañones recortados de alguna parte de la sotana y se la incrustó al chupasangre en la piel tirante de debajo de la barbilla.

¡BUM!

Sangre, masa encefálica y fragmentos de hueso del cráneo, todo salió volando por los aires. Un instante después, lo que quedaba del cuerpo del vampiro explotó en llamas y cayó al suelo. El sacerdote, como si nada, miró en derredor buscando a su siguiente víctima.

Durante los dos minutos siguientes, los atónitos fieles de la congregación contemplaron cómo Elvis y el reverendo destruían a los demás vampiros encapuchados. Durante todo ese tiempo Elvis no dejó de cantar «Steamroller Blues» ni de tocar la guitarra, la cual apuntaba de tanto en tanto hacia un vampiro para dispararle uno o dos dardos. Sánchez, en particular, lo miraba todo asombrado y con la boca abierta.

«Alucinante.»

Por fin la desigual pelea llegó a su término y se hizo el silencio entre la conmocionada congregación. El tufo a cementerio había desaparecido, y ahora flotaba un olor a chamusquina y una neblina azul provocada por el humo de las armas. El reverendo empezó a revisar a su congregación para asegurarse de que todos los fieles estuvieran bien y de que ninguno de ellos hubiera sido mordido. Cuando llegó a Sánchez —al cual se había vuelto a enganchar Casper— lo recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Estoy orgulloso de usted, Sánchez. Ha sido una acción muy valiente.

—¿Qué?

—Le he visto arrastrar al chico al suelo con usted y luego meterlo debajo de los

bancos al ver que el vampiro se lanzaba sobre él. Para hacer eso se necesita valor de verdad. Debe estar orgulloso de sí mismo.

Sánchez no vio la necesidad de empañar la visión que tenía de él aquel santo varón.

—Ah, ya, no ha sido nada, reverendo, cualquiera habría hecho lo mismo. —Se encogió de hombros con la esperanza de que dicho gesto sirviera para sacudirse de encima al pegajoso muchacho. Pero no. El reverendo les sonrió a los dos.

—No es necesario que me llame reverendo. Mis amigos me llaman Rex —dijo.

—¿Reverendo Rex? Es un nombre con bastante gancho para un predicador, ¿no? —señaló Sánchez.

—Bueno, para decirle la verdad, lo cierto es que no soy predicador. Me limito a matar a los malos en nombre de Dios, ¿sabe?

—Ah. Ya. Bien.

—En fin, ¿desean tomar una habitación ahí detrás? Aquél era el pie que necesitaba Sánchez para intentar una vez más librarse del chico de la parka.

—Sánchez me ha salvado —le dijo Casper a Rex con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, así es. Supongo que le debes una.

Casper sonrió a Sánchez, su nuevo héroe. Aunque la sonrisa fue un tanto inquietante, y una vez más vino acompañada de un relámpago y del estampido de un trueno, también resultó levemente entrañable. Sumada a la expresión de desamparo y de profunda gratitud que vio en los ojos del chico, la verdad fue que empezó a ablandarle un poquito el corazón. En realidad el pobre era muy dulce… para ser un chiflado.

—Está bien. Ya basta —gruñó Sánchez—. ¿Tú no deberías estar en la cama?

—Tiene *razón* —ratificó Rex, y a continuación se volvió para dirigirse a la masa de desconcertados fieles, muchos de los cuales estaban emergiendo entre las filas de bancos—. Escuchadme todos. Sugiero que os vayáis a casa o que os acostéis aquí para pasar la noche. Ha estallado una tormenta muy fuerte, y no va a hacer otra cosa que empeorar.

A pesar del mal tiempo, a nadie le gustó la idea de pernoctar en la iglesia, después de los horrorosos acontecimientos que acababan de presenciar, así que la mayor parte de los fieles se dirigieron hacia la puerta que había al fondo de la iglesia. Cuando empezaron a desfilar hacia el exterior del edificio haciendo comentarios sobre lo ocurrido, Elvis se bajó del escenario de un salto.

—Gracias a todos. Muchas gracias —exclamó dirigiéndose a la masa de gente que se iba. Acto seguido, dejó la guitarra *a.* un lado y fue por el pasillo central para reunirse con Sánchez, Rex y el chico, Casper.

—Oye, Rex, yo ya he terminado aquí por esta noche. ¿Te parece bien que te encargues tú de recoger todo esto?

—Joder, tío —se quejó Rex—. ¿Me vas a dejar tirado?

—Esta noche tengo más hijos de puta que liquidar, colega —protestó Elvis.

Rex se encogió de hombros y sonrió a su socio cazavampiros.

—Pues claro, tío. Haz lo que tengas que hacer.

—La verdad es que tengo una misión que estoy deseando ejecutar —dijo el Rey—. Tengo que matar a una pandilla de chavales de la ciudad.

El tal Elvis era un tipo genial, y Sánchez no pudo disimular lo mucho que lo impresionaba la seguridad que tenía en sí mismo y el pavoneo que mostraba en general.

—Vaya —dijo con voz ahogada—. Esa pandilla que dices, ¿también es de vampiros?

Elvis extrajo del bolsillo de la pechera unas gafas de sol características de él y se las puso.

—No. Es simplemente una pandilla de chavales —contestó con gesto inexpresivo y ya sin dejar ver los ojos.

—Bien. Sí. Claro —balbució el camarero.

Elvis se despidió de él con un gesto de cabeza y echó a andar en dirección a la puerta. Justo en aquel momento irrumpió un joven que se abría paso entre la multitud. Iba disfrazado de espantapájaros —aunque un poco mojado y desaliñado — y recorría la iglesia con la mirada, buscando frenéticamente algo o alguien.

—¡Casper! —llamó.

Al momento resultó evidente que era una persona que significaba mucho para Casper. De pronto, el chico que antes estaba tan enamorado de Sánchez se olvidó completamente de su salvador y echó a correr por el pasillo en dirección al espantapájaros, adelantando al propio Elvis. Sánchez observó cómo el pequeño brincaba a los brazos del joven, el cual lo atrapó al vuelo y a punto estuvo de caerse de espaldas a causa del ímpetu del salto.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí, Casper? Ahí fuera la gente ha perdido la chaveta. Están diciendo que ha entrado en la iglesia un grupo de vampiros. ¿Tú te encuentras bien?

—Sí, no me ha pasado nada, colega.

Casper estaba aferrado fuertemente a su hermano mayor, y ahora que sabía que se encontraba a salvo empezó a llorar, conforme fue calando la enormidad del peligro del que había escapado.

—No pasa nada, Casper. Ya estoy aquí. ¿Quieres volver a casa? —No recibió

ninguna respuesta verbal del pequeño, únicamente éste lo *abrazó* con más fuerza—. Venga, voy a llevarte a casa. Pero más vale que nos demos prisa, porque está poniéndose a llover de lo lindo y yo no llevo nada encima.

—Puedes ponerte mi parka —dijo Casper sonriendo al tiempo que se bajaba la capucha para ofrecerle la prenda de abrigo a su hermano.

—No seas tonto —contestó JD en tono cariñoso revolviéndole el pelo a su hermano pequeño—. La necesitas más que yo. Mamá seguramente me mataría si me presentara con tu parka puesta y tú empapado hasta los huesos.

Elvis, que bajaba por el pasillo, los alcanzó finalmente y se detuvo para mirar al espantapájaros de arriba abajo.

—¿Sabes qué? Deberías estar dando las gracias a esos dos tíos de ahí atrás, por haber salvado a tu hermano de los vampiros —señaló.

—Sí—dijo Casper—. Sánchez me ha salvado.

—Así que Sánchez, ¿eh? —dijo JD observando al camarero, que en aquel momento estaba enfrascado en una conversación con el reverendo—. Imagino que le debemos un favor.

—Sí—dijo Elvis—. Deberías dejarte caer algún día por su bar. El Tapioca. Necesita clientes. Pero llévate un arma, es un local más bien violento.

—¿C…? Muy bien, de acuerdo. Vale, tío. —JD estaba totalmente perplejo.

Casper se soltó de su hermano y señaló con la mano a Rex.

—Deberías conocer al reverendo, es un tío genial —dijo todo emocionado, tirando del brazo de su hermano mayor.

—Sí, bueno, a lo mejor otro día, colega. Ahora tenemos que irnos.

A pesar de que el aguacero de fuera no daba indicios de amainar, JD no estaba lo que se dice muy contento de que Casper estuviera dentro de una iglesia que tenía las paredes y los suelos llenos de salpicaduras de sangre. Cuanto antes sacara de allí a su hermano pequeño, mejor. Ya existían muchas posibilidades de que Casper pasara varias noches sin dormir si empezaba a sufrir pesadillas a causa de lo que había visto. Estaba intentando llevárselo en dirección a la puerta cuando Elvis le lanzó un comentario:

—¿Es que ni siquiera vas a estrecharle la mano al nuevo predicador?

—Seguro que ya tendré la oportunidad de estrechársela en otra ocasión —replicó JD con una sonrisa de cortesía, al tiempo que empujaba a Casper por el pasillo, hacia la salida.

—Oye, espantapájaros —lo llamó Elvis—. Con ese disfraz vas a terminar empapado. Ponte esto.

El Rey había recogido un manto de color oscuro que había en el suelo y se lo lanzó

a JD.

Era un gabán con capucha, usado recientemente por uno de los vampiros, ahora muertos. JD lo cogió y le echó un buen vistazo.

—Gracias, Elvis —dijo.

—No es nada, tío. Tú cuida bien de tu hermano.

Mientras JD estiraba el gabán para poder ponérselo sin enredarse en él, Elvis los adelantó y salió al exterior de la iglesia. Tenía otros asuntos que atender, desmantelar las actuaciones de música pop de fabricación local.

JD dedicó unos momentos al esfuerzo de introducir los brazos por las mangas de aquel gabán largo y oscuro. Cuando por fin lo consiguió, descubrió que la prenda se le adaptaba exactamente a los hombros y que el largo le quedaba perfecto, justo por encima de los tobillos. Se lo ciñó a la cintura con el estrecho cinturón de cuero y, al tiempo que se protegía la cabeza con la capucha, salió al aguacero con su emocionado hermano pequeño.



Ocho

Beth estaba sentada en uno de los cómodos, pero claramente mugrientos, sillones de color verde oscuro que tenía Annabel de Frugyn en la caravana. La mujer se había percatado de que el viento gélido y la lluvia habían dejado helada a la joven, de modo que puso agua a hervir para preparar unas tazas del mejor té que tenía.

El hervidor de agua se hallaba en una encimera que había detrás de ella, en el lado de la caravana que hacía las veces de cocina. Dando la espalda a Beth, Annabel vertió el agua caliente en sus dos mejores tazas y removió el contenido durante unos momentos, después volvió y tomó asiento frente a la joven y le entregó una taza. Contenía un té sumamente flojo, pero más inquietante todavía era el detalle de que llevaba una foto de John Denver. La razón de que el té fuera tan flojo era que Annabel siempre se negaba a utilizar más de una bolsita al día. En este día en concreto ya había tomado unas cuatro tazas, de modo que aquella ciruela seca disfrazada de bolsita de té en realidad no había prestado mucho sabor que digamos al agua caliente.

Annabel se puso cómoda en el sillón de enfrente y depositó su taza (decorada con una foto de Val Doonican) en la mesilla que había entre ambas.

—Volverá, no te preocupes —le dijo a Beth para tranquilizarla.

—¿Tanto se me nota? —preguntó Beth.

—Prácticamente lo llevas pintado en la frente, querida. Pero es el hombre adecuado para ti. Se ve perfectamente. Tengo olfato para estas cosas. Me dedico a revelar el futuro.

—¿De verdad? —Beth se animó—. ¿Podría revelarme el mío? —De pronto la asaltó un pensamiento—. Pero no tengo dinero —añadió con gesto tímido.

La mujer vestida de negro sonrió.

—Naturalmente. Extiende las manos. Voy a leértelas.

—Muy bien.

Beth dejó la taza de John Denver sobre la mesa de manera tal que entabló una guerra de miradas con Val Doonican. A continuación extendió las manos para que se las examinara Annabel.

Fuera, la lluvia había arreciado y repiqueteaba con más estruendo sobre el tejado

de latón de la caravana. Al parecer, ésta carecía de luz eléctrica, y la única iluminación procedía de las velas repartidas de forma intermitente por una repisa que recorría las paredes, todas emitiendo una parpadeante llama de un verde fantasmal. La única ventana que había se encontraba justo detrás de Beth, y con mucha frecuencia la cara pálida y verrugosa de Annabel se iluminaba con el resplandor de los relámpagos. Uno de dichos relámpagos estalló justo en el momento en que tomaba las manos de Beth y le sonreía con su boca semidesdentada.

—Ah, percibo grandes cosas para ti, Beth, querida mía —dijo tras una larga pausa.

—¿En serio? ¿Como cuáles?

Annabel la miró de arriba abajo y afirmó con la cabeza.

—Sí, sí, has recorrido un camino muy largo para llegar hasta aquí. No eres natural de Santa Mondega, ¿verdad?

—No, así es. Mi padre se trasladó aquí con la familia a las pocas semanas de nacer yo.

—Vino de Kansas, me parece.

—En realidad, de Delaware.

—Calla. No me interrumpas si no es para coincidir conmigo. Me haces perder la concentración.

—Perdón.

—Bien —prosiguió Annabel—. Así que echas de menos tu casa, ¿verdad? Y deseas volver a ella, aunque no sabes cómo.

Beth frunció el entrecejo. ¿Estaba hablando en serio aquella mujer? Que ella fuera disfrazada de la Dorothy de *El mago de Oz* no quería decir que fuera de Kansas ni que pensara que no existía ningún sitio como el hogar. No pudo evitar una sensación de alivio al pensar que todo aquello terminaría pronto y que JD volvería a buscarla. Aquella viejecita que leía el futuro, francamente, era un chiste. Y no sólo eso, por lo visto era tan tonta como para creer que ella no había visto *El mago de Oz.* Así y todo, la dejó continuar de todas formas.

—En cuanto a tu amigo, también está buscando algo. El camino que sigue terminará cuando encuentre su alma. Beth elevó una ceja.

—Querrá decir su cerebro.

—¿Qué?

—En *El mago de Oz* el espantapájaros buscaba un cerebro.

—¿Qué es *El mago de Oz?*

—¿Está de cachondeo? —Beth estaba tan atónita, que su sorpresa se impuso a los buenos modales.

Annabel se recostó en su sillón, un tanto ofendida.

—¿Quieres que te diga el futuro o no?

—Perdone. Continúe, por favor.

—Gracias. —El tono de voz de la vidente llevaba una pizca de suspicacia. No estaba acostumbrada a que la desafiasen de forma tan directa—. La senda que elijas no tiene importancia, querida, porque siempre llegarás al mismo punto de destino. Todos los caminos conducen de nuevo a lo que para ti es el hogar. Bajo la luz de una luna insomne, ese muchacho estará contigo siempre.

Beth volvió a elevar una ceja. «Se le ha ido la pinza —pensó—. Esta vieja cacatúa está completamente chocha.»

—¿Qué quiere decir eso, exactamente? —preguntó, ya ansiosa de acabar de una vez con todas aquellas tonterías. Pero en vez de contestar, la mujer vestida de negro de repente sufrió un ligero sobresalto, como si alguien le hubiera pinchado el culo con un alfiler.

—Hay alguien en la puerta —susurró.

—¿Cómo?

Antes de que la mujer pudiera responder, se oyó un fuerte golpe en la puerta de la caravana.

—Es para ti, Beth —dijo Annabel en voz baja.

—¿Perdone?

—Por lo que parece, la bruja malvada ha dado contigo. Deberías contestar a la puerta.

Beth sintió que la envolvía un manto de pánico.

—¿Ha venido mi madrastra? Annabel asintió con la cabeza.

—Ha venido para llevarte a casa.

—Oh, no. Le he prometido a JD que iba a esperarlo. ¿No podríamos fingir que no estamos?

Por encima del estruendo de la lluvia sonaron tres golpes más en la puerta, propinados por un puño. Seguidamente, Beth oyó la voz que siempre le había puesto los pelos de punta.

—¡Beth! ¡Por Dios, sé que estás ahí dentro! Te he visto por la ventana. Vas a venirte conmigo a casa ahora mismo. Espera a que te ponga la mano encima, maldita…

Beth se puso de pie y fue hacia la puerta, preparándose para la agresión física y mental que estaba a punto de sufrir por parte de su iracunda madrastra.

Al alargar la mano para asir la manilla, una acción que sin ninguna duda iba a

iniciar el torrente de malos tratos, oyó que Annabel hacía un último comentario en voz baja:

—Beth, tienes las manos manchadas de sangre.

Fue una frase de lo más extraño, incluso viniendo de aquella vidente, pero obtuvo la reacción deseada. Beth se miró las manos. No había sangre. Así que las miró por el otro lado. Ni una sola gota.

Se volvió para mirar con expresión interrogante a aquella mujer tan extraña y desagradable.

—No la veo —dijo.

—Pero la verás, querida. La verás.



Nueve

JD y Casper caminaron trabajosamente por espacio de veinte minutos bajo la lluvia torrencial hasta que por fin llegaron a casa. La vivienda alquilada en la que vivían con su madre, María, una casa pequeña situada en una ruidosa hilera de edificios de dos plantas, se encontraba en el barrio de la prostitución de Santa Mondega. Ello se debía a dos razones. La primera, que era lo único que podían permitirse pagar. La segunda, que su madre era prostituta. Por fama y por oficio. JD lo sabía, aunque Casper no tenía ni idea. A lo mejor un día llegaba a enterarse y ello le dejaba graves cicatrices psicológicas, pero por el momento ese día parecía estar todavía muy lejos.

JD nunca había expresado la menor desaprobación por el oficio de su madre. Desde el momento en que comprendió a qué se dedicaba para ganarse la vida, también comprendió los motivos. No era una ocupación que hubiera escogido ella misma. María era una madre soltera que intentaba mantener a dos hijos que estaban en edad de crecer. El padre de JD se largó de casa siendo éste muy pequeño, sin dar siquiera una explicación medio decente. Poco después mejoraron las cosas, cuando su madre se puso a vivir con otro hombre, uno que se apellidaba Russo, el padre de Casper, pero ése también se largó demasiado pronto. Volvió con su ex mujer, de la cual tenía otro hijo, un niño que se llamaba Toro y que tenía una edad parecida a la de JD. Todavía vivían no muy lejos de allí.

La puerta principal de la casa estaba escondida en una callejuela oscura, y para llegar hasta ella normalmente hubieran tenido que pasar por delante de una serie de furcias, chulos y camellos que vendían droga. No les daba miedo porque todo el mundo sabía quiénes eran: eran los hijos de María, y casi todos los que andaban por aquel callejón trabajaban con, detrás, debajo o encima de su madre en una u otra ocasión. Aunque, la verdad, eran gente maja. Pero esta noche, con el viento y la tromba de agua que estaba cayendo, no se veía ni un alma, así que llegaron a la entrada de su casa sin pasar por la habitual sesión de saludos.

JD giró la llave en la cerradura y empujó la puerta para que Casper pudiera entrar corriendo. Se bajó la capucha de su gabán nuevo y se la dejó sobre los hombros, y luego entró también. Al pisar el pequeño recibidor, reparó en que la moqueta roja ya estaba manchada de barro, culpa, sin duda, de varios clientes que habrían acudido antes. Sin embargo, no fue aquello lo que llamó la atención de los dos hermanos,

porque lo que se encontraron en el interior fue una carnicería. Al instante, Casper se sintió angustiado y confuso. JD no necesitó más que una ojeada general para tomar una decisión rápida en beneficio de su hermano pequeño.

—Casper, sal de aquí —le ordenó en un tono autoritario poco característico de él.

La casa no era grande, de modo que no tardarían en hallar más signos de la matanza que había tenido lugar en ella, fuera la que fuese, por eso JD quiso quitar a Casper de en medio antes de que su mirada inocente se posara en algo que pudiera provocarle pesadillas. Ya en aquellos momentos la mirada del propio JD estaba captando señales cada vez más perturbadoras. Y Casper estaba profundamente desconcertado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

JD cogió la cabeza de su hermano con las manos y la volvió hacia él.

—Escucha atentamente —le dijo—. Quiero que te vayas corriendo a casa de tu padre. Cuando llegues, dile que ha sucedido una cosa y que tiene que venir aquí inmediatamente. Pero tú quédate allí con Toro, ¿entendido? No vuelvas aquí, sólo tienes que decir a tu padre que venga. Me parece que nos han robado.

—¿Y tú? —Al pequeño se le notaba en la voz el miedo que amenazaba con dominarle.

—Por mí no te preocupes, ¿vale? Voy a ayudar a mamá a limpiar todo esto.

—¿Dónde está mamá?

—Seguramente habrá ido a la comisaría de policía. ¡Casper! ¡Mírame!

El pequeño tenía la mirada momentáneamente fija en la pared que tenía JD a la espalda. Cuando su hermano lo llamó bruscamente, volvió a mirarlo a los ojos.

—Eso de ahí… Eso que hay en la pared… ¿es sangre?

—No, seguramente es pintura roja. Los ladrones suelen dejar brochazos rojos en las casas que roban, para saber que ya no tienen que volver.

—Quiero quedarme aquí contigo. —A Casper ya le temblaba el labio, y tragó saliva.

—Ya lo sé, peque, pero tienes que irte. Ya iré a buscarte más tarde. Siempre voy a buscarte, ¿no? Ya sé que siempre me retraso, pero al final termino yendo a buscarte, ¿no es verdad?

Casper tenía una expresión triste.

—No siempre.

—Bueno, pues a partir de ahora sí. Venga, date prisa. Rápido. Quiero que corras con todas tus fuerzas y que no mires atrás hasta que llegues a casa de tu padre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Casper alzó los brazos y *abrazó* a JD con fuerza. JD sabía que su hermano estaba asustado, así que lo abrazó a su vez durante unos segundos y le acarició la gruesa mata de pelo castaño antes de hacerlo salir por la puerta.

En el recibidor empapado de sangre, a pesar del terror que lo inundaba y de lo alarmado que se sentía, JD dio gracias de que Casper hubiera visto únicamente la sangre de la pared. No se había fijado en el vampiro que estaba de pie en la cocina, a su izquierda, y que les sonreía malévolamente enseñando unos colmillos que goteaban sangre.



Diez

—Te juro que vas a lamentar haberme hecho venir hasta aquí a buscarte —rugió Olivia Jane a Beth al tiempo que la arrastraba de la melena castaña por el tortuoso sendero que llevaba a lo alto de la colina, donde se encontraba su casa. Beth se fijó en que su madrastra estaba hecha un desastre, cosa que resultaba sumamente contraria a lo normal, por no decir otra cosa. Lo achacó al viento y a la lluvia, y sin duda al hecho de que estaba tremendamente agitada.

—Pero, madre, he conocido a un chico —suplicó—. Le he prometido que me encontraría con él en el embarcadero, a la una. ¿Por qué no me dejas volver y quedarme hasta esa hora, y luego me vengo directa a casa?

—No te atrevas a contestarme, señorita. Tú te vienes a casa conmigo y no hay más que hablar. No me he pasado quince años criándote para que ahora, en el último momento, te largues y me eches a perder el plan.

La tormenta se encargó de que ambas mujeres estuvieran ya empapadas y exhaustas para cuando llegaron a la puerta de la casa. Beth llevaba el vestido blanco y azul pegado al cuerpo. Se alegró de que no hubiera nadie por allí, porque la ropa se le había vuelto casi transparente y dejaba poco a la imaginación. Su madrastra llevaba una túnica larga de color rojo que ella no le había visto nunca. Y también la tenía pegada al cuerpo como una segunda piel.

Cuando alcanzaron la puerta principal de la enorme casa, Olivia Jane extrajo una llave de gran tamaño que guardaba en el bolsillo de la túnica y la introdujo en la cerradura. Acto seguido empujó la puerta, tiró de su desesperada hijastra obligándola a entrar a trompicones y la arrojó con violencia al suelo. Beth aterrizó de bruces sobre la moqueta roja y sintió un rasponazo en la piel de la barbilla y de la nariz.

Rodó de costado y se alarmó al descubrir que tenían visita. Por la puerta que se abría a su izquierda y que daba al salón, vio un grupo de hombres y mujeres enmascarados y ataviados con túnicas largas, blancas en el caso de los hombres, rojas en el de las mujeres. Uno de los hombres, que llevaba una complicada máscara en forma de cabeza de carnero, cruzó el umbral y salió al recibidor para dirigirse a Olivia Jane.

—¿Así que ésta es la virgen destinada al sacrificio? —tronó una voz profunda

desde el otro lado de la máscara—. ¡Es muy guapa!

—No tardará en dejar de serlo.

Beth vio que se movían los labios de su madrastra y oyó su voz, pero le costó trabajo creer lo que estaba diciendo. Observó que el hombre enmascarado entregaba a Olivia Jane una pequeña daga de oro. Esta la aceptó gustosamente y miró a su aterrada hijastra con una expresión de maldad pura.

—Durante quince años he soportado tus quejas —rugió—. Durante quince años te he dado de comer, te he vestido, te he educado, he escuchado tus tonterías. Ahora ha llegado el momento de que me compenses de todo ello, de que demuestres lo que vales… y de que yo ocupe el puesto que me corresponde de Suma Sacerdotisa.

Miró al hombre enmascarado, de pie junto a ella, y se permitió esbozar una sonrisa. Él, a modo de respuesta, le dio un pellizco juguetón en el muslo.

—Adelante. Hazlo —la instó—. La hora de las brujas está a punto de finalizar.

Y como confirmación de lo que acababa de decir, comenzaron a oírse las campanadas del reloj de una iglesia lejana. Beth, tirada en el suelo, vio que en el rostro de su madrastra desaparecía la sonrisa y regresaba la expresión de maldad. Entonces habló de nuevo el hombre de la máscara:

—Rápido, Olivia Jane. Hay que sacrificarla antes de que dejen de doblar las campanas.

Beth contempló horrorizada a la mujer desaliñada, casi irreconocible, que se abalanzaba sobre ella blandiendo la afilada daga de oro, dispuesta a acabar con la vida de su hijastra.

Once

—¿Se puede saber qué coño has hecho? —solicitó saber JD.

Kione le respondió con una sonrisa tan exagerada que dejó al descubierto unas encías ensangrentadas y algunos fragmentos de cartílago que se le habían quedado entre los dientes. Las ropas marrones y raídas que llevaba se veían salpicadas de sangre y de mechones de cabello apelmazado, del cual había también restos visibles debajo de sus largas uñas. Estaba apoyado contra la encimera de la cocina, con un aire insufrible de satisfacción y contento, justamente lo contrario de lo que sentía tras el reciente encuentro con JD.

—Deberías haberme matado cuando tuviste oportunidad —se burló—. Mira lo que acabas de perder ahora.

Indicó con un gesto algo que tenía a su izquierda, en el interior de la cocina. Aunque JD sabía que estaba a punto de ver algo horrendo, penetró en la estancia y miró detrás de la puerta para ver qué estaba señalando el vampiro.

Entonces vomitó. Al notar el líquido caliente que le ascendía por dentro del cuerpo y le llegaba a la boca, se dobló sobre sí mismo y escupió sobre las baldosas blancas de la cocina.

Kione rompió a reír. Estalló en carcajadas.

María, la madre de JD, yacía en el suelo en medio de un charco de color escarlata, con un tremendo agujero en el cuello del que manaba sangre a una velocidad alarmante. No estaba muerta, pero era evidente que se encontraba en estado de shock porque tenía la mirada fija en el techo y movía la boca débilmente, como si luchara por inhalar aire. La blusa blanca estaba teñida de rojo, y tenía la minifalda levantada a la fuerza hasta la cintura. Resultaba demasiado obvio que había sido violada de todas las maneras posibles por la perversa criatura que ocupaba la cocina. Aunque JD no deseaba en lo más mínimo conocer los detalles precisos, era evidente que su madre había sufrido indescriptibles torturas físicas, sexuales y psicológicas a manos de aquella bestia. Así lo indicaban las señales físicas, y la expresión que mostraba su rostro lo atormentaría hasta el final de sus días, quedaría grabada en su memoria como una inscripción hecha en piedra. Su reacción instintiva fue la de correr a su lado. Era justo lo que esperaba Kione, de modo que en un abrir y cerrar de ojos lo lanzó de un empellón hacia atrás, contra los armarios que forraban la pared, y

lo aprisionó contra ellos para impedir que tocase a su madre.

—¿Ves lo que consigues? — siseó el vampiro —. Si tú me jodes a mí, yo jodo a tu madre. Y cuando haya terminado contigo y con la furcia de tu madre, de postre, pienso ir a por tu hermanito. ¿Qué te parece eso… espantapájaros?

El vampiro tenía los largos y huesudos dedos de su mano izquierda cerrados en torno al cuello de JD, lo que bloqueaba el aire de los pulmones. Con la otra mano sujetaba el brazo izquierdo del joven contra la encimera de la cocina, para que no pudiera empujarlo a él. JD, frenético, llevó la mano derecha hacia atrás con la esperanza de encontrar algo que le sirviera de arma en el tablero que se le estaba clavando en la espalda. Palpó la superficie a ciegas buscando los cuchillos de cocina que tan a menudo empleaba su madre para guisar. Nunca estaban demasiado accesibles, por si acaso a Casper le daba por cogerlos y se hacía daño.

Kione apretó con más fuerza, y luego otro poco más, observando con satisfacción cómo empezaba a perder color la cara de su joven adversario. Entonces se inclinó sobre él, ansioso de morder aquella carne blanca del cuello.

Pero en el momento en que el vampiro abría la mandíbula todo lo que ésta daba de sí y se preparaba para atacar una de las abultadas venas de su víctima, de repente se vio asaltado por un dolor insoportable. Kione ya había experimentado dolores intensos en otras ocasiones, pero éste era el peor que había conocido. Lanzó un alarido de sorpresa y confusión. La mano derecha de JD había agarrado un afilado cuchillo de picar que yacía oculto detrás de una antigua y oxidada tostadora cromada. Con una brutal estocada, logró clavarlo hasta el fondo del ojo izquierdo de Kione. Justo por el centro de la pupila. Sangre en todas direcciones, y a continuación el repugnante sonido de algo que revienta. El ojo izquierdo del vampiro había sido arrancado de su órbita en el movimiento de retirar la hoja, a la cual permaneció ahora firmemente adherido, todavía con un fragmento del seccionado nervio óptico colgando de un lado.

Aullando de dolor, el vampiro soltó el cuello de JD y retrocedió tambaleándose. Visiblemente trastornado, su rostro mostraba una expresión atormentada de profunda estupefacción. Sus piernas se parecían a las de una cría de jirafa que estuviera intentando dar sus primeros pasos, porque se le doblaban a causa del esfuerzo que le costaba sostenerse en pie. Chilló una vez más, igual que un niño pequeño al que de pronto le negaran su juguete preferido. Con una mano se apretaba el tremendo agujero en el que antes estaba el ojo, intentando en vano contener el flujo de sangre que se le filtraba entre los dedos.

JD no pudo aprovechar de inmediato el momento de debilidad del chupasangre, porque estaba doblado sobre sí mismo intentando desesperadamente recuperar el resuello. Necesitó tres o cuatro inspiraciones profundas para abrir la tráquea lo suficiente y aspirar una bocanada de oxígeno que le llenase los pulmones de golpe. Acto seguido se incorporó y miró primero a Kione y luego el cuchillo que empuñaba

en la mano.

No tenía tiempo para formular un plan complejo, pero fue el instinto el que tomó las riendas de la situación. Cogió el globo ocular prendido en la punta del cuchillo, lo arrancó de allí y lo arrojó al suelo. Y antes de que pudiera rebotar o alejarse rodando, le propinó un pisotón que lo despachurró contra las baldosas. Seguidamente, blandiendo el cuchillo frente a sí, se preparó para otra posible arremetida del vampiro, que estaba chillando de forma histérica y armando un tremendo estropicio dando bandazos a un lado y al otro, volcando o haciendo añicos todo aquello que no estuviera atornillado.

Aquélla no era una situación a la que estuviera acostumbrado aquel joven de dieciséis años. Jamás en su vida había empuñado un cuchillo de manera agresiva. Jamás había apuñalado a nadie. Nunca le había sacado un ojo a nadie ni lo había aplastado contra el suelo. Pero claro, tampoco se había enfrentado en su propia casa a un vampiro que acabara de violar a su madre y de devorar grandes pedazos de su carne.

Kione se volvió hacia él, preparándose para atacar de nuevo, aunque ya le quedaba mucho menos valor para luchar. Aquel puñetero chaval ya le había vencido dos veces, y la segundad que tenía en sí mismo estaba esfumándose rápidamente. Como reacción, JD le arrojó el cuchillo al estilo de los lanzadores de cuchillos de los circos. Cogió la hoja por la punta, la levantó por encima del hombro y la lanzó con el mango por delante. El arma giró una vez en el aire antes de incrustarse en el ojo que le quedaba al vampiro. De nuevo brotó la sangre, y Kione dejó escapar un agudo alarido de furia, terror y desesperación al tiempo que su mundo se volvía totalmente negro en un instante. Lo siguiente que percibió fue que su cabeza chocaba contra el suelo de la cocina al desplomarse de espaldas, y seguidamente la rodilla de JD haciendo presión contra su pecho, a fin de impedirle que se pusiera de pie. Al final, sufrió la desagradable agitación que le sobrevino cuando oyó el asqueroso reventón que indicaba que también su ojo derecho había sido arrancado de su órbita.

La siguiente sensación fugaz que experimentó fue un salvaje puñetazo en la cabeza que lo dejó inconsciente. Una sensación a la que no tardaría en acostumbrarse.



Doce

Desde su posición de sometimiento tirada en la moqueta roja del recibidor, Beth levantó las manos para defenderse, al tiempo que giraba la cabeza y cerraba los ojos. La campana del reloj de la iglesia continuaba sonando en el pueblo, y se oía por encima del estruendo del viento y de la lluvia. La joven, que ya venía de aguantar una noche que había sido una verdadera montaña rusa, volvía a encontrarse en una vía de bajada. Chilló a pleno pulmón al sentir cómo se hundía el filo de la daga de oro a través de la suave piel de su mejilla derecha, cortando la carne a su paso, hasta que notó que la punta de la misma le arañaba los dientes. La hoja le desgarró siete centímetros de la cara antes de retroceder, cuando estaba justo a punto de *alcanzar* la comisura de la boca. Beth abrió los ojos, pero los tenía llenos de lágrimas de dolor, de manera que le fue casi imposible distinguir dónde se encontraba el puñal. Agitando las manos con desesperación, abrigó la esperanza de hacer presa en el brazo de su madrastra antes de que ésta la acuchillase de nuevo.

Vio el destello que emitió el oro cuando la daga se abatió por segunda vez sobre su cara, y de forma instintiva se valió del brazo derecho para intentar desviarla. Al mismo tiempo, y en gran parte de modo casual, logró asirse a la túnica roja que llevaba puesta su madrastra. Entonces tiró de ella con todas sus fuerzas y sintió que, a resultas de dicho tirón, la otra perdía el equilibrio. Olivia Jane cayó de bruces sobre su aterrorizada hijastra, y el forcejeo entre ambas terminó por fin. La campana de la iglesia dejó de sonar, y durante unos instantes lo único que se oyó fue el repiqueteo de la lluvia en el exterior. Entonces, el líder de la secta, el individuo alto y tocado con una máscara de carnero, habló en nombre de los miembros de su clan, que se habían apiñado detrás de él en el recibidor para contemplar el sacrificio.

—¡Olivia Jane! —entonó solemnemente en medio del repentino silencio—. ¿Te encuentras bien?

La aludida, muy despacio, se levantó con movimientos lentos y torpes del cuerpo de su hijastra y quedó tendida de espaldas sobre la moqueta roja. Ya no volvió a moverse. Tenía la daga de oro alojada a un costado del cuello, de cuya herida rezumaba un hilo de sangre que le caía sobre el hombro y se le perdía entre el pelo. A su lado, Beth, presa del pánico y con la cara llena de sangre, miraba fijamente a aquellos enmascarados adoradores del diablo que ocupaban su casa. Le bastó un solo vistazo más a la forma ensangrentada y agonizante de su madrastra; con una

velocidad nacida del terror más puro, se incorporó de un salto y salió disparada por la puerta, que había quedado parcialmente abierta durante todo aquel calvario. Una vez más se internó en la lluvia, cubierta por la sangre de su madrastra y también por la suya propia, que manaba de la horrible herida que le habían hecho en la cara. Su único pensamiento fue el de dirigirse hacia el embarcadero, esperando hallar consuelo en los brazos de JD, la única persona del mundo de la que creía poder fiarse.

El hombre de la túnica blanca que le había entregado la daga de oro a Olivia Jane fue hasta la puerta y se asomó por ella, y vio a la angustiada joven corriendo colina abajo en dirección al mar. Entonces se quitó la máscara y la estrujó entre las manos. Sus facciones hoscas y propias de un individuo de mediana edad estaban contraídas en un gesto de frustración cuando se volvió hacia los otros doce miembros del clan.

—Bien, será mejor que limpiéis este estropicio —dijo en tono autoritario—. Yo voy a tener que ir a arrestar a esa chica.



Trece

En la cocina manchada de plastones de sangre y de vómito, JD se agachó para asistir a su madre, que yacía en el suelo rota y desmadejada. La copiosa cantidad de sangre que la cubría resultaba terriblemente inquietante, pero decidió no pensar en ello. Se agachó en cuclillas a su lado y la incorporó a medias, con la espalda apoyada en uno de los armarios de abajo. Después, con suavidad, le retiró de los ojos varios mechones de pelo manchados de sangre que se le habían secado y adherido a la cara. María volvió los ojos para mirarlo, y en ellos vio JD la conmoción y el sufrimiento que la abrumaban. Sabía que su estado era grave —la sangre y el tremendo agujero del cuello lo dejaban bien patente—, pero la confirmación la encontró en las pupilas dilatadas y en las inspiraciones cortas y jadeantes que hacía. Normalmente, su madre nunca dejaba ver su sufrimiento, ya fuera físico o emocional, pero éste era un sufrimiento que no podía ocultar. Estaba agonizando y era consciente de ello, y JD iba comprendiéndolo poco a poco, e intentaba aceptarlo. Le resultó casi imposible encontrar algo que decir que fuera significativo o que por lo menos sirviera de consuelo. No quedaba tiempo para pensar en algo apropiado que decir; era una ocasión para que su aturdido cerebro desconectara y permitiera que tomase los mandos el piloto automático.

—No te mueras, mamá. No te mueras, por favor. ¿Qué voy a hacer yo? ¿Qué va a hacer Casper?

A JD se le quebró la voz. Era la última vez que iba a hablar con su madre, la única persona fija que había habido en su vida. Y, sin embargo, sabía que tenía que procurar no pensar en sí mismo. Ella estaba muriéndose y necesitaba consuelo en aquellos últimos momentos.

Su madre levantó la vista hacia él, todavía luchando por respirar. Se hacía obvio que apenas lograba verlo ni reconocerlo; era su voz lo que le estaba proporcionando consuelo en su hora final.

—Hijo —jadeó—. Mátame.

—Estás en estado de shock —musitó JD, acariciándole el cabello—. Voy a llamar a una ambulancia.

—Es demasiado tarde. Mátame.

—Mamá, no pienso…

—¡MÁTAME! —De pronto su voz adquirió un tono diferente. Aquello no era un ruego, sino una orden. Y la voz era la de un vampiro. Uno de los no muertos. Porque aquello era en lo que se estaba transformando. Se le encogieron las pupilas y arremetió contra su trémulo hijo dejando ver un par nuevo de colmillos de un blanco reluciente que le asomaban entre los labios.

JD, sorprendido, retrocedió de un salto y cayó de espaldas.

—¿Pero qué…?

—¡MÁTAME! —rugió su madre de nuevo. En aquel momento su cuerpo y su alma pertenecían a los no muertos, pero su corazón seguía estando con su hijo, al menos durante un breve espacio de tiempo.

—No puedo matarte. No seas tonta.

—Si… no me… matas… ahora —boqueó—, me transformaré en… uno de ellos. —Señaló la figura inconsciente de Kione, que yacía derrumbado en el otro extremo de la cocina. Su voz cobró más fuerza—. En una criatura del mal. Y te mataré… a ti y a tu hermano. No me obligues a eso. Ya noto cómo me invade la sed de sangre. Por favor, mátame. Rápido, antes de que sea demasiado tarde.

JD se puso de pie y negó con la cabeza.

—No puedo. Es una locura. No puedo matarte. Pero si eres mi madre, por amor de D…

De repente, con una velocidad vertiginosa, María se levantó del suelo y saltó sobre él, buscando con sus colmillos la blanda carne de su cuello. Pero, gracias a su rápida capacidad de reacción, JD consiguió eludir el ataque sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo. Acto seguido, haciendo uso de toda su fuerza, la arrojó contra los armarios superiores que pendían sobre el fregadero, a su espalda. Su madre se golpeó la cabeza con una de las puertas y se desmoronó en el suelo a los pies de él.

—Oh, Dios, mamá, lo siento mucho. No era mi intención. —Se agachó y le levantó la cabeza del suelo—. ¿Estás…? Joder. No. ¡NO!

La idea de que su madre ya estaba muerta fue como recibir el golpe de un martillo en la espalda. Tenía el rostro casi irreconocible, la piel blanca y pegajosa, las venas azuladas y cercanas a la superficie, los ojos ennegrecidos, los dientes puntiagudos y afilados como cuchillos. De pronto JD sintió que lo recorría un escalofrío y le soltó la cabeza. Una vez más lo invadió una sensación de náusea, y se tapó la boca para no vomitar de nuevo… aunque la verdad era que ya no le quedaba nada que expulsar en el estómago.

Tras pasar unos instantes más contemplando el cadáver de la que antes había sido su madre, permitió que el piloto automático volviera a hacerse cargo de la situación. «Cierra la mente —se ordenó a sí mismo—. No pienses en lo que estás a punto de hacer, hazlo sin más. Es necesario, bien lo sabes.»

Moviéndose como si estuviera en trance, salió de la cocina y se encaminó hacia la escalera para subir al dormitorio de su madre. Ella tenía una pistola guardada en un cajón de la mesilla de noche, por si acaso a alguno de sus clientes le daba por saltarse los límites de la decencia que ella imponía en todas las visitas, aunque había que reconocer que dichos límites eran más bien liberales. Hubo veces en las que alguno de sus clientes menos habituales se puso demasiado violento durante la sesión o exigió que se le devolviera el dinero porque no había quedado satisfecho (cosa que invariablemente era culpa de ellos). María sacó la pistola en unas cuantas ocasiones, pero nunca la disparó.

Nada más entrar en la habitación, JD fue engullido por un hedor espantoso, y de nuevo sintió náuseas al ver las mantas ensangrentadas de la cama que ocupaba el centro de la estancia. Pasaron por su mente imágenes de su madre sufriendo en aquella habitación, en manos de Kione, y al instante desvió la vista de la cama y se dirigió hacia la mesilla de noche que había junto a la cama. Abrió el primer cajón, apartó unas cuantas prendas de ropa interior y descubrió el revólver plateado que había pertenecido a su madre. Como nunca había tenido necesidad de dispararlo, todavía estaba nuevo y reluciente. Respiró hondo, lo tomó, lo miró bien, abrió el cilindro para ver si tenía balas dentro. Había seis, todas intactas. «Ésta es la pistola que voy a utilizar para matar a mi madre.»

Era una idea repugnante. Le provocó arcadas, pero una vez más no consiguió vomitar nada. Tenía el estómago vacío y las tripas encogidas. «No puedo hacer esto.» Entonces, por primera vez, reparó en un objeto que había encima de la mesilla.

Una botella de bourbon.

Volvió a cerrar el cilindro del revólver y depositó éste sobre la cama, al lado de un charco de sangre casi seca, y a continuación tomó la botella. Estaba llena, sin abrir. Contempló fijamente el líquido que contenía: uniforme, traslúcido, de un color castaño dorado. ¿De verdad le serviría aquella bebida para quitar hierro a lo que estaba a punto de hacer? Al fin y al cabo, no era más que bourbon. Una bebida alcohólica que pegaba uno poco fuerte. ¿Le proporcionaría respuestas? ¿O fuerza? Sólo había un modo de averiguarlo.

El tapón estaba enroscado muy fuerte, y le temblaban tanto las manos que tuvo que emplearse a fondo para abrirlo. Por fin, después de recurrir al último resquicio de energía que quedaba en un cuerpo que parecía vacío del todo, logró que el tapón se aflojara y cayera al suelo.

—Que Dios me perdone por lo que voy a hacer —susurró con voz audible, sosteniendo la botella en alto como si estuviese hablándole al Señor. Seguidamente se acercó la boquilla a los labios y bebió el primero sorbo.

Le supo a rayos.

Así que bebió otro trago más. Aún tenía el estómago revuelto, y se le hacía difícil

impedir que la bilis le subiera de nuevo a la garganta. «Sólo hay una manera de retenerla ahí dentro —se dijo—. Echarle más líquido encima.» Así que bebió un poco más. Cada trago le iba sabiendo menos malo que el anterior, pero por muchos tragos que tomara, seguía sin decidirse a coger la pistola y regresar al piso de abajo.

Así que continuó bebiendo.

Pronto la sensación de náusea fue difuminándose, y la adrenalina empezó a apoderarse de su cuerpo. Gradualmente, el alcohol le calmó los nervios. Notó cómo iba llenando aquel vacío que sentía dentro. En su estómago comenzó a tomar cuerpo una sensación nueva, una furia rabiosa, a medida que fue calando la idea de lo que había sucedido y se fue haciendo más clara la realidad de lo que había que hacer. La situación ya no la controlaba el piloto automático, ni tampoco JD; el poder lo tenía otra cosa: la sed de sangre. No era la misma sed que experimenta un vampiro, en este caso no se trataba de un deseo imperioso de matar para comer ni por deporte. En este caso se trataba del deseo imperioso de matar para sentirse vivo.

Casi sin darse cuenta, de pronto vio que en la botella sólo quedaba un trago de bourbon. Lo miró largamente, luego hizo una inspiración profunda y se lo echó al gaznate. La sed de sangre se apoderó de él por completo. Arqueó los hombros hacia atrás y curvó la boca en una sonrisa burlona. Hinchó el pecho y volvió la vista hacia la pistola que había dejado encima de la cama. El hecho de mirarla le trajo a la mente otra visión instantánea de la maldad que se había desplegado en aquella habitación, y dicha imagen ralentizó un poco el torrente de adrenalina. De pronto el dormitorio se volvió borroso y el revólver que descansaba sobre la cama perdió nitidez. «Va a ser mejor que termine con esto de una vez, antes de que sea demasiado tarde», se dijo.

Haciendo uso de todas sus fuerzas, arrojó la botella de bourbon contra la pared, donde se hizo añicos con un fuerte estrépito y lanzando trozos de vidrio en todas direcciones.

Produjo un ruido lo bastante fuerte como para despertar a los muertos, y en este caso los despertó. JD oyó que se removía uno de los dos vampiros que estaban abajo, en la cocina. Respiró hondo por última vez, cogió el revólver y salió del dormitorio para dirigirse a las escaleras.

Cuando llegó abajo, vio el cuerpo aún desmayado de Kione, derrumbado en un rincón de la cocina. Estaba apoyado contra los armarios situados cerca del fregadero y miraba a JD con gesto inexpresivo desde los dos agujeros negros en los que antes había tenido los ojos, pero seguía inconsciente. La muerte todavía no había ido a buscarlo, porque se apreciaban las pequeñas nubes de vapor que continuaban saliendo de sus labios al ritmo del aire que expelían sus destrozados pulmones.

En el otro extremo de la cocina, fuera del ángulo visual de JD, se encontraba el vampiro que anteriormente había sido su madre. Se había incorporado y andaba buscando carne de la que alimentarse. JD apenas reconoció a la mujer que pasó

despacio por encima de Kione y apareció en su campo visual. Aún tenía el rostro manchado de sangre, y las venas azuladas del mismo comenzaban a sobresalir. María necesitaba probar sangre humana por primera vez. Viendo en su hijo únicamente una víctima potencial, esbozó una ancha sonrisa sedienta de sangre y arremetió contra él con la mirada enloquecida por el ansia de morderlo.

JD, inmóvil al pie de las escaleras, en aquel momento se esforzaba por conservar el control en su estado de ebriedad, incluso con la furia rabiosa que lo quemaba por dentro. Alzó muy despacio la pistola que empuñaba en la mano derecha y apuntó con ella al vampiro que venía corriendo hacia él. La mano le había empezado a temblar de forma casi incontrolable, y las piernas que lo habían llevado hasta allí se estaban volviendo como de gelatina. Hasta tomar puntería le costaba trabajo, pero cuando llegó la oportunidad definitiva de hacer fuego, la aprovechó. En el mismísimo segundo en que el monstruo estaba a punto de alcanzarlo, cerró los ojos y apretó el gatillo.

¡BANG!

El estruendo reverberó por toda la casa. Fue mucho más fuerte de lo que él habría podido imaginar, y vino seguido de un eco que dio la impresión de no ir a acabarse nunca. Varios segundos después, cuando el ruido pareció atenuarse un poco hasta convertirse en un mero silbido en los oídos, abrió de nuevo los ojos. El cuerpo de su madre yacía de espaldas en el umbral de la cocina, despidiendo una columna de humo que surgía del tremendo agujero del pecho por el que había penetrado la bala. El corazón estaba partido en dos. El humo iba abandonando su cuerpo y deshaciéndose en la nada, llevándose el alma consigo.

A JD ya no le temblaba la mano, ahora asía el revólver con firmeza, y por primera vez experimentó una sensación de humedad en la cara. Era la sangre de su madre, que le había salpicado encima en el momento en que la bala perforó la carne. María yacía muerta a sus pies. Se habían llevado su alma, y la de él se había perdido mientras tanto. Había una ventana en la cocina que se había abierto de golpe sin que se supiera cómo y por la que habían huido ambos espíritus para desaparecer en la noche.

Dio dos pasos hacia el cadáver de su madre y lo contempló por espacio de unos instantes. Los ojos ennegrecidos resultaban irreconocibles en medio de aquel rostro ensangrentado. Aquel ser ya no era su madre, y él ya no era JD, el joven inocente y amante de la diversión que muy poco antes se había enamorado de Beth. Apuntó a aquel cuerpo sin vida con el revólver plateado y, con mano firme como una roca, disparó las balas que quedaban a la cara y al pecho. Acertó en el blanco con gran precisión, para tratarse de un joven que había bebido tanto.

Una vez que quedó vacía la recámara de la pistola, se la guardó en la parte de atrás del pantalón y se cubrió la cabeza con la capucha del gabán. Gracias a Kione, había aprendido una lección muy valiosa. Cuando se tiene la oportunidad de matar a

alguien, no hay que dejarla pasar, porque podría darse la vuelta y morderte. Primero mata, ya te preocuparás más tarde.

Mientras contemplaba cómo el destrozado cadáver de su madre se convertía en cenizas en el suelo, se le empezó a acumular la rabia. Si los hombres que había habido en la vida de su madre no la hubieran abandonado, era muy posible que no hubiera sucedido esto. Ahora iba a tener que dirigirse a la casa de uno de dichos hombres y explicar a su hermano pequeño que ya no iba a ver a su madre nunca más. No era justo. Las cosas malas le ocurrían a la gente buena, y eso no era justo. Casper y él no se merecían aquello.

El dolor que sentía JD en el corazón era insoportable. Lo único que lo había amortiguado un poco hasta aquel momento fue la descarga de adrenalina que le produjo el hecho de infligir sufrimiento a otros seres humanos.



Catorce

Toro no estaba contento precisamente. Tenía escasa tolerancia con su medio hermano, en el mejor de los casos. Casper era corto y no tenía gran cosa que ofrecer en lo que a conversaciones interesantes se refería, únicamente comentarios infantiles. Sí, Toro entendía que el chico no estaba del todo bien de la cabeza. En el fondo le daba lástima, pero había ocasiones, como ésta, en las que no podía evitar pensar que el muy cabrón lo tenía bien merecido.

Los padres de Toro se habían separado temporalmente muchos años atrás, y durante dicha separación, Russo, su padre, había estado viviendo una temporada con una puta. La puta se quedó embarazada y el resultado fue Casper. Un retrasado mental hijo de una furcia. El padre de Toro siempre sospechó que la puta, María, lo había engañado con lo del embarazo, y la dejó tirada al poco de nacer el niño. Por desgracia para él, la ley estaba de parte de María, de manera que, tras hacerse una prueba de paternidad, tuvo que empezar a pagarle una pensión de manutención todas las semanas, e incluso de vez en cuando hacer de canguro de aquel error llamado Casper.

Y ésta era una de dichas ocasiones. Ni Russo ni su hijo Toro, de quince años de edad, tenían paciencia para aguantar a Casper, con aquel carácter tan excitable y aquellos momentos de hiperactividad. Estaban sentados en el cuarto de estar, delante del agradable fuego de la chimenea y disfrutando de una partida de ajedrez. Los dos llevaban puestos pijamas gemelos y batines de color granate, preparados para acostarse, así que cualquiera que los interrumpiese sería mal recibido. Sobre todo si el que interrumpía era alguien tan exasperante como Casper.

Y, sin embargo, allí estaba, sentado a su lado en su propia casa, diciendo no sé qué de que tenía que quedarse con ellos hasta que fuera a buscarlo su hermano mayor JD. Lo que decía era aún más ilógico que de costumbre, y tanto Russo como Toro estaban convencidos de que aquello tenía algo que ver con JD, al que ambos despreciaban por igual. JD era un alborotador, carecía de disciplina y con frecuencia infringía la ley saliéndose siempre con la suya, y además era un cabrón realmente duro. Incontables veces había vencido a Toro al echar un pulso, cosa que fastidiaba mucho a éste, porque era muy fuerte para su edad y nunca le había ganado nadie. JD contaba con una ligera ventaja porque era un año mayor que él, pero llegaría un día en que eso no iba a servirle de nada, y cuando llegara aquel día Toro triunfaría sobre él, echando

pulsos o en lo que fuera. Ya llegaría el día. Seguro.

Casper llegó empapado. Había venido hasta su casa luchando contra la tormenta, y ahora estaba todo tembloroso, tiritando, hablando sin parar de vampiros, paredes pintadas de rojo, Elvis y curas armados con escopetas. Lo típico de aquel pobre gilipollas.

Al cabo de unos veinte minutos, Russo y Toro consiguieron entre los dos tranquilizar al chico y sentarlo en una alfombra delante de la chimenea. Casper se quedó allí sentado, con los vaqueros y una sudadera verde, todo empapado por la lluvia, y abrazándose con fuerza las rodillas para acercarlas al pecho. O tenía escalofríos a causa de la mojadura, o era que estaba temblando de miedo por algo. Puede que fueran ambas cosas.

Russo dirigió una mirada a Toro, que se había negado en redondo a acudir a casa de María a ayudar a JD. Su hijo era una versión más joven y más atractiva de sí mismo, pero con el pelo más abundante y los dientes más blancos.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En que este crío está como una cabra. En que se supone que JD debería estar cuidando de él, pero ha decidido largarse a dar una vuelta y dejarnos al chico de paquete a nosotros. Cojonudo.

—Es lo más probable. Esa María, la muy zorra, seguro que está follándose a alguien para sacar dinero mientras JD se dedica a robar coches. Y nosotros, aquí, pringando con este jodido retrasado mental. —Russo estaba tan irritado que no se molestó lo más mínimo en disimular que no sentía absolutamente nada hacia Casper.

Toro coincidía con él.

—No sé por qué no lo echas a la calle de una patada en el culo. María dice que es hijo tuyo, pero venga, podría ser de cualquiera. Míralo bien, no se parece a ti en nada. Es demasiado enclenque y ñoño para ser uno de nosotros.

En aquel momento oyeron que llamaban con energía a la puerta de atrás. Toro le indicó a su padre con un gesto que no se moviera del sillón.

—Ya voy yo —dijo, suspirando.

Atravesó el cuarto de estar y entró en la cocina tirándose del pantalón del pijama, que llevaba pegado al culo. La puerta trasera se encontraba al fondo de la cocina, y por el cristal de la misma distinguió una figura oscura y con capucha.

—¿Quién es? —voceó desde este lado de la puerta.

—¿Está Russo en casa? —respondió una voz ronca desde afuera.

—¿Quién lo pregunta?

—Tú déjame entrar.

—¿JD? ¿Eres tú?

—¡Abre la puta puerta, vamos!

Toro reconoció vagamente la voz de JD, aunque le sonaba distinta. Poseía un tono áspero que resultaba poco característico de ella, y no precisamente amistoso. Giró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Está Russo? —preguntó la voz desde debajo de la capucha.

—¿Vienes a buscar a tu hermano? Porque nos está volviendo locos. No deja de hablar igual que un crío de dos años. —Calló unos instantes y olfateó la estela que iba dejando JD al pasar por su lado y en la cocina—. Joder, tío, ¿has bebido? ¡Hueles que apestas!

JD no hizo caso y fue derecho al cuarto de estar. Allí vio a su hermano pequeño sentado delante de la chimenea, secándose. Por una vez, Casper no le prestó ninguna atención, absorto como estaba en sus propios pensamientos. Russo se hallaba sentado en un sillón al otro lado de Casper, con cara de estar seriamente enfadado. A JD le importó un carajo.

—Russo, necesito un favor —dijo. No sonó como una petición, sino como una orden.

Russo se levantó del sillón y tensó su musculado cuerpo para una posible confrontación. Para ser un hombre de cuarenta y pocos años, se encontraba en muy buena forma física; únicamente su incipiente calvicie delataba la edad que tenía. Avanzó hacia JD rezumando agresividad en cada movimiento. Su lenguaje corporal era de lo más elocuente: no estaba de humor para aguantar más memeces, y además captó enseguida el olor a alcohol que despedía el aliento de JD.

—Se te han acabado los favores, JD. Coge a Casper y lárgate de aquí cagando leches. No se te ocurra volver a hacerme esta jugada. Tengo dos empleos, y no me queda tiempo para cuidar de tu puto hermano cada vez que a tu madre y a ti se os pone en las narices que es demasiada carga para vosotros.

—Mi hermano no es una carga.

—Es una puta carga, lo sabes perfectamente. Y yo no tengo ni tiempo ni paciencia para cuidar de él. Según lo veo yo, en general he cedido ya demasiado por ese chico en todos estos años, porque antes tu madre me daba lástima, pero los dos os estáis pasando de la raya. Ya no tengo tiempo para cuidar de un puto retrasado mental. Sácalo de aquí y no vuelvas a decirle que venga. Y eso se lo puedes decir también a la furcia de tu madre, por mí se acabó. ¿Estamos? —Dio un paso hacia JD con actitud amenazante y agregó—: Vete, llévate a tu hermano y lárgate de una puta vez. Para siempre.

Toro, que seguía en la cocina, escuchaba atentamente y con una sonrisa en la cara. Ya era hora de que su padre les cantara las cuarenta a aquellos dos gilipollas. Pero, a pesar de la provocación de Russo, JD contestó en tono tranquilo y considerado.

—No lo entiendes, Russo. Ha sucedido una cosa. Necesito que Casper se quede a vivir con vosotros una temporada. En este momento no te lo puedo explicar.

Russo empujó a JD en el pecho.

—El que no lo entiende eres tú. ¿Es que no puedes dejarnos en paz? ¿Pero qué cojones te pasa? Eres un borracho, y tu hermano un retrasado mental. Que te largues de una puta vez. Fuera.

—Russo, no lo entiendes.

—¿Qué parte de «largarte de una puta vez» no has entendido?

—¡Maldita sea! ¿Quieres escucharme un momento?

—¡He dicho que fuera! —Russo se volvió hacia Casper—. Y tú, Casper, vuelve a ponerte la puta chaqueta. Te vas a casa. —Sin embargo, el pequeño no dio señales de oírle, y continuó con la mirada fija en las llamas—. Casper. ¡Eh! ¡Eh, tú! ¡Retrasado! —Esta última palabra la pronunció de un modo que sonó especialmente humillante.

Toro, en la cocina, estaba sirviéndose un vaso de leche del frigorífico. Aquélla era una discusión en la que era mejor no participar. Aunque, a decir verdad, estaba interesante. Cuando estaba abriendo el cartón de leche para verter una cantidad en un vaso grande que aguardaba sobre la encimera, oyó la respuesta de JD. Su voz había adquirido un tono siniestro que no le conocía de antes.

—Si vuelves a llamar retrasado mental a mi hermano, te juro por Dios que te tumbo.

—¿Qué?

—Que te tumbo. Y va en serio.

—¿Me estás amenazando, mierdecilla?

Toro sonrió para sí. Si JD adoptaba un tono de amenaza al hablar a su padre, lo más seguro era que terminara llevándose la somanta de palos que tanto se merecía. Su padre llevaba años hablando de inculcarle un poco de disciplina. Sería una paliza que se habría buscado el propio JD sólito. Russo era ex boina verde y un maestro en el combate cuerpo a cuerpo. Si después de todos aquellos años decidía sacudirle una paliza a JD, iba a ser rápida y muy dolorosa.

Si JD contestó algo, desde luego Toro no le oyó. «¡Ja! —pensó—, lo más probable es que ahora mismo esté cagándose patas abajo y dando marcha atrás.» Oyó a su padre dejarle las cosas claras a JD por última vez:

—Venga, fuera de aquí. No eres bien recibido. La verdad es que no has sido bien recibido nunca, ni tu hermano tampoco.

De nuevo se oyó la voz de JD, una vez más con aquel deje áspero y siniestro.

—Casper, ponte la chaqueta. Nos vamos.

Por fin parecía haber captado el mensaje. Se acabó lo de jugar a hacerse el duro.

Toro terminó de llenar de leche el vaso y fue hasta el cubo de basura de tapa basculante que había en un rincón, para tirar el cartón. Oyó que su padre lanzaba todavía una pulla más a Casper, sólo para reventar a JD y recordarle quién mandaba.

—¡Vamos! Date prisa, por Dios, jodido retrasado mental.

Toro tiró el cartón de leche al cubo de la basura, y el ruido que hizo eclipsó el fuerte crujido procedente del cuarto de estar. Todavía estaba sonriendo para sus adentros cuando regresó a la encimera para coger el vaso de leche. Pero antes de llegar a levantarlo estuvo a punto de caerse al suelo por el empellón de Casper, que pasó junto a él corriendo como un descosido y salió por la puerta de atrás. El crío llevaba en la cara una expresión de terror, como si hubiera visto una aparición. Algo le había causado un susto de muerte, porque no hizo el menor intento de cerrar la puerta al salir ni de esperar a JD. Salió disparado y dejó la puerta abierta de par en par. Enseguida se coló una racha de viento y de lluvia.

Toro bebió un trago largo de su vaso de leche. Un instante después, la figura encapuchada de JD vino andando desde el cuarto de estar y pasó por su lado chocando deliberadamente con su brazo y haciendo que derramase parte de la leche. Todavía llevaba el rostro oculto en los pliegues de la capucha. «Gilipollas», pensó Toro mientras le decía adiós a JD con la mano y una sonrisa.

—Adiós —dijo en tono sardónico—. Hasta luego. Vuelve cuando quieras.

Para fastidio suyo, JD no hizo el menor intento de cerrar la puerta al marcharse, así que depositó la leche en la encimera y fue a cerrarla él mismo para que no siguiera entrando la lluvia ni el viento. Con la puerta cerrada, la casa quedó sumida en un silencio sepulcral. En el cuarto de estar ya no se oía nada, y Toro había esperado a medias que su padre hubiera salido detrás de JD, despotricando contra él. Después de aguardar unos segundos, lo llamó.

—¿Quieres tomar algo, papá? Ya *se* han ido. No hubo respuesta.

—¿Papá?

Nada. Toro cogió de nuevo el vaso de leche, salió de la cocina y entró en el cuarto de estar. Entonces vio una escena tan desagradable que ya no dejaría de atormentarlo hasta el fin de sus días. Sólo tenía quince años. Nunca había visto la muerte tan de cerca, pero allí la tenía. Y el protagonista era su padre. El vaso de leche se le resbaló de la mano, le rebotó en el pie y cayó al suelo.

—¡Dios santo! ¡Papá! ¡Joder, no!

Su padre yacía en el suelo tendido de espaldas. Tenía el cuello roto y la cabeza vuelta hacia un lado. La lengua le colgaba por fuera de la boca y los ojos se le habían vuelto hacia arriba, de tal modo que únicamente se les veía lo blanco.

Una vez que a Toro se le pasó la conmoción inicial de ver el cadáver de su padre lo que sintió fue cólera. El odio que había sentido desde siempre por JD le estalló igual

que un volcán en el fondo del estómago y se le esparció por todo el cuerpo. Igual que un poseso, se lanzó como una flecha contra la puerta trasera, giró la llave y abrió de un tirón. El cielo nocturno no le mostró otra cosa que un intenso aguacero y un viento huracanado que azotaba la casa. Gritó a la oscuridad para cerciorarse de que su voz llegase lo más lejos que pudiera transportarla el viento:

—¡Tú, hijo de puta! ¡Te voy a matar, JD! ¡Espera y verás!

—Luchó por reprimir las lágrimas de tristeza y de rabia que intentaban abrirse paso para desbordarse de sus ojos—. Un día, cuando creas que todo está olvidado, estaré esperándote, nenaza de mierda. Eres un muerto andante. Te voy a matar. ¡Acuérdate de lo que te digo! ¡Puede que Dios te perdone algún día, pero entonces te estaré esperando yo! ¡Jodido cabrón hijo de puta!

Como si sólo pretendiera ventilar su rabia, Toro continuó un rato aullando al viento y a la lluvia. Quería recordar aquel sentimiento, quería estar seguro de que la próxima vez que JD se cruzara en su camino iba a reaccionar como correspondía.

Matando a aquel jodido cabrón.



Quince

Regreso al futuro

El capitán Robert Swann, de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos, llevaba casi tres años internado en una prisión de máxima seguridad ubicada en el desierto, más allá del extrarradio de Santa Mondega. En todo aquel tiempo no había recibido ni una sola visita. Y lo mismo podía decirse de la mayoría de los otros reclusos. Se trataba de hombres que habían caído en el olvido, hombres cuyas vidas anteriores, en un gran número, habían sido suprimidas de todos los registros. De los cuatrocientos internos, tan sólo un puñado tendrían de nuevo la suerte de ver salir el sol siendo hombres libres. Todos aquellos presos sabían algo que no debían saber, o habían hecho algo tan horrible a alguien con quien no deberían haberse mezclado, que de hecho se encontraban en el corredor de la muerte, pero a falta de una ejecución misericordiosa que pusiera punto final a su condena.

El delito de Swann era especialmente desagradable. Era un violador en serie, y había cometido el error de perpetrar una de sus violaciones más crueles en la persona de la hija de un alto gerifalte del gobierno. Su víctima había quedado tan traumatizada por la brutalidad de la agresión, que poco después se quitó la vida. Resultó que aquello terminó beneficiando a Swann, porque con el suicidio de la joven no quedaron pruebas suficientes para proceder a un consejo de guerra formal. Y no sólo eso, además tuvo la suerte de que no lo ejecutaran en secreto por el crimen cometido. En efecto, ni siquiera lo expulsaron del servicio de manera deshonrosa; técnicamente, era todavía un oficial en servicio.

Swann tenía una cosa de su parte que lo mantenía vivo. Por eso tenía la suerte de estar cumpliendo condena en aquella prisión secreta del desierto. Era un veterano del ejército cubierto de condecoraciones, un hombre que poseía talentos tan increíblemente infrecuentes en el terreno de combate que su propio gobierno no encontraba motivos lógicos para borrarlo del mapa. Además, en cierta ocasión había salvado la vida del director de Comunicaciones de la Casa Blanca. Todo aquello fue suficiente para salvarle el cuello, pero así y todo se libró por los pelos. Swann era un soldado excepcional, valeroso y dispuesto a morir por su país; pero no era capaz de guardar su culebrita dentro de la jaula. Incluso ahora, a la edad de treinta y siete años, seguía siendo un monstruo sexual desbocado, y el hecho de llevar tanto tiempo

confinado en la cárcel había vuelto su apetito insaciable.

En las primeras horas del 17 de octubre, Swann fue despertado en su celda por dos guardias armados. Fue lo bastante inteligente para no oponer resistencia cuando lo esposaron sin contemplaciones, y a pesar de que preguntó varias veces qué estaba pasando y a pesar de que ellos no le dieron ninguna respuesta, armó escaso alboroto, simplemente porque se sentía agradecido de que durante un rato lo sacaran del tedio habitual.

Lo escoltaron por los pasillos de la prisión y lo hicieron atravesar un número aparentemente interminable de puertas de seguridad, directo al despacho del alcaide. Lo hicieron entrar de un empujón y lo obligaron a sentarse en una silla colocada frente a la mesa. Sólo había estado en aquel despacho en otra ocasión, el primer día, cuando el alcaide Gunton le dejó bien claras las normas que regían en aquella prisión.

El despacho tenía el doble del tamaño de la mierda de celda en la que había vivido durante los últimos años. Tenía estanterías en las cuatro paredes, llenas de libros y de adornos y algún que otro cuadro para tapar los huecos. Entre las dos ventanas que se abrían en la pared colgaba un retrato de gran tamaño de Gunton, cabello gris y piel correosa, un detalle que precisamente subrayaba lo engreído que era. En dicho retrato llevaba puesto un elegante traje de color gris, cosa que no sorprendería a cualquiera que lo conociese. El alcaide tenía diez trajes, todos idénticos, todos grises, todos aburridos. Sin embargo, aquello describía a la perfección su forma de ser.

El único detalle curioso de aquella oscura mañana era que el alcaide no se hallaba sentado en la silla que había detrás de la mesa, como Swann habría esperado. En ella se sentaba otro individuo. No era un tipo pequeñajo y estilo comadreja como el alcaide, sino un hombretón grande y de hombros anchos que podría haber pasado por portero de discoteca. El mismo traje gris que el alcaide, rostro diferente. Aura diferente. Este hombre era de piel clara, tenía la cabeza totalmente afeitada y llevaba los ojos ocultos tras unas gafas de sol. «Está claro que las gafas son pura exhibición, porque es de noche —pensó Swann—. ¿O será que es ciego? Mmm. No es muy probable.»

Los dos guardias que habían escoltado a Swann se despidieron de aquel hombre con sendas inclinaciones de cabeza y se marcharon por la puerta por la que habían entrado. El hombre miró fijamente a Swann a través de sus gafas oscuras sin que su semblante delatara la más mínima expresión. El preso se dijo que a lo mejor aquel tipo estaba admirando el hecho de que él tuviera la cabeza totalmente cubierta de pelo, porque aunque la llevaba rasurada por los lados, en la coronilla lucía una gruesa mata de cabello castaño. ¿Sería que aquel tipo le tenía envidia? Seguramente no, aunque era posible. Transcurrieron casi treinta segundos sin que hablase ninguno de los dos. Fue Swann el que rompió el silencio.

—Vale, me rindo. ¿Qué? —dijo, mirando por la ventana para subrayar que no le

daba ningún miedo la mirada intimidatoria del hombre que tenía enfrente.

—¿Quiere librarse de esas esposas? —preguntó el otro.

—Claro. ¿Por qué no?

—Ponga las manos en la mesa.

Era una orden, y a Swann no le gustaba recibir órdenes de una persona a la que no conocía. Sin embargo, en aquel momento seguía siendo un interno, y era muy posible que aquel tipo resultara ser un alto mando del Servicio Secreto o de alguna organización parecida, de modo que siguió la corriente y puso las manos encima de la mesa. El gorila alargó una mano y le agarró de la muñeca. Tenía el pulso muy firme. Rápidamente le giró las palmas hacia abajo dentro de las esposas y, con un movimiento fluido durante el cual en realidad no dio la sensación de hacer gran cosa, abrió los grilletes por tres sitios y le liberó las muñecas.

Swann estaba impresionado. Aquello había sido de lo más limpio, de ello no cabía la menor duda. Así y todo, no permitió que su expresión delatara nada y se reclinó en la silla sin siquiera dar las gracias.

—¿Quiere salir de este lugar? —preguntó el hombre que estaba sentado en la silla del alcaide.

—Me llamo Robert Swann, ya que no me lo ha preguntado.

—Ya sé quién es usted, gracias.

—Y en cambio no se ha tomado la molestia de presentarse. Una descortesía, si quiere mi opinión. El otro sonrió.

—Puede llamarme señor E.

—¿Como en *Mistery Man?*

—No. Como en señor E.

—De acuerdo, no se… despeine.

El señor E esbozó una sonrisa. Swann percibía que aquel tipo admiraba su actitud. Y no le faltaba razón. Swann tenía exactamente el aire de tío arrogante, hijoputa y «a mí no me hables así» que estaba buscando el señor E.

—He dispuesto que le concedan el indulto total, señor Swann.

—Gracias. Supongo que en ese caso ya puedo marcharme —respondió Swann levantándose del asiento.

—No. No puede. Siéntese. Ir de listo le llevará hasta aquí, pero no se pase. No tiene gracia, y usted no tiene doce años, de modo que déjelo.

Swann volvió a sentarse. Misión cumplida. Ya había cabreado bastante a aquel tipo. Ahora tocaba escuchar, a ver cuál era el acuerdo que le ofrecían.

—Muy bien. Cuénteme —dijo, frotándose las manos de placer en previsión de lo

que podía caerle.

—Necesito un individuo con los huevos bien puestos que trabaje para mí de incógnito. Un trabajo duro. Con peligro de muerte.

—¿De incógnito? ¿Dónde?

—En Santa Mondega.

—Que le jodan. —La reacción de Swann fue instintiva.

—Espere un momento. Este trabajo tiene una característica un poco distinta. El agente de incógnito se infiltrará en una banda de vampiros disfrazado como uno de ellos.

—¡Que le jodan otra vez, cabrón hijo de puta! ¿Tengo pinta de ser un gilipollas?

—Sí. Pero no me está escuchando. Este trabajo no es tan desagradable como parece. Déjeme acabar. —El señor E mantuvo una expresión calmada ante los insultos y la actitud en general negativa de Robert Swann—. Ha regresado a Santa Mondega un monje de Hubal trayendo consigo el Ojo de la Luna, y quiero que usted lo encuentre a él y al Ojo.

Swann seguía sin escuchar del todo. Aquella misión era para un idiota, y él no era un idiota.

—¿Y cómo coño voy yo a hacerme pasar por un jodido vampiro? —preguntó.

—No hará nada de eso. Para empezar, sólo quiero que encuentre a la persona que trabajará de incógnito como vampiro. Hemos fabricado un suero que permite que un mortal se mueva entre los no muertos sin que ninguno se dé cuenta de que no es uno de ellos. Necesito la habilidad que posee usted como interrogador y su experiencia en misiones de incógnito para que entrene a dicha persona, con el fin de que no acabe muerta en los cinco primeros minutos.

Swann exhaló un suspiro de alivio para sus adentros. De manera que por lo menos no esperaban que fuera él el nuevo agente de incógnito que iba a palmarla enseguida.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en tono suspicaz.

—Eso no necesita saberlo.

—¿Pero es oficial? ¿Viene de las puñeteras altas esferas, o algo así?

—¿Cómo, si no, iba a estar yo aquí, hablando con usted? ¿Y de dónde cree que salen los indultos?

—Aja. Pero un trabajo como éste sólo lo aceptaría un total y absoluto imbécil descerebrado. Y perdone que se lo diga, pero no creo conocer a ninguno que esté dispuesto a aceptarlo.

—Exacto —replicó el señor E—. No lo conoce. Todavía. Pero existe.

Swann sacudió la cabeza en un gesto negativo. Creía conocer a todos los miembros de las Fuerzas Especiales que poseían destreza y valor suficientes para llevar a cabo misiones de alto nivel, y ésta daba la impresión de ser la misión de más nivel de una breve lista de misiones de alto nivel. Así que tenía que tratarse de alguien nuevo. Alguien que hubiera subido rápidamente por el escalafón durante los años que él llevaba fuera de la circulación.

—Continúe —dijo, ahora sonriendo—. Ilústreme. ¿Quién es el tío que tiene los huevos bien puestos y que es capaz de infiltrarse en una banda de vampiros y fingir ser uno de ellos, armado únicamente con un suero y un poco de maquillaje blanco? Tengo que saberlo. Y aunque fuera lo bastante valiente y tonto para llevar a cabo esa misión, ¿cuál es el incentivo, exactamente? ¿Cuánto van a pagar a ese kamikaze?

—¿Que cuánto vamos a pagarle? ¡Ja! —El señor E se enderezó nuevamente en su asiento y se inclinó sobre la mesa mirando a Swann con una sonrisa—. No, ese tipo va a hacerlo gratis.

Swann ya estaba empezando a sospechar que aquello era alguna especie de broma. Tal vez fuera a sus expensas, pero continuó con el juego de todos modos.

—Dios, sí que debe de ser un auténtico imbécil. En fin, ¿cómo se llama?

El señor E deslizó sobre la mesa un sobre de color marrón. El recluso lo tomó. Pesaba razonablemente poco, lo cual sugería que los datos de que disponían acerca de aquel hombre misterioso eran bastante limitados. Abrió la solapa y extrajo una foto en blanco y negro de trece centímetros por veinte de un individuo vestido con un disfraz de Terminator. La depositó en la mesa y a continuación sacó el resto de lo que había en el sobre, que no era más que unos cuantos folios escritos a máquina que contenían los datos personales del hombre de la foto. Swann no tardó mucho en examinar aquella información y en darse cuenta de que aquel payaso carecía de formación militar o policial. Extrajo el último papel, que llevaba el encabezamiento de «Detalles de la Misión». Aquél también lo examinó, y al momento comprendió que aquella pantomima entrañaba escaso peligro para él. El señor E le había dicho la verdad: el que se arriesgaba era el otro.

—¿Pero qué cojones es esto? ¿Quién coño es Dante Vittori? ¿Y por qué es éste el hombre que busca?

El señor E sorprendió a Swann permitiéndose una leve risita. La calva y las gafas de sol daban la impresión de que no tenía mucho sentido del humor.

—Lo cierto es que este hombre está más que cualificado. En primer lugar, está enterado de la existencia de vampiros en Santa Mondega, de modo que no hay problemas de una posible ruptura de la confidencialidad, porque ya los ha visto en acción con sus propios ojos.

—Muy bien. —Swann sonó tan poco convencido como estaba.

—Y en segundo lugar, además de ser un imbécil total, nuestras investigaciones

demuestran que carece casi totalmente de miedo, aunque sólo sea porque es demasiado lerdo para comprender que corre peligro. —Calló unos instantes—. En tercer lugar, cuenta con un incentivo. Tengo en mi poder la cinta de un vídeo tomado por el departamento de policía de Santa Mondega. Es una sucinta reconstrucción del tiroteo que tuvo lugar en un bar llamado Tapioca durante el eclipse del año pasado, empleando actores. El dueño del bar, Sánchez, fue testigo presencial y proporcionó un relato de los hechos tal como sucedieron, y después se compiló ese vídeo a fin de intentar dar con los culpables. En la filmación se ve a Dante Vittori disfrazado de Terminator, disparando por todo el local en compañía de un monje ataviado de Cobra Kai y del famoso asesino en serie Kid Bourbon. Lo más probable es que los tres vayan a la silla eléctrica, si es que los cogemos vivos. Vea.

El señor E se dio la vuelta y apuntó con un mando a distancia al televisor portátil del alcaide, que estaba colocado en un rincón del despacho, sobre una mesa auxiliar. La pantalla se encendió con un chisporroteo y al cabo de unos segundos la imagen se hizo más clara, y Robert Swann se dio cuenta de que lo que estaba viendo era probablemente una reconstrucción bastante exacta de la masacre del eclipse sucedida en el Tapioca. El señor E comenzó a narrar la acción señalando el televisor. Se estaba viendo una escena filmada en el interior del bar. Había varios maniquíes esparcidos por el suelo, que representaban el tremendo número de cadáveres que quedaron a la vista cuando finalizó el eclipse y regresó la luz del día.

—Al fondo de la escena, aquí —señaló—, puede ver que, al terminar el eclipse, Dante Vittori, disfrazado de Terminator, sale corriendo del cuarto de baño y se suma a la acción. —El señor E detuvo un momento la cinta—. Ahora va a ver que hay un monje de Hubal… aquí está… apuntando con un arma a Kid Bourbon, y que en el suelo hay una joven… ésta… que apenas sigue viva.

Swann estaba fascinado. Era un verdadero privilegio poder ver siquiera un breve fotograma de aquellas imágenes tan emocionantes. Desde que lo metieron en prisión, había tenido suerte de ver algo de televisión siquiera, y lo que había visto era apto para toda la familia. El señor E continuó pasando el vídeo al tiempo que proseguía con la narración.

—Ahora verá que nuestro hombre, Vittori, en lugar de apuntar con la escopeta a Kid Bourbon, que acaba de matar como a cien personas, la gira hacia la nuca del monje. Esta es la primera prueba que tenemos de que es idiota. A continuación, el monje habla de algo con nuestro hombre y después huye por una entrada trasera. Aquí viene la segunda prueba de que el tal Dante Vittori es un verdadero cabezahueca. En lugar de matar a Kid Bourbon, acto seguido apunta con el arma a la chica agonizante que está tendida en el suelo. Kid se une a él, y entre los dos la cosen a balazos.

Los dos hombres observaron las imágenes en silencio por espacio de unos instantes, hasta que el señor E volvió a comentar lo que pasaba en la cinta.

—Después de eso, la cosa se vuelve un tanto increíble. El dueño del bar, Sánchez, que se supone que es… ése… el que va disfrazado de Batman, salta por encima de la barra y se lía a hostias con Kid Bourbon en una pelea, hasta que Kid sale huyendo como un cobarde.

—¿En serio?

—Sí, pero esa parte no se la cree nadie. Por lo visto, el tal Sánchez jura que es verdad, y se negó a colaborar con el vídeo a menos que se mantuviera esta secuencia.

—Gilipollas.

—Sí.

—Entonces, ¿qué ocurrió al final con el tal Dante Vittori después del tiroteo?

—Pues que escapó, y seguramente piensa que nadie sabe que tomó parte en esto. Pero estuvo en el bar con esta tía. —El señor E deslizó sobre la mesa un primer plano de diez centímetros por quince sacado de la foto de pasaporte de una joven muy guapa de pelo castaño oscuro—. Se llama Kacy Fellangi, y nuestro Dante es capaz de hacer lo que sea por ella. De modo que lo único que tenemos que hacer es encontrar a Dante, encontrar a su novia, ¡y premio! Ya tenemos a nuestro vampiro de incógnito.

Swann seguía sin estar convencido. Y tampoco creía que fuera a terminar de convencerse.

—Ya, ya. Pero si este tipo es tan idiota, los vampiros le calarán enseguida, ¿no?

—Sí, hay muchas posibilidades de que suceda eso, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Usted sólo tiene que encontrarme a Dante Vittori y Kacy Fellangi. Una vez que le hagamos una oferta que no podrá rechazar y le demos a entender que su novia lo pasará mal si no hace lo que le pedimos, lo tendremos enrolado.

—De acuerdo. ¿Tiene alguna idea de por dónde voy a empezar a buscarlo?

—En realidad no va a resultarle muy difícil. Tengo un equipo de vigilancia que lleva ya un tiempo siguiéndole la pista, esperando a que asome la cabeza por encima del parapeto y aparezca en nuestro radar. —Hizo una breve pausa y luego preguntó —: ¿Sabe por qué he llegado a la conclusión de que es un completo idiota?

Swann advirtió que el señor E estaba poniendo más énfasis del necesario en el hecho de que Dante era un imbécil. Si ya había quedado claro, ¿a qué seguir insistiendo?

—¿Por qué? —respondió en tono escéptico, intrigado a pesar de todo por saber qué estaba a punto de revelarle su futuro jefe.

—Sabemos que Kacy y él se fueron de Santa Mondega justo después del eclipse. Y pensamos que se trasladaron a Florida, lo cual constituye una maniobra muy sensata cuando uno sabe que Santa Mondega está plagado de seres no muertos. Hasta ahí, bien. ¿Pero sabe una cosa? Hace dos días llamó al Hotel Internacional de Santa Mondega y reservó la suite nupcial para una semana, a finales de este mes.

—¿Está de coña?

—No. Resulta que está pensando en casarse con la tal Kacy y ha decidido darle una sorpresa pasando la luna de miel en Santa Mondega.

Swann negó con la cabeza.

—Es un jodido perdedor.

—Lo mismo he pensado yo.

Los dos hombres por fin compartieron una sonrisa. Después de todo, habían llegado a un entendimiento. El señor E sabía que Swann era lo bastante inteligente para deducir lo que era necesario hacer a partir de aquel punto, y le proporcionó una pizca más de información.

—En esos expedientes figura la dirección en la que, no me cabe la menor duda, residen actualmente Vittori y Fellangi. La hemos rastreado a partir de la tarjeta de crédito de Vitton. Ahora quiero que usted vaya allí a verlos. Una vez que los tenga a bordo, le explica a Vittori cuál es su misión.

En vez de estudiar el papel sacado del sobre marrón en el que figuraban los detalles de la misión, Swann tomó la foto de Kacy y la miró más detenidamente.

—Así que ésta es la chica, ¿eh? —preguntó, sabiendo perfectamente bien de quién se trataba.

Volvió la vista hacia el señor E.

—Y usted querrá que los dos mueran una vez que se haya llevado a cabo la misión, ¿no?

—No recuerdo haber dicho eso.

—Pero es la verdad, ¿a que sí?

—Sí. Sí, así es.

—Lástima —dijo Swann chasqueando la lengua—. Yo iba a disfrutar mucho tirándome a esta pajarita.

El señor E se levantó de la mesa y dio la espalda a Swann; prefería centrar la mirada en el retrato del alcaide que colgaba entre las dos ventanas.

—Pues tíresela antes de matarla —dijo sin emoción—. O… mátela… y después se la tira. A mí me da lo mismo. Usted cerciórese de que los dos mueran al finalizar la misión. Haya tenido éxito o no. —A continuación se sacó un sobrecito blanco del bolsillo interior de su traje gris y se lo tendió a Swann—. Éste es el indulto. Con fecha de hoy y firmado por el presidente. No lo pierda… estas cosas no resultan fáciles de conseguir.

Swann lo cogió, lo metió en el sobre marrón junto con la foto de la chica, los detalles de la misión y los datos de Vittori y se puso en pie con la intención de marcharse.

—Pierda cuidado, jefe. —Alzó una ceja y sonrió para sus adentros—. Considérelo hecho. Todo.



Dieciséis

No era ningún secreto que a Dante no le gustaban los videntes. Y, sin embargo, allí estaba otra vez, sentado a una mesa redonda delante de una vieja loca, con su despampanante Kacy al lado.

Esta vez, el local tampoco tenía nada de especial. Se encontraban los tres dentro de una carpa, si bien bastante espaciosa, pero poco le faltaba para ser el más miserable de los numerosos garitos de videntes que habían visitado. Para ser justos, la carpa era una de las muchas que encuentra uno en el emplazamiento de un circo, así que no cabía esperar gran cosa de ella. El nombre de la vidente en cuestión era «Madame Sangría». Se trataba de una anciana ataviada con un vestido negro e informe, el pelo recogido por un pañuelo rojo, enormes e historiados pendientes de oro en las orejas y por lo menos cinco collares de abalorios multicolores que le colgaban sobre el pecho.

Hoy era el quinto «aniversario» de Dante y Kacy, y Dante había prometido a su chica que le tenía reservada una gran sorpresa. Kacy sabía muy bien que no iban a ir a cenar a ningún restaurante caro. Si aquél hubiera sido el caso, sin duda Dante habría insistido en que ella se pusiera algo más apropiado que los vaqueros azules y la sudadera floja y gris que había escogido para aquel día. Y probablemente él también habría hecho un esfuerzo, en lugar de ponerse unos vaqueros raídos y una camiseta blanca sucia que llevaba estampada una foto de Foghorn Leghorn.

Dado que Kacy conocía mejor que nadie cómo pensaba Dante, estaba plenamente preparada para que la tal gran sorpresa fuera una cagada. «Y esto es una cagada», se dijo. Anteriormente habían acudido a muchos videntes porque a ella le gustaba todo aquel rollo, pero ello no quería decir que quisiera ir a ver a otro más, a modo de regalo especial para celebrar los cinco años que llevaban juntos. Lo único que la consolaba era que sabía que Dante probablemente había pasado semanas devanándose los sesos hasta que se le ocurrió la idea. De modo que, agradecida por el hecho de que su chico por lo menos hubiera dedicado un poco de tiempo a pensar, se sentía feliz, más o menos. Al fin y al cabo, podía ser que Dante no fuera especialmente listo, pero la verdad era que tenía muy buen corazón, así que aunque lo que él creía que era una muestra de genio creativo —llevarla a ver a otro vidente más— fuera en realidad una torpeza total, no le importó. Lo importante era que la amaba lo suficiente para hacer aquel esfuerzo.

Dante había pagado veinte dólares a Madame Sangría para que le leyera las cartas

del tarot a Kacy. La vidente había esparcido las cartas sobre la mesa redonda que tenía delante. Se trataba de una mesa de pequeño tamaño cubierta por un mantel a cuadros blancos y rojos. Tras colocar las cartas alineadas y boca abajo, fue dándoles las vuelta de una en una. En el intento de crear cierto suspense, realizó dicha operación sin decir nada; dejó que las cartas hablaran por sí solas.

Carta Uno: Los Amantes

CartaDos: El Loco

Carta Tres: El As de Copas

Carta Cuatro: El Diablo

Carta Cinco: La Muerte

Y Carta Seis:…

Cuando Kacy vio la sexta carta, se le subió el corazón a la garganta. Aquélla no era una carta normal del tarot, era especial No había ninguna parecida en todas las barajas del tarot que existían en el mundo. No llevaba ningún dibujo, tan sólo un texto escrito que decía lo siguiente:

Kacy, te quiero con todo mi corazón. ¿ Quieres casarte conmigo?

Se volvió hacia Dante, e inmediatamente lo cogió de la mano para tranquilizarse. Dante la había dejado sin respiración. El hombre al que amaba, aquel que todos sabían que era más que corto y que sólo tenía una neurona en el cerebro, la había tomado completamente por sorpresa. Era toda suya.

—Sí—musitó al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Yo también te quiero, tontorrón.

—Genial —contestó Dante inclinándose hacia ella y besándola de lleno en los labios—. Ahora, vámonos de aquí a emborracharnos.

—Por supuesto.

Dante le guiñó un ojo a la anciana echadora de cartas sentada al otro lado de la mesa, murmuró un «Gracias» en voz baja y salió de la carpa llevando a Kacy de la mano. Una vez que ambos estuvieron de nuevo fuera, al aire libre, la atrajo hacia sus brazos y la besó más apasionadamente que nunca. Kacy no deseaba soltarse de él. Le latía el corazón como si se le quisiera salir del pecho, tal era la felicidad que sentía.

—Voy a hacerte muy feliz —susurró al oído de su flamante prometido.

—Ya me has hecho feliz —le susurró él a su vez—. Has dicho sí.

De pronto los interrumpió una tercera voz, una voz de hombre.

—Dante Vittori, está usted detenido.

Como frase sorprendente donde las haya, ésta consiguió que Dante y Kacy bajaran de nuevo a la tierra en un segundo. Dante expresó en voz alta lo que estaban pensando ambos:

—¡Hay que joderse!

De pie ante ellos había dos tipos fornidos trajeados de negro, con corbata negra y gafas de sol muy oscuras. Dante se separó de Kacy y se encaró con los dos.

—A ver, ¿qué es lo que he hecho?

Por detrás de los dos tipos había numerosas familias y gente de la feria ataviada con atuendos estrafalarios que deambulaban por el recinto, ajenos a la apurada situación de Dante, ya que había un centenar de cosas que llamaban su atención, como casetas donde probar la puntería y tiovivos. Dos hombres de traje hablando con una pareja joven y de pinta un tanto descuidada era algo que no figuraba precisamente en los primeros puestos de la lista de cosas que ver y que hacer de cualquiera.

El individuo que había hablado primero, un tipo grande, bigotudo y que tenía un aire árabe, enseñó y a continuación abrió una cartera que contenía una tarjeta de identidad con una foto. No les dio tiempo a Dante y a Kacy para que leyeran lo que ponía en dicha tarjeta, y volvió a guardársela enseguida.

—Soy el agente especial Báez, y éste es el agente especial Johnson —dijo indicando a su compañero—. Se les busca en relación con una serie de asesinatos perpetrados en Santa Mondega. Por su bien, les conviene acompañarnos de buen grado. Si oponen resistencia, nos veremos obligados a emplear con ustedes la fuerza que resulte necesaria. No me pongan a prueba.

En eso, Madame Sangría sacó la cabeza por la entrada de la carpa para ver qué estaba pasando.

Dante le dirigió una mirada glacial.

—Menuda vidente de pacotilla es usted —se quejó—. Devuélvame mis veinte dólares, vieja inútil. La anciana le dijo con una sonrisa:

—O sea que la carta del loco se refería a ti, ¿no?

—No necesariamente —replicó Dante volviéndose de nuevo para mirar de frente la elegante figura del agente Báez—. Mire eso de ahí. —Señaló un punto situado en el cielo, detrás del agente.

—No voy a caer en ese truco tan viejo —suspiró Báez sacudiendo la cabeza en un gesto negativo.

—Pues ya ha caído —dijo Dante.

El agente especial Báez puso cara de confusión durante quizás una décima de segundo, que fue el tiempo que necesitó Dante para arremeter contra él y atizarle un cabezazo en la cara. Se oyó un fuerte crujido cuando al otro se le partió la nariz, seguido del ruido sordo de la patada que le propinó en las pelotas. Cuando el agente se dobló sobre sí mismo sangrando por la nariz, Dante lo agarró de la nuca y le lanzó un rodillazo a la cara. Báez se desmoronó en el suelo y empezó a vomitar, en el desesperado intento de sujetarse el estómago y de obligar a sus pelotas a que volvieran del sitio en que se las había puesto Vittori.

Dante se volvió en redondo, preparado para lidiar con el otro agente, pero éste ya se le había adelantado. En cuanto vio que Dante atacaba a su colega, Johnson sacó un arma del interior de la chaqueta y apuntó a la cabeza de Kacy.

—Un solo movimiento más, amigo, y tu novia va a pasarlo muy mal —le advirtió.

Dante retrocedió. Aquélla era una pelea que no podía ganar.

—Vale, tú ganas, gilipollas —dijo con rencor.

De repente apareció detrás de Dante un tercer individuo. Antes de que Kacy pudiera avisarle, el recién llegado (que casualmente era el agente especial Robert Swann) había dejado inconsciente al joven de un golpe rápido asestado en la nuca.

—Está claro que éste es nuestro hombre —dijo contemplando la forma desmadejada e inmóvil de Dante. Luego volvió la vista hacia Kacy y sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué tal, nena? La verdad es que estás como un queso, ya lo creo que sí.

Diecisiete

Dante y Kacy habían tenido un trayecto sumamente desagradable en la parte de atrás de una furgoneta de seguridad. Los dos habían sufrido la indignidad de que les esposaran las manos a la espalda y les cubrieran la cabeza con un saco negro atado al cuello. Cuando la furgoneta se detuvo por fin, los jóvenes amantes fueron sacados de la misma y separados el uno del otro. Dante no tenía idea de qué había sido de Kacy, y su bienestar era lo primero que ocupaba su pensamiento cuando, después de lo que se le antojó una caminata interminable guiado al menos por un agente, le retiraron el saco de la cabeza.

Miró en derredor y descubrió que estaba sentado frente a una mesa, en un elegante despacho de forma ovalada. No había ventanas, pero la moqueta azul, el blanco luminoso de las paredes y el bello mobiliario de caoba le dieron la impresión de que aquél era el despacho o la sala de reuniones de alguien que ganaba mucho dinero. Dicha persona, muy probablemente, era el individuo que estaba sentado enfrente de él. Un individuo de cráneo liso, traje elegante y gafas de sol, el señor E.

—¿Esto es la Casa Blanca? —preguntó Dante.

—Sí, así es —respondió el señor E con el rostro inexpresivo—. Y yo soy el verdadero presidente de Estados Unidos. El que usted ha visto en televisión no es más que un actor.

Dante no estaba convencido del todo.

—¿Es cierto? —preguntó con cautela.

—No. —El señor E negó con la cabeza. El tal Dante Vittori no le decepcionó. Hacía honor a su fama: el perfecto cabeza de turco—. ¿Se le ocurre por qué se encuentra aquí?

Dante se encogió de hombros.

—¿Tiene algo que ver con la venta de vídeos pirata?

El señor E se frotó la frente con la mano izquierda. No tardó mucho en darse cuenta de que conversar con Dante iba a resultar frustrante; desde luego, ya estaba empezando a irritarlo el hecho de estar sentado frente a un individuo de inteligencia tan escasa. El señor E se enorgullecía de su aguda capacidad mental, y no deseaba que se ensuciase.

De pie detrás de Dante se encontraba Robert Swann. El señor E le hizo una seña con la otra mano. De inmediato, Swann torció la cabeza de Dante un poco hacia la izquierda para que viera un gigantesco televisor de plasma que había en la pared. Acto seguido, pulsó un botón del mando a distancia que tenía en la mano y ladró una orden:

—Observe esto. Sin duda le servirá para comprender la difícil situación en que se encuentra.

Dante vio la reconstrucción en vídeo de lo sucedido en el Tapioca durante el eclipse y después del mismo. El actor que lo representaba a él no se le parecía en absoluto, pero al ver y rememorar los hechos sonrió y afirmó para sí con la cabeza, aprobando la habilidad que mostraba aquel tipo con la pistola. El actor fue muy eficaz en la tarea de hacerle un sinfín de agujeros en el cuerpo a Jessica, la reina de los vampiros.

—Es genial, ¿a que sí? —dijo Dante sonriendo con satisfacción cuando finalizó la película.

—No tanto —replicó el señor E moviendo negativamente la cabeza—. Eso va a llevarlo a la silla eléctrica, amigo. Ahí hay un centenar de cadáveres. Hasta ahora no se ha juzgado a ninguno de los asesinos, y mucho menos se los ha condenado por los crímenes cometidos.

Dante, descubriendo la oportunidad que se le presentaba para fastidiar, la asió con ambas manos.

—Pues a mí no me parecen cadáveres. Me parecen más bien maniquíes. No creo que matar un maniquí sea un crimen, ¿no?

El señor E lanzó un suspiro de frustración. No se daba cuenta de que Dante estaba tirándole de la cuerda.

—Es una reconstrucción, idiota. Los maniquíes han sido colocados en la escena para ilustrar los hechos. No íbamos a utilizar cadáveres de verdad, ¿no le parece?

—Uno de ellos se parece a Kim Cattrall.

—Por Dios, ¿este tío es auténtico? —preguntó el señor E mirando a Swann en busca de apoyo.

—Se está cachondeando de nosotros —sugirió Swann desde su sitio, detrás de Dante—. Yo diría que quiere ir a la silla. Si quiere que le diga mi opinión, esos chistes de mierda que hace son una prueba de culpabilidad. Seguro que mató él a toda esa gente, y no sólo a la chica agonizante. Es fácil que lo juzguen también por todos los otros muertos.

Dante reconoció que se había acabado lo de hacer chistes.

—Oigan, yo no los maté a todos. Fue ese pirado de la capucha. Debió de disparar como doscientos tiros en dos minutos. Yo sólo disparé al vampiro psicópata que

estaba tirado en el suelo. Además, es imposible asesinar a alguien que ya está muerto, y todo el mundo sabe que los vampiros ya están muertos.

Swann dio una palmadita a Dante en el hombro.

—Puede ser, amigo, pero no hay pruebas que demuestren que no fuiste tú el que mató a varias de las otras víctimas, ¿verdad? Y no hemos descartado la posibilidad de que estuvieras actuando como cómplice de Kid Bourbon.

—Pues —contestó Dante al tiempo que apartaba la mano de Swann y se volvía para fulminarlo con la mirada— yo creo que el vídeo que acabáis de enseñarme demuestra con toda claridad que yo estaba en el cuarto de baño con el candelabro y el profesor Ciruela. Si eso es todo lo que tenéis en mi contra, me largo ya de aquí, gracias.

El señor E dirigió una mirada a Swann. Ambos intercambiaron una expresión que Dante no alcanzó a ver, y que decía: «Está claro que es nuestro hombre. Tiene huevos.»

—Dante —dijo el señor E poniendo una sonrisa todo lo encantadora que le fue posible—, ¿qué le parecería trabajar de incógnito para el gobierno de Estados Unidos, en una misión secreta que sólo usted es capaz de llevar a cabo?

Dante dejó de mirar a Swann con agresividad y se volvió hacia el señor E. Durante unos instantes guardó silencio, como si estuviera reflexionando intensamente.

—No, gracias. Tengo que irme a casa.

—Perdone, pero no va a irse a casa. Por lo menos durante una temporada. Lo espera la cárcel y luego la silla eléctrica, o también puede llevar a cabo la misión que le proponemos y obtener el perdón total del presidente.

—¿Perdón?

—Exacto, el perdón.

—No, lo que quiero decir es: «Perdón, no le he oído bien.» Estoy sordo del oído derecho.

—Oh, disculpe. —El señor E habló como si lo sintiera de verdad—. Lo que he dicho es que…

—Ya sé lo que ha dicho. No estoy sordo en serio, idiota.

El sentido del humor que tenía Dante no servía de nada con un tipo como el señor E. Lo dejó desconcertado, por no decir algo peor.

—Escuche, joven. ¿Su respuesta es «sí» o qué?

—¿Mi respuesta a qué?

—¿Acepta llevar a cabo esta misión y trabajar de incógnito para el gobierno?

—¿En qué consiste la misión? ¿En buscarle a usted una peluca nueva?

El señor E suspiró otra vez más, incapaz de disimular su fastidio, no tanto por aquel comentario en sí como por la pueril intención que llevaba detrás. Así y todo, empezó a hablar, despacio y con un cuidado exagerado:

—Queremos que se haga pasar por vampiro y se infiltre en una despiadada banda de no muertos que opera en Santa Mondega. Estamos convencidos de que es posible que tengan en su poder el Ojo de la Luna. Tenemos motivos para creer que el joven monje de Hubal llamado Peto, que se encontraba con usted en el Tapioca durante el eclipse, ha regresado a Santa Mondega trayendo consigo el Ojo y está utilizando los poderes de dicha piedra para ocultarse entre los vampiros.

—¿Y por qué cojones iba a querer él hacer algo así?

—Está buscando a Kid Bourbon. El año pasado Kid mató a todos los monjes de Hubal, con la excepción de Peto Solomon, el joven monje que conoció usted. Este escapó con el Ojo y está planeando cobrarse venganza de Kid Bourbon de alguna manera. Y aunque eso no representaría gran cosa, nosotros necesitamos conseguir esa piedra, porque es muy probable que si Peto y Kid se encuentran el uno con el otro Kid termine haciéndose con ella, y no podemos permitir que ocurra tal cosa.

—¿Por qué no?

—Es demasiado complicado de explicar a una persona como usted, señor Vittori. Usted mézclese con los vampiros, encuentre a Peto, encuentre la piedra y tráiganosla. Sospecho que si Peto está disfrazándose de vampiro y lo ve a usted, se le acercará. Técnicamente, usted es lo más parecido a un amigo que tiene en esa ciudad dejada de la mano de Dios. Cuando nos haya entregado el monje y la piedra, o únicamente la piedra, usted y su novia podrán irse con total libertad.

Dante lanzó una carcajada que duró menos de dos segundos, hasta que advirtió, por la expresión del señor E, que éste estaba hablando completamente en serio.

—Debe de pensar que soy un verdadero imbécil —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. El señor E y Swann intercambiaron otra breve mirada. Dante se reclinó en el asiento y cruzó la pierna derecha por encima de la izquierda—. No pienso hacerlo por nada del mundo. Búsquese a otro gilipollas —añadió.

—No. No existe esa posibilidad —respondió Swann—. Si no aceptas la misión, créeme, yo mismo me encargaré personalmente de que tú y tu novia lo paséis pero que muy mal. Piensa en lo peor que podría sucederos, y te aseguro que, aun así, ni siquiera se acerca a lo que yo os tengo preparado.

—No sé, yo soy capaz de imaginar cosas bastante horribles —replicó Dante con indiferencia.

—¿Como cuáles?

—Pues en cierta ocasión me tragué tres películas de Nicholas Cage en un solo día. Eso sí que fue duro.

—Muy gracioso. Esto será peor de lo que seas capaz de imaginar.

Dante soltó una exclamación ahogada.

—¿Una sesión triple de Chris Tucker? A Swann se le agotó la paciencia.

—Imagínate a tu chica en manos de varios de mis hombres, y aun así todavía no te acercarás siquiera. Otro comentario graciosillo por tu parte, y daré la orden incluso aunque hayas dicho que sí a la misión que te estamos ofreciendo.

—Vale, vale. Ya me lo has dejado claro. Acepto. Joder, tío, podrías tener un poco de sentido del humor, ¿no?

Swann volvió a apoyar la mano en el hombro de Dante y apretó hasta que a éste le resultó un poco incómoda.

—Puede que, después de todo, este tío no sea tan corto —dijo elevando las cejas.

El señor E afirmó con un gesto.

—Llévatelo y empieza a inyectarle el suero. Le vendrá bien disponer de unos días para ir acostumbrándose a los efectos antes de que lo metamos en harina.



Dieciocho

En el despacho que tenía el profesor Cromwell en el museo, el teléfono que descansaba sobre el escritorio antiguo de madera sonó solamente una vez antes de que él lo cogiera. Estaba esperando que sonara, y no pudo reprimir el ansia por contestar. La pantalla del aparato indicaba que la llamada procedía de la recepción, y como conocía hasta el menor detalle de lo que sucedía en su museo, supo que al otro extremo de la línea estaba Susan Fraser.

—Hola, Susan.

—Hola, señor Cromwell. Tengo aquí un caballero que desea verle. El señor Solomon.

—Excelente. Gracias, Susan. Lo estaba esperando. ¿Te importaría mandar a alguien que lo acompañe hasta mi despacho, por favor?

—Por supuesto, señor. Enseguida se lo mando.

—Gracias otra vez. Adiós.

Hacía mucho que no se emocionaba tanto con la llegada de una visita. Según parecía, venía de camino hacia su despacho el ultimo monje superviviente de Hubal. El día anterior había recibido una llamada inesperada de aquel monje, en la que le solicitaba robarle unos minutos de su tiempo. Accedió a dicha solicitud de inmediato. Había cosas de las que podía enterarse por medio de aquella persona, y sin duda él tenía a su vez cierta información que quizá podría compartir con su visitante.

Transcurridos un par de minutos, llamaron a la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo, intrigado por ver qué iba a traerle aquel encuentro.

Quien abrió la puerta fue un guardia de seguridad, el cual, cumplidamente, hizo pasar a un joven de complexión menuda y después volvió a cerrar. El monje de Hubal recorrió con la mirada el despacho de Cromwell y se maravilló al ver que las dos paredes laterales se hallaban forradas desde el suelo hasta el techo por estanterías repletas de libros de tapa dura. Al cabo de unos segundos centró la mirada en el profesor, que se había levantado del enorme sillón negro de escritorio en el que estaba sentado.

—Señor Solomon —dijo con cortesía—, ¿o me permite que le llame Peto? Haga el

favor de tomar asiento.

Señaló educadamente uno de los dos sillones de cuero negro, más pequeños que el suyo, dispuestos frente a su mesa.

Tal como era su costumbre, Cromwell iba vestido con un traje carísimo y de elegancia exquisita hecho a mano, un tres piezas de color gris marengo y corte inmaculado, combinado con una camisa blanca perfectamente planchada y una corbata de seda de un tono rojo suave que resultaba tan discreta que sólo podía haber sido confeccionada a mano y a un precio exorbitante. Observó por encima de las estrechas lentes de lectura al monje, que no iba ni con mucho tan bien vestido como él.

Peto llevaba uno pantalón de combate de color negro y una chaquetilla de karate ajustada y sin mangas, también negra y con un ribete amarillo. Además lucía una gruesa mata de cabello castaño oscuro, aunque lo tenía escondido casi en su totalidad, salvo un par de centímetros, bajo un pañuelo de color rojo que se había anudado a la cabeza al estilo pirata. Aceptó la oferta de tomar asiento que le hizo Cromwell con una inclinación de cabeza y acto seguido se acercó a la mesa palmeteando con sus sandalias sobre los tablones de madera del suelo. Al llegar hasta el canoso director del museo, se quedó de pie ante él y habló por fin.

—Le agradezco de nuevo que me conceda parte de su tiempo, profesor Cromwell. Se lo agradezco de verdad.

—Al contrario —repuso el profesor tendiéndole la mano por encima de la mesa—. El placer es todo mío. Es maravilloso conocerlo.

Peto estrechó la mano del Cromwell, y ambos tomaron asiento.

—¿Sabe por qué he venido aquí? —empezó el monje.

—Haciendo una suposición, imagino que tiene que ver con los restos momificados de Ramsés Gaius.

—Muy cierto. —El monje sonrió brevemente—. Tengo entendido que la momia fue sustraída de su museo el año pasado, más o menos a la vez que todos mis hermanos de Hubal fueron asesinados por Kid Bourbon.

—Totalmente acertado. La misma noche en que llegó Kid Bourbon a su isla y asesinó a Ishmael Taos y a todos los monjes de Hubal, fue la noche en que desapareció la momia. No obstante, yo sugeriría que se equivoca en una cosa: en mi opinión, no fue sustraída. Estoy convencido de que se escapó ella.

Transcurrió una pausa durante la cual cada uno aguardó la reacción del otro. Cromwell intentaba ver si el monje le creía. Peto esperaba a ver si el profesor intentaba tomarle por tonto. Al final, los dos se avinieron a la idea de que compartían un territorio común. El primero en hablar fue Peto.

—Eso mismo sospeché yo. Entonces, ¿conoce usted la maldición de la momia?

—Naturalmente —respondió Cromwell, respirando para sus adentros un suspiro de alivio—. Sin embargo, no es algo que esperaría que se creyese nadie, salvo usted. Si se lo dijera a cualquier otra persona, sin duda alguna me habrían internado en un psiquiátrico. La verdad es que a mí también me preocupa seriamente el hecho de creer en ello. No me importa reconocer ante usted que en ocasiones yo mismo he puesto en duda mi cordura.

—Sí—se solidarizó el monje—. Comprendo lo que quiere decir, pero la última vez que vine a esta ciudad vi unos cuantos sucesos de lo más extraño. Últimamente ya no quedan muchas cosas en las que no crea.

—Estuvo aquí con ocasión del último eclipse, ¿no es así?

—Cierto.

—Mmm. El eclipse tuvo lugar justo un día después de que un antiguo empleado mío se presentara en este despacho con el Ojo de la Luna.

Cromwell rememoró el momento en que se sentó Dante Vittori en el mismo sillón en que ahora estaba sentado Peto. Durante aquel encuentro, el profesor le clavó un cuchillo en el brazo a modo de experimento, para verificar que el Ojo tenía poderes curativos. El resultado no permitió extraer conclusiones, y la única parte memorable del incidente fue que le llamaron hijo de puta por primera vez desde que terminó el colegio.

Peto se abrió un lado de la chaquetilla de karate y dejó ver una piedra azul que llevaba colgada al cuello con una cadena de plata.

—¿Se refiere a este Ojo de la Luna? —dijo, tras lo cual se apresuró a cubrirse de nuevo.

—¡Dios santo! —exclamó Cromwell. Se rebulló incómodo en su sillón de cuero, que crujió con el movimiento—. ¿De modo que Kid Bourbon no se hizo con ella entonces?

—No. La cogí yo y salí huyendo. Presentí que él vendría a buscarla. Luego, cuando descubrí unas cuantas cosas acerca de Ishmael Taos, mi fe en sus enseñanzas se tambaleó un poco. Decidí que me convenía pasar una temporada fuera de la isla. Y la verdad es que fui de lo más oportuno, porque todos mis hermanos monjes, hasta el último, incluido Taos, fueron asesinados la noche en que me marché.

—La misma en que se levantó la maldición de Ramsés Gaius.

—Exacto. Y ése es el motivo de mi visita. Quería saber si usted podía proporcionarme alguna información sobre la momia. Por lo que me han contado, es usted un hombre sumamente erudito y sabe un montón de todos los objetos que conserva en este maravilloso museo.

—Me adula. —Cromwell sonrió—. Pero no le falta razón. Luego le llevaré a que vea lo que quedó de la exposición, aunque la verdad es que no hay mucho que ver,

ya se lo advierto. Además, siento curiosidad por otra cosa. Acaba de decir que la última vez que estuvo aquí vio sucesos de lo más extraño. ¿Podría explicarse un poco más? ¿Fueron vampiros, adoradores del diablo, o qué? Estoy deseoso de saberlo. Peto hizo una inspiración profunda.

—Verá —empezó—. No creía que fuera a conocer a nadie que creyera estas cosas, pero fundamentalmente todo empezó cuando un hermano mío de Hubal, Kyle, y yo vimos una puñetera película titulada *Este muerto está muy vivo.* Al principio creímos que era una comedia un tanto disparatada, pero las cosas que vimos después me hacen sospechar que en realidad se trataba de un documental. Fuimos atacados por vampiros, y vimos a un hombre lobo estallar en pedazos por el disparo de un cazarrecompensas que afirmaba trabajar para Dios. Después apareció Kid Bourbon y se cargó a casi todos los demás durante el eclipse, aunque con un poco de ayuda por parte de un tipo que conocimos que se llamaba Dante.

—Dante Vittori. Un antiguo empleado mío, el que vino a verme el año pasado trayendo consigo el Ojo.

—¿Sí? Un tipo agradable… creo.

—Oh, desde luego. —El profesor defendió a su afable ex empleado—. Un poco tosco, quizá, pero tenía una novia encantadora que lo mantenía a raya.

Peto afirmó con la cabeza.

—Ah, sí. Estaba muy buena.

Cromwell se levantó de su asiento y fue hasta la pared de libros que tenía a la izquierda.

—Con frecuencia había sospechado que esta ciudad daba cobijo a los no muertos —comentó al tiempo que extraía un grueso volumen de tapa dura de una estantería que tenía a la altura de los ojos. Examinó la portada durante unos instantes, sopló para quitarle un poco el polvo y regresó a su mesa con él.

—Oh, están por todas partes —dijo el monje sin emoción—. Recientemente me he infiltrado en una banda de vampiros para ver si logro averiguar el paradero de Kid Bourbon.

—¿De verdad? ¿Y cómo lo ha conseguido? ¿No es más bien peligroso?

Peto se tocó el pecho.

—Esta piedra azul posee poderes maravillosos, muchos de los cuales todavía tengo que descubrir, pero tiene uno que me permite moverme entre los muertos vivientes sin ser detectado.

—Fascinante —repuso Cromwell sacudiendo la cabeza con asombro al tiempo que volvía a recostarse en su amplio sillón de cuero—. ¿Pero por qué ha decidido volver aquí para dar con Kid Bourbon? ¿Es que anda buscando venganza? Porque, teniendo en cuenta lo que dicen de ese individuo, vale más evitarlo.

—Deseo curarlo.

A Cromwell le costó trabajo creer lo que estaba oyendo.

—¿Curarlo? ¿De qué? ¿De matar gente? ¡Estoy convencido de que la cura para eso es la silla eléctrica!

—Lo crea o no —replicó el monje, incapaz durante un instante de mirar al profesor a los ojos—, la verdad es que siento cierta simpatía por ese tipo. Tuvo una infancia difícil, según tengo entendido. Estoy convencido de que puedo curarlo de la enfermedad que lo induce a matar sin razón. Sobre todo, quiero mirarlo a los ojos para saber que en lo más hondo de su alma siente remordimiento por lo que ha hecho. Por sus venas corre la sangre de Ishmael Taos, de modo que no puede ser malo del todo. Estoy convencido de que debajo de todo ese odio y esa rabia late un corazón bueno.

Cromwell alzó las cejas durante un segundo.

—Bien, pues le deseo mucha suerte —dijo a la vez que le pasaba el libro que acababa de sacar de la estantería—. Tenga, le conviene leerlo. Explica en profundidad la maldición de la momia que escapó de aquí el año pasado.

—¿La de Ramsés Gaius?

—La misma.

—¿En este libro?

—Desde luego. Ramsés Gaius fue un gobernante egipcio que alcanzó un poder inmenso, gracias principalmente a lo que aprendió usando esa piedra azul que lleva usted al cuello.

—¿De manera que es cierto? ¿El fue el dueño original del Ojo de la Luna?

—No. Fue Noé.

—Se está cachondeando de mí, ¿verdad? El profesor dejó escapar un suspiro.

—¿Qué tendrá esa piedra, que le provoca el síndrome de Tourette a todo el que la lleva encima?

—No tengo ni puta idea —contestó Peto encogiéndose de hombros—. Pero, en serio… ¿Noé?

—En fin, por lo menos eso es lo que afirma ese libro —continuó el profesor—. Lléveselo y léalo. Como ya ha dejado claro que en su opinión la película *Este muerto está muy vivo* es un documental y no una ficción, no tendrá demasiadas dificultades para creer la mitad de lo que lea ahí. —Cromwell guardó silencio durante unos instantes, absorto en sus cavilaciones, y después volvió a dirigirse a Peto—: Venga conmigo, voy a enseñarle la exposición de la tumba egipcia de la que escapó Ramsés Gaius. La noche en que desapareció, fueron asesinados dos de mis guardias de seguridad. Uno de ellos me llamó por teléfono en mitad de la noche para decirme

que había visto algo sospechoso, y lamento decir que antes de que pudiera explicarme de qué se trataba, oí cómo le pegaban un tiro.

—¡No joda! ¿Fue la momia?

—Lo cierto es que tengo la ligera sospecha de que quien lo asesinó fue Beethoven. Peto frunció el ceño.

—¿Beethoven? ¿El perro San Bernardo?

Cromwell estaba acostumbrado a tratar con imbéciles, pero aquello era intolerable. Aunque Peto en general era bastante listo, estaba claro que veía demasiadas películas basura y daba la impresión de que la vida que vivía cuando no estaña en Hubal se basaba en lo que veía en ellas.

—No, idiota —soltó—. Beethoven el compositor. Peto se dio una palmada en la frente.

—Claro. Eso lo explica todo. ¿Cómo diablos iba yo a sospechar de un perro, cuando está claro que el responsable es un compositor del siglo XIX?

Cromwell hizo una pausa para pensar. Dicho de aquel modo, a lo mejor se había precipitado un poco al juzgar al monje. Procedía ofrecer algún tipo de excusa. Se levantó de su sillón y dijo:

—¿Me permite que le ofrezca un café por el camino, y tal vez algo de comer?

—Gracias —respondió Peto al tiempo que se guardaba el libro bajo el brazo y se ponía de pie—. Pero hay otra cosa más que podría hacer por mí.

—Lo que desee —sonrió Cromwell dirigiéndose a la puerta.

—¿Sabe de algún sitio en el que pueda encontrar una copia de *Este muerto está muy vivo?*



Diecinueve

Que le preparasen el desayuno era una de las pocas cosas que Sánchez adoraba en la vida. El Ole Au Lait era famoso por ser la mejor cafetería de Santa Mondega para tomarse un desayuno caliente como Dios manda. Mejor todavía, la comida se la servía a uno la deliciosa y joven camarera, Copito. Hoy incluso había tenido la amabilidad de dejar un periódico

junto al plato de Sánchez. Claro que éste sabía que la razón de que lo tratase bien era únicamente que a aquella hora del día —las ocho de la mañana— no había más clientes que él. El resto de la ciudad seguramente estaba durmiendo la resaca; de hecho, Sánchez era uno de los pocos madrugadores que había allí.

—Ya te daré luego una buena propina —le dijo Sánchez a Copito guiñándole un ojo. La dulce morenita le devolvió el guiño, pero no dijo nada y regresó al mostrador, a esperar el siguiente pedido. También hay que decir que Sánchez estaba bastante seguro de que cuando se apartó de la mesa se fue meneando el trasero a propósito para disfrute de él, así que hizo hincapié en quedarse mirándolo, no fuera a ser que dicho esfuerzo no sirviera para nada.

Cuando terminó de mirar a la camarera, se concentró en

Lo que tenía en la mesa. Un café que había llegado diez minutos antes que la comida y que estaba enfriándose rápidamente, un periódico y un plato enorme abarrotado de tocino frito, salchichas, huevos, champiñones gigantes, sésamo y patatas fritas caseras. ¿Por dónde empezar?

Empezó por beber un sorbo de café, y después cogió cuchillo y tenedor y atacó la salchicha que tenía más cerca. La ensartó en el tenedor y le propinó un mordisco gigante en un extremo. «Mmm, deliciosa», pensó.

La primera plana del periódico contenía un artículo más bien aburrido sobre un sacerdote de Santa Mondega que se había visto implicado en no sé qué escándalo de pederastia contra un niño del coro. Una historia demasiado conocida y que no interesaba lo más mínimo a Sánchez. Al igual que muchos periódicos sensacionalistas, éste mostraba en la página 3 de cada edición la foto de una joven núbil. De modo que volvió la página, preparado para alegrarse la vista.

Y cuando así lo hizo, a punto estuvo de atragantarse con la salchicha. Se quedó con la boca abierta, a consecuencia de lo cual se le cayó la comida a medio masticar

en la mesa, al lado del plato. En la página 3 del *Santa Mondega Universal Times* (o *SMUT,* como preferían llamarlo los que vivían allí) aparecía una foto de Jessica. Completamente vestida, desde luego, pero era Jessica sin duda alguna. Al mirarla más detenidamente vio que en realidad no se trababa de una foto, sino de una foto de un retrato de ella, con un pie que decía lo siguiente:

Desaparecida. Se ofrece una recompensa de quinientos dólares por cualquier información que conduzca a su paradero.

Sánchez, conmocionado, miró a su alrededor con aire suspicaz. Seguía siendo el único cliente presente en el Ole Au Lait, de modo que era casi seguro que nadie había visto cómo se le salía la salchicha de la boca. Aparte de Rick, el chef, que se hallaba detrás del mostrador.

—¿Te encuentras bien, Sánchez? —voceó. El enorme gorro blanco de cocinero le colgaba por delante de la cara, pero aun así guardaba un asombroso parecido con el cocinero sueco de los Teleñecos. Tenía unas cejas grandes y muy pobladas, unos ojillos casi invisibles que parecían cuentas de cristal y un bigote grueso y de color castaño—. ¿Les pasa algo a las salchichas?

—No —respondió Sánchez negando con la cabeza—. Es que me ha parecido que iba a estornudar, nada más. Pero ya se me ha pasado.

—Está bien. —Rick asintió y volvió a centrarse en el periódico que había extendido sobre el mostrador.

Sánchez también volvió a centrarse en su periódico. En la foto, Jessica iba vestida totalmente de negro, lo cual, que él recordara, era el único atuendo que poseía. El breve texto que acompañaba la imagen rogaba a cualquiera que conociese su paradero que se pusiera en contacto con el periódico. No se mencionaba quién había insertado el anuncio ni quién ofrecía la recompensa. No era que Sánchez se sintiera reacio a pillar los quinientos dólares que se ofrecían, pero le interesaba mucho más seguir vivo. Si corría el rumor de que tenía en su poder a Jessica, en coma, escondida en una estancia de la planta de arriba del Tapioca, había muchas posibilidades de que recibiera una visita de Kid Bourbon. Y por nada del mundo deseaba semejante cosa. ¿Podría ser que hubiera sido Kid el que había insertado aquel anuncio? De una cosa sí estaba seguro Sánchez: de que necesitaba saber quién andaba buscando a Jessica, y por qué. Pero no podía correr el riesgo de llamar él mismo al *SMUT y* con ello dar a conocer que aquella situación había despertado su interés. Con gesto distraído, recogió el trozo de salchicha a medio masticar que había caído en la mesa y volvió a metérselo en la boca para terminar de masticarlo. Después de tragarlo y ayudarlo a bajar con un sorbo de café, se dirigió al cocinero.

—¡Oye, Rick! ¿Te gustaría ganarte una botella de alcohol gratis?

Rick frunció el ceño.

—Si me la tengo que ganar, ya no es gratis.

—¿Quieres una puta botella de alcohol o no?

—Claro. ¿Qué hay que hacer?

—¿Podrías llamar por mí al *SMUT y* preguntar quién ha puesto el anuncio de esta persona desaparecida? —Sánchez sostuvo en alto la página 3 del periódico para que la viera el cocinero.

Rick salió de detrás de la barra y cogió el periódico para examinar el anuncio en cuestión.

—No van a decir quién lo ha insertado, es un anuncio confidencial —dijo con un encogimiento de hombros.

—Tiene que haber una manera de averiguarlo.

—Podría ser. Conozco a un amigo de un amigo que trabaja para el *SMUT.* Supongo que puedo pedirle que indague un poco y lo averigüe, si tan importante es para ti.

—Lo es. Y merece una botella de mi mejor alcohol como premio para ti, si puedes hacerme este favor.

—¿De whisky de Tennessee? —preguntó el chef, esperanzado.

—De lo que quieras —contestó Sánchez en tono solemne. Todo el que lo conociese sabía también que para estar dispuesto a regalar algo que le había costado una pasta gansa, la cosa tenía que ser importante de verdad.

—Trato hecho. Podría llevarme uno o dos días obtener la información, pero te daré un toque en cuanto sepa algo.

—Gracias, Rick, te lo agradezco de verdad —dijo Sánchez, y dio la impresión de decirlo en serio—. Rellénaname el café, ¿quieres?

El cocinero frunció el ceño.

—¿Por qué no llamas tú mismo al *SMUT*?

—Porque no quiero que se sepa que tengo interés por esa chica, nada más. Que esto no salga de aquí, ¿vale?

—Vale —respondió el cocinero. Sonrió y luego agregó—: Ya sabes dónde está la jarra de café. Así que rellénatelo tú mismo, cabrón.

Veinte

A Stephanie Rogers le habían encargado la misión más emocionante de toda la carrera que venía desarrollando en la policía. La verdad era que en un principio le pareció un ejercicio aburrido. Leer un libro, compilar una presentación basada en los hallazgos y ofrecer sugerencias a los detectives de las altas esferas acerca de por dónde empezar a investigar dichos hallazgos. Pero aquel libro no era un libro corriente, y aquella comisaría de policía no era la normal en una ciudad que ya en sí misma se salía bastante de la normalidad.

Lo que había estado leyendo la oficial Rogers era un libro sin nombre de un autor anónimo. El mismo libro que habían leído innumerables personas antes que ella, todas las cuales ahora estaban muertas. Todas asesinadas. No había ni un solo superviviente. El éxito de su tarea dependía de lo que descubriera en el interior de las páginas de dicho libro. Se esperaba que hallara las razones de los asesinatos. Pues bien, ya había terminado la tarea encomendada. Había sido un proyecto único, y además clasificado dentro del máximo secreto. No le dieron permiso para hablar de él con nadie que no fuera el selecto grupo de elegidos que le habían encargado la misión.

Y ahora estaba presentando sus hallazgos a aquel grupo tan selecto. Tres detectives encargados de resolver el gran misterio de *El libro sin nombre,* de la conexión que lo unía con los asesinos y, naturalmente, de la relación que guardaba con Kid Bourbon, de fatídico recuerdo.

Desde el día mismo en que le encargaron la misión, le habían recalcado que debía presentar todo cuando hallase, por ridículo que pudiera parecer. Lo cual suponía un alivio para ella porque lo que había encontrado era, francamente, de lo más absurdo y completamente increíble.

El capitán De la Cruz y los detectives Benson y Hunter estaban sentados cada uno en una mesa distinta de la sala de reuniones. Era una sala que daba la impresión de ser un aula. A un costado tenía una hilera de ventanas, todas con las persianas bajadas. La pared de enfrente carecía de ventanas, a excepción de un cristal de pequeño tamaño insertado en la puerta situada a la izquierda del podio de lectura, que ocupaba la cabecera de la estancia. Delante del podio había doce pupitres colocados en filas de tres.

Michael de la Cruz estaba sentado en la pequeña silla de plástico de la primera fila

que se encontraba más cerca de la ventana. Era un latino atractivo, siempre iba bien acicalado y tenía un gusto impecable para vestir. Seguramente era el oficial más engreído del cuerpo, pero su cuidado aspecto constituía un ejemplo excelente de lo meticuloso que era en todos los aspectos de la vida. A aquel tipo le importaban los detalles menores.

Desde luego le importaban más a que su colega Randy Benson, un individuo desaliñado de aspecto poco limpio que estaba sentado en un pupitre de la tercera fila. Todavía vivía con su madre, y se rumoreaba que nunca había tenido novia. Stephanie daba crédito a dichos rumores, porque estaba claro que aquel perdedor desaseado, canoso y aficionado a las camisetas marrones sin mangas, tenía un fusible roto, probablemente a causa de alguna profunda frustración sexual. Era un hombre que repelía en todos los sentidos posibles. Y además era tremendamente velludo. Si alguna vez, Dios no lo quisiera, llegara a verlo sin la camiseta puesta, estaba segura de que descubriría que llevaba un peinado afro en el pecho.

El tercer oficial, Dick Hunter, se había ubicado en el pupitre central de la última fila. Stephanie no le conocía bien.

Sólo llevaba unos ocho meses formando parte del cuerpo, era otro de los nuevos fichajes traídos de fuera para rellenar los huecos que habían quedado tras la masacre del año anterior. Era un sudafricano de cabello ralo y de color castaño claro, y en general parecía poseer cultura y capacidad verbal en dosis iguales. Si acaso era un poco tímido, pensaba Stephanie.

Por espacio de treinta minutos, los tres escucharon lo que les contó Stephanie acerca de los hallazgos efectuados, y ni una sola vez la interrumpieron ni ofrecieron el menor indicio sobre lo que estaban pensando. A Stephanie le costó trabajo discernir si aquellos tres oficiales de treinta y tantos años la estaban tomando en serio o no, de modo que cuando llegó al resumen ya se sentía un tanto violenta y pensando que ojalá no le hubieran encargado aquel proyecto.

—Bien, resumiendo —empezó, despertando por fin un poco de interés en Michael de la Cruz. Había abrigado la esperanza de impresionarlo, más que nada porque tan sólo seis meses atrás había vivido un tórrido romance con él y tenía esperanzas de volver a catarlo. Aquel hombre era un tiranosaurio sexual. Un verdadero demonio.

Cuando oyó que ella anunciaba que estaba a punto de pasar al resumen, el latino se enderezó como si en aquel momento empezase a prestar atención. Stephanie hizo todo lo que pudo para fingir que no se había dado cuenta, pero durante un instante perdió la concentración. Hizo una ligera pausa para no liarse al comenzar con el resumen. Se había vestido con la ropa de trabajo más elegante y más sexy que tenía, especialmente para la ocasión: un traje gris intenso con raída que no le llegaba a las rodillas y una blusa blanca que enseñaba justo un poquito de escote, y, sin embargo, ninguno de aquellos perdedores le había hecho el menor cumplido al respecto. Lo más que había recibido fue una mirada libidinosa de Benson, pero aquello no era una

novedad; Benson era capaz de lanzar miradas libidinosas a una mujer que llevara puesto un saco de basura, con tal de que alcanzara a ver un poco de carne.

Como no deseaba, por diversas razones, establecer contacto visual con ninguno de los detectives, clavó la mirada en una pantalla de ordenador colocada en la mesita auxiliar que había junto al podio y procedió a resumir la presentación.

—*El libro sin nombre* es fundamentalmente un conglomerado de relatos distintos y posiblemente de hechos recogidos en un solo volumen. En su mayor parte, apenas tiene sentido. La gramática y la ortografía son absolutamente horrorosas, y el autor es obviamente un idiota, lo cual explica que no haya firmado el libro con su nombre. —Se oyó una risa cortés procedente de De la Cruz que le calmó un poco los nervios. Se permitió una breve sonrisa y después continuó—. Aunque eso también podría deberse a que posiblemente haya más de un autor. Pero los datos más sobresalientes son éstos. —Señaló un tablero blanco que tenía a la espalda, en el que había aparecido la primera diapositiva de una presentación que había montado en el ordenador. Era una fotografía de Archie Somers—. El detective Archibald Somers, persona muy respetada en este departamento hasta que desapareció misteriosamente, en realidad era el Señor de los No Muertos, Armand Xavier.

Notó cómo se le encogía el estómago a medida que iba calando en ella la enormidad de lo que estaba diciendo, como si fuera el efecto de un envenenamiento. Los tres oficiales intercambiaron miradas entre sí. Ninguno de ellos dejó ver nada, pero claro, tampoco tenían necesidad. En opinión de Stephanie, estaba claro que pensaban que era idiota. «No sirve de nada parar a estas alturas», se dijo, y pasó a la segunda diapositiva.

—Esta mujer, a la que se conoce como Jessica Xavier, era su esposa y la responsable de transformarlo en un miembro de la comunidad de los no muertos poco después de que él descubriera el Santo Grial y bebiera la sangre de Cristo, que le hizo inmortal… obviamente.

Procuró por todos los medios dar la impresión de no creerse las tonterías que estaba soltando, por si acaso los otros estaban pensando en reírse de ella. Pero, una vez más, no obtuvo reacción alguna de su público.

Diapositiva número tres. El retrato de un hombre encapuchado cuyo rostro quedaba oculto en sombras.

—Según se cree, este hombre, Kid Bourbon, mató a Archibald Somers, o Armand Xavier, como ustedes prefieran, y a su esposa Jessica el año pasado, durante el eclipse. Los tres hijos de ambos… —pasó a la cuarta diapositiva, una foto de Santino, Garlito y Miguel, los tres gánsters muertos, todos abatidos a tiros en el Tapioca— también fueron asesinados por Kid, probablemente, pero sus cadáveres fueron recuperados y se ha verificado que están muertos.

Diapositiva número cinco. Una foto de *El libro sin nombre,* tomada probablemente

de un grabado antiguo.

—Este libro, el que he estado leyendo e investigando, se afirma que fue confeccionado con material de la Cruz en la que crucificaron a Jesucristo. Ello quiere decir que no pueden tocarlo los no muertos, pues en ese caso morirán. Un poco lo mismo que Supermán y la kriptonita, imagino. —Una vez más, no se elevó ninguna risa de entre el público. «¡Mierda!»—. Este libro identifica sin lugar a dudas a Archibald Somers con Armand Xavier, motivo por el cual él está empeñado en matar a todo aquel que lo lee. Pero, como es natural, no podría destruir el libro, porque el hecho de tocarlo le acarrearía la muerte a él.

Diapositiva número seis. Un fotograma de *Indiana Jones* y *la última cruzada* en el que se ve a Harrison Ford sosteniendo en la mano un cáliz de madera.

—El cáliz de Cristo. El libro no dice nada de su paradero, aparte de que las últimas personas que lo han visto son Armand Xavier y su amigo Ishmael Taos, un monje que, según creemos, era el padre de Kid Bourbon.

Diapositiva número siete. Una foto de un monje que pretendía ser Ishmael Taos, pero que en realidad era Chow Yun Fat, en la película *El monje.*

—Según afirma *El libro sin nombre,* al beber del cáliz de Cristo, o Santo Grial, como también se lo conoce, se obtiene la inmortalidad. —Calló unos instantes—. Bueno, no del todo. —Los tres detectives parecían mostrar un poco más de interés, igual que cuando ella tocó aquella misma parte anteriormente, en la presentación—. Beber la sangre de Cristo otorga la inmortalidad, pero Xavier y Taos ya la habían bebido hace unos cientos de años, y no dejaron nada sobrante para nadie más. Si uno bebe la sangre de Xavier o de Taos, o de sus descendientes, también puede conseguir la inmortalidad, sólo que en menor grado. Si se bebe la sangre de un vampiro empleando el cáliz, el efecto es muy similar, salvo que quien recibe dicha sangre pasa a formar parte de la comunidad de los no muertos. En mi opinión, lo que en realidad dice el libro es que al beber sangre del cáliz, uno adquiere la fuerza del propietario de dicha sangre, sea quien sea. Así que si uno bebe la sangre de Einstein, supongo que se convierte en un genio, o algo así. Pero también se sugiere un detalle que sospecho que no se ha probado nunca. Si uno bebe una mezcla de la sangre de los descendientes de quienes bebieron la sangre de Cristo, sangre de vampiro y sangre de un mortal, lo más probable es que no sólo se vuelva inmortal, sino también todopoderoso. No sólo se convierte en el rey de los no muertos, sino en el rey o señor de todo. Será más poderoso que Somers, Jessica, Kid Bourbon o Ishmael Taos. De hecho, más poderoso que todos ellos juntos. El as de más valor de todos, si así se quiere.

Dicho aquello, técnicamente la presentación quedó terminada. Stephanie miró a los tres hombres buscando alguna reacción… una reacción positiva, esperaba. Para alivio suyo, De la Cruz comenzó a aplaudir.

—Stephie, te has superado a ti misma. Esto es fantástico.

—¿De verdad?

—Del todo. Es exactamente lo que estábamos buscando.

—En tal caso, debería decir que hay una cosa más que no he incluido en la presentación. La parte mejor.

Benson y Hunter se enderezaron en la silla. ¿De verdad era posible que Stephanie Rogers tuviera algo, alguna información mejor de la que ya les había proporcionado?

De la Cruz se levantó y habló en nombre de todos.

—Adelante —dijo al tiempo que se reunía con Stephanie junto al ordenador. Ella respiró hondo.

—He descubierto lo que le sucedió a Ishmael Taos —dijo, sonriente.

De pronto intervino Hunter desde la fila del fondo:

—Dale espacio, déjala hablar.

—Ishamel Taos fue asesinado poco después del eclipse. Le cortaron la cabeza en su alojamiento.

—¡Uf! —exclamó De la Cruz haciendo una mueca de dolor y frotándose el cuello.

—Sospecho que lo asesinó Kid Bourbon, el cual, tal como ya he sugerido, era hijo suyo. Kid lo mató a él y a casi todos los demás monjes de la isla de Hubal, y seguidamente desapareció, junto con un preciado objeto, la piedra azul conocida como el Ojo de la Luna.

Los tres detectives se miraron entre sí. Sin saber por qué, de pronto a Stephanie se le pasó por la imaginación que a lo mejor ya estaban enterados de aquello. Que probablemente estaban burlándose de ella fingiendo sorpresa. Pues si aquél era el caso… había llegado el momento de sorprenderlos todavía más.

—¿Ya lo sabían? —les preguntó.

—Lo sospechábamos —respondió Benson al tiempo que se levantaba de su pupitre y se frotaba un poco la entrepierna para recolocarse los genitales.

Hunter, a imitación suya, se levantó también. Cogió su maletín, el cual había depositado a su lado en el suelo, y se preparó para marcharse. Pero el oficial de más graduación, el capitán De la Cruz, les indicó por señas a ambos que aguardasen un momento. Conocía a Stephanie lo suficiente para saber que tenía algo más que decir, algo importante.

Y, en efecto, Stephanie tenía algo más que decir. Procuró fingir indiferencia, pero el tono de su voz delató lo impresionada que estaba consigo misma.

—¿Alguno de ustedes sabe quién es Kid Bourbon? —preguntó con una pizca de íntima satisfacción—. ¿O dónde vive?

—No. —De la Cruz negó con la cabeza—. Nadie sabe esas cosas. Y sospecho que

nadie las sabrá nunca. Stephanie sonrió. Era un gran momento para ella.

—Pues creo que yo sí las sé.



Veintiuno

El hotel que había reservado Dante para su luna de miel por sorpresa con Kacy resultó ser una escala ideal para su misión secreta. Tras una rápida mejora, abonada en efectivo por Robert Swann, se encontraron en una impresionante suite de la tercera planta. La feliz pareja tenía ahora una habitación doble para sí, y además de una amplia zona de salón había también otro dormitorio más para Swann y para una colega femenina que les haría las veces de canguro.

Dante estaba sentado en la enorme cama de matrimonio del dormitorio que compartía con Kacy. Era una habitación de buen tamaño con la cama situada en el centro y cubierta con un edredón color naranja recién lavado. Ya sólo quedaban minutos para que diera comienzo la primera noche en que iba a intentar hacerse pasar por un vampiro.

De repente entró Swann en la habitación y se acercó a su hombre portando una jeringa llena de suero.

—¿Preparado para la inyección? —le preguntó a la vez que se sentaba en la cama.

—Pínchame ya, cabrón de mierda —gruñó Dante.

Dante se había subido la manga izquierda de la camisa para que Swann pudiera inyectarle aquel suero necesario para salvarle la vida. Kacy, vestida con unos vaqueros azules y una camiseta rosa, estaba sentada a su lado. Le tenía cogido de la mano, aprovechando al máximo los últimos minutos que iba a pasar con él antes de que aquellas ratas cobardes del Servicio Secreto lo enviaran a que les hiciera el trabajo sucio. Tenía la esperanza, y para ello rezó con toda su alma, de que gracias a aquel suero consiguiera pasar aquella primera noche entre los vampiros y sobrevivir sin ser detectado. Les habían explicado que las sustancias químicas que contenía dicho suero harían descender la temperatura corporal de Dante lo suficiente para que se moviera entre los no muertos sin que ninguno pusiera los ojos en él pensando en merendárselo.

El agente Swann estaba igual que si le hubiera causado un placer enfermizo el hecho de inyectar aquel líquido transparente en el brazo de Dante. En favor del joven hay que decir que no se inmutó cuando la aguja penetró y permaneció allí dentro como quince segundos, mucho más de lo necesario. Sádico por naturaleza, Swann ya había empezado a tomarle una antipatía considerable (cosa que solían hacer la

mayoría de las figuras de autoridad), de manera que el hecho de prolongar cualquier dolor que pudiera experimentar Dante le provocaba una especie de subidón.

En el dormitorio se encontraba con ellos la nueva colega de Swann, la agente especial Roxanne Valdez. Era una mujer de raza negra, alta y de cabello ensortijado estirado hacia atrás, y llevaba un jersey blanco y ceñido que resaltaba unas curvas impresionantes. También llevaba una minifalda marrón. La ropa formaba parte de la fachada que habían montado para el personal del hotel: dos parejas que habían ido juntas de vacaciones. Swann se había vestido de turista, con una camisa hawaiana azul y unas bermudas que le llegaban a las rodillas. «Toma discreción —pensó Dante mientras soportaba la inyección que le estaba administrando el agente especial—. Eso sí que es ir anunciando que uno va de incógnito. Hay que ser gilipollas.»

Fue la agente Valdez quien puso fin a aquella inyección impropiamente larga. Advirtió que su colega estaba disfrutando demasiado de la tarea.

—Venga, ya es suficiente —lo apremió—. Te estás pasando. Basta ya.

Swann le dirigió una mirada rápida de resentimiento y retiró la aguja del brazo de Dante.

—Estaba poniendo un cuidado especial en cerciorarme de que inyectaba la cantidad adecuada de suero. Más vale pasarse que quedarse corto —dijo en tono poco convincente.

Comprobó que la jeringa había quedado totalmente vacía y acto seguido se levantó y salió con ella del dormitorio. Atravesó el amplio salón, con su sofá, sus dos mullidos sillones, su minibar, su mesa de centro y su televisión, y desapareció por una puerta que había en un rincón y que conducía a uno de los dos cuartos de baño de la suite. Cuando se perdió de vista, Roxanne Valdez se aproximó a la cama en la que se había sentado Swann para poner la inyección. Tomó asiento en el borde de la misma, al lado de Dante, y le tomó el brazo para examinarlo y cerciorarse de que no había quedado ningún hematoma en el punto de inserción de la aguja. Al fijarse en sus movimientos, a Kacy no le cupo duda de que había aferrado el bíceps de Dante con el fin de examinar su firmeza, más que para ver si había algún hematoma. Además, subrepticiamente también le posó la otra mano en el muslo, como si pretendiera apoyarse. Y no sólo eso, sino que además se apoyó en Dante un segundo más de lo estrictamente necesario para examinarlo.

—Muy bien, estás perfecto —dijo Valdez sonriendo a su paciente—. ¿Cómo te sientes? ¿Listo para lanzarte al inframundo?

Dante la miró a los ojos y esbozó una sonrisita falsa.

—Dame un mordisco, nena —saltó.

Kacy sintió alivio al ver que la sonrisa y aquel toqueteo tan inapropiado del bíceps no habían provocado en su chico ningún calentón.

—Eh, no seas así —dijo Roxanne, todavía sonriéndole con afecto y acariciándole el brazo de nuevo—. A ver, ¿te consideras preparado para grabarlo todo esta noche, o prefieres dejarlo?

—¿Grabarlo todo? ¿Tengo pinta de ser un imbécil?

—No —respondió Roxanne con calma—. Aquí nadie tiene pinta de ser un imbécil.

De repente volvió a entrar Swann en el dormitorio.

—Lo he oído. Corta el rollo. Aquí todos tenemos órdenes, ¿estamos? Esta misión no ha sido idea mía, yo soy solamente el tío al que le han endosado el encargo de hacer de canguro tuyo. Ni tampoco me hace ni puta gracia pasarme el día entero en este hotel de mierda vigilando a la quejica de tu novia. Así que déjate de comentarios graciosillos.

—No me das miedo, cabrón —contestó Dante mofándose de él—. Y como vuelvas a llamar quejica a Kacy, te meto un par de hostias para que llores de verdad.

—No me digas —dijo Swann regresando al cuarto de estar.

—Sí te digo.

Roxanne, decidida a poner fin a aquella conversación de machitos, que en su opinión estaba llegando a un nivel de puerilidad propio de un parvulario, intervino para distender la situación. Volvió a acariciarle el brazo a Dante y después le bajó la manga para tapar el lugar del pinchazo.

—Oye, Dante —le dijo en voz baja—, por esta noche olvídate de grabaciones. Limítate a ver si puedes introducirte en uno de esos clanes de vampiros. Y a ver si consigues deducir en cuál de ellos se esconde más probablemente tu amigo el monje. Puede que ya esté muerto, en cuyo caso tendrás que ver si puedes averiguar algo acerca del Ojo de la Luna y si alguno de los clanes ha logrado echarle la zarpa.

—Roxanne tiene razón, tío —voceó Swann desde la otra estancia, recostado contra una mesa de roble que había junto al baño—. Como ya está hablado, lo mejor que puedes hacer es dirigirte al Abrevadero, que es donde se reúnen todos los vampiros. Mira a ver si consigues entrar y valerte de tu personalidad arrolladora para hacerte amigo de un vampiro que esté solo y para que después te presente a algún amigo suyo. Después de eso, te verás tomando copas con el puto conde Drácula. Pan comido. No te va a pasar nada.

—Si tan fácil es, ¿por qué no vas y lo haces tú, machote? —replicó Dante.

—Iría, pero no sé cómo es tu amigo Peto, ¿comprendes, cabezahueca?

Swann chasqueó la lengua como si lo fastidiara la cortedad mental de Dante, a pesar de que no le habría cambiado el sitio ni en un millón de años. Volvió a encaminarse hacia el dormitorio, pero se detuvo un momento en el minibar del salón para coger algo de beber. Al agacharse para examinar el interior del frigorífico, Kacy apretó el brazo a Dante para atraer su atención. Su chico dejó de observar a Swann y

se volvió hacia ella.

—Si tienes la sensación de que vas a meterte en un lío, no hagas ninguna pregunta —le advirtió sin poder disimular la expresión de preocupación que ahora tenía permanentemente en la cara—. Si te da la impresión de que con ello puedes revelar quién eres y parecer forastero, no preguntes. De hecho, por el momento no hagas nada más que integrarte. A la mierda con estos dos y con sus exigencias. Sólo es la primera noche que vas de incógnito, de modo que no tengas prisa. No digas ninguna tontería. Simplemente escucha por si te enteras de algo que sea de utilidad.

Dante se inclinó hacia ella y la besó en la boca para tranquilizarla. Luego se soltó el brazo de la mano de Roxanne Valdez y le acarició la melena en un intento de calmarla.

—Confía en mí, nena. Sé lo que hago. Cuando es necesario, me mezclo bien con todo el mundo. No te preocupes, regresaré antes de que salga el sol.

—Ten mucho cuidado. Y por lo que más quieras, deja de decir eso de «dame un mordisco».

—Hecho, nena. —Dante le guiñó un ojo y se levantó de la cama—. Muy bien, llegó el momento.

Swann apareció en el umbral y señaló con el dedo al joven.

—Haz caso a tu novia, tío. No hagas ninguna tontería, pero procura averiguar todo lo que hemos dicho. Y también quiero saberlo todo de los distintos clanes. Y mira a ver si logras averiguar quién es el jefe de cada clan. El jefe se quedará impresionado, y puede que te conceda una recompensa cuando termine todo esto.

—Como si me importase una mierda impresionar a tu jefe —murmuró Dante dejándolo a un lado para dirigirse al salón—. Ese jefe tuyo cocoliso ya puede ponerse a buscar él sólito al puto jefe de cada clan.

Seguidamente entró en el cuarto de baño y desapareció por la puerta del mismo. Era un cuarto de baño pequeño (el que había junto al dormitorio de Dante y Kacy era más grande), a la izquierda tenía un lavabo de porcelana y enfrente una ducha a juego, y también un inodoro en el rincón. Dante se plantó delante del lavabo y se miró en el espejo.

—Eres capaz de hacer esto —se susurró a sí mismo—. Posees nervios de acero. Podrás con ello. No es más que un paseo por el parque.

Cerró los puños con fuerza y puso cara de tipo duro. No quería que Kacy lo viera así de nervioso, teniendo que animarse para entrar en acción. Necesitaba que ella viera la versión de tío frío e impávido que mostró en el momento de recibir la inyección de suero. No tenía sentido preocuparla más de lo estrictamente necesario. No serviría de nada que Kacy supiera que por primera vez en su vida se sentía totalmente petrificado.

Tras un breve concurso de miradas con su imagen reflejada en el espejo, abrió el grifo del agua caliente y se echó agua por la cara empleando las dos manos. El suero estaba empezando a hacer efecto, y comenzaba a sentir los primeros escalofríos que indicaban que su temperatura iba descendiendo. El agua templada lo ayudó a combatir la impresión inicial.

Al cabo de un ratito asomó por la puerta el rostro oscuro de Roxanne.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Se te ve un poco nervioso, cielo. A lo mejor te venía bien beber algo antes de irte.

—No, estoy bien —repuso Dante—. Esos putos vampiros seguro que beben como cosacos, así que lo más inteligente que puedo hacer es mantenerme sobrio. Es posible que esta noche acabe de cerveza y tequila hasta las cejas, y la verdad, cuanto más borracho esté, más probabilidades tendré de meterme en algún lío.

Roxanne entró del todo en el cuarto de baño y cerró la puerta detrás de sí. Se acercó a Dante y empezó a frotarle la espalda.

—¿Sabes una cosa, Dante? Lo cierto es que eres mucho más inteligente de lo que dicen —le dijo, ofreciéndole una sonrisa de consuelo.

—Gracias. —Dante le devolvió una sonrisa de cortesía mientras ella le pasaba una mano por el brazo. A lo mejor no era tan cabrona, después de todo. Hasta el momento, la verdad era que había hecho todo lo que estaba a su alcance para tranquilizarlo. Al menos tenía que estarle agradecido por aquel detalle.

—Será mejor que me marche ya —dijo al tiempo que le daba una palmada de agradecimiento en la espalda. Se hizo a un lado para maniobrar en el estrecho espacio que quedaba disponible entre el lavabo y la ducha y abrió la puerta. Le sonrió por última vez y salió del cuarto de baño, dispuesto a enfrentarse al mundo de los no muertos por primera vez desde que se fue de Santa Mondega, un año antes.

De manera que fue una lástima que, incluso con toda su concentración en juego, no hubiera sido lo bastante inteligente para reparar en un detalle cuando tenía a Roxanne detrás, frotándole la espalda.

En el espejo del lavabo tan sólo estaba reflejándose él.

Veintidós

El vestuario que se hallaba situado debajo de la comisaría de policía llevaba años siendo un lugar prohibido. Los agentes seguían bajando en raras ocasiones para hablar en privado, pero estaba mal visto, y la norma oficial era que todo aquel que fuera sorprendido en dicho lugar se exponía a recibir un buen rapapolvo en público.

Así y todo, Stephanie se encontraba ahora en dicho vestuario con De la Cruz, Benson y Hunter.

—¿Qué estamos buscando aquí, exactamente? —preguntó con nerviosismo. Siempre respetuosa con los procedimientos, no le gustaba estar en un sitio en el que oficialmente no debía estar.

—No estamos buscando nada —replicó De la Cruz—. Hemos encontrado una cosa, y creo que deberías verla.

De la Cruz echó a andar por el mohoso y lóbrego vestuario en dirección a las duchas ubicadas al fondo del mismo, que llevaban largo tiempo en desuso. Stephanie se fiaba de Michael de la Cruz, pero estar en un vestuario subterráneo (aunque fuera el de la policía) en compañía de tres hombres era algo que intimidaba un poco. A pesar de ello hizo todo lo posible por disimular la tensión que sentía. Se pegó a la espalda de De la Cruz, mientras que Benson y Hunter los seguían un poco más rezagados, como si quisieran cuchichear entre ellos. Y eso era lo que iban haciendo.

Una vez que estuvieron dentro de la zona de duchas, un área desprovista de tabiques, De la Cruz se volvió hacia Stephanie.

—¿Preparada para ver por qué este vestuario ha sido siempre una zona prohibida? —le preguntó.

Stephanie arqueó las cejas.

—Adelante.

De la Cruz pulsó el interruptor de encendido de la ducha situada más lejos de la entrada. De repente se oyó como un rechinar, seguido de un chirrido lento y prolongado pero muy intenso. La pared pintada de azul claro que había al fondo de las duchas comenzó a desplazarse hacia la izquierda. De la Cruz acababa de abrir un pasadizo secreto, una entrada a ciertas cosas que seguramente convenía más no ver. Stephanie empezó a sentirse todavía más nerviosa. ¿Qué estaba a punto de salir a la luz, exactamente? Intrigada, en contra de su voluntad, por lo que pudiera encontrar,

y permitiendo que la curiosidad se apoderase de ella, se asomó para ver qué era aquello tan secreto como para tener que estar oculto detrás de la pared. Al primer vistazo no le pareció gran cosa. En la penumbra de la cámara de reducidas dimensiones que había dejado al descubierto la pared móvil, distinguió únicamente una mesa antigua de madera sobre la que descansaban un libro y un cáliz dorado. Se dio la vuelta para dirigir una mirada interrogante a De la Cruz.

—Eso, mi querida Stephanie —dijo él con voz suave—, es el Santo Grial que se menciona en *El libro sin nombre.* O, si lo prefieres, el cáliz de Cristo. Durante todo este tiempo ha estado aquí, en la comisaría de policía, guardado bajo nuestras propias narices.

Stephanie, sin saber muy bien cómo reaccionar ante tan extraña declaración, se limitó a sonreír con ironía. «Después de todo —pensó—, De la Cruz tenía que hacerme la puñeta, ¿no?»

—Lo dirás de coña —le dijo, al tiempo que examinaba la reacción de Benson y de Hunter, que estaban detrás de ella. Los dos mostraban una expresión totalmente serena—. ¿O no?

De la Cruz meneó la cabeza en un gesto negativo.

—¿Ves ese libro que está encima de la mesa? —dijo.

—Sí.

—Estamos convencidos de que lo escribió Archibald Somers. Al parecer, es un diario o una serie de informes de algún tipo. Confirma buena parte de lo que nos has contado de *El libro sin nombre.*

—¿En serio? Entonces, ¿para qué me has encargado realizar todas esas investigaciones? —Stephanie estaba confusa. E irritada. Si ya estaban enterados de todo después de haber leído aquel libro, ¿por qué le habían hecho leerse *El libro sin nombre* de cabo a rabo?

—Pues parece ser que Somers escribió una versión propia. Es una especie de diario en el que Somers detalla todo lo que hizo mal y reescribe la historia de *El libro sin nombre* con sus propias palabras —explicó De la Cruz—. Como formaba parte de los no muertos, no podía tocar el libro original. Tal como ya hemos dejado claro, el hecho de tocar el libro lo mataría, así que por lo visto escribió una versión propia a la que agregó unos cuantos capítulos nuevos.

—¿Y qué tiene que ver con esto? —inquirió Stephanie. Todo aquello la estaba poniendo más nerviosa a cada minuto que pasaba.

De la Cruz se pasó un dedo por dentro del cuello de la camisa para aflojarlo.

—¿Quieres saber por qué está escondido aquí abajo?

—¿No será, casualmente, porque causa la muerte a todo aquel que lo lee?

A su espalda oyó que Benson dejaba escapar una risita. Se volvió hacia él, pero el

agente ya había vuelto a adoptar una expresión seria e impasible.

—Si está escondido precisamente en este lugar —dijo De la Cruz al tiempo que se acercaba a la mesa y abría la cubierta de cuero negro del libro— es porque aquí fue donde lo escondí yo.

De repente Stephanie se sintió más inquieta todavía. ¿Adonde quería llegar De la Cruz?

—No entiendo lo que intentas decir —balbució.

De la Cruz suspiró y después respondió con paciencia:

—Este libro revelaba el lugar en que estaba escondido el Santo Grial. Yo vine aquí, junto con Benson y Hunter, para encontrarlo. El problema, naturalmente, fue que, tal como has confirmado tú con lo que has descubierto en el libro original, ya no queda en él nada de sangre de Cristo que beber.

—Calló durante unos instantes para ordenar sus ideas antes de proseguir—: De manera que para alcanzar la inmortalidad, esencialmente para convertirse en un dios, una persona tendría que beber no sólo la sangre de un mero mortal, sino también la de un vampiro y, para estar bien segura, la sangre de un descendiente de Ishmael Taos o de Armand Xavier. Y bebería de esta misma copa.

Tomó el cáliz dorado y lo sostuvo en alto frente a sí, admirando su belleza. No tenía mucho más de veinte centímetros de altura, y su forma recordaba a la de una copa de coñac fabricada en metal, sólo que con el tallo ligeramente más largo.

—Bien, ¿y qué piensas hacer con él? ¿Llamar al FBI? —preguntó Stephanie, que no entendía adonde quería llegar el detective con aquella explicación.

—Oh, no, querida —repuso De la Cruz. Dejó el cáliz y se apoyó contra la mesa—. Acabas de decirnos que sabes dónde encontrar a Kid Bourbon, el hijo de Taos. Lo cual quiere decir que tan sólo tenemos que beber su sangre, junto con la sangre de un vampiro y la sangre de un mero mortal, para obtener la inmortalidad. Y tú, mi querida Stephanie, eres una mera mortal.

Stephanie se volvió hacia Benson y Hunter para ver si estaban tan confusos como ella.

Ambos la miraban fijamente. El hambre se había apoderado de ellos, y al abrir la boca dejaron ver unos colmillos perfectamente formados, sedientos de sangre. Stephanie, aterrorizada, volvió la cabeza justo a tiempo para ver a De la Cruz avanzando hacia ella. En una mano empuñaba una daga de plata de quince centímetros y, al igual que sus colegas, enseñaba un conjunto de colmillos temibles. La piel de la cara se le había adelgazado y dejaba dejar ver el color azulado de las venas, preparadas para llenarse de nuevo de sangre.

El elegante detective rebanó el cuello de Stephanie con un único tajo de su daga de plata. Después contempló con los ojos muy abiertos, e invadido por una sed

incontenible, la sangre que comenzó a manar y fue cayendo en la copa que con la otra mano mantenía apretada contra el pecho de su víctima.



Veintitrés

Para cuando Dante llegó al Abrevadero, ya se había hecho de noche. Su mente era un torbellino de ideas, aunque por fuera estaba bastante tranquilo. ¿Funcionaría de verdad la poción que le habían administrado? ¿Descubrirían de todas formas que era un farsante? ¿Y cuántos vampiros iba a haber allí dentro? También tenía otras preocupaciones, como la de cómo iba a hacer para distinguir a los vampiros de la gente normal. En fin, se dijo con actitud fatalista, sólo el tiempo lo diría. Por el momento lo único que tenía que hacer era entrar en aquel local.

El Abrevadero había sufrido un sinfín de cambios en el año que Dante había estado fuera de Santa Mondega. De entrada, el jefe del bar era otro. El jefe anterior, Berkley, había sido asesinado a tiros por Kid Bourbon la noche anterior al eclipse. Apareció un europeo llamado Dino, que se convirtió en el dueño del local y le hizo una reforma completa. Dino, de padres italianos, iba vestido a todas horas de forma inmaculada, con ropa elegante y a la moda, a diferencia de la mayor parte de su clientela. A diferencia de la totalidad de su clientela, a decir verdad. Con el fin de elevar un poco el nivel del local (el cual había remodelado, redecorado y reamueblado), también había aprovechado la oportunidad para contratar personal de seguridad. Esta noche había dos gorilas apostados en la puerta de entrada. Dante iba a tener que superar aquel obstáculo antes de conocer siquiera a ningún vampiro.

Cuando intentó pasar junto a los gorilas caminando con toda la naturalidad que fue capaz de demostrar dadas las circunstancias, antes de llegar a la puerta, uno de ellos, un individuo al que llamaba «tío Les», extendió el brazo y se lo puso contra el pecho para impedirle que continuara avanzando. Les era un tipo corpulento, tal como cabía esperar en los que se dedicaban a aquel trabajo, y llevaba un chaleco de cuero sin mangas y una camiseta negra, sin duda para exhibir ante la galería los tatuajes que lucía en los brazos. Tenía una melena gris que llevaba recogida en una coleta, y a juzgar por sus facciones hoscas y por el tono gris de la barba sin afeitar, probablemente contaba cincuenta y pocos años. Pero todavía no era un tipo con el que uno pudiera meterse. Viejo o no, tenía pinta de saber manejarse en una pelea de bar.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó con un marcado acento sureño.

—Dante.

—¿De dónde eres?

—De aquí.

—Pues es la primera vez que te veo.

—Porque no he vuelto desde que mataron a Berkley.

—Está bien —dijo el tío Les, y luego miró a su colega para obtener un segunda opinión—. ¿Qué te parece, Jericho?; Le dejamos pasar?

Jericho, tras dar una calada a un delgado cigarrillo que le colgaba del lado derecho de la boca, miró a Dante largo y tendido. Resultaba difícil saber lo que estaba pensando, porque reñía una expresión de desprecio pegada a la cara en todo momento, como si estuviera a un segundo de escupir en el suelo. Vestía una camisa vaquera negra, con los primeros botones desabrochados para dejar ver la mata de vello rizado que le cubría el pecho. También llevaba unos vaqueros negros y, en la pierna derecha, un arnés metálico que le llegaba desde el tobillo hasta el muslo, fuertemente ceñido con una correa de cuero marrón. Casi un año atrás, un monje le había disparado en la pierna, y ahora necesitaba aquel arnés para que no se le doblara la rodilla cada vez que descargaba demasiado peso sobre ella. El arnés era en parte responsable de aquel gesto permanente de desprecio que le era característico. Cualquiera que tuviera intención de meterse con él sabría al instante, con sólo mirarlo a la cara, que no estaba de humor. Miró a Dante de arriba abajo y le preguntó:

—¿Cuál es tu canción preferida, hijo?

—¿Se puede saber qué coño tiene que ver eso?

—Contesta a la pregunta.

—Joder, cualquier cosa —dijo Dante haciendo un esfuerzo para disimular su impaciencia y otro esfuerzo aún mayor para pensar cuál era su canción favorita.

—Espera un momento —dijo Jericho alzando la mano izquierda para imponer silencio. Con la otra mano, abrió un centímetro las puertas de roble macizo del bar y echó una ojeada adentro. Por la rendija empezó a colarse el ruido que inundaba el local. Pero por encima de las conversaciones de la gente se imponía la música de un grupo que estaba tocando los primeros acordes del tema «Cualquier cosa» de Oasis.

—Les caes bien a Las Psíquicas. Así que puedes pasar —dijo Jericho con un gruñido.

—¿Cómo? ¿Las Psíquicas? ¿Quiénes cojones son ésas?

—El grupo. Si tocan tu canción, puedes pasar. Y ahora están tocando tu canción, así que mueve el culo y entra antes de que me arrepienta.

Dante hizo lo que le decían y pasó al interior del bar, sin saber muy bien qué acababa de ocurrir. Había un segundo individuo que estaba detrás de él y que intentó aprovechar para pasar a su vez, pero Dante oyó a tío Les interrogándolo de modo similar:

—¿Canción preferida?

—Cualquiera de Michael Bolton.

—Ya te estás largando de aquí cagando leches.

El interior del Abrevadero estaba muy distinto de lo que recordaba Dante. Ahora daba la impresión de ser el doble de grande, pero estaba mucho más oscuro. Y también, en su opinión, se había vuelto bastante más ruidoso. Además, lo cierto era que todos los clientes que había dentro parecían vampiros.

Claro que probablemente lo parecían desde siempre, pero hasta un año antes Dante no tenía idea de que existieran siquiera, de modo que no era de sorprender que no se hubiera fijado en ellos.

Allí dentro había como doscientas personas apiñadas, bebiendo y en general montando jolgorio. Si la memoria no le fallaba, la mayoría de los bares de Santa Mondega eran locales conflictivos, por no decir peligrosos, pero el remodelado Abrevadero daba la impresión de ser un sitio en el que uno podía pasarlo bien. Sobre un escenario colocado a su izquierda había un grupo formado por chicas tocando la música de «su» canción. Estaban muy sexys, de cuero negro y dejando ver bastante carne. Y sabían tocar. Ya lo creo que sabían tocar. La vocalista principal, que tenía una melena larga y pelirroja que le caía hasta la mitad de la espalda, estaba lo que se dice buenísima. Las demás tocaban instrumentos diferentes, desde guitarras y batería hasta violines y flautas. En total eran ocho, y también había un tipo rechoncho que tocaba la tuba. Parecía estar un poco fuera de lugar, siendo el único varón, el único gordo, el único que iba peinado hacia un lado para tapar la calva y el único que tocaba un instrumento de metal que no pegaba con los demás. Lo único que tenía en común con los otros miembros del grupo era el atuendo negro y ceñido, que en él no lucía lo mismo.

Tras contemplarlos durante un minuto, Dante se abrió camino a través de la muchedumbre hasta la barra. Como el gentío no estaba precisamente por la labor de hacerle hueco, fue casi inevitable que chocara de forma accidental con la espalda de un individuo tipo armario ropero. Oyó que éste soltaba un taco y vio que parte de la bebida que tenía en la mano se le derramaba en el suelo. Tal como esperaba, el tío se dio la vuelta para ver quién lo había empujado.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —dijo con un acento que podía ser británico.

Dante, con una sonrisa de disculpa, miró a su vez al individuo que le bloqueaba el paso. Siguiendo el ejemplo de casi todos los que se dejaban caer por aquel local, vestía un chaleco de cuero negro sin mangas y vaqueros azules. Iba sin afeitar y tenía un rostro especialmente estrecho, el cabello oscuro y revuelto y unos ojos hundidos que acentuaban los huesos de la cara. Y también iba profusamente tatuado. No se le veían los ojos porque los llevaba ocultos detrás de lo que Dante pensó que eran unas molonas gafas de sol de las que cubren incluso las sienes. Sostenía en la mano un

vaso de cerveza medio lleno, pues la otra mitad todavía le goteaba por los dedos.

—Pues… sí. ¿Cómo lo has sabido? —Dante mantuvo en el sitio la sonrisa que empleaba para hacerse el simpático.

—Porque no llevas emblema, y porque estás solo.

—¿Un emblema?

—Sí. Demuestra que formas parte de un clan. Pero eso ya deberías saberlo. Porque eres un vampiro, ¿verdad?

—Por supuesto, sí. Naturalmente que lo soy.

—Genial, porque últimamente están colándose en este local muchos polis que vienen de incógnito tratando de infiltrarse, y lo primero que los delata es que no llevan emblema.

—Qué mierda. —Dante percibió que ya estaba teniendo problemas. Y tampoco le ayudaba nada exclamar en voz alta lo de «qué mierda»—. Oye, ¿tú podrías conseguirme un emblema?

—¿Así que es verdad que no perteneces a ningún clan? —preguntó el otro.

—Qué va. He llegado esta mañana. ¿Podría apuntarme a tu clan…? ¿Por favor?

De pronto se hizo una pausa incómoda en medio del bullicio que provocaba el público del local. Dante era muy consciente de que se le notaba que estaba desesperado por ser uno de ellos, igual que un inadaptado el primer día que va a un colegio nuevo. Al final, después de mirar a Dante de arriba abajo durante unos segundos que parecieron una eternidad, el tipo cuya bebida él había derramado le respondió:

—Pues claro. —Y de repente sonrió—. Toma, ponte esto.

Introdujo la mano en un bolsillito interior de la pechera y extrajo unas gafas de sol idénticas a las que llevaba puestas. Se las entregó a Dante, el cual, dándole las gracias en voz baja, se apresuró a ponérselas.

El aspirante a vampiro descubrió con sorpresa que seguía viendo perfectamente, como si las gafas no estuvieran tintadas. Aquello supuso un alivio, porque el Abrevadero no es que tuviera precisamente un derroche de iluminación. Ahora ya podía mirar fijamente a los demás sin sentir demasiada timidez, porque no podrían distinguir con seguridad si estaba mirándolos o no. Como el tipo que le había dado las gafas también llevaba otras puestas, se dijo que lo mejor era no quedarse demasiado tiempo allí de pie, destacando entre la gente. Se repetía una y otra vez lo que le había hecho prometer Kacy: no cometas ninguna tontería y no llames la atención.

—Gracias, tío. De verdad. —Le tendió la mano al otro—. A propósito, yo soy Dante. ¿Quién eres tú?

—Obediencia. —El otro extendió la mano y estrechó la de Dante.

—¿Perdona?

—Obediencia.

—Debo de ser yo. Te he entendido «Obediencia».

—Exacto, eso es lo que he dicho. Me llaman Obediencia porque tengo la costumbre de hacer siempre lo que me piden. Es que me gusta complacer a la gente.

—¿En serio?

—Sí.

—Genial —repuso Dante, deseoso de poner a prueba a su obediente amigo nuevo —. Pues entonces invítame a una cerveza y preséntame a tus amigos.

—Claro —contestó Obediencia, sonriente.

El servicial vampiro echó a andar en dirección a la barra, y al llegar pidió dos cervezas. Todos los ocupantes del local reñían una pinta un tanto vampiresca, pero ninguno daba la impresión de haberse transformado de verdad en una criatura de la noche. «Lo cual es una ventaja», pensó Dante mientras aguardaba a que le pusieran las bebidas a Obediencia.

Cuando éstas llegaron por fin, el nuevo amigo de Dante le pasó un botellín de cerveza Mono Cagando y a continuación le hizo pasar por medio de un grupo de gente de lo más raro. Algunos iban vestidos de payaso, otros de mujer, otros parecían indios de alguna tribu maorí, y había un grupo bastante grande cuyos integrantes iban de rastafaris blancos con camisetas teñidas de colorines. Obediencia no hizo caso a ninguno de ellos y se dirigió hacia un rincón oscuro en el que había tres hombres observando al grupo que tocaba.

—A propósito, has escogido un tema genial —comentó Obediencia mientras se acercaban a los tres individuos.

—Gracias —contestó Dante—. Se me ocurrió de repente.

—Sí, esas cosas pasan.

Se detuvieron delante de los tres individuos, que iban vestidos de forma similar a Obediencia. Todos llevaban las mismas gafas envolventes. Obediencia tomó por el brazo al que tenía más cerca. Este tenía una mata de pelo rubio repeinado y con una anticuada raya al lado, y un bigote grueso y amarillo que le descansaba sobre el labio superior. También lucía unas patillas más bien estrechas, amarillas y afeminadas (si es que las patillas pueden ser afeminadas), y tenía el cutis muy blanco. «Incluso para ser un puto vampiro», pensó Dante.

—Fritz, me gustaría presentarte a Dante —dijo Obediencia señalando a su nuevo amigo con un gesto de la mano. Fritz le tendió la suya y Dante se la estrechó.

—¡ENCANTADO DE CONOCERRTE, DANTE, YO ME LLAMO FRITZ! —gritó el

rubio con un fuerte acento alemán.

—Vale, yo también estoy encantado de conocerte, este… Fritz, ¿verdad? —respondió Dante con menos energía vocal. Aunque la música sonaba muy fuerte, no tenía justificación alguna que el alemán chillara de aquel modo.

—Tienes que disculpar a Fritz —dijo Obediencia—. No puede evitar hablar a gritos.

—¡ME HICE DAÑO EN LAS CUERRDAS VOCALES CUANDO me pegó mi hacedorr!

—Ah, ya, vale —contestó Dante no muy seguro, esperando poder escaquearse de conversar mucho con el tío más gritón de todo Santa Mondega. Estando con aquel pirado, iba a resultar difícil pasar inadvertido.

—¿Y quién es éste? —inquirió Dante, señalando con el dedo el primero de los dos que quedaban en el trío, vestidos con un atuendo idéntico y situados a la izquierda de Fritz.

—¡Silencio! —CHILLÓ FRITZ.

—Vale, vale, no te alteres, colega. Sólo preguntaba.

—¡NO, NO! ¡NO ME HAS ENTENDIDO! —ladró el alemán con agresividad—. ¡SE LLAMA SILENCIO! —Mientras lo decía, tocaba con la mano al individuo que tenía al lado, un tipo de pelo castaño oscuro y muy corto en la parte de arriba, pero afeitado al cero por los lados. Aparte de aquello, se parecía mucho a la idea que tenía Dante de los vampiros. Lucía una palidez mortal, dientes retorcidos y ojos hundidos, todo ello acompañado de una barba de dos días.

—¿Por qué te llaman Silencio? —quiso saber Dante. El otro no le contestó, así que Dante se volvió hacia Obediencia—. ¿Por qué lo llaman Silencio?

—Porque no habla casi nunca.

—Ah, vale. ¿Y por qué no habla?

—Porque su hacedor le jodio las cuerdas vocales. Al hablar le duele, así que dice muy poca cosa.

Dante sonrió a Silencio, el cual le devolvió a su vez una media sonrisa. «Vaya par de pirados. Un alemán gritón y un tío que es mudo.»

—Imagino que vosotros dos sois, no sé, como Jay y Bob el Silencioso de la película, sólo que en el mundo de los no muertos, ¿no? —bromeó Dante.

Nadie se río. En vez de eso, se produjo un silencio incómodo. «¡Mierda!», pensó Dante.

—En fin, ¿y quién es ese otro? —preguntó indicando al tercero de los tres, deseando dejar atrás aquella metedura de pata.

—Ese es Déjà-Vu —respondió Obediencia.

Déjà-Vu estaba fumado un cigarrillo. Dio una profunda calada y después expulsó el humo queriendo formar un anillo, sólo que le salió más bien una serpiente. La nube le pasó rozando la melena, que se veía grasienta y le llegaba al hombro, y luego se perdió en dirección al techo.

Saludó a Dante con un gesto de cabeza.

—¿Nos conocemos de algo? —le preguntó.

—Me parece que no —replicó Dante sin saber muy bien si se trataba de una broma o no.

—No te preocupes —intervino Obediencia—. Déjà-Vu hace mucho esas cosas.

—No dejas de repetirlo —repuso Déjà-Vu sin una pizca de ironía.

Las dos horas siguientes, Dante las pasó bebiendo cerveza e intercambiando anécdotas con Obediencia y sus tres amigos. Todos se mostraron bastante simpáticos, excepto Silencio, que no le dirigió la palabra en toda la noche. Obediencia se ocupó todo el rato de pagar la bebida, Fritz no dejó de hablar a voz en grito tocaran lo que tocasen las Psíquicas, y Déjà-Vu… bueno, éste pasó la mayor parte del tiempo con cara de desconcierto y daba la impresión de reaccionar con efecto retardado cada vez que veía pasar a alguien.

Aquellos tíos daban la impresión de ser agradables. Habían aceptado que Dante formara parte de su clan, e incluso Obediencia le había prometido que le iba a conseguir uno de los chalecos de cuero negro sin mangas que usaban todos. Dichos chalecos llevaban en la espalda el logo del clan, que consistía simplemente en el nombre de «Sombras» con letras grabadas en oro. Hasta el momento, la misión que tenía Dante de hacerse pasar por un vampiro estaba transcurriendo sin tropiezos. Había hecho cuatro amigos y se había convertido en miembro de un exclusivo clan o club o lo que cojones fuese aquello. Todo el nerviosismo que pudiera haber sentido al pensar en la tarea que tenía por delante fue evaporándose con cada cerveza que se tomaba. Ya se sentía integrado. Sólo el tiempo diría si había hecho bien.

En cambio, de lo que no se percató Dante fue de que más de uno de los otros clientes presentes en el Abrevadero ya se habían dado cuenta de que él no era un vampiro.

Veinticuatro

Peto estaba solo en su apartamento, tras pasar otra noche más en el Abrevadero, entre los no muertos. Aún no había recopilado ninguna información acerca de Kid Bourbon; en cambio, curiosamente, había visto a aquel joven, Dante Vittori, al que había conocido el año anterior. En la última ocasión en que estuvo en Santa Mondega, Dante se ofreció a ayudarlo a él y al otro monje que lo acompañaba, Kyle, a encontrar el Ojo de la Luna. Técnicamente, cumplió con su parte del trato, pero en el último momento se volvió contra él y le apuntó a la cabeza con un arma justo cuando él estaba a punto de disparar a Kid Bourbon. Si hubiera logrado matar a Kid, sin saberlo habría salvado la vida de todos sus hermanos de Hubal, que fueron brutalmente asesinados poco después.

Así y todo, Peto tenía la sensación de que Dante era buena gente. Así se lo había dicho Cromwell, y en aquellas cosas la opinión de éste parecía pesar mucho. Peto recordó que el año anterior, después del eclipse, Dante le dijo que se marchara del Tapioca llevándose el Ojo de la Luna y prometiéndole que ya se encargaría él de Kid Bourbon. Pero, según lo que descubrió más tarde, Dante no había hecho nada parecido. En lugar de ello, se había sumado a Kid en la tarea de acribillar con un centenar de balazos el cuerpo tendido en el suelo de la joven que iba disfrazada de Catwoman.

La sensación que le inspiraba Dante se confirmó cuando vio *la.* imagen de una mujer que guardaba un intenso parecido con Jessica, la Catwoman, en el libro que le prestó Bertram Cromwell. Dicho libro, que se titulaba *Mitología egipcia,* contenía una reproducción a toda página de un retrato de ella, y le atribuía el nombre de Jessica Gaius.

Ahora que por fin había hallado algo en el libro que mereciera la pena leer, Peto se preparó un café y se acomodó en la única cama que había en su lóbrego apartamento sin calefacción. Desnudo salvo por el Ojo de la Luna, que le colgaba del cuello, se metió bajo la sábana de algodón con la cabeza apoyada contra el tablero. No tenía sentido quitarse en ningún momento aquel preciado amuleto; cualquier merodeador nocturno que pretendiera matarlo o herirlo mientras dormía vería frustrado su intento siempre que él llevase la piedra encima. Los poderes curativos de ésta eran, sencillamente, extraordinarios. (Y también especialmente útiles para que su portador se despertara sin resaca después de una noche de alcohol.)

El suave resplandor que emanaba del Ojo cuando éste se encontraba a la vista era lo bastante potente para permitirle continuar leyendo, incluso después de que hubiera apagado la luz de la mesilla de noche. De modo que, tumbado en la cama con el café y el preciado Ojo, leyó otro poco más acerca de Jessica. Lo que descubrió resultó sumamente interesante. Y también sumamente turbador.

Según aquel texto, árido y un tanto académico, Jessica era hija de Ramsés Gaius, el gobernante de Egipto cuyos restos momificados habían desaparecido, robados o huyendo por su cuenta, de la sala egipcia del Museo de Arte e Historia de Santa Mondega. Tal como le había explicado Cromwell, Gaius no sólo había sido el dueño del Ojo de la Luna, sino que además llegó a dominar el pleno uso de sus poderes.

Absorto en la lectura, Peto se enteró de que Gaius había sido el monje principal de un templo egipcio del siglo I d.C. Desde aquella posición de inmenso poder lo controlaba todo, incluido el nombramiento del faraón. El pueblo lo conocía como la «Luna» porque solamente salía de noche.

De joven, Gaius perdió un ojo en una pelea. Años después descubrió una piedra azul, escondida en una de las grandes pirámides, que antiguamente había sido propiedad de Noé. Varios siglos antes, el gran patriarca del Antiguo Testamento se había servido de aquella piedra para controlar, entre otras cosas, la altura de las aguas durante el Diluvio Universal. Cuando Gaius comprendió el poder que tenía aquel trozo de roca, no se lo colgó del cuello, como habían hecho muchos antes que él, sino que se lo colocó en la cuenca vacía del ojo, y así fue como pasó a llamarse el «Ojo de la Luna».

Mediante aquel Ojo, Gaius aprendió a orquestar muchas cosas. Su facultad más impresionante era la capacidad de controlar objetos inanimados con la mente, «como un maniquí de Beethoven», se dijo Peto para sus adentros. Y aquello tampoco fue todo, porque, empleando el Ojo para la magia negra, también creó una versión personal y corrupta de *El libro de los muertos* de los antiguos egipcios. Tomando la premisa básica de dicho libro, que consistía en registrar por escrito los rituales necesarios para pasar sin tropiezos a la vida del más allá, creó el *Libro de la Muerte,* su arma más poderosa. Cada vez que sospechaba que un miembro de su consejo pretendía traicionarlo, simplemente escribía en una de las páginas del libro el nombre de dicha persona, junto con una fecha. Y el destino se encargaba de que la vida de aquella persona acabara en la fecha exacta que había indicado. Todas las víctimas morían de distinta forma. Unas eran asesinadas, otras simplemente caían fulminadas de un ataque al corazón, o bien fallecían plácidamente durante el sueño. La existencia del *Libro de la Muerte* le garantizaba a Gaius su posición de verdadero gobernador de Egipto, con independencia de quién fuera el faraón, cuyo nombramiento, en cualquier caso, era decidido por él mismo. A modo de salvaguardia, confió el libro a un súbdito leal, el cual lo guardaba bien oculto y bajo llave.

La caída de Gaius se asemejó a la de muchos tiranos. Al igual que muchas personas que acaparan un enorme poder, se volvió paranoico y comenzó a desconfiar de los que lo rodearan, según refería el libro del profesor Cromwell. Se enemistó con su hija Jessica cuando ésta reconoció, y él enfatizó, que jamás podría llegar a gobernar Egipto, ya que él había alcanzado la inmortalidad gracias a que siempre llevaba encima el Ojo de la Luna. Gaius no moriría nunca, y por lo tanto nadie lo sucedería nunca, así que Jessica no vería cumplido jamás su deseo de sentarse en el trono de Egipto. Enfurecida, huyó del país y desapareció durante varios años.

Mientras ella estuvo ausente, dos de los primeros seguidores de Gaius, Armand Xavier e Ishmael Taos, regresaron de su búsqueda del Santo Grial. Afirmaron haber bebido la sangre de Cristo, y por lo tanto haber adquirido una inmortalidad similar a la que tenía Gaius gracias al Ojo. Esta noticia le sentó sumamente mal al gobernante egipcio, sobre todo cuando ambos hombres le exigieron una parte de su poder.

Con el fin de desembarazarse de los dos, Gaius hizo planes para escribir sus nombres en el libro. Pero Xavier y Taos ya se lo esperaban, de modo que una noche, mientras Gaius dormía, se colaron en sus dependencias privadas y, mientras uno lo sujetaba, el otro le extrajo el Ojo de la cuenca. Acto seguido, lo envolvieron igual que una momia y lo enterraron debajo de su propio templo con una piedra barata de color verde en la órbita vacía para humillarlo del todo.

Finalmente Gaius, el monje egipcio, murió de hambre en el interior de la tumba en que lo habían enterrado. Sin embargo, siempre había sabido que llegaría el día en que alguien habría de engañarlo, y se había fabricado una póliza de seguros. Haciendo uso de uno de los muchos poderes del Ojo de la Luna, creó una maldición que fue conocida más tarde, por las pocas personas que se enteraron de la historia con el correr de los siglos, como la «Maldición de la Momia». En caso de que alguien lo asesinara y le robara su preciado Ojo, un maleficio se encargaría de hacerlo resucitar en el momento en que su asesino encontrara la muerte a su vez.

Peto bebió el último sorbo de café. «Mmm. Bien, pues eso acaba de suceder ahora», reflexionó. Armand Xavier e Ishamel Taos habían sido asesinados por Kid Bourbon poco después del pasado eclipse. Y a continuación la momia que se exhibía en el museo había cobrado vida y se había escapado. «Esto podría ser grave —pensó el monje—. Esa momia va a lanzarse en busca del Ojo de la Luna. Y eso significa que va a venir a por mí.»

Por lo que sabía, tras realizar un estudio intensivo de las películas de Hollywood en el tiempo que había pasado fuera de la tranquila isla de Hubal, situada en el Pacífico, la momia era el Padre de los No Muertos. No era un personaje que a uno le conviniera tropezarse en la vida, y menos aún tenerlo siguiéndole los pasos.

Al principio, la prosa envolvente y las construcciones enrevesadas de *Mitología egipcia* estuvieron a punto de matarlo de sueño; pero a medida que fue leyendo, la

historia del Ojo de la Luna fue enganchándolo, y ahora ya estaba totalmente despierto. Prosiguió la lectura unos pocos minutos más hasta que finalmente decidió dormirse. En el libro ya no había nada más que destacar, y lo decepcionaba no haber encontrado más información respecto de lo que les ocurrió a Taos y a Xavier tras la momificación de Gaius.

Pero no pudo dormir bien después de todo lo que había leído. Tenía la mente inquieta. ¿Qué habría sido de Jessica? ¿Estaría muerta a estas alturas? Y en tal caso, ¿se reuniría con su padre Ramsés Gaius, ahora que él volvía a ser libre? Una cosa de la que estaba seguro era que ambos se lanzarían en pos del Ojo de la Luna.

Y también estaba seguro de otra cosa más. Una vez que hubiera llevado a cabo la misión de encontrar a Kid Bourbon y de hacer uso del Ojo para curarlo de las maldades cometidas, iba a largarse de aquella ciudad cagando leches.



Veinticinco

Sánchez estaba teniendo un día de pena. Y tampoco era la primera vez. Ya llevaba como tres meses durmiendo casi nada, y empezaba a estar más pálido que los vampiros que tan frecuentemente se negaba a dejar entrar en su bar. El Tapioca seguía siendo el único local de Santa Mondega que no aceptaba a chupadores de sangre.

Por lo general sabía olerse la presencia de un vampiro mejor que nadie y, sin embargo, tenía en el apartamento del piso de arriba del Tapioca al más peligroso de todos: Jessica, la reina de los vampiros. Y no tenía ni idea de que era una chupasangre. Ni pajolera idea. Simplemente pensaba que era una chica encantadora y estaba ansioso de que saliera de su último coma y por fin le demostrara un poco de gratitud. La última vez, después de que él pasara cinco años cuidando de ella de forma clandestina con la ayuda de su finado hermano Thomas y de la finada esposa de éste, Audrey, Jessica recuperó la conciencia y se portó bastante mal con él. Y acto seguido se metió en la cama con un famoso cazador de recompensas que se llamaba Jefe. Pues bien, ahora Jefe estaba muerto, de modo que en la actualidad no había competencia por parte de nadie más para ganarse los afectos de la chica. Sánchez contaba con una ventaja de salida, y esta vez tenía toda la intención de aprovecharla.

Jessica estaba en coma desde que aquel hijo de puta de Kid Bourbon la cosiera de nuevo a balazos. Kid había contado con la ayuda del Terminator, o bueno, de un individuo que había aparecido disfrazado de organismo cibernético T—800. Sánchez quería verlos muertos a los dos, aunque con gusto se conformaría con no volver a verlos nunca. Últimamente no tenía los contactos de antes con gente capaz de quitar de en medio a tipos como Kid Bourbon o un Terminator. Sus dos mejores posibilidades habrían sido Elvis y Rodeo Rex, pero ambos habían sido asesinados brutalmente. Y nadie sabía con seguridad por quién.

Así que Sánchez llevaba casi un año viviendo con tranquilidad, desde la última masacre ocurrida en su bar. No dormía bien y actuaba de forma poco inteligente dando cobijo a una reina de los vampiros convaleciente, pero por lo demás todo iba como la seda.

Hasta ahora.

Las cosas acababan de dar un giro a peor. En el momento mismo en que entraron, Sánchez supo que su aparición vendría seguida de toda clase de problemas. Habían

llegado al Tapioca varios miembros, tres en concreto, del clan de vampiros conocido como los Cerdos Mugrientos. Venían vestidos con normalidad. Uno de ellos, el de más jerarquía, el capitán Michael de la Cruz, iba muy elegante con un pantalón informal de color negro, una camisa de un blanco radiante y una cazadora de cuero de color marrón. Llevaba el cabello impecable, peinado hacia atrás pero con alguna que otra punta aquí y allá siguiendo la moda, y un poquito más largo en la nuca. «Genial —pensó Sánchez—, otro de esos gilipollas de la Nueva Era que llevan tres cortes de pelo distintos al mismo tiempo.»

Claro que De la Cruz no era nada en comparación con el segundo individuo, un cabrón de aspecto desaseado al que Sánchez conocía como detective Randy Benson. Este tipo era mucho peor. Llevaba una camisa azul fluorescente de manga corta y unas bermudas también fluorescentes, pero en amarillo. Y no le habría venido mal que De la Cruz le hubiese prestado por lo menos uno de los peinados que llevaba puestos, porque al parecer él no llevaba ninguno. La única descripción posible para la pelambrera de color blanco que lucía sería que parecía un profesor chiflado.

El tercer individuo, al cual Sánchez no conocía de nada, era el detective Dick Hunter. Le causó la impresión de ser un tipejo patético y con cara de comadreja que se daba un aire a marica, vestido con una camiseta blanca ajustada que dejaba ver unas tetillas salientes que resultaban de lo más impropio. Fue más que suficiente para que Sánchez sintiera desagrado hacia él. Al fin y al cabo era un desconocido, y con eso ya bastaba para que le tuviera ojeriza.

De la Cruz se acercó a la barra pavoneándose, flanqueado por los otros dos. Sabía lo poco colaborador que podía mostrarse el camarero, así que no se anduvo con miramientos.

—Sánchez, miserable hijo de puta, queremos ver lo que tienes arriba —rugió—. Y vete sirviéndonos tres whiskies. Por cuenta de la casa.

Sánchez estaba limpiando un vaso, secando el borde con la camiseta sucia que llevaba puesta y haciendo todo lo posible por parecer indiferente, lo cual se le daba la mar de bien.

—No podéis subir al piso de arriba sin una orden de registro —replicó con su habitual tono de mala leche.

De la Cruz le dio la réplica. Su respuesta fue programada, tanto como la de Sánchez.

—No me jodas, Sánchez. Si tengo que regresar trayendo una orden, pienso limpiarme el culo con ella. Y luego te la pasaré a ti por la cara.

—No será la primera vez que me coja una buena mierda en mi propio bar —replicó el camarero con una sonrisa sarcástica.

El detective se inclinó un poco por encima de la barra, lo justo para que a Sánchez le llegara el efluvio de su asqueroso aliento y pudiera entrever los grandes colmillos.

—Y después pienso rebanarte el cuello con los dientes. Así que llévanos al piso de arriba, gordo seboso.

Sánchez lanzó un suspiro y dejó el vaso a medio limpiar en la balda que había justo debajo de la barra. No le importaba ganarse enemigos entre los vampiros o los polis, pero los polis vampiros… en fin, aquello era una cosa distinta. Aquellos tipos podían amargarle la vida en serio. Podían acosarlo a diario si se les antojara, y prácticamente dejarlo sin negocio en un abrir y cerrar de ojos. Estaba preocupado por Jessica, pero sabía que le habían vencido. No merece la pena librar una batalla cuando uno sabe que no la puede ganar.

—Voy a poneros esos whiskies —dijo.

—Así me gusta. Sabía que no ibas a negarte a ayudar a un policía en el cumplimiento de su deber.

De la Cruz le guiñó un ojo y le dio una palmadita paternalista en la mejilla, tras lo cual tomó asiento en una banqueta. Sus dos colegas se quedaron de pie, uno a cada lado, mientras Sánchez cogía una botella de la parte de atrás de la barra y servía los tragos en tres de los vasos que tenía más limpios.

—El mío, que sea doble… gordo cebón —dijo Benson con un gruñido. Había notado que al camarero le flaqueaba el ánimo, y su instinto natural de matón lo impulsó a exigir un doble cuando en realidad ni siquiera le apetecía uno normal. Al igual que De la Cruz, él también señalaba lo obvio. Sánchez estaba poniéndose fondón, y no había modo de disimularlo. Las patillas gruesas y negras que se había dejado crecer a los lados de la cara no ayudaban a esconder los pliegues de la papada que le juntaba la barbilla con el cuello.

Haciendo caso omiso de aquel insulto lo mejor que pudo, Sánchez depositó los tres vasos sobre la barra, delante de los policías no muertos. Seguidamente cogió un trapo sucio y repasó la superficie de alrededor. Llevaba toda la mañana dando el sol y el local estaba muy caldeado, con lo cual, cada vez que Sánchez derramaba algo en la barra, ésta se quedaba pegajosa porque el líquido se evaporaba con el calor. El gigantesco ventilador del techo estaba haciendo horas extras para mantener el bar fresco, pero sin mucho éxito.

—¿Vas a decirme qué esperas encontrar arriba? —preguntó Sánchez con aire indiferente mientras pasaba el trapo.

—Claro —contestó De la Cruz al tiempo que cogía su vaso de whisky y lo chocaba con los vasos de sus colegas.

Transcurrió una pausa de dos segundos, y después Sánchez volvió a hablar. De hecho repitió la pregunta:

—¿Qué esperas encontrar arriba?

—Una hermosa dama en coma. Pero no te preocupes, Sánchez, que no vamos a

llevárnosla, así que puedes quedarte tranquilo. Sigue siendo toda tuya.

Los tres apuraron sus vasos a la vez. De la Cruz y Benson tuvieron arcadas de inmediato y escupieron la bebida al suelo. Hunter pareció paladear el gusto que tenía, pero al ver la reacción de sus colegas se sumó a ellos y también puso cara de asco.

—Pero ¿qué coño es esto? —preguntó De la Cruz procurando escupir hasta la última gota que le hubiera quedado en la boca.

—Mi mejor whisky —repuso Sánchez encogiéndose de hombros—. Pero he de decir que cuesta hacerse a él.

—Y una mierda —boqueó Benson, que aún vomitaba—. Sabe a meado.

—Sí, mucha gente dice lo mismo —sonrió Sánchez.

—Ya veo por qué —señaló Hunter mirando con asco su vaso vacío—. ¿Cómo se llama esta mierda? Para evitarla en el futuro, claro está.

—Es de fabricación casera.

—¿Tienes más?

De la Cruz y Benson miraron a Hunter con expresión interrogante. ¿Lo decía en serio? ¿De verdad quería probar otro trago de aquello? Hunter se dio cuenta de lo que estaban pensando y se apresuró a retroceder.

—Pienso que debería confiscarlo. Ya sabéis, velando por la salud y todo eso. —Al ver que los otros no parecían convencidos, se volvió de nuevo hacia Sánchez—. ¿Tienes muchas existencias de esto?

El camarero le ofreció una sonrisa radiante.

—Claro. Cuento con un suministro ilimitado. Podéis beberos lo que queda de la botella por cuenta de la casa. Aquí la tenéis. —Y le entregó la botella al detective, el cual la cogió de buen grado.

—Muy bien. Ya basta —intervino De la Cruz—. Enséñanos dónde está la chica, Sánchez.

—Encontraréis lo que estáis buscando subiendo por ahí.

—Sánchez le indicó la escalera que conducía al exterior del bar.

Los tres polis vampiros rodearon la barra y cruzaron la trastienda en dirección a una escalera desnuda. Dos de ellos todavía estaban escupiendo para quitarse el mal sabor de boca. El otro, Hunter, bebió un trago de la botella que le había dado Sánchez y se enjuagó la boca con él para saborearlo de camino a la escalera.

Sánchez no los acompañó. Cuanto menos se acercara a ellos, mejor. Además, tenía cuatro clientes sentados a una mesa de un rincón del bar que a lo mejor requerían sus afamados servicios en algún momento de las próximas tres horas.

Cuando llegaron a lo alto de los escalones se toparon con una robusta puerta de madera. De la Cruz extrajo el cáliz de oro de un bolsillo interior de la cazadora.

—Espero que siga estando en coma, de lo contrario esto podría ponerse un tanto peliagudo —dijo a la vez que giraba la manilla de la puerta.

—Ella misma debe de estar peliaguda a estas alturas —señaló Benson. Al ver la expresión de asco que ponían los otros, intentó explicarse—: Quiero decir que debe de tener las piernas llenas de pelos. Puede que le haya crecido el bigote. Ha pasado un año, ¿no?

—Cierra la boca, pervertido —dijo Hunter empujándolo en la espalda.

Conducidos por De la Cruz, con Benson en el medio y Hunter cubriendo la retaguardia y todavía dando tragos al brebaje de Sánchez, penetraron en el cuarto que había al final de la escalera. Y efectivamente, en el centro del mismo había una cama en la que estaba acostada Jessica, profundamente dormida y con una expresión de placidez en la cara, como si estuviera muerta para el mundo. Era una cama individual provista de un colchón grueso y de una única sábana blanca que cubría el cuerpo de la joven. Allí arriba hacía el calor suficiente para que no hiciera falta más que una delgada sábana para arroparla mientras dormía.

De la Cruz se acercó a la cama parodiando a una persona que procura no despertar al que duerme. Se llevó un dedo a los labios para indicar a los demás que no hicieran ruido, se arrodilló al lado de la enferma, apartó ligeramente la sábana y le asió el brazo derecho. A continuación, anulando todo propósito anterior de no hacer ruido, extrajo de la manga su daga favorita, una hoja de plata de quince centímetros, y seccionó una vena del antebrazo de Jessica, justo por encima de la muñeca. Cosa sorprendente, esto no la despertó. Sostuvo el cáliz debajo del brazo a la altura de la incisión y procuró recoger la máxima cantidad posible de la sangre que comenzó a brotar de la herida y a caer en la copa.

—¿Tú crees que ha sentido algo? —preguntó Benson en voz baja.

—No importa —susurró De la Cruz al tiempo que movía la copa frenéticamente de un lado a otro a fin de recoger toda la sangre que pudiera. Una parte se le derramó sobre los dedos, y la lamió de inmediato. Sus dos colegas contemplaron con mirada anhelante aquel festín de sangre.

—Se curará en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera sabrá que hemos estado aquí.

Cuando consideró que ya había suficiente sangre en el cáliz, De la Cruz bebió un buen sorbo de él y se lo pasó a Benson. Después se sacó del bolsillo una venda blanca y empezó a enrollarla en la herida de Jessica. Mientras realizaba dicha operación, y en tanto que Benson bebía su ración de sangre del cáliz, de pronto experimentó una intensa oleada de adrenalina que le recorrió todo el cuerpo. Cada hueso, cada músculo, cada célula; todo cobró vida propia de repente. Sintió un hormigueo generalizado. Lo inundó una sensación de poder. De un poder increíble. Aquello era

lo que se sentía al ser un rey de los vampiros, un purasangre, un ser capaz de moverse a la luz del día, un dios. Al cabo de treinta segundos, Benson y Hunter, tras apurar su porción de sangre, comenzaron a experimentar la misma sensación que él. Fue una sensación mucho más intensa que la que tuvieron la noche anterior, después de beber la sangre de Stephanie Rogers.

—Oh… Dios… mío —exclamó De la Cruz irguiéndose en toda su estatura y echando los hombros hacia atrás—. ¡Esto es alucinante!

—Desde luego que sí —convino Hunter al tiempo que bebía otro trago del whisky casero de Sánchez para ayudar a bajar la sangre de Jessica.

Benson parecía ajeno a sus compañeros. Estaba disfrutando demasiado de aquella sensación para malgastar el aliento compartiendo dicha experiencia con nadie. Transcurridos unos instantes, mientras todos hacían un esfuerzo para sobreponerse a aquella potente inyección de energía física y mental, la segunda que recibían en menos de veinticuatro horas, De la Cruz recuperó el dominio de sí mismo y salió de lo que casi había sido un trance de euforia.

—Próxima parada, el hospital Doctor Moland para enfermos mentales. —Sonrió de oreja a oreja—. Vamos a ver a ese pirado del bourbon. Los tres juntos somos capaces de enfrentarnos a cualquiera, y una vez que hayamos bebido la sangre de ese hijo de puta seremos los dueños del mundo entero.

Hunter estaba parpadeando frenéticamente, asimilando aquella nueva y abrumadora sensación de superioridad. Por fin salió de su trance de autocomplacencia y dijo:

—¿Sabes una cosa, De la Cruz? Tengo ganas de irme de juerga todo el día y toda la noche. Empezando por ya mismo. De la Cruz asintió con un gesto.

—No me cabe duda. Nos ocurre a todos igual. Pero antes tenemos que ir de caza. Ya iremos mañana a por Kid Bourbon.

—Esta noche me apetece un poco de sangre joven —sonrió Hunter—. Me gustaría beneficiarme a unas cuantas nenas buenorras. Así que vámonos. No estoy seguro de poder aguantarme, por lo menos no mucho.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, tío —repuso De la Cruz a la vez que se pasaba la lengua por los labios con la esperanza de lamer algún resto de sangre de Jessica que le hubiera quedado alrededor de la boca.

—Vámonos de aquí directos a un burdel. La juerga de anoche va a parecer ridícula en comparación con la de hoy.

Hunter echó a andar el primero, terminándose la botella de whisky y ya pensando en sacarle otra a Sánchez. De la Cruz lo siguió pisándole los talones. Ya estaba apoderándose de él un apetito y una lujuria que le resultaban nuevos. Era algo incontrolable.

Benson sentía lo mismo.

—Enseguida os alcanzo —les dijo a sus compañeros—. Es que quiero repasar el vendaje que le hemos hecho a Jessica en el brazo. Me parece que no ha quedado suficientemente prieto.

—Como quieras —respondió De la Cruz al tiempo que desaparecía escalera abajo.

Benson miró en derredor. No se veía a nadie. Era el momento perfecto. Estaba solo en una habitación con una reina fuera de combate. Las oportunidades como aquélla no se presentaban todos los días. Con el corazón acelerado, se desabrochó el cinturón de las bermudas amarillas. Jessica iba a ser un polvo de puta madre, con coma o sin coma. Contempló su rostro blanco y suave. Aquellos labios carnosos, aquella piel perfecta, aquella hermosa melena castaña. Sin olvidarse de los pechos, las piernas y todo lo que quedaba oculto bajo aquella fina sábana blanca.

Jadeando, se bajó hasta los tobillos las bermudas amarillas y el calzoncillo mugriento y de un blanco sucio y alargó la mano hacia la sábana. La fue apartando lentamente, saboreando el momento. Debajo, Jessica estaba desnuda, y al posar los ojos en su piel blanca y sedosa fue incapaz de contener la excitación. Con gesto tentativo, acercó una mano al seno derecho, casi salivando mientras se preparaba para dar el primer apretón.

En aquel momento Jessica abrió los ojos.

—Como me acerques esa polla lo más mínimo, te quedas sin ella —siseó—. ¡Lárgate de aquí!

Benson retrocedió, atónito. Sin saber cómo, consiguió lanzar una última mirada fugaz al cuerpo desnudo de Jessica antes de tener la sensatez de poner pies en polvorosa y buscar la salida. Pareciendo un pingüino con el pantalón y los gallumbos en los tobillos, corrió como un pato hacia la escalera lo más deprisa que pudo. Al final, después de tropezar dos veces y de volver a subirse los pantalones con gesto frenético, alcanzó el inicio de la escalera y miró atrás. Jessica había cerrado los ojos de nuevo. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? Aunque lo fueran, aquella mujer era la rema de los vampiros. Una cosa era violarla mientras estaba inconsciente, pero violarla después de que se hubiera despertado del todo y le hubiera visto la cara no era una opción. Por lo menos, aún no.

Veintiséis

Cuando Dante llegó al Abrevadero la segunda noche para estar con las Sombras, sintió alivio al ver que Obediencia y Fritz ya estaban en la barra. Llevaba puestas las gafas envolventes, marca de fábrica, que le habían entregado la noche anterior, y esta vez venía vestido sólo con unos vaqueros y una sudadera negra, con la esperanza de que ellos le proveyeran de uno de aquellos estilosos chalecos de cuero negro que los distinguían como miembros de su clan particular.

Aquella noche el local estaba bastante tranquilo, por lo menos en comparación con la noche anterior, pero así y todo no logró llegar hasta la barra sin tropezarse con nadie. Sin embargo, esta vez, al parecer no fue culpa suya; uno de los rastafaris blancos apareció de la nada y se chocó contra su hombro.

—¡Epa! Perdona, tío —dijo Dante de forma instintiva.

El rastafari era un individuo más bien bajito que iba vestido con un atuendo negro tipo karate. Las rastas le colgaban a la misma altura todo alrededor de la cabeza y le ocultaban la mayor parte de la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó a Dante medio susurrando.

—Tomarme una copa con mis amigos —respondió Dante mirando al otro con expresión confusa. ¿Qué esperaba aquel tipo que dijera? Estaba en un puto bar, por Dios. ¿Qué otra cosa iba a estar haciendo allí?

Nervioso ante la posibilidad de que lo pillaran hablando con un miembro de otro clan, le dio la espalda al rastafari y prosiguió su camino en dirección a la barra, donde veía que lo aguardaban Obediencia y Fritz. Pero no pudo evitar pensar que le sonaba la voz de aquel tío. De todas formas, no merecía la pena perder el tiempo con ello; en aquel momento tenía cosas más importantes de que preocuparse, como intentar dar con Peto, el monje de Hubal. Y continuar vivo.

El propietario del Abrevadero, Dino, estaba sentado en un extremo de la barra vestido con un elegante traje azul y tomándose una copa de vino tinto, mientras le hacían el trabajo dos jóvenes camareras de pantalones negros y camisetas blancas como la nieve. Una de ellas se encontraba detrás de la barra secando vasos, y la otra estaba limpiando una mesa del rincón del fondo. No habría más de treinta clientes repartidos por el bar, la mayoría de ellos hablando en voz baja. Esta noche todo el mundo iba vestido más o menos con normalidad. No había payasos ni indios

maoríes. Y, según podía ver Dante, tampoco tíos disfrazados de mujeres.

—Eh, tíos, ¿qué tal va la cosa? —saludó cuando llegó a donde estaban Obediencia y Fritz.

—¿Qué quería Chip? —inquinó Obediencia en tono un tanto suspicaz.

—¿Quién?

—Ese rastafari con el que acabas de hablar.

—Ah, ése. Quería convencerme de que entrara en su clan.

—No me digas —dijo Obediencia—. ¿Aunque no lleves rastas como todos ellos?

—Sí —contestó Dante poniendo cara de sorpresa—. Qué imbécil. —Se dio prisa en cambiar de tema—. Bueno, ¿a alguien le apetece una cervecita?

A pesar de las preguntas inquietantes que le formularon acerca de Chip, los dos miembros de las Sombras parecían estar contentos de verlo, lo cual era un buen comienzo. Dante recordó vagamente que la noche anterior todo había ido bastante bien. Por lo visto había encajado en el grupo, de modo que, a no ser que hubiera malinterpretado la situación por culpa de una ingesta excesiva de alcohol, todo marchaba sobre ruedas.

Respondiendo a su oferta, Obediencia habló en nombre del otro vampiro y de él:

—La verdad es que estábamos a punto de ir al centro a buscar un poco de carne joven —dijo.

—¿Carne joven?

—Sí, pensábamos ir a un club de *striptease* del centro a beneficiarnos un par de putas para la cena. ¿Te apuntas?

Aquello no era en absoluto lo que tenía pensado Dante. Ni se acercaba. Una cosa era ser capaz de mezclarse con los vampiros gracias al suero que le habían inyectado en el torrente sanguíneo, pero si esperaban que sacara un par de colmillos y se los hincara a una prostituta en el cuello para beberse la sangre… en fin, iban a quedar pero que muy decepcionados. Y él iba a quedar pero que muy muerto.

—Esto… no sé, tíos. Me duele un poco el estómago. Me parece que voy a quedarme aquí y a tomarme unas cervezas. De todas formas, gracias por preguntarme.

—¡Tonterías! —chillo Fritz— ¡Te vienes con nosotros! ¡Tenemos a una persona que quierre conocerte!

—Ah, ¿si?¿quién?

—¡El jefe! Vanidad, el líder de las sombras, quierre conocerte para hablarr de tu iniciación para entrarr en el clan!

El bar entero guardó silencio de pronto, porque resultaba imposible no haber oído

lo que acababa de decir Fritz. Los treinta clientes esperaron a ver qué contestaba Dante, y como Las Psíquicas estaban en el descanso, ni siquiera había ruido de fondo que distrajera al personal.

—Ah, vale. Muy bien —respondió Dante—. Pero paso de la cena.

—¿No tienes hambre, con las horas que son ya? —Era evidente que Obediencia estaba desconcertado.

—No, antes de salir de casa tomé comida china —respondió Dante frotándose el estómago.

—Aaah —dijeron al unísono Obediencia y Fritz. Los dos también habían sufrido dolor de tripas en otras ocasiones por darse un festín con chinos. Tenían buen sabor, pero le destrozaban a uno el sistema digestivo.

—¿Y dónde están los demás? —preguntó Dante cambiando de tema con sumo tacto.

—¡NO TE PRREOCUPES POR ELLOS! —bramó Fritz—. ¡ESTA NOCHE TENEMOS A PECHUGONA Y CORNAMENTA!

Señaló a dos vampiresas que justo en aquel momento regresaban del baño que había al fondo del bar. Una era una morena bastante despampanante, dotada de unos pechos enormes que llevaba estrujados dentro de una minúscula camiseta blanca. «A ver si lo adivino —pensó Dante—, ésa tiene que ser Pechugona.» Su amiga era una rubia rechoncha y poco atractiva que lucía una nariz gigantesca y tenía un ojo mucho más grande que el otro. «Cornamenta», se dijo Dante. Las dos atrajeron varias miradas de admiración mientras regresaban a la barra contoneándose con sus minifaldas.

—Hola, Fritz, ¿éste es Dante? —preguntó Pechugona nada más llegar.

—SÍ, ÉSTE ES EL JOVEN QUE CONOCIMOS ANOCHE. VAMOS A LLEVARRLO A VER A NUESTRRO LÍDER. ¿OS APUNTÁIS?

—Claro —dijo Pechugona observando a Dante como si fuera un trozo de carne—. Hola, Dante, yo soy Pechugona. Me llaman así porque tengo un escotazo genial. ¿O es que no te has fijado?

Dante no se había fijado en casi nada más. Estaba mirándole fijamente los pechos como si éstos lo tuvieran hipnotizado.

—Menudos melones —dijo en voz alta en vez de mentalmente.

—¿Perdona?

—Me alegro mucho de conocerte. —Dante le estrechó la mano y por fin estableció contacto visual.

Pechugona le contestó con una sonrisa. Estaba acostumbrada a que la gente se pasara la noche hablando de sus tetas, así que le sorprendió agradablemente que

alguien se dignase siquiera levantar la vista—. Ésta es mi amiga Cornamenta —dijo indicando a su horrorosa compañera.

Dante también le estrechó la mano a Cornamenta, la cual le devolvió una sonrisa enseñando todas las encías.

—A mí me llaman Cornamenta porque me pongo en el pelo cantidades industriales de espuma para que se me quede así —explicó al tiempo que se tocaba el gigantesco cardado rubio, que daba la impresión de sostenerse en su sitio gracias a un kilo de cola resistente al agua.

—¡Ja, ja! Sí, exacto —río Dante. Cornamenta puso cara de no entender, y Dante se dio cuenta de inmediato de que no debería haberse reído de ella. Resultó que la chica no bromeaba.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó.

—Encantado de conocerte. Tienes un pelo fantástico. —Dante le ofreció su sonrisa más cautivadora.

—Oh, gracias —respondió ella sonriendo con afectación. El cumplido consiguió el efecto deseado: borrarle de la memoria la metedura de pata anterior.

Durante todos aquellos saludos y presentaciones, tío Les, el mayor de los dos gorilas de la puerta, se había acercado hasta el grupo. Esta noche llevaba unos vaqueros azules y un chaleco sin mangas también vaquero, con una camiseta blanca debajo. Exhibía un montón de abultados músculos y unos abdominales en forma de tableta de chocolate que quedaban moldeados por la delgada camiseta. Necesitaba afeitarse, pero nadie se dio prisa en mencionárselo.

—A ver, si no vais a tomar nada, tendré que pediros que os marchéis —dijo en tono severo.

—La verdad es que ya nos íbamos —replicó Obediencia—. Nos vamos al local de Vanidad. Si aparecen Silencio o Déjà-Vu, ¿podrías decirles dónde estamos?

—A lo mejor.

—Gracias. —Obediencia se volvió hacia los otros—. Venga, vámonos de aquí antes de que la cosa se ponga fea. Tío Les echó una ojeada a Cornamenta.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no? —bromeó. Por suerte, Cornamenta tenía la piel muy curtida, y estaba tan segura de su atractivo que aquel comentario despectivo no la rozó siquiera.

El grupo se encaminó hacia la salida del Abrevadero, con Fritz a la cabeza, y enfiló la tranquila calle que llevaba a La Ciénaga, un club de *striptease* cuyo propietario era Vanidad. Dante se puso al lado de Obediencia.

—Imagino que ese portero será un gilipollas del uno, ¿a que sí? —aventuró.

—Sí, pero es un tío peligroso de verdad. No conviene meterse con él, fíate de lo

que te digo —respondió el vampiro.

—¿Sí?

—Ya lo creo. Es un tipo duro.

—Pero no al estilo de Wade Garrett, ¿no?

—¿Quién coño es Wade Garrett? Dante sacudió la cabeza con disgusto.

—No importa.

—Bueno, quizá deberían contratar a ese tal Garrett en este local. No nos vendría mal un tipo que echara a todos esos putos hombres lobo.

—¿No te gustan los hombres lobo? Se hizo obvio que Obediencia se sorprendió de que Dante se lo preguntara siquiera.

—¡Joder, claro que no! ¿Y a ti?

—No.

—Bien. Esos cabrones peludos y apestosos deberían quedarse en su parte de la ciudad. Lo último que necesitamos en el Abrevadero son tíos como MC Pedro, que intentó violar a Las Psíquicas. Fue una puta pesadilla.

Dante continuó andando al final de la fila, con Obediencia. Resultaba irritante que a cada pregunta que hacía el otro le contestara con algo que al parecer cualquier vampiro que se preciara de serlo debía saber de sobra. ¿Cómo diablos iba a hacer para averiguar algo acerca del Ojo de la Luna o de Peto, o para recoger información sobre los clanes, sin dar la impresión de ser imbécil? O, peor todavía, un impostor.

En fin, lo más probable era que no hubiera manera de preguntar sin parecer idiota. Y dado que él no era normalmente de los que se preocupan por parecer idiotas, siguió preguntando.

—Dime una cosa, Obediencia, ¿tienes idea de dónde está actualmente el Ojo de la Luna?

—¿Cómo?

—El Ojo de la Luna. Ya sabes, esa piedra azul que…

—Ya te he oído. —Obediencia se paró en seco y agarró a Dante por el brazo para retenerlo hasta que los demás vampiros estuvieron lo bastante lejos para no oír lo que decía—. Que Vanidad no te oiga preguntar esas cosas. De hecho, procura que no te oiga nadie. Si vas por ahí diciendo eso, acabarás muerto más deprisa que con una cruz de plata. Aquí no se habla de esa piedra, no trae más que desgracias. Y si te pones a preguntar por ella, la gente pensará que la tienes tú o que tienes alguna pista de dónde está. Y eso no es nada bueno.

—Mierda, tío, lo siento mucho. No lo sabía.

—No te preocupes. —Obediencia reanudó la marcha—. Pero no hagas más

preguntas, colega. Nunca. Yo te he introducido en el clan, y si me dejas en ridículo me joderán vivo. Cuando Vanidad te pregunte algo, sé educado y da respuestas cortas. Tú no preguntes nada. Limítate a lo simple y él te iniciará para entrar en el clan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Lo mío es la simplicidad. Obediencia volvió a pararse y se quitó las gafas. Dejó ver unos ojos muy hundidos y de color castaño oscuro.

—Dante, tío, esta noche te veo inquieto. Ayer estabas tranquilo, pero ahora estás hecho un manojo de nervios. ¿Se puede saber qué cojones te ocurre?

—Pues… verás, es que todavía no he bebido nada, y quiero causarle una buena impresión al tal Vanidad. Supongo que estoy un poco nervioso. Nada que no se pueda curar con unos cuantos tequilas.

—Exacto. No te preocupes —dijo Obediencia—. Antes vamos a hacer una paradita en La Dama Pintada a echar unos tragos. Así podrás hacerme todas las preguntas que quieras y desahogarte. Te diré lo que no debes decir cuando conozcas a Vanidad, y mientras tanto los dos repostamos un poco. ¿Qué te parece?

—¡Sí! Me parece genial, tío. La Dama Pintada, ese local no me suena de nada.

—Es un garito subterráneo. Tienen de todo: alcohol, drogas, juego, *strippers* y tatuajes.

—¿Tatuajes?

—Sí, por el día es una tienda de tatuajes, y por eso se llama La Dama Pintada. ¿Qué te parece si te haces un tatuaje molón en el brazo? Sé que Vanidad tiene en La Ciénaga uno de nuestros chalecos esperándote; sería un poco grosero por tu parte no llevar un poco de tinta en el brazo que exhibir cuando te lo pongas.

—Genial. Siempre he tenido ganas de hacerme un tatuaje. —Dante ya se estaba imaginando sorprendiendo a Kacy con el nombre de ella tatuado en el brazo. Le iba a encantar. Puede que incluso la animara un poco.

Pero lo que sucedió en realidad cuando llegaron a La Dama Pintada no habría gustado a Kacy en absoluto. Dante y Obediencia se quedaron demasiado rato. Bebieron de más. Probaron unas cuantas drogas y estuvieron viendo el espectáculo de *striptease.*

Y cuando hubieron terminado con todo aquello, Dante, en su estado alcoholizado, cometió un terrible error de cálculo.

Veintisiete

El informe compilado por Stephanie Rogers contenía toda la información acerca del paradero de Kid Bourbon que requerían De la Cruz, Benson y Hunter. Stephanie había investigado a fondo, y allí donde otros habían fracasado ella había obtenido resultados. En el psiquiátrico de la ciudad llevaba casi dieciocho años viviendo un residente que no tenía nombre. No vivía allí en calidad de paciente, sino de huésped, y se había registrado poco después de una noche de Halloween, dieciocho años antes.

Aunque los tres detectives no tenían miedo de nadie, no vieron la necesidad de ir a recoger personalmente a Kid Bourbon cuando podían pagar a una persona que les hiciera dicha tarea. Un forzudo a sueldo. Concretamente, los dos forzudos a sueldo más fiables de todo Santa Mondega: Igor *Colmillo y* MC Pedro. No eran sólo fuertes, sino superfuertes. Y sobrenaturales. Hombres lobo, enviados a realizar el encargo que les había hecho un vampiro con la promesa de poder beber unos sorbos de sangre del Santo Grial en pago de sus servicios. De la Cruz les había dado instrucciones, pero, siendo la rata que era, no mencionó que el hombre al que tenían que sacar del psiquiátrico era en realidad —si la información de que disponían era veraz— el hijo de Ishmael Taos. Un hombre también conocido como Kid Bourbon.

Igor estacionó la furgoneta en el rincón del fondo del aparcamiento del hospital Doctor Moland. La mitad superior de la misma había sido pintada de azul, pero la inferior era de un tono verde guisante, resultado de la chapuza que hicieron unas semanas atrás, cuando intentaron cambiar de color el vehículo y a mitad de camino se quedaron sin pintura. Eran casi las doce de la noche, pero el efecto bicolor era visible incluso en la oscuridad.

El aparcamiento no estaba bien iluminado, y con el viento helado que soplaba desde el mar era poco probable que hubiera mucha gente paseando por delante de un hospital que casualmente estaba situado en medio de un erial. Había cuarenta y pico plazas de aparcamiento, pero sólo otros tres coches estacionados, todos delante, en las plazas reservadas para el personal. Aquél era un momento tan bueno como cualquier otro para escaquear a un paciente.

Los dos hombres se cubrieron la cabeza con gorros pasamontañas y a continuación se acercaron de puntillas a las puertas de cristal que constituían la entrada principal del edificio. Delante iba Igor, cuyo corpachón de un metro noventa no era

precisamente lo mejor para efectuar un acercamiento discreto. MC Pedro, que medía veinte centímetros menos, lo siguió semiagachado y procurando ocultar el rostro con sus manos delgadas y velludas para que no lo vieran las posibles cámaras de seguridad. Él era el más inteligente de los dos, aunque únicamente en lo que se refería a perseverancia y afán de superación. Igor, amparado en su tamaño, no tenía miedo a nada, de modo que le molestaba menos que lo vieran y lo identificaran. Pedro era más taimado, y gustosamente dejaba que su compañero llevara la iniciativa y que fuera el primero en hacer frente a cualquier problema que se presentara.

A Pedro, aquella actitud taimada le había permitido ascender por el escalafón del poder de los hombres lobo. Se pegó como una lapa a Igor, que tenía una mentalidad más simple, y se sirvió de él a modo de guardaespaldas personal no oficial. No era que él no supiera manejarse solo, sino que le gustaba ir subiendo por el escalafón sin que nadie se diera cuenta, desbancando a sus enemigos con la táctica de ganarse primero su confianza. Mientras que si Igor alguna vez decidía intentar superarse a sí mismo, lo único que tenía que hacer era servirse de sus puños. Y tal como estaban las cosas actualmente en el mundo de los no muertos, sin darse cuenta estaba sirviéndose de sus puños para ayudar a Pedro a medrar.

Avanzaron sigilosamente, iluminados por el resplandor de la luna. Por suerte todavía no era luna llena, de modo que no existía la posibilidad de que se transformaran en seres peludos en mitad de la operación.

El edificio principal del hospital tenía tres pisos y el exterior estaba pintado de arriba abajo de un tranquilizador tono azul, aunque les resultaba imposible apreciarlo con aquella luz tan tenue. Las enormes puertas de cristal que había en la entrada se hallaban cerradas, lo cual era normal no sólo a aquellas horas de la noche, sino a cualquier otra hora. En aquella región soplaban vientos cortantes y aquel lugar estaba expuesto a los elementos, de manera que las puertas estaban casi siempre cerradas. Igor calculó el tamaño que podían tener. Iba a hacer falta un esfuerzo sobrehumano para derribarlas. Pero claro, él era sobrehumano, así que no tenía por qué haber ningún problema.

Con el fin de colarse sin ser vistos, los dos se habían puesto vaqueros negros y jerséis negros que hacían juego con los pasamontañas. Sin embargo, el esfuerzo que habían hecho para vestirse como si fueran sombras quedó en nada cuando una de las enormes puertas se hizo añicos de repente por efecto de la patada que le propinó Igor con su gigantesca bota negra. Incluso antes de que los vidrios rotos tocasen el suelo, él ya estaba cruzando el umbral a grandes zancadas y encaminándose hacia el mostrador de recepción. Pedro, al descubrir la palabra «Tirar» que se leía en la puerta que había quedado intacta, se llevó la agradable sorpresa de que ésta se abría con facilidad. Entró pisando varios cristales esparcidos por las baldosas del suelo y después penetró junto con su compañero en el interior del edificio.

De la recepción se encargaba un individuo aburrido y cuarentón que era ex médico y se llamaba Devon Hart. Elevaba más de seis años trabajando allí de recepcionista y había visto toda clase de excentricidades por las noches, así que aquella intrusión no lo desconcertó especialmente. Estaba leyendo un libro titulado *El poderoso blues* de Sam McLeod, y le estaba gustando demasiado para preocuparse de los cristales rotos y de los dos matones que se habían aproximado a su mostrador.

—Perdonen, pero está cerrado —suspiró sin levantar la vista—. Y si no se van inmediatamente, llamaré a seguridad.

—No me digas. Pues tengo una noticia para ti, chaval, nosotros somos de seguridad —rugió MC Pedro.

—¿Disculpe? —Por fin Devon levantó la vista con el ceño fruncido. Estaba claro que aquellos dos payasos no eran de seguridad. Por lo general, los de seguridad no llevaban pasamontañas ni lo llamaban «chaval». Puestos a pensarlo, tampoco solían destrozar las puertas de cristal de la entrada.

—Mira, nene, apúntate una cosa. Si no te andas con más cuidado, te pongo la cara del revés —le respondió el más bajo de los dos matones.

Pedro estaba empezando a hablar como un rapero. Le daba una sensación de control, y estaba firmemente convencido de que con ello intimidaba a otras personas. Además, el que dijera que aquello no lo asustaba estaba claro que se sentía inquieto. Al menos, en su opinión así era.

—¿De qué cojones está hablando? —preguntó Devon sin disimular su desconcierto.

Igor *Colmillo* frenó a Pedro poniéndole un brazo en el pecho, como si temiera que su colega fuera a abalanzarse contra el antipático recepcionista. Si cualquiera de los dos decidiera agredir a Devon, éste estaría muerto mucho antes de que llegaran los de segundad. Aparte de ellos tres, en el vestíbulo no había ninguna otra persona más. Había unos cuantos arbolillos en macetas de terracota de gran tamaño, así como una sala de espera provista de dos sofás de cuero y una pequeña mesa de centro de madera entre ambos, sobre la que se veían esparcidas varias revistas muy manoseadas.

Tras echar un vistazo rápido para cerciorarse de que no hubiera nadie escondido detrás de las plantas o de los sofás, Igor tomó las riendas del interrogatorio.

—Estamos buscando a un paciente que no tiene nombre. Vive aquí. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Me temo que no puedo proporcionarles esa clase de información —replicó Devon—. Voy a tener que rogarles que se vayan y que vuelvan mañana, durante el horario oficial de visitas.

De repente Pedro se abalanzó sobre él, pero al instante se vio frenado con firmeza

por el enorme y musculoso brazo de Igor.

—Ah, ¿sí? —soltó Pedro—. Pues yo voy a tener que rogarte a ti que te vayas y que vuelvas mañana. ¿Encajas eso? Devon miró a Igor con gesto burlón.

—¿Su amigo es paciente de este centro? —le preguntó.

—Usted díganos dónde podemos encontrarlo —rugió Igor, cuya expresión iba pareciéndose a la de un lobo que enseña los dientes.

Devon exhaló un suspiro de cansancio.

—Acompáñenme, pues —cedió—. Pero por lo menos deberían recompensarme de alguna forma.

Extendió la mano con la palma vuelta hacia arriba. Igor ya se conocía el procedimiento, y extrajo un rollo de billetes de un bolsillo interior. Deslizó uno de veinte dólares en la mano de Devon y a continuación, con la otra mano y como salida de ninguna parte, sacó una navaja con la que acuchilló el billete y la mano de Devon, todo en un solo movimiento. La hoja atravesó limpiamente la palma del recepcionista y se clavó en la madera del mostrador. La mano quedó aprisionada de forma que tan sólo se podían mover los dedos.

—¡Aaaahhh! ¡MIERDA!

—No me obligues a preguntártelo de nuevo, tío —le sugirió Pedro al atónito recepcionista.

—¡Joder, joder, JODER! —Devon miraba con la boca abierta y los ojos como platos la sangre que empezaba a brotarle de la mano—. ¡Habitación cuarenta y tres, segunda planta! ¡JODER!

—¿Te importa que recupere mi navaja? —solicitó Igor. Devon asintió frenéticamente.

—¡Sáquela!

Igor lo complació tirando con fuerza de la hoja. Acto seguido, el gigantesco licántropo recogió el ensangrentado billete *de* veinte dólares y se lo guardó en uno de los bolsillos delanteros de los vaqueros negros.

—Gracias.

Tras liberar a Devon de la llave de la habitación 43, Igor y Pedro cruzaron una puerta doble que daba a un estrecho pasillo y se pusieron a buscar la escalera que conducía a la segunda planta. Al cabo de menos de dos minutos se encontraban de pie frente a una puerta gris provista de una ventanita cuadrada situada a la altura de la cabeza bajo la cual había un rótulo con el número 43. Igor se asomó por la ventanita y vio una cama individual sobre la que yacía el cuerpo de un hombre dormido.

—Ahí está nuestro hombre —dijo—. Está durmiendo, así que la cosa va a ser fácil.

Pedro también se asomó para verlo por sí mismo. Seguidamente introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Estaba claro que no se habían equivocado de llave, lo cual significaba que tampoco se habían equivocado de hombre. Pedro giró la manilla de la puerta y miró a Igor.

—¿Quieres entrar tú primero, o entro yo?



Veintiocho

Vanidad, el líder del clan de las Sombras, no era un vampiro al que le gustara que lo hicieran esperar, así que estaba de un humor bastante negro cuando por fin llegaron Dante y Obediencia a la sala de billares. Ésta se encontraba en el tercer piso del local acertadamente denominado La Ciénaga. La Ciénaga era un garito que atraía a los maleantes que no eran bienvenidos ni siquiera en el Tapioca. Se trataba de un edificio ruinoso que antes había sido un aparcamiento de varias plantas, pero que tras una reforma chapucera se había convertido en lo que era actualmente: un local de cinco plantas claramente falto de clase que atraía tanto a roedores como a clientes de pago.

Fritz, Cornamenta y Pechugona habían llegado a eso de las diez, pero aún transcurrió otro par de horas más hasta que aparecieron Dante y Obediencia.

Cuando llegaron, venían completamente borrachos y armando mucho ruido. Sin embargo, no fue ésta la razón de que su entrada causara tanto revuelo. Habían subido dos tramos de escalera para llegar a la sala de billares, y por el camino se cruzaron con diversos moteros, putas, camellos, payasos y fans de Depeche Mode, y todos y cada uno de ellos se los quedaron mirando fijamente, primero a Obediencia y luego a Dante. Todos vieron algo que no les gustó. Por el local empezó a correr la voz de que ocurría algo raro.

Vanidad estaba jugando una partida de billar con Déjà-Vu y Fritz cuando vio a los dos borrachos entrar tambaleándose por la puerta que había al fondo de la sala.

—Por fin, ya han llegado —gruñó al tiempo que golpeaba con el taco la bola blanca y la colaba con una complicada carambola.

El motivo de que lo llamaran Vanidad era del todo evidente. Era un tipo guapo de verdad. Tenía una melena castaño oscuro y una perilla inmaculada. También tenía un agudo sentido para saber vestir, aquella noche llevaba un elegante traje negro y una camisa negra perfectamente planchada. Pero su rasgo más sobresaliente eran los ojos, y con mucha diferencia: alternaban entre diferentes colores. Tal vez fuera por un efecto de la luz, pero, de modo parecido a la bola de las discotecas, cambiaban del dorado al negro y luego del plata otra vez al negro, y después volvían a empezar. Cada cambio era un mero parpadeo, pero mirarlo a los ojos durante mucho tiempo simplemente tenía un efecto hipnótico, cosa que desde luego lo ayudaba a atraer toda la compañía femenina que fuera capaz de aguantar. Había creado el clan de las

Sombras a causa del problema que le causaba esto. Había descubierto que encajaba mejor cuando llevaba puestas unas gafas de sol, porque de ese modo podía sostener una conversación sin asustar a la gente ni, desde luego, hipnotizarla. Así que aquellas estilosas gafas se habían convertido en el emblema de su clan.

Fritz y Déjà-Vu estaban de pie a un extremo de la mesa de billar, observando la jugada de Vanidad. Había una barra muy larga que recorría toda la pared que tenían detrás, atendida por un camarero que estaba preparando unos cócteles para Pechugona y Cornamenta. Las dos vampiresas estaban tomándose una copa con el dinero que les había entregado Silencio. En cambio, el más callado de los vampiros no estaba visible, porque se había ausentado un momento para ir al aseo de caballeros, situado al fondo de la sala.

Cuando Dante y Obediencia se encaminaron montando jolgorio a la mesa de billar, traían detrás una pequeña multitud de personajes dispares que se habían cruzado con ellos en la escalera y los venían siguiendo a corta distancia. Se dirigieron hacia Vanidad y, al pasar por delante de Cornamenta y Pechugona, Dante oyó que la neumática morenaza exclamaba algo que sonó así como: «¡Dios mío! ¡Qué horror…!»

Cuando ya no los separaban de la mesa ni dos metros, Vanidad arrojó el taco de billar al suelo.

—Pero ¿qué cojones has hecho? —preguntó. Miraba fijamente a Obediencia.

El vampiro inglés recuperó la compostura de inmediato. Adoptó la expresión de un cachorro desobediente y mansamente bajó la vista hacia los pies de su jefe. Vanidad le rugió:

—¡Mírame cuando te hablo!

Dante, en su estado de beatitud, era totalmente ajeno al fuerte desagrado que denotaba el tono de voz de Vanidad.

—Hola, yo soy Dante, tú debes de ser Vanidad, ¿no? —dijo tendiéndole la mano.

El líder de los vampiros centró la atención en aquel potencial miembro nuevo de su clan. Miró a Dante de arriba abajo con un gesto que sugería que no le gustaba en absoluto lo que estaba viendo.

—¿Tú eres el responsable de esto? —bramó. Su rugido hizo temblar el suelo, y por fin logró que Dante recobrara la sobriedad durante unos momentos. De repente empezó a comprender por qué estaba tan enfadado Vanidad.

—¿QUÉ PUÑETAS ES ESO? —tronó Fritz con su tono de voz normal al tiempo que Déjà-Vu y él se acercaban desde el otro extremo de la mesa.

Una hora antes, Dante había cometido un terrible error de cálculo. Después de mamarse hasta las cejas en compañía de Obediencia, ambos decidieron hacerse un tatuaje cada uno. Dante pidió que le tatuaran el nombre de «Kacy» alrededor de un corazón color rojo vivo en el bíceps derecho, pero con la manga de la sudadera negra

no se le veía siquiera. El responsable de todas las miradas que les lanzaba la gente era el tatuaje que lucía Obediencia.

Por lo visto, Dante todavía no había llegado a comprender del todo que Obediencia siempre hacía lo que le pedían, por más absurdo que fuera. Y además, desconocía una regla no escrita de los vampiros, que decía que no se debía abusar de la avidez que tenía Obediencia por complacer a los demás. Y Dante había infringido dicha regla. Sin creerse ni por un instante que su nuevo amigo vampiro iba a hacerle caso, le ordenó que se hiciera un tatuaje en la frente. Y era aquello lo que había atraído las miradas de horror de todo el mundo. Obediencia, que estaba recuperando la sobriedad rápidamente, se hallaba de pie junto a Dante en el centro de la sala de billar con la palabra «GILIPOLLAS» tatuada en la frente con letras mayúsculas.

Durante unos instantes de horror se hizo un silencio de lo más descorazonador. Al final fue roto, bastante irónicamente, por Silencio, que salió en aquel momento del aseo de caballeros dando un portazo. Así y todo, el ruido que hizo la puerta sólo sirvió para distraer a todos los presentes apenas un segundo.

—¿Eso ha sido idea tuya? —preguntó Vanidad a Dante clavándole un dedo largo y huesudo en el pecho.

—Pues… es que… queríamos hacernos unos tatuajes —farfulló el otro.

Vanidad miró de nuevo a Obediencia.

—¿Querías tatuarte eso en la frente? Porque no sé por qué me da que no es lo que escogiste al principio. Obediencia respiró hondo.

—Me lo sugirió Dante —murmuró.

En aquel preciso momento llegó Silencio a la escena, sintiendo curiosidad por ver a qué se debía aquel follón. De inmediato se fijó en el nuevo tatuaje que lucía Obediencia. Su primera reacción fue de sorpresa; la segunda, de regocijo. Él, que normalmente no decía nada, no pudo contenerse y empezó a reírse con disimulo, y cuando vio que todos los demás se daban la vuelta para ver a quién le resultaba graciosa aquella situación, estalló en una estruendosa carcajada que habría sido el orgullo de cualquier hombre lobo.

Durante unos segundos río él solo, ajeno a la cara de asombro que mostraban todos los demás. Entonces, la sorpresa que causó que saliera algo de su boca desató la risa de otros cuantos, y al poco casi todos los presentes estaban ya lanzando risotadas histéricas y señalando con el dedo el tatuaje de Obediencia. Hasta el propio Obediencia empezó a reír también, sólo para sentir que tomaba parte en la broma.

A aquellas alturas, las dos únicas personas que no se reían eran Dante y Vanidad. El primero estaba al borde de un ataque de pánico, pues se daba cuenta de que, a todos los efectos, se había hecho enemigo de Vanidad ya en el primer encuentro. Y en cuanto al líder del clan, en fin, simplemente la broma no le resultaba tan graciosa. Por suerte, como era sumamente engreído, siempre estaba obsesionado con situarse en la

vanguardia de la moda, y en aquel momento la tendencia marcaba que había que reírse de la trastada que le había jugado Dante a Obediencia. Finalmente, él también empezó a reír igual que los demás, si bien con menos entusiasmo.

A Dante le entraron ganas de dar un abrazo a Silencio por haberle salvado el culo. Resultó que a aquel vampiro tan silencioso le gustaban las bromas chulas. De hecho, él mismo acababa de gastar una broma en el aseo de caballeros, una travesura que estaba a punto de salirle por la culata de modo espectacular y de provocar un derramamiento de sangre en un grado nada despreciable.

Había dos cosas que volvían loco a Silencio: las bromas pesadas y las peleas en los bares. A dicho respecto le faltaba menos de un minuto para tener la noche perfecta, porque en La Ciénaga las cosas estaban a punto de tomar un cariz más serio, por no decir grave de verdad. Y su nuevo camarada, Dante, en el estado en que se encontraba, estaba a punto de vivir por primera vez una pelea en un bar de vampiros. El alivio que sentía por haber escapado de un posible castigo por el incidente del tatuaje iba a esfumarse a toda velocidad.



Veintinueve

Kacy no era capaz de meter nada en el estómago. Estaba poniéndose mala de preocupación pensando en lo que pudiera estar metido Dante. Robert Swann había sido un cielo al convencer a su colega, la agente Valdez, de que estaría bien permitir que Kacy cenase con él en el restaurante del hotel. Así que mientras Dante andaba por ahí bebiendo en compañía de una horda de muertos vivientes con la esperanza de no ser descubierto, ella estaba tomándose una comida de tres platos con Swann.

El restaurante del hotel era gigantesco, un salón imponente que con frecuencia se utilizaba para bodas de lo más exclusivo y para otros eventos sociales que tenían lugar en Santa Mondega. Había por lo menos cincuenta mesas de diferentes tamaños, y como mínimo se hallaban ocupadas la mitad mientras Kacy y Swann compartían una cena para dos. Cada mesa tenía un mantel blanco inmaculado, y todas las que tenían gente sentada estaban iluminadas por velitas de color rosa colocadas en candelabros de dos brazos. Se oía una suave música clásica que salía discretamente de unos altavoces ocultos, y siempre había un miembro del servicio a mano para satisfacer las necesidades de los clientes, como añadir más hielo al cubo en el que reposaba el vino que estaban compartiendo Kacy y Swann. En Santa Mondega, si un caballero deseaba impresionar a una dama, aquél era el lugar indicado al que llevarla.

También la comida era exquisita, pero Kacy estaba haciendo un esfuerzo para tragarla. Debajo del elegante, si bien un tanto abreviado, vestido negro que llevaba puesto, tenía el estómago hecho un nudo, de tal modo que intentar deglutir algo demasiado seco, como el pan que les habían puesto en la mesa nada más sentarse, resultaba punto menos que imposible. Se había obligado a tragar un par de gambas de la ensalada de marisco, pero vio que su paladar rechazaba todo lo que supiera a pescado. Lo único que por lo visto podía pasar con facilidad era el vino, y Swann, como si percibiera lo tensa que estaba, le iba rellenando la copa de tanto en tanto. Y no sólo estaba actuando como un caballero; además lo parecía físicamente. El director del hotel le había proporcionado un traje gris y una corbata roja por muy poco dinero. El efecto que tuvo fue que aquel violador en serie y saco de escoria de los pies a la cabeza consiguió hacerse pasar por un hombre de buen gusto y exquisitos modales. Hasta se había peinado el pelo hacia atrás con una especie de gel que le había prestado Valdez.

Cuando llegó el plato principal, a base de pollo y pasta, lo cierto era que Kacy se sentía mejor que en mucho tiempo desde que Dante y ella regresaron a Santa Mondega.

—No hay nada como unas cuantas copas para calmar los nervios y poner las cosas en perspectiva, ¿a que sí? —sonrió Swann al tiempo que sacaba la segunda botella de chardonnay del cubo de hielo.

—Yo normalmente no suelo beber mucho —repuso Kacy con una sonrisa forzada —. Pero la verdad es que este vino entra muy bien. Gracias por conseguir que su colega nos haya permitido cenar aquí. Esa habitación estaba empezando a volverme loca. Por lo general soy una persona acostumbrada a estar activa, así que quedarme sentada sin hacer nada más que ver películas de mierda estaba empezando a darme dolor de *cabeza…*

Swann le sonrió.

—Era lo menos que podía hacer. Tienes muchas cosas que te preocupan. Es justo que tengas una oportunidad para relajarte y dejar de dar vueltas a lo que pueda estar haciendo tu novio Danny.

—Es Dante.

—Como sea. Procura olvidarte de él durante unas horas. No le va a ocurrir nada, es un tipo duro. No le gustaría que tú estuvieras sentada todo el tiempo sin moverte, angustiada por él, ¿no crees? Además, lo más probable es que esté otra vez más borracho que una cuba, de modo que no haces nada malo con tomarte unas copas tú también. ¿Por qué va a acaparar él toda la diversión?

Kacy contempló cómo Swann le rellenaba de nuevo la copa, y aunque sabía que estaba poniéndose un tanto achispada —ya notaba que se trababa un poco al hablar —, lo cierto era que el alcohol la estaba ayudando a disipar la preocupación que sentía por Dante. Claro que, por supuesto, Swann estaba resultando ser un tipo bastante agradable. Por lo menos le estaba prestando un poco de atención, cosa que Dante no había podido hacer durante los últimos días.

—Tiene razón —dijo a la vez que cogía su copa de vino y la chocaba con la que sostenía en alto Swann—. Pienso que yo también puedo emborracharme. Así, esta noche, cuando vuelva Dante, los dos estaremos en la misma onda por primera vez en muchísimo tiempo.

—Vaya por Dios —dijo Swann solícito, depositando su copa en la mesa—, últimamente no van muy bien las cosas entre vosotros, ¿verdad?

Kacy bebió un buen trago de vino y reflexionó durante unos segundos. Qué diablos, no tenía a nadie más con quien hablar. La otra agente, Valdez, por lo visto sentía un interés malsano por Dante, de modo que en aquel momento Swann era lo que más se acercaba a un amigo de confianza. Así que pasó el resto de la cena bebiendo cada vez más y contándole a su compañero de mesa sus miedos respecto

de Dante y los detalles de la misión que tenía entre manos, y lo mucho que la irritaba él con su temeridad y con aquellos envalentonamientos que de forma invariable terminaban causándole problemas. Sí, amaba a Dante más de lo que creyó poder amar a nadie, pero aun así el joven tenía unas irritantes costumbres que ella se veía obligada a limar para impedir que acabase muerto. Eran aquellas leves imperfecciones las que lo convertían en un problema y al mismo tiempo en una persona divertida. Y por una vez, esta noche, tenía la oportunidad de confesar sus miedos respecto de todo aquello al agente especial Swann mientras cenaba y disfrutaba de un buen vino.

Swann, por su parte, fingía interés y continuaba sirviéndole vino generosamente, como si éste saliera del grifo. Mientras hacía eso, a medida que iba estando cada vez más borracho, escuchaba menos lo que decía Kacy y miraba más el escote que exhibía. Y, si no se equivocaba, la chica le estaba ofreciendo aquel espectáculo un poco a propósito. A aquellas alturas ya estaba convencido de que ella se inclinaba hacia delante cada vez con mayor frecuencia conforme avanzaba la velada.

Cuando por fin terminaron de cenar y llegó el momento de regresar a la suite, Swann ya había alcanzado un estado en el que le costaba trabajo controlar su impulso sexual. Kacy tenía un polvo fantástico, y cuando se terminó el postre, un Banana Surprise que tenía una pinta tirando a provocativa, estaba más borracha de lo que había estado en varios años.

Sintiéndose muy animado y tremendamente cachondo, Swann contempló a Kacy con mirada anhelante, fijándose en cada palmo de piel perfecta que lucía al aire. Desde que el señor E le aseguró que iba a quedar libre de la condena perpetua que le había caído por ser un violador en serie, ni siquiera había olido lo que era un polvo. Y ahora tenía delante a aquel bellezón coqueteando abiertamente con él, prácticamente invitándolo a que se aprovechara de ella. Sabía que no podía regresar con ella a la suite compartida porque seguía estando Valdez y porque Dante podría presentarse en cualquier momento; pero si pudiera conseguir en recepción la llave de otra habitación, era casi seguro que Kacy aceptara echar un polvo. Probablemente tendría que engañarla un poquito, pero percibía que en el fondo aquello era lo que deseaba la chica. Una vez que estuviera a solas con él en una habitación, seguro que se mostraba más que deseosa de permitirle que la follara. En realidad, el solo hecho de imaginarlo ya le estaba excitando de lo lindo, tanto que, para levantarse de la mesa sin exhibir el enorme bulto que se le había formado en lo pantalones, iba a tener que pensar durante unos minutos en Barbra Streisand.

Ya llevaba aproximadamente ese ratito haciendo lo propio cuando, en el momento más inoportuno, apareció Roxanne Valdez. Llevaba puestos unos *leggins* negros y un jersey también negro, y daba miedo verla *cruzar* a zancadas el restaurante. Valdez no era ninguna idiota. Sabía a la perfección lo que él se proponía hacer porque el jefe, el señor E, la había prevenido para que vigilase a Swann por si mostraba exactamente aquel comportamiento. Con un movimiento vertiginoso, perfectamente ejecutado

para que pareciera un accidente, volcó el cubo de hielo encima de la mesa y se quedó mirando con una ancha sonrisa mientras el agua fría y los cubitos de hielo se derramaban sobre el pantalón de su colega.

—¡COOOOÑO!

Swann se puso en pie de un brinco y empezó a frotarse frenéticamente la entrepierna y a despegar la tela del pantalón de la piel para atenuar la impresión del agua helada. Kacy, sentada al otro lado de la mesa, y en su estado de embriaguez, lo señalaba con el dedo entre risitas histéricas. Entretanto, Valdez continuó controlando la situación y le retiró la silla a Kacy para obligarla a ponerse de pie.

—Vamos, Kacy, es el momento de volver a la habitación —le dijo al tiempo que dirigía una mirada fulminante a Swann, el cual estaba demasiado atareado secándose la entrepierna empapada y congelada para darse cuenta.

Swann, hirviendo de furia, contempló a Valdez mientras ésta se llevaba a Kacy a la suite del tercer piso. Valdez era una cabrona.

Había llegado a aquella conclusión a los pocos minutos de conocerla. Pero Kacy, en fin, la había invitado a cenar y a beber y se había portado con ella lo mejor que sabía, para que al final se riera de él igual que una hiena cuando su colega le volcó encima el cubo de hielo. Se había regodeado al verlo humillado. Ya pagaría más adelante por ello, la muy calientapollas

Lo único que tenía que hacer era pillarla a solas.

Treinta

Cuando fueron amainando las risas a causa de Obediencia y de su tatuaje, Dante fue invitado por Vanidad a que jugara una partida de billar con él. Viendo renacer la seguridad en sí mismo después de haberse metido en problemas de una manera tan insensata, le produjo alivio tener la oportunidad de jugar. La verdad era que se le daba bastante bien manejar el taco, de modo que se le presentaba una ocasión para impresionar. Conocía unas cuantas jugadas espectaculares que podía mostrar a los otros si todo iba rodado.

Déjà-Vu lanzó una moneda al aire. Dante pidió cara. La moneda aterrizó en la mesa y salió cara.

—Lo sabía. Otra vez cara —señaló Déjà-Vu.

A Dante le tocó empezar primero. Por desgracia, acertar con la moneda fue el último golpe de suerte que tuvo en la mesa de billar. Resultó que tan sólo tuvo tiempo para hacer la primera jugada. La bola blanca chocó contra el resto de bolas colocadas en el otro extremo de la mesa, y en aquel momento estalló otro revuelo. Del aseo de caballeros salió tambaleándose un payaso de nombre Jordan. Llevaba el mono empapado de agua y no traía una expresión precisamente feliz en la cara.

Aún quedaban en el local otros tres payasos que no se habían marchado nada más finalizar las risas por el tatuaje de Obediencia. Se encontraban junto a la mesa de billar, practicando jugadas, completamente enfrascados en lo que hacían. Pero aquello cambió cuando vieron a su compañero y el estado en que se encontraba. De inmediato se dieron cuenta de que sucedía algo malo.

—¿Qué diablos te ha pasado? —exclamó el más corpulento de los tres. Se llamaba Reuben y era difícil no verlo, debido a la descomunal peluca de rizos verdes que llevaba puesta a todas horas. Tenía la cara pintada de blanco y atravesada por una gran sonrisa de color rojo, y le colgaba del ojo una solitaria lágrima negra. El líder del clan de los Payasos no era un vampiro con el que conviniera meterse. El mono negro que llevaba disimulaba astutamente un torso bronceado y musculoso, y su cara de payaso, aparentemente bondadosa, ocultaba una personalidad agresiva. Sus dos compañeros, Ronald y Donald, que se habían situado uno a cada lado de su jefe, llevaban pelucas amarillas y monos blancos, un atuendo casi idéntico al de Jordan, el payaso que acababa de emerger del aseo de caballeros. Dejando aparte el hecho de que estaba completamente calado hasta los huesos, presentaba otra diferencia, muy

visible, que lo distinguía de inmediato de sus amigos Ronald y Donald: mientras que éstos lucían la distintiva sonrisa grande y roja en mitad de la cara, Jordan no mostraba ninguna. Y sin ella daba la impresión de estar profundamente cabreado.

—¡Me han borrado la puta sonrisa de la cara! —vociferó, señalando con el dedo a todo el que se encontraba en la zona del bar. Ya sólo quedaban Payasos y Sombras, aparte de Hank, el camarero, y éste estaba dándose prisa en agacharse para quitarse de en medio.

Todas las miradas se clavaron en Silencio, la última persona que había salido del aseo de caballeros. El callado vampiro se encogió de hombros y sonrió.

—Tú… ¡jodido hijo de puta! —rugió Jordan al tiempo que se abalanzaba contra Silencio—. Sólo me he quedado dormido un puñetero minuto. ¿Qué? ¿Qué te parecería que yo te hiciera algo a ti mientras estás dormido?

Ver cómo se dirigía hecho una furia hacia Silencio, que estaba de pie junto a la mesa de billar, sólo sirvió para que todos los demás entraran en acción. Igual que si fueran una manada de leones echándose encima de un antílope herido, Payasos y Sombras convergieron procedentes de todas direcciones, listos para pelear. Dante se alegró de ver que las Sombras superaban en número a los Payasos por seis contra cuatro, o incluso por ocho contra cuatro contando a Pechugona y Cornamenta, que por el momento continuaban sentadas en la barra. Por desgracia, su alivio duró poco, porque pronto se hizo evidente que los Payasos portaban armas.

Reuben extrajo de la manga de su traje de payaso un cuchillo enorme provisto de una hoja de cuarenta y cinco centímetros, y lo mismo hicieron sus dos guardaespaldas de peluca amarilla: sacaron sendos cuchillos de gran tamaño y mango de hueso que eran lo suficientemente largos como para considerarlos espadas.

Jordan se había plantado delante de Silencio y también había desenfundado un cuchillo que llevaba oculto bajo una solapa, en la pernera de su empapado traje de payaso. Se irguió, tenso y preparado para armar bronca, a menos de dos metros de su enemigo, esperando que Reuben le diera luz verde.

Por regla general, cuando hay bronca, los vampiros esperan el visto bueno de su líder, y las Sombras estaban mirando a Vanidad, que se hallaba de pie junto a la mesa de billar en compañía de Dante. Fritz, Obediencia y Déjà-Vu ya se habían situado al otro lado de la mesa para encararse con sus oponentes y sus cuchillos.

Vanidad dijo en tono calmo, en dirección a Reuben:

—No hay necesidad de andar jugando, Reuben. Esto puede resolverse sin derramamiento de sangre.

Reuben le respondió con una risa burlona que ensanchó la sonrisa roja que tenía pintada en la cara.

—¿Tengo pinta de estar jugando? —replicó.

—Pues… sí, un poco sí—contestó Vanidad al tiempo que aferraba el taco de billar, preparado para utilizarlo en defensa propia.

Aquello sirvió tan sólo para sulfurar todavía más al payaso.

—Ese colega tuyo, Silencio, ya ha gastado demasiadas bromitas pesadas. Esta vez se ha pasado de la raya. Si nos lo entregas, el resto os podéis marchar. Ese es el trato.

—¡NO HAY NINGÚN PUTO TRRATO! —tronó Fritz, que se había situado justo detrás de Silencio—. ¡LAS SOMBRRAS PERRMANECEMOS JUNTAS!

—Pues entonces moriréis juntas.

Aquélla fue la señal para que todo se desatara. Los Payasos comenzaron a acercarse, blandiendo los cuchillos y amagando con ellos a todo lo que no les pareciera gracioso. Las Sombras cogieron las armas que pudieron, que fueron principalmente tacos de billar, y se prepararon para luchar.

Excepto Dante.

Cosa insólita en él, se quedó petrificado al ver que se estaba preparando una pelea. Nunca había sido atacado por vampiros payasos sedientos de sangre, de modo que no estaba muy seguro de cómo debía reaccionar. Pero más importante aún era que en aquel momento le cruzó una imagen de Kacy por la cabeza. La vio llorando, suplicándole que huyera al primer indicio de problemas. Odiaba ver llorar a Kacy, aunque sólo fuera en su imaginación, pero sabía que si se quedaba a pelear, existían muchas posibilidades de que lo mataran o como mínimo de que perdiera alguna extremidad. Oyó la voz llorosa de su novia que le gritaba: «¡Corre, idiota! ¡Corre!»

De manera que, mientras la pelea se iniciaba y todo el mundo atendía a ver qué arma se blandía o qué golpe se asestaba en su dirección, Dante se metió debajo de la mesa de billar para quedar fuera de alcance. No tardó en descubrir un hueco vacío en el que no parecía que hubiera nadie blandiendo un arma, así que fue hasta allí gateando y después se incorporó y echó a correr hacia la barra. Cuando la alcanzó, no perdió tiempo y se lanzó por encima del mostrador. Al otro lado estaban agazapados Hank el camarero, Cornamenta y Pechugona. Dante aterrizó junto a ellos.

—Hola —saludó con una sonrisa nerviosa.

Los tres lo miraron con una expresión que venía a decir que el hecho de que hubiera corrido allí a refugiarse con ellos les parecía más bien un acto de cobardía. Pero antes de que ninguno de ellos pudiera expresar alguna crítica apareció la cabeza de un payaso asomándose por encima de la barra, a la altura de Dante. Aquel rostro de inquietante sonrisa y peluca amarilla ya daba bastante miedo, pero es que además la figura empuñaba una hoja de gran tamaño, y parecía dispuesta a descargarla sobre Dante, que estaba en cuclillas bajo la barra.

¡ZAC!

La hoja erró la cabeza de Dante por escasos centímetros y se incrustó en el mostrador. Entonces el payaso hizo un esfuerzo para estirarse del todo hacia el otro lado de la barra a fin de alcanzar su objetivo. Dante, aterrorizado por lo que tenía encima, se pegó todo lo que pudo a la pared, desesperado por esquivar el siguiente golpe del cuchillo.

Sin saber muy bien cómo, Hank, Cornamenta y Pechugona se las arreglaron para quitarse de en medio y huyeron corriendo por el espacio que quedaba detrás de la barra, en dirección a la escalera, lejos del peligro, a un sitio en el que pudieran observar desde lejos cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Dante oía toda clase de gritos y estrépito provenientes de la zona que rodeaba la mesa de billar, donde sus nuevos amigos vampiros estaban luchando contra aquellos horribles payasos. Pero su preocupación más inmediata era el payaso Ronald, que estaba inclinado sobre la barra, mirándolo con una sonrisa maliciosa y goteando sangre de la boca, sin duda por alguna herida provocada por el taco de billar de alguien.

Ronald se percató enseguida de que Dante se encontraba justo unos centímetros fuera de su alcance para poder herirlo desde donde estaba él, de modo que se subió a la barra de un salto. Se irguió en toda su estatura hasta que los rizos de su peluca amarilla rozaron el techo, y contempló desde lo alto la figura agazapada de su enemigo. Sonreía como alelado, con los ojos muy abiertos, el cuchillo presto y, un detalle más significativo, exhibiendo plenamente los colmillos. En el espacio de medio segundo se había transformado en un vampiro.

Por un instante, el payaso dio la impresión de simplemente ir a lanzarse sobre Dante y atacarlo con el cuchillo, pero titubeó sólo un momento, y en dicho intervalo Dante vio en sus ojos una expresión de cierta sorpresa.

—Ni siquiera eres un vampiro —siseó el payaso. Imposible saber cómo había llegado a dicha conclusión. A lo mejor fue la expresión aterrorizada de su presa. Pero lo más probable era que se debiera al hecho de que Dante no se hubiera transformado en nada. Estaba acurrucado en el suelo sin más, tal como hacen la mayoría de los seres humanos cuando se enfrentan a un payaso vampiro que empuña una especie de machete.

Resultaba difícil distinguir si alguien más había oído la exclamación del payaso, por culpa del entrechocar de cuchillos y tacos de billar y de algún que otro alarido de dolor, de furia o de triunfo.

De pronto se oyó un fuerte estampido que lo silenció todo.

Dante aún estaba mirando la aterradora figura erguida sobre la barra, pero la expresión del payaso había cambiado súbitamente. El goteo de sangre que antes le caía de la boca ahora se había convertido en un chorro que se vertía desde el centro

del rostro. Durante no más de un segundo, aquella criatura de pesadilla se tambaleó, primero hacia atrás y luego hacia delante, y finalmente se cayó de la barra y fue a aterrizar encima de Dante. Con ella cayó también el largo cuchillo que empuñaba, el cual esquivó por los pelos el brazo de Dante y se estrelló rebotando contra el suelo.

Se oyó un segundo estampido, el de cristales que se rompían en alguna parte, seguido de una fuerte ráfaga de viento.

Dante se quitó de encima al payaso muerto y contempló cómo se desintegraba lentamente en el suelo hasta convertirse en un montón de humo y cenizas. No fue nada agradable de ver, y además lo acompañó un tufo a podrido que aceleró su deseo de largarse de allí. Apretándose la nariz y tratando de respirar por la boca, se incorporó y se asomó por el mostrador.

La sala de billares era una pura carnicería. Había otros dos payasos muertos en el suelo, entre las mesas. Uno de ellos estaba claro que era Jordan, resultaba fácil de identificar por el traje mojado y la ausencia de sonrisa en la cara. El otro también llevaba peluca amarilla, pero de quien no había ni rastro era de Reuben, que usaba una peluca verde. Había escapado rompiendo una ventana que había al fondo de la sala y se había perdido en la noche. Por dicha ventana, a través del hueco en forma de payaso que había dejado el vampiro en el cristal, entraba ahora una corriente de aire gélido. Ante los ojos de Dante, los dos cadáveres comenzaron a marchitarse y a humear, hasta que por fin estallaron brevemente en llamas y quedaron reducidos a dos puñados de cenizas grasientas.

Los miembros de las Sombras estaban todos en pie, mirando a Dante, el cual se encontraba detrás de la barra, estupefacto por la matanza.

—¿Has disparado tú a ese tío? —le preguntó Vanidad. Dante negó con la cabeza.

—No he sido yo. Pensaba que había sido uno de vosotros.

Las Sombras se miraron unas a otras. Ninguna portaba un arma de fuego.

—Qué raro —dijo Vanidad en tono suspicaz—. A ese payaso le han pegado un tiro en la *cabeza.* ¿Quién coño ha podido ser?

Los otros fueron encogiéndose de hombros por turno. Obediencia se sujetaba el brazo izquierdo por debajo del codo, donde al parecer tenía un corte, y Déjà-Vu estaba frotándose el mentón como si le hubieran propinado un puñetazo. Fritz, Vanidad y Silencio estaban cubiertos de la sangre de los dos payasos muertos y ya desintegrados. Pero nadie reconocía tener una pistola, ni mucho menos haber disparado a la cabeza del payaso cuyos restos yacían ahora a los pies de Dante.

La primera persona que rompió el silencio fue Pechugona, que estaba volviendo a entrar en la sala seguida por Cornamenta.

—En mi opinión, deberíamos largarnos de aquí cagando leches, antes de que Reuben reúna a unos cuantos de sus amigos y vuelva acompañado de un ejército —

sugirió.

—Es una idea cojonuda —repuso Vanidad—. Si vuelve, va a convertir este sitio en un puto circo. Venga, tíos, nos vamos. Cada uno a su casa por esta noche, y ya nos veremos mañana en el Abrevadero. —Se volvió hacia Dante—. Lo has hecho muy bien, amigo mío. Mañana por la noche, vuelve al Abrevadero y hablaremos un poco más.

Dante asintió y exhaló un profundo suspiro de alivio. Sin saber muy bien cómo, había conseguido superar otra noche más de incógnito en compañía de las Sombras. No obstante, había una cosa que lo intrigaba. Estaba vivo únicamente porque alguien le había salvado el culo metiéndole una bala en la cabeza al payaso que estaba a punto de matarlo. Y lo había hecho justo después de que el payaso en cuestión declarase que él no era un vampiro de verdad. Todo el mundo había oído el disparo, ¿pero habría oído alguien lo que había dicho el payaso?

Y sobre todo, ¿por qué nadie reivindicaba haber efectuado dicho disparo?



Treinta y uno

Igor estacionó la furgoneta bicolor azul y verde justo delante de la comisaría de policía. Era tarde y las aceras estaban prácticamente desiertas, y dado que la mayoría de las personas que andaban por la calle a aquellas horas eran delincuentes, aquél era el último sitio por el que iban a pasearse. Tras echar una rápida ojeada calle arriba y calle abajo, Igor y su compañero se encaminaron hacia la doble puerta de la parte posterior de la furgoneta. Pedro la abrió con cuidado. Experimentaron un gran alivio al ver que el paciente que se habían traído del hospital Doctor Moland seguía estando allí, inmóvil. Sin duda, aún no había recuperado la conciencia tras el golpe en la cabeza que recibió en el hospital, mientras aún estaba dormido. Y la verdad era que tampoco parecía un tipo amenazante. Iba vestido con un pantalón de chándal azul oscuro y un fino jersey de punto azul y con mangas rojas, la misma ropa que llevaba puesta cuando lo atraparon.

Igor lo sacó a rastras tirando de los pies y se lo cargó al hombro. Pedro se encargó de cerrar las puertas y echar la llave mientras el fornido hombre lobo, con el prisionero a cuestas, subía los escalones de la entrada de la comisaría y trasponía las puertas de cristal para dirigirse a la recepción. Después de cerciorarse de que la furgoneta quedara bien cerrada, él también se encaminó hacia el edificio mirando a uno y otro lado por si alguien se había fijado en ellos.

Habían logrado sorprender al dormido paciente de la habitación 43 del hospital, y después de que Igor lo hubiera golpeado violentamente en la nuca con la fuerza suficiente para inducirlo a un tipo de sueño distinto, Pedro le había cubierto la cabeza con un saco. Todo resultó demasiado fácil. De la Cruz les había advertido que aquel individuo podía ser sumamente peligroso, lo cual era posible que aún fuera cierto, pero lo habían pillado desprevenido y se había dejado capturar sin oponer la menor resistencia.

Como estaban en plena noche, tras el mostrador de recepción había un único agente. Se llamaba Francis Bloem y era un policía de veintimuchos años, pelirrojo, precavido y fiel a las normas. Reconoció a los dos hombres lobo, y no lo perturbó lo más mínimo el hecho de verlos transportando un cuerpo.

—¿Ése es el paquete que habéis recogido del hospital? —preguntó indicando con la cabeza la figura encapuchada.

—A lo mejor —repuso Igor—. ¿Te importa que entremos?

—Que os den —contestó el agente.

Mientras Igor cruzaba la recepción con el bulto al hombro camino de los ascensores situados al fondo, MC Pedro se detuvo y fulminó con la mirada al agente Bloem. A continuación le lanzó uno de sus inútiles raps.

—¿Quién va a dar a quién? Yo sí que te voy a dar a ti, ¿me pillas, chaval?

Bloem permaneció en su sitio con una expresión interrogante en la cara, sin saber muy bien cómo reaccionar, y para cuando comprendió que el rap de Pedro no tenía sentido alguno los dos hombres lobo ya estaban metiéndose en el ascensor para bajar al vestuario que había en el sótano. Sacudió la cabeza en un gesto negativo y seguidamente llamó al capitán De la Cruz pulsando el botón de marcación rápida de la centralita. El capitán respondió al primer timbrazo.

—De la Cruz.

—Hola, soy Francis, de recepción. Esos dos perros que envió a hacerle un recado acaban de volver con un cuerpo para usted. En este momento están bajando.

—Gracias. —De la Cruz colgó.

En el vestuario, De la Cruz, Benson y Hunter aguardaban emocionados a que llegara el ascensor. Por fin se abrieron las puertas con un zumbido y de la cabina salió volando el cuerpo del paciente número 43. Era obvio que Igor se había cansado de cargar con él, y lo había arrojado directamente hacia los tres agentes que esperaban en medio de la estancia. El cautivo, con la cabeza tapada por el saco, emitió un gemido amortiguado, lo cual indicaba que había recuperado el conocimiento.

Pedro e Igor, que todavía parecían una desigual pareja de allanadores con aquel atuendo negro de la cabeza a los pies, salieron del ascensor y se plantaron con gesto triunfal junto a su prisionero. Ya sin los pasamontañas, cada cual lucía el típico revoltillo capilar que sigue a una noche de insomnio. Pedro tenía el pelo como si lo hubiera copiado de un personaje del Lego, lo cual resultaba bastante infortunado porque su piel, en sus mejores momentos, tenía un tono amarillo más bien desagradable. Y éste no era uno de sus mejores momentos. Sin darse cuenta de que al quitarse el pasamontañas parecía el tonto del pueblo, se plantó con las manos en las caderas y una sonrisa de satisfacción en la cara. Su robusto compañero permaneció con los brazos a los costados y luciendo una sonrisa de memo llena de dientes, en la que dominaba un colmillo especialmente desarrollado que tenía en la mandíbula superior.

—Aquí está —rugió Igor señalando la figura encapuchada que estaba en el suelo —. Es el tipo que buscaban. El paciente sin nombre de la habitación 43 del hospital.

De la Cruz dio un paso al frente y asió la tela del saco que continuaba atado a la cabeza del cautivo.

—Así que éste es el hijo de Ishmael Taos —dijo con una sonrisa satisfecha—. Por fin nos conocemos. Creías que no íbamos a dar contigo, escondiéndote en un manicomio y fingiendo estar chiflado, ¿eh? Pues te equivocabas, colega. —Propinó al encapuchado un puntapié en la espalda, lo cual provocó otro gemido ahogado—. Benson, trae aquí el cáliz. Vamos a ver a qué sabe la sangre de nuestro amigo.

La entrada oculta que había en la parte posterior de las duchas ya se hallaba abierta y dejaba ver la estancia secreta que había detrás. Benson, tan penosamente vestido como siempre, casi entero de color marrón, dio un brinco sobre los tacones de sus botas negras y puntiagudas y se fue flotando por el aire hacia la mesa de madera que contenía la estancia. Cuando llegó a ella, se posó con gracia en el suelo y tomó el cáliz dorado que descansaba en dicha mesa, al lado del libro de Somers. Seguidamente, como si ya estuviera aburrido de desplazarse flotando, regresó a pie y le entregó la copa a De la Cruz. El tercer agente, el tal Hunter, que parecía una comadreja, se apostó al lado de Benson, deseoso de ver qué iba a ocurrir.

De la Cruz, con el cáliz en la mano, se arrodilló, desató la cuerda que tenía el cautivo enrollada al cuello y le retiró el saco de la cabeza. Entonces quedó al descubierto el rostro aterrorizado de un hombre que tendría unos veintimuchos años, pero que conservaba un aire de ingenuidad gracias a su cara de niño y al cabello oscuro y despeinado. Respiraba de forma errática, como si la conmoción que le había causado el secuestro fuera a provocarle un ataque de pánico, y tenía los ojos como platos, incapaces de ocultar el miedo que sin duda alguna lo tenía atenazado.

Si hubiera necesitado otro incentivo más que incrementara su terror, se lo proporcionó De la Cruz cuando comenzó a transformarse en una criatura de la noche. Su rostro palideció y se adelgazó hasta convertirse en el de un vampiro despiadado y sediento de sangre, y las uñas de sus dedos pasaron a ser garras afiladas como cuchillas. En ambas mandíbulas le crecieron colmillos largos y puntiagudos que obligaron a los labios a adoptar una mueca obscena que era la parodia de una sonrisa. Por espacio de unos instantes permaneció tal cual, un impecable vampiro vestido con una elegante camisa azul oscuro y vaqueros planchados, listo para empezar a matar. Cuando ya estaba lamiéndose los labios y disponiéndose para asesinar a la aterrorizada víctima que tenía ante sí, Pedro se adelantó enfadado.

—¡Eh! Teníamos un trato, De la Cruz —rugió.

—Por supuesto que sí —siseó a su vez el detective—. Y tengo la intención de cumplirlo. Los dos lo habéis hecho muy bien, y, tal como hemos acordado, seréis los primeros en beber la sangre.

Entretanto, Hunter había observado atentamente al prisionero, que no tardaría en ser el objeto de aquel festín. A diferencia de los otros, él estaba estudiando el rostro del cautivo.

—¿Estás seguro de que no nos hemos equivocado de persona? —preguntó—. A

mí, este imbécil no me parece que sea tan duro.

Alarmado de pronto, De la Cruz se volvió hacia Benson.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó.

—Permite que examine los retratos hechos a mano —contestó el otro.

Fue flotando hasta el libro que tenían a su espalda, en la mesa, lo abrió y escogió una serie de bosquejos realizados en papel basto que habían sido doblados y guardados entre las páginas. Eran dibujos que había recopilado Archie Somers con los años, hechos a mano por personas que afirmaban haber visto a Kid Bourbon y haber sobrevivido. La mayoría de ellos se basaban en realidad en descripciones proporcionadas por Sánchez García, de modo que no se podía considerar que fueran muy fiables, y tampoco serían admisibles como pruebas auténticas. Examinó atentamente los dibujos levantando la vista de tanto en tanto para compararlos con el rostro distorsionado por el pánico del prisionero, que lo miraba a su vez con la esperanza de que aquel policía desaliñado lo descartara. Benson vio el miedo pintado en sus ojos.

—Opino que es él —dijo con una sonrisita—. Vamos a ver a qué sabe su sangre inmortal. Así lo sabremos con seguridad.

—¡Por favor! ¡No! No… por favor —suplicó el aterrorizado joven buscando la mirada de odio de De la Cruz.

Pero ya era demasiado tarde. De la Cruz se volvió hacia Hunter y asintió con un gesto. Hunter introdujo la mano en la chaqueta y extrajo un machete con empuñadura de hueso que tenía una hoja de casi sesenta centímetros de largo y tremendamente afilada. Lo levantó por encima de la cabeza y acto seguido lo descargó sobre las manos atadas de la víctima. Su semblante llevaba escrito por todas partes el deseo irreprimible de derramar sangre en el momento en que contempló cómo se hundía la hoja en la muñeca izquierda del prisionero. La mano seccionada cayó al suelo salpicando sangre en todas direcciones, entre los alaridos de dolor de la víctima.

De la Cruz tomó el miembro amputado y lo sostuvo en alto sobre el cáliz de oro, procurando recoger hasta la última gota de sangre, sin hacer caso de los chillidos de su dueño, que ya se había vuelto medio loco a causa del dolor y del pánico. Cuando hubo terminado, se incorporó y pasó la copa casi llena a Pedro, el cual la aceptó ansioso e inmediatamente bebió un generoso trago de su contenido. En cuanto aquel líquido agridulce y con gusto a cobre le resbaló por la garganta y empezó a entrarle en las venas, notó la sensación de poder que lo iba invadiendo. Fue un momento digno de ser paladeado, y tanto se dejó llevar por aquel placer que apenas se percató de que Hunter y Benson habían comenzado a transformarse en vampiros. Ambos miraban con avidez la sangre que brotaba del brazo del paciente número 43, anhelando participar en la acción.

A Pedro ya lo había abandonado el limitado control que tenía de sí mismo. Se le iluminaron los ojos, y la aceleración provocada por el hecho de beber del cáliz hizo que su transformación en hombre lobo tuviera efecto casi de manera instantánea. Normalmente, aquello no era posible más que con luna llena, pero es que ahora tenía poderes superiores. El hecho de beber sangre de aquella copa surtía un efecto distinto en cada persona. En el caso de Pedro, fue una capacidad nueva de transformarse en su otro yo, su yo más poderoso, en un abrir y cerrar de ojos. Lanzando un rugido desde lo más hondo de su ser, pasó la copa a su gigantesco compañero, el cual siguió su ejemplo y bebió a fondo, y en su ansia hasta se permitió desperdiciar un poco del preciado líquido dejándolo resbalar por la comisura de la boca.

La víctima, sentada gritando en el suelo, empezó a sollozar igual que un niño pequeño y a suplicar clemencia balbuciendo de forma incomprensible, sin dejar de emitir aullidos de angustia. De la Cruz lo miró con una sonrisa de satisfacción, disfrutando del sufrimiento de su prisionero. Este rodó sobre su costado derecho y se quedó tumbado en posición fetal, gimiendo y sollozando a partes iguales. Sin embargo, sin que se percataran sus atormentadores, también estaba buscando una forma de escapar. Tenía sólo una esperanza de salir vivo de aquella situación. Y había tenido un poco de suerte, porque el golpe que le seccionó la mano también cortó la cuerda que le sujetaba las muñecas. Con la mano que le quedaba, buscó en el bolsillo del pantalón y extrajo muy despacio un teléfono móvil. Se las había arreglado para conservar aquel teléfono escondido en su persona durante el tiempo que había pasado en el hospital Doctor Moland. Era su posesión más preciada, un regalo que le había hecho hacía poco su mejor amigo, como recompensa por el buen comportamiento observado en el hospital. Su única posibilidad de sobrevivir consistía en llamar a dicho amigo, la única persona con la que podía contar. Su hermano. Su hermano mayor. El hermano que había luchado contra el vampiro que se ensañó con su madre tantos años atrás. El mismo hermano que desde aquel día era conocido como el asesino más temido de todo Santa Mondega.

Kid Bourbon.

De la Cruz descubrió el teléfono casi de inmediato, y nada más ver que el herido se ponía a pulsar botones, se lo arrancó de la mano de una patada.

—No te va a servir de nada llamar a la policía, retrasado de mierda. Ya estamos aquí —se mofó.

Benson y Hunter se permitieron lanzar una carcajada. Aquél sí que era un momento irrepetible. ¿Pero quién se creía que era aquel imbécil? Intentar llamar pidiendo socorro. Qué jodido perdedor.

Los dos hombres lobo, sin embargo, estaban demasiado ocupados recreándose en su recién estrenada fuerza para sumarse a las risotadas. Apenas se daban cuenta de que el cáliz se rellenaba y se iba pasando por turno de un vampiro a otro, pero en

medio de su euforia veían aquellas cosas como si estuvieran soñando. Cuando el último de los detectives terminó de beber su ración de sangre, el cáliz hizo otra ronda hasta que acabó de nuevo en las manos de Michael de la Cruz. Una vez más, el veterano detective, jefe además del clan de vampiros Cerdos Mugrientos, agarró de malos modos el brazo truncado del angustiado prisionero y lo sostuvo encima del cáliz. A continuación lo estrujó con violencia para aumentar el torrente de sangre fresca, con el fin de volver a llenar la copa.

—No os vayáis, hay sangre de sobra para que repitamos todos —dijo sonriendo de forma malévola con aquella abertura, ahora teñida de color carmesí, que formaba su boca.

Durante los cinco minutos siguientes, los tres vampiros y los dos hombres lobo se dedicaron a despedazar a su desgraciado prisionero y a prolongar su sufrimiento manteniéndolo vivo el mayor tiempo posible, hasta que por fin le arrancaron el corazón y así pusieron fin a sus apagados gritos y sus súplicas. Fue un final que él recibió deseándolo con toda su alma.

El vestuario se había convertido en un baño de sangre. El suelo y las paredes estaban cubiertos de salpicaduras de sangre y entrañas del muerto. Pero aquello no tenía ninguna importancia para sus torturadores, que estaban demasiado excitados para preocuparse. Vigorizados tras perpetrar una matanza tan placentera, y saciada por el momento su sed de sangre, los cinco se sentaron satisfechos en el suelo, mirándose unos a otros de tanto en tanto, compartiendo la belleza de lo que acababan de hacer. Fue un momento maravilloso. A los tres miembros de los Cerdos Mugrientos les recordó lo que sintieron cuando mataron a Stephanie Rogers, y también cuando bebieron la sangre de Jessica Xavier en la habitación del piso de arriba del Tapioca. Para Igor y Pedro, la sangre bebida de aquel cáliz les aportó una sensación nueva, que ambos estaban saboreando profundamente. Aquello era mejor que un orgasmo a la luz de la luna llena.

Pero, conforme fueron transcurriendo los minutos, los tres vampiros empezaron a percatarse de que aquella sensación, aunque intensa, en realidad no era mejor que la que experimentaron al matar a Stephanie. Estaba bien, desde luego,;pero no debería ser mejor? ¿No debería la sangre del descendiente de un ser inmortal haberlos llevado a un éxtasis muy superior?

Benson, mirando en derredor, fue el primero en darse cuenta del resplandor que despedía la pantalla del móvil que De la Cruz había arrancado de una patada de la mano del prisionero durante la sangría. El teléfono estaba en el suelo, al alcance de su mano izquierda, así que se inclinó un poco y lo cogió.

—Por lo visto, nuestro hombre ha llamado a alguien —comentó, y se fijó en que en la pantalla estaba parpadeando la duración de la llamada en curso. Mientras él la miraba cambió de 04.53 a 04.54. Encogiéndose de hombros, se acercó el teléfono al oído y habló por el micrófono del mismo.

—Hola, soy el detective Benson, del departamento de policía de Santa Mondega. ¿Con quién hablo, por favor? —dijo sonriendo con satisfacción a sus compañeros, que estaban cubiertos de sangre. Ahora era inmortal, de modo que daba igual quién estuviera al otro extremo de la línea; no podían hacerle ningún daño.

Quienquiera que se encontrara en el otro extremo de la línea estaba respirando profundamente, pero muy despacio. Era un sonido más bien áspero, y al cabo de unos segundos se volvió tan inquietante que a Benson se le empezó a borrar poco a poco la sonrisa de la cara.

—¿Quién es? —repitió, en tono más cortante. Los otros lo miraban, advirtiendo la preocupación que se reflejaba en su expresión y en su voz. Los no muertos tienen un agudo sexto sentido, y dicho sentido les estaba diciendo a todos ellos que allí estaba sucediendo algo malo.

La respiración que se oía por el altavoz se interrumpió unos segundos después, cuando la otra persona colgó. Entonces, en la pantalla del teléfono apareció la duración de la llamada: 05.25.

—¿Quién era? —inquirió De la Cruz sin hacer ningún intento de disimular la leve preocupación que sentía.

Benson recorrió las opciones del menú del móvil.

LLAMADAS REALIZADAS — HERMANO MAYOR — DURACIÓN 05.25.

Treinta y dos

Devon Hart estaba teniendo una noche de puta pena desde el momento mismo en que entraron por la puerta aquellos dos hombres vestidos de negro y con pasamontañas haciendo añicos una de las cristaleras. El más corpulento de los dos lo había apuñalado en la mano y lo había intimidado para que les proporcionase la información que buscaban. Sin embargo, aquello no había sido lo peor de la noche, ni con mucho.

Desde el instante en que presenció cómo los dos intrusos se llevaban el cuerpo inconsciente del paciente número 43, supo que iba a tener que dejar el empleo del hospital y largarse lo más lejos de Santa Mondega que le fuera posible. Con aquel paciente no se podía jugar. Eso lo sabía todo el personal del hospital. Todos los otros internos eran asesinos que habían alegado demencia o locos que predecían el fin del mundo y trataban de asegurarse de que dicho fin llegara efectivamente. El único paciente simpático que había en el centro era Casper, más conocido como Cuarenta y Tres. Era un tipo simplón, muy agradable y educado, pero profundamente paranoico y con una edad mental de unos ocho años. Casi con seguridad, era el paciente menos agresivo de todos, en cambio nadie se atrevía a meterse nunca con él. Por muy locos o perturbados que estuvieran los otros internos, había una cosa que todos ellos sabían que no debían hacer: molestar a Casper. Si lo hicieran, recibirían una visita nocturna y un desagradable puñetazo de su hermano, un individuo al que no convenía tocar las narices.

El hermano de Casper no iba mucho de visita por allí, se dejaba caer quizá cada seis o siete semanas. Siempre se cercioraba de dejar pagada la estancia de su hermano pequeño para varios meses, e insistía en preguntar al que estuviera en la recepción en aquel momento si alguien había molestado a Casper desde la última vez que lo visitó él. Y como también los recepcionistas le temían demasiado para arriesgarse a mentirle al respecto, cantaban de plano y delataban a todo el que le hubiera birlado lápices de colores a Casper, o le hubiera pellizcado, o simplemente le hubiera cambiado el canal de la televisión mientras estaba viendo *Barrio Sésamo.* Todos los culpables pagaban por sus actos y nadie cometía el mismo delito dos veces, de modo que en términos generales la estancia de Casper en el hospital Doctor Moland había sido bastante agradable. Pero dicha estancia había tocado a su fin, y a consecuencia de ello también iba a finalizar la estancia de Devon Hart.

En aquel preciso momento Hart estaba sentado en el cubículo 3 del aseo de caballeros de la planta baja, con la cabeza entre las manos y los pantalones bajados hasta los tobillos. Tenía el vientre revuelto desde que vio a Igor y Pedro introduciendo el cuerpo de Casper en la trasera de la furgoneta. Ya eran las tres de la madrugada. Sólo le quedaban tres horas de turno de trabajo, y ya no regresaría nunca más. Estaba decidido. A la mierda que le pagasen o no, no pensaba volver a asomar la cara por aquel edificio.

Al cabo de treinta minutos de intentar defecar y habiendo fracasado tristemente, por fin decidió que ya no lo intentaba más. Se subió los pantalones, accionó la cisterna y se acercó a uno de los lavabos para lavarse las manos.

El espejo colgado en la pared por encima del lavabo de plástico blanco confirmó sus peores miedos. Tenía muy mala cara. Así era como se sentía, también, y no sólo porque tuviera un agujero en carne viva en la mano, que ahora llevaba fuertemente vendada; la verdad era que había entregado a Casper con demasiada facilidad. Y tampoco era únicamente porque tuviera miedo de la represalia que pudiera tomar el hermano mayor del chico. Iba a tener que vivir con la carga de saber que había permitido que dos tipos que evidentemente eran unos matones sorprendieran y secuestraran a un completo inocente. Aquello iba a pesarle para siempre en la conciencia.

Compuso una serie de muecas mirándose en el espejo del lavabo y procuró no pensar en lo que podría haberle sucedido a Casper. En el vaho que se condensaba en el cristal pareció dibujarse la palabra «culpable» justo a la altura de su frente. Culpable era como se sentía. Le costaba trabajo incluso mirarse a sí mismo a los ojos, y de tanto contemplar aquel rostro reflejado que lo miraba a su vez con autocompasión, terminó por sentir náuseas. Se le llenó la boca de saliva como si fuera a vomitar. Abrumado de pronto por un intenso odio hacia sí mismo, escupió a la cara que le devolvía el espejo para ocultar en parte aquella patética expresión.

Devon no tuvo que contemplar su imagen reflejada durante mucho más tiempo, porque cuando la saliva comenzó a resbalar del espejo, de repente el cuarto de baño se sumió en la oscuridad. Aquello lo despertó de su estado de trance y lo devolvió al momento real.

«¿Se ha ido la luz? Mierda —pensó—. ¿Qué más puede salir mal esta noche?»

Sin ver ni un atisbo de luz por ninguna parte, echó a andar, con paso inseguro y los brazos extendidos por delante, hacia donde calculaba que estaba la salida. Una vez que palpó la madera pintada de la puerta, la recorrió con las manos hasta que dio con la manilla y la hizo girar. La puerta se abrió fácilmente, pero se desilusionó al encontrarse con que el pasillo de fuera estaba igual de oscuro.

Sabía que en la cocina del personal había una linterna guardada en un cajón, de modo que dobló a la izquierda y avanzó lentamente por el pasillo, con una mano en la pared y la otra extendida, para no chocar con nada. Consiguió recorrer como unos

diez pasos en medio de la oscuridad y del silencio, cuando de pronto sucedió una cosa que le provocó un escalofrío. Por espacio de unos instantes había sabido lo que era estar ciego, e incluso sordo en cierta medida; lo único que oía eran sus propias pisadas. Pero ahora oyó a otra persona caminar por el pasillo, detrás de él. Presa del pánico, se volvió *y* exclamó hacia la oscuridad:

—¿Oiga? Nadie respondió.

—Oiga —repitió, esta vez en tono más bajo—. ¿Hay alguien?

Nada. Debían de haber sido imaginaciones suyas. Dio media vuelta y prosiguió hacia la cocina, apretando la mano con fuerza contra la pared a fin de tranquilizarse.

Entonces lo oyó de nuevo. Otra pisada, detrás de él. Se paró en seco, petrificado en el sitio. Y aguzó el oído. Decididamente, a su espalda había alguien. Lo oía respirar. Porque lo oía, ¿verdad? Sí, sin duda. Sabía de sobra cómo sonaba la respiración de una persona. Él mismo contuvo el aliento unos segundos para cerciorarse de que el que respiraba no era él.

—Oiga —dijo nuevamente, esta vez sin mirar atrás—. Oiga, sé que ahí hay alguien, lo estoy oyendo.

Temiendo en dónde podía estar metiéndose, se volvió una vez más y miró fijamente la fosa negra en que se había convertido el pasillo que llevaba a la zona de recepción.

Entonces se hizo la luz, aunque sólo un poquito. Diez metros por delante de él vio parpadear una luz. Una llama diminuta, como del tamaño de la uña del dedo meñique. Al principio lo desconcertó, pero enseguida comprendió lo que era. Un cigarrillo. Sin embargo, cosa extraña, dio la impresión de haberse encendido solo.

—Oiga —repitió una vez más. Ya estaba empezando a tener miedo en serio, notaba que le faltaba el aire en los pulmones. Allí había alguien. Había revelado su presencia fumando, en cambio no decía nada—. ¿Quién es? —preguntó de nuevo, forzando la vista con la esperanza de ver alguna figura tras el débil resplandor de la brasa del cigarrillo.

Al cabo de lo que se le antojó un siglo, vio que el brillo del cigarrillo aumentaba de intensidad por última vez y que quien fuera que lo sostenía lo tiró al suelo. Se lo quedó mirando, observando cómo se extinguía poco a poco, esperando que la persona en cuestión lo apagara definitivamente. Pero se quedó tal cual. Entonces volvió a oír pisadas. Aquel visitante no deseado comenzó a moverse en dirección a él, sus botas iban haciendo cada vez más ruido y sus pasos iban acelerándose a cada momento que pasaba.

Al fin las pisadas se detuvieron. Y entonces Devon Han sintió una mano que se cerraba en torno a su garganta.



Treinta y tres

Sánchez estaba cansado de la misma mierda de siempre. Apenas transcurría un mes sin que lo arrastraran a la comisaría de policía para que examinase fotos de fichas de delincuentes que pudieran ser Kid Bourbon. En el pasado siempre era el veterano y desgastado policía Archie Somers el que lo obligaba a llevar a cabo dicho ritual. Y los resultados eran siempre los mismos: le mostraban aquellas caras tan conocidas en la pantalla del ordenador. Sánchez los conocía a todos, y ninguno de ellos era Kid Bourbon.

En esta ocasión lo había llamado el detective Hunter, uno de los tres policías que habían visitado el Tapioca el día anterior. Mostrando una amabilidad que era poco característica de él, Sánchez le llevó una botella de su mejor «whisky casero», en vista de lo mucho que le había gustado durante la reciente visita que había hecho a su bar. Hunter aceptó la botella de buena gana, y ahora estaba degustando placenteramente a sorbitos aquel líquido de color amarillo oscuro. Hasta se las había arreglado para derramar unas gotitas en el jersey, en su avidez por acercarse la botella a los labios.

Sánchez no tenía muy claro qué lo irritaba más, si que lo llevaran por la fuerza a mirar las mismas fotografías una y otra vez o el hecho de que Hunter disfrutara bebiéndose la orina reciente que había producido aquella mañana.

—Oye, tío, me estás haciendo perder mucho tiempo—suspiró. Hunter no le hizo caso y volvió a pulsar el ratón para poner otra cara más en la pantalla.

La sala de interrogatorios en la que se encontraban era un agujero de mierda, por no decir algo peor. Anteriormente era el despacho que había compartido Archie Somers durante una temporada con Miles Jensen, antes de que ambos perecieran en circunstancias inusuales en la noche del eclipse. Hunter estaba sentado a la mesa situada frente a la ventana, la cual, a fin de dar un máximo efecto al interrogatorio, tenía las persianas bajadas. Había girado la pantalla del ordenador para que Sánchez, que estaba sentado al otro lado de la mesa, pudiera ver bien las fotografías que iban apareciendo. Ya el atuendo que llevaba el camarero daba fe de que no sentía el menor interés por todo aquello. La mugrienta camiseta blanca que llevaba puesta lucía una frase muy sencilla cuyo mensaje iba dirigido directamente a Hunter: «¡QUE TE JODAN!», rezaba en letras negras y grandes.

—Ése es Marcus *la Comadreja* —dijo Sánchez mirando la última foto que había salido en pantalla—. Y está muerto, joder. Lleva un año muerto. Dios, ¿es que nunca actualizáis estas cosas?

Hunter pulsó el ratón y apareció otra foto distinta.

—Muerto. Luego otra.

—Muerto. Y otra más.

—Muerto —repitió Sánchez.

—Y una mierda —saltó Hunter—. Este tipo estuvo aquí la semana pasada.

Sánchez se encogió de hombros.

—Si tú lo dices… Apareció otra foto más.

—Muerto.

Hunter soltó el ratón y frunció los labios mirando furioso a Sánchez.

—¿Estás diciendo «muerto» con todos los que van saliendo, sólo por fastidiar?

—Sí.

—Jodido gordinflón de mierda. ¿Te crees que me gusta que me hagas perder el tiempo?

—Mira, tío —dijo Sánchez inclinándose sobre la mesa—. El que está haciendo perder tiempo a los dos eres tú. En tu base de datos no hay ni una puta foto de Kid Bourbon, ¿vale? No la ha habido nunca, ni la habrá. Ya he proporcionado descripciones a tus dibujantes un montón de veces para que hagan composiciones por ordenador.

—Las he visto —replicó Hunter—. La verdad es que eres un jodido comediante, por si no lo sabías.

A lo que se refería el detective era a una costumbre particularmente molesta que tenía Sánchez. En no menos de cinco ocasiones había ofrecido a los dibujantes de la policía descripciones trucadas para engañarlos y que terminasen componiendo retratos de sí mismos en lugar de la cara de Kid Bourbon. No dejaba de ser una broma barata, pero era el único modo que tenía Sánchez de vengarse de aquellos cabrones por obligarlo una y otra vez a acudir a la comisaría. Se reclinó en el sillón y cruzó los brazos.

—¿Ya hemos terminado?

—No.

Hunter sacó otra foto más en pantalla. Ésta atrajo la atención de Sánchez, que se incorporó y descruzó los brazos.

—¡Dios mío! —susurró—. Es él. A Hunter se le iluminó la cara.

—¿Kid Bourbon?

—No, el chico que me trae el periódico. Esta semana el muy cabrón se ha retrasado tres veces.

—Vale. Ya estoy harto —rugió Hunter—. Voy a matarte, hablo en serio.

Estaba a punto de lanzarse por encima de la mesa para agarrar a Sánchez cuando de pronto, detrás del camarero más irritante de todo Santa Mondega, se abrió una puerta. Por ella entró Michael de la Cruz, vestido con una camisa de color rojo vivo y un elegante pantalón negro y holgado.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—¿Estás de coña? Este tío es un puto graciosillo. No va a decirnos una mierda.

De la Cruz agarró a Sánchez del hombro y apretó un poco.

—¿Sabes que Kid Bourbon no va a tardar mucho en volver a dejarse caer por tu bar si no lo atrapamos? Sólo que esta vez es posible que no te deje vivo. Y como eres la única persona viva que sabe cómo es físicamente, técnicamente eres la única persona que puede salvarse de morir a sus manos la próxima vez que te visite.

Sánchez se volvió para mirar a De la Cruz.

—¿Se supone que ése es un comentario irónico? —le preguntó.

—No se supone. Es irónico.

—Mira —dijo el camarero, ya cansado de la conversación—. Hay dos cosas en la vida que no quiero ver. Y una de ellas es el blanco de los ojos de ese tipo. Ni siquiera en una puta foto.

—Bueno, pues entonces a lo mejor empiezas a colaborar un poco más —le sugirió De la Cruz—. Tanto por tu bien como por el nuestro, ¿vale?

—Claro.

—Bien, has dicho que hay dos cosas que no quieres ver jamás, ¿cierto? ¿Cuál es la otra?

—Cómo se hace el pastel de carne.

De la Cruz le propinó un cachete a Sánchez en el cogote.

—Eres un gilipollas y un inútil.

—¿Me permites que lo mate? —solicitó Hunter.

—Resulta tentador, pero tenemos problemas más importantes. Ha tenido lugar un incidente.

—¿Un incidente?

—Sí. ¿Te acuerdas del hospital para enfermos mentales Doctor Moland, el que está en el extrarradio? ¿Del que Igor y Pedro secuestraron al hermano de Kid Bourbon?

—Sí.

De pronto intervino Sánchez.

—¿Kid Bourbon tiene un hermano? ¡Os estáis quedando conmigo! ¿Quién es?

—Eso no es asunto tuyo —saltó Hunter. Pero Sánchez no había terminado su interrogatorio particular.

—¿Es el tío al que matasteis anoche vosotros y los hombres lobo, después de beber su sangre usando el Santo Grial? Los dos agentes se lo quedaron mirando.

—¿Cómo coño estás tú enterado de eso? —le preguntó Hunter.

—Yo no sé nada. No es más que un rumor. De hecho, es un rumor que ni siquiera ha llegado aún a mis oídos. Olvida lo que he dicho.

—¿Sabes una cosa? —dijo Hunter—. Un día, esa lengua floja que tienes te va a meter en un embrollo del que no vas a poder salir.

—Por lo menos, mi lengua distingue a qué sabe el whisky.

—¿Y qué cojones quieres decir con eso? De la Cruz ya no aguantó más memeces.

—¿Os importa cerrar la boca un rato? —ladró—. ¿Quieres saber lo que ha sucedido en el hospital o qué?

—Claro. Perdona. Continúa —repuso Hunter.

—Anoche, el hospital quedó destruido en un incendio.

—¿Qué?

—Ardió hasta los cimientos. Los bomberos encontraron en el interior del edificio ciento veinticinco cadáveres.

—Joder. —Hunter sacudió la cabeza en un gesto negativo—. Esos hombres lobo están locos de atar. ¿Prendieron fuego al hospital?

—Pues no. —De la Cruz negó agitando el dedo—. No fueron ellos. Cuando se marcharon, el edificio estaba todavía más tranquilo que una tumba. El incendio se declaró en las primeras horas de la madrugada, mucho después de haberse ido ellos.

—¿Entonces fue un accidente? ¿O qué?

—No. No fue un accidente.

—¿Ha habido muchos supervivientes?

—Ninguno.

—¿Ni uno solo?

—Ni uno solo.

Sánchez seguía en medio de los dos agentes, escuchando con atención. Un cotilleo de primera mano, ciertamente una rareza. Y De la Cruz daba la impresión de tener mucha más información que comunicar.

—No ha habido ni un solo superviviente. ¿Quieres saber por qué?

—¿Porque estaban bloqueadas todas las salidas de emergencia? —aventuró Hunter.

—No.

—¿A ver, me estás diciendo que las ciento veinticinco personas que había en el hospital se quemaron vivas? ¿Que ninguna de ellas logró escapar?

De la Cruz negó otra vez con la cabeza.

—No. No se quemaron vivas. Ha sido una cremación.

—¿Qué? No entiendo.

—Las ciento veinticinco víctimas ya estaban muertas antes de que se iniciara el incendio.

Hunter se removió en su asiento y echó los hombros hacia atrás.

—Pero ¿qué coño…? ¿Cómo pudo ser?

—Adivina.

El detective sudafricano y medio calvo frunció el entrecejo unos segundos antes de ofrecer una respuesta:

—¿Una fuga de gas?

—¿Tú sabes de alguna fuga de gas que haya sacado los ojos a alguien? ¿O que lo haya decapitado? ¿O que le haya volado la tapa de los sesos o le haya rebanado el cuello?

—Repítelo.

—Ya me has oído.

A Hunter se le descolgó la mandíbula.

—¿Estás diciendo que a toda esa gente la mató alguien? ¿Y que ese mismo alguien después pegó fuego al hospital?

Para atraer la atención de los dos agentes, Sánchez carraspeó y señaló la fotografía del chico de los periódicos, que todavía estaba en pantalla.

—Bueno, él no habrá sido —dijo.

De la Cruz le propinó otro cachete en la nuca y se volvió hacia el otro detective.

—Hunter, tiene que haber sido Kid Bourbon. Él es el que ha hecho esto.

—Sí, pero ¿por qué? Ninguna de las personas de ese hospital le había hecho nada. Excepto tal vez los guardias de seguridad que dejaron entrar a Igor y a Pedro. Ha matado a ciento veinticinco personas inocentes sin motivo. ¿A qué coño viene eso?

De la Cruz se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Quién sabe por qué hará esas cosas ese tío?

—Yo sí que lo sé —terció Sánchez.

—¿Qué sabes? —preguntó De la Cruz.

—Sé por qué ha matado a toda esa gente. Y por qué ha sido tan brutal y tan despiadado.

—Este tío es un puto payaso —replicó Hunter—. Venga, Sánchez, haz el chistecito y lárgate. ¿Por qué ha matado Kid Bourbon a toda esa gente? Vamos, suelta la gracia.

—No hay ninguna gracia —contestó Sánchez con gesto serio—. Esto es real. ¿Queréis saber por qué ha matado a todas esas personas inocentes y las ha hecho sufrir horriblemente, a cada una de una manera distinta, antes de que murieran? ¿O no?

—Sigue. —De la Cruz tenía más interés que Hunter. Por una vez hacía bien en tenerlo, porque Sánchez no estaba hablando de coña.

El camarero se puso de pie y cogió su cazadora de ante marrón del respaldo del sillón en que había estado sentado. Empezó a ponérsela mientras los dos agentes esperaban a que contestara. Cuando ya tenía los brazos metidos por las mangas y se disponía a marcharse, respondió por fin:

—Ha matado a esa gente para dejar claro un mensaje. Y ese mensaje, amigos detectives, es el siguiente: el mayor asesino en masa que ha existido en toda la historia no necesita tener un motivo para matar. Mata por diversión. Pero vosotros… en fin, vosotros habéis matado a su hermano y con ello le habéis dado un motivo. Imagino que el mensaje que quiere transmitir es que vosotros vais a sufrir mucho más que esas ciento veinticinco personas que nunca hicieron nada para cabrearlo. —Sánchez esquivó a De la Cruz y se dirigió hacia la puerta—. Tengo que salir de la ciudad a hacer unas compras —dijo sonriente.

—¡Espera un minuto! —le gritó Hunter desde la mesa—. ¿Y cómo es que a ti no te mata nunca, eh? Tú te lo has encontrado dos veces y las dos veces has salido vivo. ¿Qué eres tú, amigo suyo o algo así?

Sánchez se detuvo y reflexionó sobre lo que le preguntaba Hunter. Los dos policías aguardaron a que les diera una explicación.

—Sabéis —contestó Sánchez tras estudiar su respuesta unos instantes—, la razón de que yo siga vivo es que con ese tipo nunca rebaso los límites.

Hunter hizo un gesto con la mano como desechando aquella contestación.

—¡Menuda chorrada! ¿Que no rebasas los límites? —se burló—. Pero si ni siquiera sabes lo que es eso.

—Sé dónde pone el límite Kid Bourbon —replicó el camarero sin alterarse.

—No me digas. ¿Y dónde lo pone?

—Mira detrás de ti.

Treinta y cuatro

Elijan Simmonds no era lo que se dice el empleado preferido de Bertram Cromwell, pero era excepcionalmente bueno en su trabajo. Era el jefe de Operaciones del museo, y mientras que a Cromwell se le daba bien la gente, a Simmonds se le daban bien los márgenes de beneficios y la manera de aumentarlos. Ambos llevaban más de dos horas en el despacho de Cromwell, repasando las cuentas del museo, y lo que Simmonds le había dejado meridianamente claro al profesor fue que era necesario efectuar recortes, o de lo contrario iba a haber una fuerte repercusión en los beneficios.

Cromwell estudiaba las columnas de pérdidas y de ganancias acomodado en su amplio sillón de cuero, mientras que Simmonds, sentado al otro lado de la mesa, se inclinaba hacia delante de tanto en tanto para explicarle algún detalle concreto. Simmonds era un veinteañero que abrigaba grandes aspiraciones. Aunque era joven, ya tenía el ojo puesto en ocupar algún día el cargo de Cromwell, el de supervisor de todo el museo. No sentía amor alguno por el arte ni por los objetos históricos que albergaba aquel edificio, en cambio adoraba ganar dinero y era adicto al poder.

Cromwell conocía bien las ambiciones de su jefe de Operaciones, y no se dejaba engañar por su fingido entusiasmo respecto de los tesoros del museo. Pero respetaba el hecho de que, por razones que no alcanzaba a comprender, por lo visto a los empleados jóvenes Simmonds les caía bien. ¿Se debería tal vez a que se peinaba conforme a la moda y a que vestía barato pero resulten? Personalmente, Cromwell opinaba que un hombre trajeado pero con el pelo teñido de rubio y sujeto con una coleta resultaba un poco repulsivo, pero sus opiniones se las guardaba para sí. A su forma de ver, era una necedad juzgar a las personas por su aspecto físico, y si se hubiera regido por dicha norma, no habría podido conocer a algunas personas verdaderamente maravillosas que había conocido a lo largo de los años.

—¿Así que éste es el sexto mes consecutivo que disminuyen los beneficios, pues? —preguntó Cromwell levantando la vista del libro de cuentas y mirando fijamente al joven por encima de las gafas.

Simmonds llevaba un traje azul oscuro con camisa blanca, en la que se había desabrochado los dos primeros botones. No llevaba corbata, detalle que Cromwell jamás olvidaba. Y además se rascaba mucho las pelotas cuando hablaba con el

profesor, algo que hacía habitualmente pero de lo que no parecía darse cuenta.

—Así es, seis meses seguidos —confirmó Simmonds—. Desde el inicial aumento del interés por parte del público que tuvimos tras el robo de la momia, las cosas no han dejado de ir a peor.

Cromwell se quitó las gafas y las dejó en la mesa. De tanto mirar números, ya tenía los ojos cansados.

—No es de extrañar, ¿no crees? Al fin y al cabo, la tumba egipcia era nuestra pieza más importante. Imagino que vamos a tener que buscar algo realmente especial para sustituirla. La cosa es que una momia egipcia auténtica es algo muy difícil de igualar.

—Pues sí —convino Simmonds sin dejar de rascarse la entrepierna—. Pero mientras tanto vamos a tener que rebajar costes.

Cromwell se removió incómodo en su amplio sillón de cuero.

Su carísimo traje hecho a medida por John Phillips, de Londres, era capaz de soportar toda clase de trasiegos sin siquiera arrugarse, a diferencia del modelo barato y del montón que llevaba Simmonds.

—Deduzco que ya tienes algo pensado —aventuró Cromwell.

—Sí, señor —respondió Simmonds enderezándose en su asiento y apoyando las manos en la mesa, donde Cromwell pudiera verlas. Lo cual a éste le supuso un alivio —. Podemos permitirnos prescindir al menos de un miembro de la plantilla, para empezar.

—¿En serio? ¿Estás seguro? Porque la última vez que miré estábamos más bien en cuadro.

—Cierto, profesor, cierto. Pero podemos permitirnos prescindir de una de las personas de bajo rendimiento.

—¿Tenemos personas de bajo rendimiento? —Dejó escapar una risita—. ¿Y cómo ha sucedido tal cosa?

—Pues… en realidad sólo hay una, señor. Me temo que su historial a la hora de escoger empleados no es precisamente el mejor.

Cromwell estaba estupefacto.

—¿Disculpa?

—No pretendo exhibirme ni nada parecido —repuso Simmonds—, pero todo el personal que contrato yo observa un comportamiento impecable y trabaja con mucho ahínco. En cambio, las personas que ha contratado usted, en gran medida por realizar un acto de caridad, no es que hayan encajado especialmente bien aquí, ¿no le parece? ¿Se acuerda del tal Dante Vittori?

—¿El que te rompió un jarrón de valor incalculable en la cabeza?

—Sí, ése. Era un inútil.

—Pero muy simpático.

—¡Vamos, profesor, era un idiota! —protestó Simmonds.

—Por descontado, pero llamarlo idiota cuando tenía en las manos un jarrón antiguo y valiosísimo no fue precisamente una actuación estelar por tu parte, ¿no crees?

Simmonds se reclinó de nuevo en su asiento y empezó a manipularse una vez más la entrepierna, cuando el traje barato comenzó a agobiar de nuevo sus partes bajas.

—Debería haberme permitido que presentara cargos y que hubiera enviado a aquel perdedor al calabozo. Así, a lo mejor hubiera aprendido algo. Sea como sea, usted ya me entiende. Estoy sugiriendo que despidamos al otro empleado que contrató usted por caridad.

—La otra persona que he contratado yo es Beth Lansbury.

—A ésa me refiero.

—¿Pero por qué diantre quieres despedirla? Es una joven encantadora.

—No se relaciona bien con los demás. Almuerza sola en la cafetería. Y, por supuesto, tiene antecedentes penales.

—Conozco bien sus antecedentes penales, gracias, Elijan. Esa joven lo pasó muy mal de pequeña. Estoy convencido de que se merece un respiro. Por eso la contraté. Y su padre, Dios lo tenga en su gloria, fue amigo mío durante muchos años.

—¿No fue también amigo suyo el padre de Dante Vittori?

—Si.

—Pues eso.

—Pues eso, ¿qué?

—Pues eso, que no es una razón para contratar a una persona, ¿no le parece? A ver, no me malinterprete, señor, me parece muy noble por su parte contratar a hijos de antiguos amigos suyos, pero eso no es tener cabeza para los negocios. ¿Sabe que el resto del personal tiene miedo de esa chica? La llaman la «chiflada». Por mucho que usted lo maquille, lo de la infancia difícil y todo eso, lo cierto es que cometió un asesinato a sangre fría, y eso asusta a la gente. Cuando ella no está presente, los empleados rinden más. Cuando está, pone nervioso a todo el mundo. ¿Y qué me dice de esa horrible cicatriz que tiene en la cara? ¡Aj! Tiene que haberse fijado en la reacción que tienen algunas personas que visitan el museo cuando la ven. ¿Lo ve? Está asustando hasta a los clientes que pagan. Fíese de mí, retirarla de la nómina de empleados y sacarla de este edificio no hará sino beneficiar al negocio.

Cromwell tomó de nuevo sus estrechas y estilizadas gafas de leer y se las puso. Se frotó la frente un momento, con el ceño fruncido. Seguidamente cerró el libro de contabilidad que tenía delante.

—Muy bien — dijo al tiempo que le devolvía el libro a Simmonds —. Ahora, cuando subas, di a Beth que venga a verme. Voy a hablar con ella yo mismo.



Treinta y cinco

A Igor todavía le duraba la emoción de la noche anterior, cuando se dio un festín con la sangre del paciente número 43, también conocido como Casper. Ahora, mientras que su compañero de banquete, Pedro, había decidido pasar la tarde con una fulana, él prefirió irse al centro a tomar una copa. Se hacía necesaria una oportunidad para ejercitar sus nuevos músculos inmortales. La primera parada la hizo en el Fawcett Inn, que estaba situado en el mismo centro de la ciudad y era el garito más popular entre los hombres lobo. Mientras que los vampiros se habían apoderado del Abrevadero, los licántropos se habían apropiado del Fawcett Inn.

Cuando llegó, desde fuera, el local le dio la impresión de estar razonablemente tranquilo. La puerta principal estaba abierta, sin duda a causa de la humedad que flotaba en el aire. No era un bar especialmente grande; de hecho, con su decoración similar a la de un *pub* inglés, parecía más bien una de esas viejas casitas de campo con techo de paja que se ven en el norte de Inglaterra.

Ya dentro, Igor se quedó decepcionado al ver que el Fawcett Inn no estaba nada animado. Tenía la intención de exhibirse un poco, para lo cual le habría gustado que hubiera más público. Pero en las mesas situadas a la izquierda del mostrador no habría más de quince clientes sentados. Tal como solía ocurrir, sólo había un camarero atendiendo la barra, un negro de barba grisácea que se llamaba Royle. Royle hacía también las veces de portero. Era lo bastante corpulento y duro para enfrentarse a cualquier cliente que viniera buscando bronca. En el pasado, uno de dichos clientes era el propio Igor, pero ahora este hombre lobo, que acababa de nombrarse él mismo jefe de todos los licántropos, estaba a punto de poner aquello a prueba.

—Royle, ponme una botella de ese whisky especial. Y que sea por cuenta de la casa —gruñó de forma provocativa. Esperaba que Royle se sintiera ofendido por su arrogancia y lo desafiara a una prueba de fuerza física. Pero, tristemente, quedó desilusionado. Royle hizo caso omiso. Era obvio que ya estaba enterado de que Igor había adquirido un nivel de inmortalidad nuevo, mejorado y superior.

El camarero cogió de debajo de la barra una botella sin abrir de su mejor whisky destilado ilegalmente y la puso encima del mostrador, delante de Igor, junto con un vaso vacío.

—Enhorabuena —le dijo en tono inexpresivo—. Me he enterado de que Pedro y tú habéis matado a un chico disminuido y os habéis bebido su sangre utilizando el Santo Grial.

Igor no estaba de humor para aguantar tonterías de nadie. Había venido vestido para deslumbrar, con una camisa de seda de un blanco radiante desabotonada hasta la mitad para exhibir una abundante mata de vello negro y áspero. Alrededor del cuello llevaba una cadena de oro de la que colgaba un diente de cocodrilo. Y aquel mismo día había salido a comprarse un ceñido pantalón de cuero negro con el que ahora se paseaba todo chulo, un poco al estilo de Tom Jones (o eso esperaba él).

—Pon más cuidado en el tono —rugió en lenguaje arcaico a Royle al tiempo que asía la botella de whisky y la descorchaba—. Eso me ha sonado un poco como si estuvieras riéndote de mí, y si hay algo que ya no pienso aguantar más es el paternalismo, comentarios de mierda, ni de ti ni de nadie que venga a este puto garito.

Había ido elevando el tono de voz conforme hablaba, para tener la seguridad que lo oyeran todos. Y, como no había música puesta, efectivamente lo oyeron todos. Lo cierto es que todas las conversaciones se interrumpieron a fin de demostrar el necesario respeto.

Igor miró en derredor buscando un cliente al que fulminar con la mirada mientras se servía un vaso de whisky, y a continuación se bebió éste de un solo trago. Al parecer, nadie lo estaba mirando, de modo que se sirvió otra vez.

—En esta ciudad hay un sheriff nuevo —exclamó, de nuevo en voz lo bastante alta para que lo oyera todo el mundo. Sabía que todos los presentes estaban pendientes de sus palabras, pero que en aquel preciso instante nadie quería mirarlo a los ojos. Todos tenían la vista fija en su vaso, o en los zapatos.

Al final, irritado por aquella falta de confrontación, Igor giró su gigantesco corpachón para poder mirar de frente a todo el mundo y terminar de exponer su anuncio respecto del nuevo sheriff:

—Y se llama Igor *Colmillo.* A los hombres lobo ya no se nos considerará ciudadanos de segunda. Y tampoco vamos a seguir aguantando los insultos de los vampiros. Vamos a ser iguales que ellos. —Calló unos instantes para beber un trago y luego continuó—: Los tres primeros que me juren lealtad, aquí y ahora, serán mis lugartenientes. Apuntaos ahora, muchachos, es una ocasión irrepetible para entrar a formar parte del equipo del principal hombre lobo de Santa Mondega. Tendréis mujeres y dinero. Venid, y formaréis parte de un clan que está yendo a más. Un clan de hombres lobo capaz de hacer frente a todos los clanes de vampiros juntos. El clan más fuerte del mundo. —Dio un paso hacia las mesas y agitó un puño en el aire—. ¿Y bien? ¿Quién está conmigo?

Durante unos instantes de silencio los hombres lobo presentes en el local

asimilaron lo que Igor acababa de decir. Los aproximadamente quince varones jóvenes que estaban sentados a las mesas intercambiaron miradas nerviosas, cada uno esperando a que otro dijera algo. Por fin, un valiente que iba vestido con una camisa de tela vaquera se levantó de una mesa cercana y dio unos pasos hacia Igor. Era el más atrevido de todos, en efecto, un hombre lobo joven y desaliñado que tenía el cabello pelirrojo, tupido y revuelto, y que respondía *al* nombre de Ronnie. Deseaba avanzar rápidamente en la vida, y si ello implicaba arriesgarse y demostrar que era más valiente que los demás, pues a la mierda, eso era lo que estaba dispuesto a hacer.

—Acepta mi juramento de lealtad, Igor —declaró en tono solemne—. ¿Qué dispones para mí? —Por lo visto, el lenguaje arcaico se estaba imponiendo.

Igor lo miró de arriba abajo y asintió con un gesto de aprobación. Aquel chaval tenía huevos.

—¿Que qué dispongo para ti? Fácil. Para empezar, quiero tener un socio que me acompañe a beber. Royle, dame otra botella de whisky especial. Por cuenta de la casa.

Royle miró con rencor a Igor sin que éste se diera cuenta, pero después puso los ojos en blanco al ver que se levantaban otros dos individuos desaliñados de la misma mesa que Ronnie. Éstos se apresuraron a situarse al lado de su amigo. Ninguno de ellos era tan valiente como él, de manera que, para no jugársela, se quedaron como a medio metro o así de distancia. Los tres miraron de frente a Igor, que en aquel momento estaba recostado contra la barra hinchado como un pavo real.

—¡Mejor, que sean dos whiskies más! —bramó el corpulento hombre lobo sin molestarse en darse la vuelta para mirar a Royle.

—Muy bien —masculló el camarero con una sonrisa sarcástica—. Voy a la trastienda, a buscar otro par de botellas. —Y desapareció por la puerta abierta que había en la parte de atrás de la barra.

Igor miró largamente a sus tres nuevos lugartenientes para pasarles revista. No era que tuvieran una complexión lo que se dice fuerte, ninguno de ellos, pero no cabía duda de que se sentían orgullosos de ser hombres lobo, porque los tres lucían abundante vello facial, un signo de orgullo en un lobo.

—Bien, ¿y cómo os llamáis? —les preguntó.

El primero que se había levantado, Ronnie, que todavía estaba ligeramente delante de los otros dos, dio un paso atrás y pisó en el pie a uno de sus compañeros.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. He cambiado de opinión.

—Sí, yo también —dijeron los otros dos al unísono, y también retrocedieron un paso. Los tres habían palidecido y miraban con los ojos muy abiertos la barra que tenía detrás Igor. Al nuevo y autoproclamado jefe de los hombres lobo, el instinto le avisó de que los chicos estaban un tanto nerviosos, quizás incluso se sentían

intimidados porque temían que estuviera pensando en dar ejemplo con uno de ellos. Pero luego entró en acción su sexto sentido. «Aquí está pasando algo raro.»

—¿Qué ocurre? —preguntó, limpiándose la nariz con la mano e inspeccionándose luego los dedos—. ¿Tengo un moco colgando, o algo así?

Los tres jóvenes licántropos negaron con la cabeza, todos a la vez. Algo habían visto detrás de Igor que exigía una retirada en toda regla. El rumor que afirmaba que Igor había matado al hermano de Kid Bourbon estaba demostrando ser cierto. Porque detrás de Igor vieron una cosa que habían esperado no ver. Era la figura de un hombre que se irguió detrás de la barra, con el rostro oculto por la sombra de la capucha que lo cubría.

Aquella siniestra figura extendió las manos, enfundadas en unos guantes negros y bastante separadas la una de la otra, con los puños cerrados. Enrollado en cada una de dichas manos y estirado entre ambas se distinguía el brillo plateado de un alambre.

Para cuando los instintos de Igor tomaron las riendas de la situación y le advirtieron de que estaba en un apuro, el alambre ya se le había enroscado con fuerza alrededor del cuello. Un segundo después, el encapuchado lo subió a la barra de un tirón y lo hizo caer por el otro lado de la misma. Igor, pataleando falto de aire, desapareció de la vista de los demás.

El Fawcett Inn se vació de clientes en menos de cinco segundos. Nadie tenía la intención de quedarse en aquel local a ver el desenlace del incidente. Ya habían visto más de lo que querían.

Kid había vuelto. Y ni siquiera había empezado aún a beber.

Treinta y Seis

El capitán De la Cruz estaba sentado ante la mesa de su despacho, escribiendo en el teclado en su ordenador. Se había estirado de manera considerable el cuello de la camisa, a base de tirarse constantemente de él a lo largo de una hora. Tirarse del cuello de la camisa era una cosa que hacía cuando la situación lo irritaba. Y en aquel preciso momento lo estaba irritando.

Las persianas de la ventana que tenía detrás estaban bajadas, con lo cual no dejaban pasar el poco sol que quedaba ya. Los finos haces de luz azul clara que conseguían filtrarse por entre las láminas iluminaban las motas de polvo que le flotaban alrededor de la cara, lo cual le resultaba casi tan irritante como la pantalla de ordenador que miraba con el ceño fruncido. Su gesto de frustración indicaba que no estaba haciendo muchos progresos con lo que tenía entre manos. Teniendo esto en cuenta, Hunter tocó tímidamente con los nudillos en la puerta de cristal del despacho y aguardó a que su capitán le indicara con una seña que podía pasar. De la Cruz hizo la seña en cuestión, de modo que Hunter, tras propinar un puntapié a la base de la puerta, que siempre se trababa y nunca se abría con facilidad, entró. Acto seguido, volvió a cerrar la puerta casi del todo y se quedó de pie detrás de la silla colocada a un lado de la mesa, con las manos apoyadas en el respaldo.

De la Cruz levantó la vista.

—¿Por qué todo el mundo tiene que darle una patada a mi puerta, a ver? —preguntó—. ¿Por qué no empujáis un poco más fuerte y ya está? ¿Tan difícil es eso?

Hunter respondió con una sonrisa contrita, pero también comprensiva.

—Te veo un poco alterado. Y he decirte que yo estoy igual.

Se quitó la chaqueta marrón de paño y la colgó en el respaldo de la silla, después tomó asiento y se estiró el cuello del jersey marrón. Al hacer esto último, sin darse cuenta imitó a su superior.

De la Cruz aporreó por última vez el teclado y apartó la atención de la pantalla del ordenador para centrarla en su colega.

—Igual, ¿cómo? —le preguntó.

—Igual de molesto por lo que sucedió con ese chico retrasado —contestó Hunter rascándose la barbilla.

—Ah, eso. —De la Cruz hizo una mueca de desagrado—. No, la verdad es que no es eso lo que me tiene irritado. Por lo menos, no es exactamente eso. Eso me reconcome, sí, pero no tanto como lo que sucedió justo después. Lo que me preocupa de verdad es que Benson dio su nombre a la persona que estaba al teléfono del chico. ¿En qué coño estaría pensando?

—Sí, eso también me preocupa a mí. ¿Tú crees que el que estaba al teléfono era Kid Bourbon?

—¿Es que tú lo dudas? —replicó De la Cruz al tiempo que pulsaba varias veces la tecla de espaciado del teclado para crear una melodía sin sentido.

—Sí, ya lo sé. A Benson se le está desmadrando totalmente el ego. Lo suyo no es precisamente la discreción. En tu opinión, ¿deberíamos hacer algo al respecto? —preguntó Hunter sabiendo la respuesta de antemano.

—Sí. Está convirtiéndose en… cómo decirlo, en una carga. No me cabe la menor duda de que Kid va a ir a por él a partir de ahora. Y puede que también venga a por nosotros. Hemos perdido el elemento sorpresa, Hunter, y hemos matado al puto hermano retrasado de Kid. Si no está ya buscándonos, lo estará bien pronto, cuando haya encontrado a Benson. O sea, joder… —De la Cruz había ido calentándose, y lo hizo obvio cuando golpeó la barra espaciadora con un poco más de rabia—. Benson reveló con demasiada facilidad quién era. Con que Kid lo someta a un poco de presión, desvelará también nuestros nombres. Esto es muy grave.

De la Cruz estaba poniéndose cada vez de peor humor. Acababa de expresar en voz alta lo que estaban pensando los dos, pero sin decirlo, desde la matanza perpetrada la noche anterior.

—¿Quieres que me encargue de hacer desaparecer a Benson? —propuso Hunter.

—Sí que quiero, pero hay un problema. No tengo forma de dar con él. Ese cabrón escurridizo se ha largado a algún sitio. Ya nos ocuparemos de él cuando llegue el momento, pero pienso que lo primero que tenemos que hacer es hablar con Kid Bourbon antes de que él dé con Benson y nuestro querido colega empiece a cantar como un puto ruiseñor.

—¿Crees que Benson no será capaz de resistirse a Kid?

—Hunter, tú y yo seríamos capaces de resistir a Kid, pero Benson no tiene nada de aguante. Si la nueva fuerza que tenemos es tan grande como pensamos, cualquiera de nosotros debería ser capaz de barrer el suelo con ese hijoputa ciego de bourbon. Pero no creo que debamos correr el riesgo de enviar a por él a Benson.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué tienes pensado?

—Echa un vistazo a esto —dijo De la Cruz girando un poco el monitor para que Hunter viera bien lo que había en pantalla.

—¿Qué es? —preguntó el otro mirando la imagen de vídeo en blanco y negro que

mostraba el ordenador.

—Imágenes tomadas por un circuito cerrado de televisión.

—¿De qué?

—De la masacre que tuvo lugar aquí, en la comisaría, el año pasado, en la noche del eclipse, cuando Kid Bourbon mató a todos los policías que estaban de servicio y a aquella recepcionista tan guapa, Amy Webster.

Hunter observó las parpadeantes imágenes de televisión, que en aquel momento estaban en pausa y resultaban difíciles de descifrar.

—¿Y qué parte es ésta? —preguntó.

—Aquí es cuando Kid mata a Archie Somers clavándole ese puto libro en el pecho.

—¿Y cómo demonios ha llegado este vídeo a tu poder? —inquirió Hunter—. No sabía que en la comisaría tuviéramos un circuito cerrado de televisión.

—Lo he encontrado en You Tube.

—¡No jodas!

—No seas imbécil, es coña. Resulta que hace un tiempo Asuntos Internos instaló cámaras de televisión en secreto para tenernos a todos controlados.

—Pero seguro que es ilegal.

—Lo hicieron *en Arma letal 3* —repuso De la Cruz encogiéndose de hombros.

—Ah, bueno —respondió Hunter con una mueca de desagrado—, si en las películas se puede hacer, supongo que nosotros aquí también.

De la Cruz volvió a encogerse de hombros.

—Exacto, Dick.

Pulsó la barra espaciadora y el vídeo se reanudó. Hunter contempló en la pantalla los últimos momentos de Archie Somers. El detective atacó primero a Kid Bourbon, y a continuación, tras un breve forcejeo y un intercambio de frases, retrocedió tambaleándose en medio de una bola de llamas y por fin se convirtió en humo y cenizas. Una vez desaparecido Somers, Kid (que estaba de espaldas a la cámara) se encaminó hacia la salida de la comisaría, y allí terminó la cinta.

—Genial —comentó Hunter—. ¿Tenemos algo que aprender de esto?

—Pues lo cierto es que sí, creo que sí —respondió De la Cruz tirándose nervioso del cuello de la camisa—. Verás, Kid no es lo que tú piensas.

—Bueno, yo pienso que es un asesino en masa. ¿Es un asesino en masa?

—Pues… sí…

—Entonces es exactamente lo que pienso.

De la Cruz forzó una sonrisa.

—Un tipo gracioso, ¿eh? Pero ahí está la cosa. He visto este vídeo un centenar de veces, y siempre hay un detalle que me preocupa.

—¿Cuál?

—¿Por qué Kid Bourbon no se llevó consigo *El libro sin nombre?* ¿Es porque no le preocupa lo más mínimo, o a causa de esto? —Se sirvió del ratón para retroceder un poco en la barra de «reproducir» que aparecía en pantalla. Luego volvió a pulsar la barra espaciadora y el vídeo comenzó a avanzar de nuevo—. Observa esto.

Hunter se fijó más detenidamente. Vio cómo iban pasando las imágenes grabadas y se concentró en intentar descubrir algo que antes se le hubiera pasado por alto. Pero no hubo nada que le llamara la atención mientras contemplaba fascinado al detective que se iba a las profundidades del infierno en medio de una bola de fuego. Al final de la grabación vio que Kid se llevaba una mano al cuello y seguidamente la retiraba y se miraba los dedos. Uno o dos segundos después volvió a echarse la capucha sobre la cabeza y se dirigió a la salida.

—Es lo bastante listo para no enseñar el rostro a las cámaras que ni siquiera nosotros sabíamos que se hallaban ocultas en esta comisaría —señaló Hunter—. Pero siempre hemos sabido que es un tipo listo. No tenemos ni una sola imagen de su rostro. Es demasiado inteligente, siempre sabe dónde están las cámaras. Aunque no lo sepamos nosotros.

—Se te ha pasado el momento clave —replicó De la Cruz, haciendo retroceder una vez más la grabación de vídeo. Esta vez fue un poco más atrás e hizo una pausa en el forcejeo de Somers con Kid, justo antes de que Somers comenzara a ser consumido por las llamas. Hunter miró fijamente la pantalla durante unos segundos, y entonces vio lo que pretendía mostrarle De la Cruz. Su capitán asintió con la cabeza.

—Exacto, ahí lo tienes. Nuestro colega Somers alcanzó a morder a Kid en el cuello. Si contamos hasta diez a partir de ahí, Kid está a punto de convertirse en un chupasangre. Ya no puede tocar el libro, porque Somers lo ha transformado. Es un puto vampiro, como lo somos nosotros.

—¡Santo cielo! —susurró Hunter en tono audible y con la mandíbula descolgada, un gesto que delataba su profunda sorpresa—. Me cuesta creer que se me haya pasado por alto.

De la Cruz estaba sumido en una intensa reflexión, con la mirada fija en la puerta de cristal del despacho, que no estaba cerrada como Dios manda.

—¿Sabes una cosa? —dijo pensando en voz alta—. No creo que esto fuera tan importante anteriormente. La verdad es que no viene a cuento, pero es que he estado pensando. Verás, Kid ha conseguido un poco más de lo que pretendía. Y eso nos beneficia mucho a nosotros. Vamos a poder seguirle la pista, estoy seguro de ello.

—¿Cómo? —inquirió Hunter—. ¿De qué forma nos va a ayudar eso a dar con él?

—Piensa un poco. Ahora Kid tiene los mismos instintos de vampiro que nosotros, ¿no? Es lógico.

—De acuerdo, sí, va a experimentar la sed de sangre humana, y se le puede matar con cosas como el libro ese, ¿no? —Hunter guardó silencio durante unos instantes—. No lo pillo, ¿verdad? ¿Adonde quieres llegar?

El otro detective continuó con la vista fija en la puerta de cristal, pero se inclinó sobre la mesa para aclarar lo que quería decir.

—Utiliza un poco más el pensamiento lateral, amigo mío. Si Kid tiene todos los instintos de los vampiros, tiene que haber sufrido un importante cambio de personalidad que tú no has mencionado.

Hunter meneó la cabeza, confundido.

—¿Cuál?

—El buscar compañía. Kid ha sido siempre un lobo solitario, ¿no es cierto?

—¡Que me jodan! —Por fin Hunter comprendió lo que intentaba decir su capitán.

—¿Piensas que se habrá introducido en alguno de los clanes?

—Sí —contestó De la Cruz volviendo a mirar el monitor y pulsando de nuevo la barra espadadora antes de observar una vez más el momento en que Kid era mordido por Somers—. Seguro que nuestro hombre lleva una temporada viviendo entre nosotros. Por supuesto, la pregunta del millón es qué nombre está empleando. E igual de importante —añadió, agitando el dedo en dirección a su colega—: en qué clan se está ocultando.

—¡Dios mío! —Si a estas alturas aún no ha deducido que tú y yo hemos tomado parte en el asesinato de su hermano, no tardará mucho en descubrirlo. Ya se ha esparcido el rumor por todos los clanes, y joder, hasta Sánchez está enterado, o lo ha adivinado, y eso que no es más que un puto camarero.

De la Cruz asintió con gesto ceñudo.

—Sí, ya lo sé. Pero tengo un plan —anunció al tiempo que abría uno de los cajones de la mesa—. Sacó el teléfono móvil que le habían quitado a Casper después de asesinarlo—. Llévate este teléfono al Abrevadero. Pulsas «rellamada» y te fijas a ver a quién le suena el teléfono. Así descubrirás quién es Kid Bourbon y en qué clan se ha metido. No tienes más que matar a la persona a quien le suene el móvil.

—¿Y si no le suena a nadie?

De la Cruz se reclinó en su sillón, exasperado.

—No sé. Pues no mates a nadie. O mejor todavía, mata a todo el mundo.

Hunter veía que a su jefe se le estaba agotando la paciencia, pero no advirtió el sarcasmo.

—Oye, con esa actitud que tienes, capitán, deberías pensarte la posibilidad de

hacer carrera en la Iglesia.

—Totalmente de acuerdo. En mi opinión, están dejando pasar ideas muy buenas. Ahora coge ese teléfono, hazme el favor, y lárgate de aquí de una vez.

Le lanzó el móvil a Hunter, el cual lo atrapó en el aire y se levantó de su asiento, presto para marcharse.

—¿Me acompañas? —preguntó.

—No. Si me necesitas, no tienes más que llamarme. Pero de momento voy a intentar averiguar qué coño le ha ocurrido a Benson.



Treinta y siete

Tras la visita a la comisaría de policía, Sánchez se fue al extrarradio de la ciudad, a pasar la tarde en un centro comercial. Después de pasar varías horas de agotamiento recorriendo tiendas de ropa y chocando contra otros compradores que insistían en pararse en seco sin razón aparente, por fin consiguió tomar un taxi para regresar a Santa Mondega cuando ya anochecía.

La salida de compras había sido un éxito, más o menos. Había adquirido ropa nueva para Jessica que no estaba nada mal, pues aquella mañana había descubierto que la joven había despertado del coma. Él se despertó al oírla toser muy temprano, y se alegró mucho al encontrarla consciente. Todavía estaba muy débil para abandonar la cama y no hablaba gran cosa, pero con sus fenomenales poderes para curarse sólo era cuestión de tiempo que se levantara y regresara a la vida normal.

Le había comprado toda una selección de prendas de vestir, desde minifaldas y zapatos de tacón de aguja hasta varios chándales y camisas hawaianas. Incluso se había tomado la molestia de pedir que le imprimieran una camiseta especialmente para ella, con el texto siguiente: «ME PEGÓ UN TIRO KID BOURBON Y LO ÚNICO QUE ME DEJÓ FUE ESTA BIRRIA DE COMA.» Luego, como odiaba tanto ir de compras, aprovechó para comprarse ropa para él, con el fin de hacerlo todo junto y ahorrarse el tener que hacer otra excursión al extrarradio aquel año. En su caso se atuvo a lo básico: tres pantalones negros holgados y una selección de camisas de manga corta de diferentes colores. También se compró un tinte para el pelo de color castaño oscuro, especial para hombres; estaba empezando a tener alguna cana que otra (además de una incipiente calvicie en la coronilla). Le pareció una idea excelente devolver su antiguo esplendor a aquella cabellera negra y tupida, sobre todo ahora que Jessica había regresado al mundo de los vivos.

El taxi lo dejó al borde de la ciudad. El taxista, un francés fastidioso que hablaba con un duro acento, se negó a llevarlo al centro porque le daba demasiado miedo. Afirmó que tenía mucha prisa, pero Sánchez sabía que era una mentira descarada. Los taxistas del extrarradio conocían todos los rumores que hablaban de los no muertos que vivían en el centro, y simplemente no tenían cojones para rebasar la línea que marcaba el límite de la ciudad.

Las dos bolsas llenas de ropa con que cargaba le estaban haciendo sudar de lo lindo, a él, que sufría un ligero sobrepeso, y a los quince minutos de caminata sintió

la necesidad de recuperar el resuello. La camiseta blanca que decía «¡QUE TE JODAN!», y que ahora lucía grandes manchas de sudor en la espalda, la pechera y bajo las axilas, se le estaba empezando a pegar al cuerpo. Y el recio pantalón negro le estaba empapando de sudor el culo, hasta el punto de que las nalgas le estaban empezando a hacer ruiditos acuosos a cada paso que daba. Continuó avanzando con esfuerzo por las calles de Santa Mondega bajo el fuerte resplandor del sol poniente, y notó que le iba entrando una sed sofocante.

La suerte quiso que el arduo viaje de regreso a casa de Sánchez lo hiciera pasar por delante del Fawcett Inn. No era un local agradable, y además se había hecho famoso por ser un antro de hombres lobo, pero como vio que no había luna llena, se dijo que no le podía pasar nada por detenerse allí un momento a tomar un refrescante vaso de whisky ilegal.

Apenas había tomado la decisión de entrar en el local cuando sucedió una cosa que le hizo pensárselo mejor. Cuando *ya* estaba cerca, le llegó el estrépito de una tremenda conmoción, y acto seguido comenzó a salir por la puerta una multitud de gente entre empujones y codazos, lo que fuera con tal de alejarse de aquel sitio. «¿Será una amenaza de bomba?», pensó Sánchez.

«Qué va.

»¿Un incendio, quizá?

»No. No se ve humo.

»Entonces, ¿qué diablos puede ser?»

De pronto se le ocurrió otra posibilidad.

«Ay, no es posible.

»¿Es posible?»

Uno de los últimos clientes a la fuga, un gordo mexicano que se llamaba Poncho, vino corriendo hacia Sánchez con los ojos desorbitados. Daba la impresión de haber salido huyendo precisamente cuando se encontraba en el aseo de caballeros, porque se sujetaba el arrugado pantalón con una mano mientras con la otra intentaba abrocharse el cinto. Llevaba colgando los faldones de la camisa blanca y medio desabotonada que vestía, y de la parte posterior del pantalón le asomaba un trozo de papel higiénico que iba arrastrando por el suelo. De pronto exclamó lo que más temía oír Sánchez:

—¡Ha vuelto! ¡ha vuelto el cabrón de kid bourbon!

Poncho chocó pesadamente contra el hombro de Sánchez y siguió corriendo calle adelante. Aquel leve impacto le recordó a Sánchez lo cansado que estaba. Dejo de andar y depositó en el suelo las bolsas. Las piernas se le habían vuelto de gelatina de puro agotamiento (y porque no estaba en forma). Ahora se habían convertido en espagueti, así que era un milagro que todavía lograra sostenerse en pie. Miró hacia la

entrada principal del Fawcett Inn por si veía salir a alguien más. O, ya puestos, por si veía salir alguna bala perdida. Hasta el momento no había oído ningún disparo, cosa que no era normal habiendo regresado Kid.

Sánchez había sobrevivido a dos anteriores encuentros con el asesino más prolífico de Santa Mondega. Y ahora, por alguna razón inexplicable que probablemente un día lo llevaría a entregar un cheque en blanco a un psiquiatra, le pudo la curiosidad. Quiso ver una vez más aquel rostro que con tanta frecuencia se ocultaba bajo una capucha. Dio unos pasos en dirección a la entrada. La enorme puerta de madera estaba abierta hacia el interior del local y se movía un poco por efecto del viento. Atisbando por el hueco vio que dentro estaba demasiado oscuro para distinguir gran cosa, pero así y todo le pareció seguro penetrar un poco más, dado que todavía no había oído disparos ni gritos. Por lo menos desde donde estaba él. De modo que dio otro paso. Y luego otro más.

Entonces oyó algo a su espalda.

Se volvió bruscamente y vio que se trataba de Poncho. El mexicano regordete, que además era un infame ladrón de por allí, había vuelto y había cogido las bolsas que él había dejado en el suelo. Con ellas en las manos, se detuvo un instante, se encogió de hombros mirando a Sánchez como pidiéndole perdón y acto seguido echó a correr llevándose todas las compras que había hecho éste.

«Cabrón.»

Sánchez le dio la espalda a aquel ladrón de mierda. Sin embargo, tuvo que reconocer que al tal Poncho no le faltaba iniciativa; tenía a su alcance la oportunidad de hacerse con unas cuantas prendas de ropa gratis y la aprovechó. Además, Sánchez tenía asuntos más acuciantes de que ocuparse. Con todas las precauciones posibles, dio unos cuantos pasitos más hacia la entrada del Fawcett Inn hasta que estuvo a algo más de tres metros. Y por fin sucedió una cosa.

Un movimiento súbito hizo que le diera un vuelco el corazón y que se le hiciera un nudo en el estómago, como si le hubieran metido una pina por el culo. La puerta del bar se abrió un poco más y apareció un individuo arrastrándose frenéticamente por el suelo a cuatro patas. Era Igor *Colmillo.* Intentaba salir del local gateando por el polvoriento embaldosado como si hubiera perdido el uso de las piernas y contara únicamente con la parte superior del cuerpo para desplazarse. Levantó la vista hacia Sánchez mostrando una cara hinchada y llena de hematomas y un cuello que sangraba a causa de un profundo corte. Durante un instante dio la impresión de querer pedir socorro, pero dicho instante pasó enseguida porque un segundo después alguien arrastró su cuerpo de nuevo al interior del local. Tenía las uñas casi arrancadas de cuajo, de tanto clavarlas en la grava del suelo, en el fallido intento de aferrarse lo más posible al mundo civilizado.

Y de pronto, durante una fracción de segundo, en el campo de visión de Sánchez apareció una figura encapuchada.

Y entonces se cerró la puerta de golpe.

Fue la señal que necesitó Sánchez para poner pies en polvorosa. Sin dudarlo un momento más, salió disparado calle abajo todo lo rápido que le dieron de sí las piernas. El siguiente bar que había en la dirección en que echó a correr se encontraba a casi dos kilómetros. Era el Tapioca, y necesitaba llegar y refugiarse en él antes de que llegara Kid.

Y también advertir a Jessica.



Treinta y ocho

Beth estaba nerviosísima. No le gustaba el pasillo que conducía al despacho de Bertram Cromwell. Era lóbrego y estaba adornado con cuadros muy oscuros en ambas paredes, con siniestros personajes que daban la impresión de fulminarla con la mirada cuando pasaba por su lado. Y tampoco se sintió mejor cuando llegó a la puerta alta y negra que había al final del pasillo. También le resultó lóbrega. Tenía un pomo de color dorado colocado a mano derecha y a la altura de la cintura, y una placa cromada puesta a la altura de los ojos que llevaba el apellido «CROMWELL» grabado en finas letras de oro.

En los diez años que había pasado en la cárcel había aprendido a odiar, respetar y temer a la autoridad, las tres cosas en igual medida. Que la llamasen al despacho de una figura de autoridad, ya fuera el alcaide de la prisión o el director de un museo, siempre había significado algo malo para ella, de manera que estaba más alterada de lo habitual. Después de contar hasta tres para procurar calmarse, dio dos golpecitos en la puerta. Al cabo de un momento oyó que Cromwell respondía «Adelante» desde el otro lado.

Giró el pomo hacia la izquierda y empujó. La puerta no se abrió. Así que giró el pomo hacia la derecha y empujó. La puerta siguió en su sitio. Recordaba haber estado otra vez anterior en el despacho de Cromwell, varios meses atrás, pero no se acordaba de cómo se abría la puerta, ni siquiera si había sido ella quien la había abierto en aquella ocasión. Probó a girar el pomo varias veces a un lado y al otro, incluso tiró en lugar de empujar, y cuanto más tiempo tardaba más nerviosa se iba poniendo. Al cabo de unos veinte segundos que se le hicieron penosamente largos, comenzó a sentirse humillada. Al profesor le iba a quedar bien claro que era una idiota incapaz de abrir la puerta. Con cada segundo que pasaba estaba más cerca de tener que explicarle desde el pasillo lo apurado de su situación.

Al fin, justo cuando ya estaba a punto de romper a sudar de los nervios, se abrió la puerta, cortesía de Bertram Cromwell, que tiró desde el otro lado. Allí estaba, impecablemente vestido como siempre, sonriéndole a ella.

—Lo siento, no he podido… La puerta… no… He girado el pomo, o sea la manilla, pero…

—No se preocupe —contestó Cromwell amablemente—. Hay mucha gente que tiene problemas con esta puerta.

Beth se percató de que el profesor decía aquello únicamente para que se sintiera mejor. Había muchas posibilidades de que nadie hubiera luchado nunca con aquella horrible puerta, seguro que ella era la primera. Qué idiota, y qué manera tan horrorosa de encontrarse con el profesor. Y más horrorosa todavía porque tenía la ligera sospecha de que iban a despedirla. Desde que salió de la cárcel, la habían despedido de todos los trabajos. Adondequiera que iba, por lo menos uno de sus compañeros, si no todos, se quejaba siempre ante la dirección de que no se sentían cómodos trabajando con ella. En este empleo había conseguido durar seis meses, y ello se había debido seguramente a que Cromwell conoció a su padre. O eso le habían dicho.

Trabajaba de limpiadora en el museo desde que Cromwell tuvo la bondad de contratarla, pero en todo aquel tiempo no había conseguido hacer ni un solo amigo. De forma invariable, cada vez que entablaba amistad con un compañero y empezaba a pensar que ambos congeniaban, alguien informaba a dicho compañero de su colorido pasado y enseguida dicha amistad comenzaba a deteriorarse. Con el paso de los años se había acostumbrado a ello, de hecho era uno de los motivos por los que no le molestaba demasiado cambiar tanto de trabajo. No resultaba agradable quedarse mucho tiempo en un sitio sabiendo que todo el mundo la odiaba a una.

Cromwell se sentó detrás de su mesa, en su sillón de cuero negro, y Beth se quedó de pie admirando los estantes de libros que cubrían las paredes de su izquierda y su derecha.

—Por favor, siéntate —le dijo Cromwell indicando uno de los dos sillones ubicados al otro lado de su escritorio de roble del siglo XIX.

Beth sonrió educadamente y tomó asiento en el sillón de la izquierda.

—Supongo que querrá que le devuelva esto —dijo, tironeando del hombro de su vestido azul marino. Era uno de los tres uniformes estándar de limpiadora que usaba desde que empezó a trabajar en el museo.

El profesor esbozó una sonrisa comprensiva.

—Has durado seis meses en el puesto, ¿no es así?

—Más de lo habitual —repuso Beth. Notó que se le estaba formando una lágrima en el ojo derecho. A pesar de que en el museo nadie le dirigía la palabra, aquél había sido uno de los mejores empleos que había tenido, y ya le daba miedo la idea de tener que ponerse a preparar entrevistas para buscar otro trabajo en otra parte.

—Bien, Beth. Tengo entendido que no te relacionas muy bien con el resto del personal. Por lo visto, comes sola todos los días.

—Pues… sí, pero… es que… no tengo amigos. —Le dolió expresarlo en voz alta, y la lágrima del ojo se hizo el doble de grande.

—¿No tienes amigos? Mmm. —Cromwell tamborileó con los dedos en la mesa

durante unos segundos—. Tienes pensado tomarte el resto de la semana libre, ¿no es así?

—Er… sí. ¿Tengo que…? En fin… ¿ya está? ¿Me está diciendo que no vuelva después de estas vacaciones?

Cromwell estiró el brazo hacia el suelo, a la derecha de su sillón, y recogió un bulto. Beth miró a ver de qué se trataba. El profesor depositó el objeto, un paquete envuelto en papel marrón, encima de la mesa, enfrente mismo de ella. Tenía más o menos el tamaño de un cojín y al parecer contenía algo blando.

—¿Qué tienes pensado hacer en estos días libres? —le preguntó Cromwell. Aquel tipo de interrogatorio estaba poniéndola un poco nerviosa. Ya se sentía intranquila en presencia de muchas personas, pero las figuras de autoridad como los profesores la alteraban todavía más.

—¿Perdón?

—En estos días. Has pedido tres días libres. Me gustaría saber qué tienes pensado hacer.

—Ah, pues nada en realidad. Nada interesante, vamos. Buscar otro trabajo, probablemente.

—No hagas nada todavía —le dijo Cromwell, sonriente.

Beth no supo distinguir si el profesor le estaba diciendo que no iba a despedirla o si le estaba gastando una broma. Como no quería parecer insolente, decidió que seguramente era una broma.

—Muy bien. Entonces, ¿cuándo dejo de trabajar aquí?

—Cuando tú quieras, Beth. O cuando le partas a Simmonds en la cabeza un valioso jarrón antiguo.

—Perdone, pero no le sigo.

—No voy a despedirte, Beth. Eres muy trabajadora. Y el día que regreses de tus vacaciones, tú y yo vamos a comer juntos en la cafetería.

Beth, atónita, dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿De verdad? ¿A qué hora? —preguntó.

—A la hora de comer. No lo sé… a la hora que sea. Tú ven a verme cuando decidas ir. Llevo tanto tiempo comiendo solo que no me vendría mal tener un poco de compañía de vez en cuando. Y no creo que nadie más quiera almorzar conmigo, de modo que, a cambio de que no te eche del trabajo, y aunque el tipo ese de la coleta me ha recomendado que así lo hiciera, espero que a partir de ahora me invites a comer una vez por semana. Si a ti te parece bien, naturalmente.

Beth jugueteó nerviosa con su melena castaña. El profesor era todo un caballero y seguramente, pensó, también fue un rompecorazones en sus buenos tiempos. Y

aunque sabía que aquella sugerencia de almorzar juntos era un acto caritativo, fue un gesto tan bondadoso que la lágrima que aguardaba en el ojo derecho terminó rodándole por la mejilla. Se la limpió discretamente, camuflando dicho movimiento con el manoseo del cabello. Se dijo que seguramente el profesor no se había dado cuenta.

—Gracias, profesor Cromwell. Lo haré.

—Estupendo, pero todavía no me has dicho qué tienes pensado hacer en estos tres días libres.

—Ah. Pues nada en realidad. —Beth continuó jugueteando incómoda con varios mechones de pelo que le caían por delante de la oreja.

Cromwell sonrió otra vez, y a continuación empujó hacia ella el paquete envuelto en papel marrón.

—Hoy hace dieciocho años, ¿no? —dijo en tono suave. Beth clavó la mirada en el suelo.

—Sí—contestó con un hilo de voz.

—Halloween, hace dieciocho años. Debió de ser una noche terrible.

—Sí. Sí que lo fue.

—Por eso te he traído este regalo —dijo Cromwell indicando el paquete con la cabeza—. Ábrelo, por favor.

Beth alargó tímidamente la mano, como si esperase que el paquete fuera a huir de ella. Una vez que lo tuvo en las manos, comenzó a quitarle el envoltorio. Lo habían sellado en cada extremo con cinta adhesiva industrial. No era lo que se dice un envoltorio para una chica, pero ella no era quién para quejarse.

Una vez despegada la cinta, rasgó el papel y vio que contenía una sudadera de color azul, blandita pero con pinta de abrigar mucho, con capucha y con una cremallera al frente. La sacó del envoltorio y la sostuvo en alto. En aquel momento cayó otro objeto que rebotó ruidosamente sobre la mesa.

—Oh, disculpe —jadeó Beth, temiendo haber arañado la madera.

—No te preocupes —replicó el profesor, divertido pero deseoso de tranquilizarla. La verdad era que la joven era extraordinariamente modesta.

Beth sonrió con timidez y volvió a sostener en alto la sudadera azul.

—Le agradezco mucho este regalo —dijo, sinceramente encantada.

Sobre la mesa, en el sitio mismo donde había caído del paquete, yacía una cadena de plata de la que pendía una cruz de gran tamaño. Dicho crucifijo también era de plata, pero llevaba engastada en el centro una pequeña piedra de color azul.

—¿Esto también es para mí? —inquirió Beth.

—Sí. Quisiera que esta noche, cuando vayas al embarcadero, llevaras puesta esta sudadera con la cruz.

—¿Cómo? —El desconcierto de Beth se hizo de lo más obvio, y se sonrojó intensamente.

—Todas las noches de Halloween vas al embarcadero, ¿no es verdad?

—Sí, pero cómo ha sabido que…

—Digamos que me gusta informarme un poco sobre las personas a las que contrato. Ya sabes, los detalles personales. Tengo entendido que todas las noches de Halloween vas al embarcadero y te mueres de frío, y eso no puedo consentirlo. Me horroriza pensar que agarres un resfriado que te estropee estos tres días de vacaciones. Y lo de la cruz es porque… bueno, es sólo por si acaso te cruzas con algún espíritu malvado. Tal vez te ayude a espantarlo. La piedra azul del centro en realidad es una ampolla diminuta que contiene agua bendita de la Capilla Sixtina de Roma.

Beth se sentía abrumada de gratitud.

—Se lo agradezco muchísimo, profesor Cromwell. No sé qué decir. Las dos cosas son maravillosas.

—No hace falta que digas nada, Beth. Me alegro mucho de que te gusten. Pero hay una cosa por la que siento curiosidad. ¿Por qué acudes al embarcadero todas las noches de Halloween? Es un lugar muy peligroso. ¿Es porque fue donde te detuvieron, hace dieciocho años?

—Más o menos —contestó Beth al tiempo que se colgaba la cadena alrededor del cuello y se ajustaba la cruz para que quedara centrada—. Había quedado con un chico a la una de la noche, bueno, más bien de la madrugada, y me detuvieron. Yo creo que no llegué a encontrarme con él porque me retrasé, pero una vidente que vivía al lado del embarcadero me dijo que regresaría. De modo que todos los años lo espero en el mismo sitio desde las doce hasta la una. Ya sé que parece una bobada, pero desde que salí de la cárcel se ha convertido en una tradición.

—¿Una vidente, dices? ¿No sería la Dama Mística?

—Sí, Annabel de Frugyn. La asesinaron el año pasado.

—Recuerdo haberlo leído en alguna parte. Sabes, esa mujer era un poco excéntrica, no cabe duda. Predijo toda clase de sucesos extraños. Afirmaba que las marionetas veían, y que iba a tener lugar un terremoto en Santa Mondega el cuatro de marzo de hace unos tres años. En su momento causó gran pánico, y se equivocó, naturalmente. Una mujer extraña. Y también un poco estafadora. Siempre estaba mirando las esquelas de los periódicos.

—Ya lo sé, profesor Cromwell, pero a mí me gusta hacer como que me lo creo todo. Seguramente pensará que soy una tonta, y ya sé que todo el mundo me llama

Beth *la Chiflada*, pero tengo que vivir con esas cosas. Para mí, pasar una hora en el embarcadero todas las noches de Halloween es mejor que la Navidad. Puede que parezca una insensatez, pero es verdad. A pesar de todas las cosas horribles que sucedieron aquella noche de hace dieciocho años, fue la mejor noche de mi vida, y si la gente opina que eso me convierte en una chiflada, pues vale.

Cromwell se levantó del sillón.

—Admiro tu temple, querida —dijo generosamente—. Tómate libre el resto del día. Abrígate con esa sudadera, lleva puesta esa cruz donde se vea bien, que yo rezaré para que esta noche tu novio acuda a buscarte.

—Gracias —dijo Beth al tiempo que se levantaba y recogía la sudadera azul—. Gracias por todo. Le veo dentro de unos días.

—Así lo espero.



Treinta y nueve

Tras el breve coqueteo con el peligro que había provocado la reaparición de Kid Bourbon, Sánchez había salido disparado hacia el Tapioca, a toda pastilla. Entró en tromba por la puerta como un poseso, sudando y jadeando sin resuello. Pero su bar no estaba precisamente como a él más le gustaba. Para su consternación, en una de las mesas situadas justo en el centro del local había un clan de seis hombres lobo y una furcia. Los hombres lobo formaban una panda de desaliñados, al igual que la mayoría de los de su clase. Estaban todos sucios y sin afeitar, y eran bastante más peludos que el cliente medio. Y eso que el cliente medio del Tapioca por lo general era bastante peludo, pero aquellos licántropos llamaron la atención de Sánchez. Aparte de la furcia, eran los únicos clientes que había en el bar, seguramente porque los que había antes se habían largado al verlos entrar a ellos.

Sánchez reconoció primero al líder del clan. Era MC Pedro, aquel inútil que iba de estrella del rap. Un idiota de primera fila (como la mayor parte de los hombres lobo, a decir verdad), felizmente ignorante de la mierda de raps que componía, en lo referente tanto a la música como a la letra. En esta ocasión había venido vestido exactamente como correspondía a un aspirante a rapero, con una camiseta amarilla de los Lakers de tamaño gigante que llevaba estampado el número 42. Tenía a la furcia sentada en las rodillas, lo cual no resultaba muy agradable de ver. La fulana en cuestión iba de lo más estridente con un vestido de color escarlata que dejaba muy poco a la imaginación y con el pelo negro azabache todo alborotado, lo cual sugería que ya había prestado varios servicios en el aseo de caballeros que había al fondo del local. Sánchez se puso pálido al ver aquel perdedor, su puta y sus amigos perdedores como él, todos sentados en su bar.

—¡Eh, me parece que ya os dije que no se os ocurriera volver por aquí! —les chilló con más valentía de la que él mismo esperaba.

—Oye, tío —respondió Pedro levantándose de la mesa, con lo que la furcia se cayó de sus rodillas y acabó en el suelo. Fue hasta Sánchez con un bamboleo arrogante que resultaba especialmente tonto porque la enorme camiseta de baloncesto le colgaba más abajo de las rodillas del pantalón negro y holgado que llevaba y no era lo bastante ancha para dejar sitio a las largas zancadas que intentaba dar su dueño. Cuando estuvo a poco más de medio metro, en un intento de impresionar a sus camaradas e intimidar a Sánchez, se lanzó a cantar uno de sus infames raps—: *¿Passa*

algo contigo, mamón hijo de puta? ¿A qué viene tanta, coña, si todavía no hay luna? Venimos a beber, a ver si te enteras. Somos mucho para ti, nenaza puñetera. Déjanos en paz a mí y a mis amigos. No me calientes más, mira lo que te digo.

A Sánchez no le gustaba el rap ni cuando era del bueno, así que cuando era tan malo como aquél y encima no tenía sentido, le revolvía el estómago. El tal MC Pedro, ¿habría oído música de rap que no fuera la de MC Hammer y Vanilla Ice? Seguro que no.

Cuando, al cabo de unos instantes, aquel imbécil hombre lobo rapero le puso una mano en el hombro de una forma ligeramente intimidatoria, Sánchez podría haberse cabreado de verdad. No tenía tiempo ni paciencia para aguantar aquellas chorradas. Normalmente, la actitud amenazante de Pedro le habría puesto un poquito incómodo, dado que él era un cobardica, pero en esta ocasión no surtió el efecto deseado; Sánchez tenía cosas más importantes que resolver. En aquellos momentos Kid Bourbon se dirigía hacia allí, y lo más probable era que todos aquellos lobitos mariconazos acabaran muertos si el hombre más temido de todo Santa Mondega decidía echar un vistazo allí dentro y soltar un bufido.

—Tengo que subir un minuto al piso de arriba —dijo Sánchez apartando a Pedro y encaminándose hacia la escalera que había al fondo y que conducía a la planta superior—. Para cuando vuelva, quiero que os hayáis largado todos.

—Cómo no —sonrió Pedro—. *Una sola cosa vas a tener que escuchar. Me oirás a mí pidiendo otra ronda más.*

Sánchez estaba horrorizado, y no sólo por el rap, sino por la noticia de que aquellos hombres lobo pensaban pedir otra ronda de bebidas. Por desgracia, no le quedaba tiempo para discutir; tenía que hablar con Jessica antes de que se presentara Kid.

Trabajando detrás de la barra en aquella aciaga noche se encontraba una empleada relativamente nueva que se llamaba Sally. Era una chica muy atractiva, aspirante a ser una «vigilante de la playa», sólo que tenía un poco más de carne encima de los huesos de la que debía tener en realidad una socorrista. En general se ponía escotazos para exhibir el generoso busto que tenía, y aquel día no hizo ninguna excepción: llevaba un escueto y ajustado top de color rojo y escote vertiginoso a juego con un pequeñísimo pantalón corto de cuero negro. Aquel atuendo era similar al que llevó a la entrevista que le hizo Sánchez antes de darle el empleo. No poseía experiencia como camarera y era bastante atontada, pero tenía lo que había que tener para tratar con los clientes, y a éstos les gustaba. Y mucho. Sánchez se detuvo un momento detrás de la barra para susurrarle una serie de instrucciones a toda prisa en el oído derecho a la vez que le miraba el escote. Dichas instrucciones Sally ya se las conocía de sobra, aunque no le gustaba mucho cumplirlas. Sánchez, después de asegurarse de que ella hubiera entendido con precisión lo que tenía que hacer, subió escopetado escaleras arriba, a la habitación en la que descansaba Jessica.

MC Pedro se acercó a la barra con su acostumbrado pavoneo y se apoyó en el mostrador de madera para invadir todo el espacio personal de Sally que le fuera posible. Y también para otearle las tetas, o todo lo que se pudiera ver de ellas.

—Siete whiskies. Ya —rugió.

—Claro.

Sally le respondió con una sonrisa desganada. Había dos cosas que no le gustaban del trabajo que hacía en el Tapioca. La primera era tener que servir a cabrones peligrosos como MC Pedro. La segunda era tener que servirles siempre meados en lugar de lo que pedían, porque Sánchez insistía en que así lo hiciera. De manera que, tras exhalar un profundo suspiro y experimentando un fuerte rechazo, cogió la botella especial que guardaba bajo la barra y sirvió siete vasos.

Tenía encima del mostrador una trillada bandeja de cobre sobre la que fue colocando los vasos uno por uno, con mano un poco temblorosa, pues temía lo que pudiera ocurrir cuando los hombres lobo hubieran probado aquella bebida.

—Son veintiocho dólares, por favor —le dijo a Pedro con una sonrisa nerviosa.

—*Serás puta. ¡En este bar le roban a uno más que el fisco! ¡O me cambias el precio o te arreo un mordisco!* —rapeó Pedro, todavía más fuerte y con más rabia que de costumbre. Aunque no había indicios de que aquella noche fuera a haber luna llena, la furia que lo invadía estaba empezando a provocar su transformación en hombre lobo. Era algo que normalmente no habría sido posible, pero Pedro había bebido sangre del Grial. Desde entonces podía transformarse a voluntad, o simplemente de manera instintiva. Por suerte, no fue una metamorfosis completa. La cosa quedó en unos cuantos brotes de pelo alrededor de la cara y en un leve agrandamiento de los bíceps que le causó un suave hormigueo en los brazos. La nueva fuerza que tenía ahora resultaba difícil de controlar cuando experimentaba siquiera un mínimo enfado.

—¿Sabes una cosa? —repuso Sally con inquietud—. Esta ronda corre por cuenta de la casa. Pero no se lo digas a Sánchez, ¿vale?

La bestia que Pedro llevaba dentro se calmó un poco y su apariencia física recuperó un estado más normal. En aquel momento entró otro hombre por la puerta del local y se juntó con él en la barra. Pedro lo reconoció de inmediato.

—Qué hay, tío, cómo va eso —saludó.

—Bien —fue la lacónica respuesta del recién llegado. Vestía un gabán largo y de color oscuro, provisto de una capucha de gran tamaño que le colgaba alrededor de los hombros.

—Eh, camarera —exclamó Pedro—. Ponle otro whisky aquí a mi colega. Y apúntalo en mi cuenta.

—Claro. —Sally cogió una vez más la botella de orina, pero el recién llegado la

frenó en seco.

—Quiero que me lo sirvas de esa botella que tienes ahí

—dijo señalando una botella de bourbon que estaba acumulando polvo en la parte trasera de la barra—. Con hielo.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el whisky de aquí, chico?

—preguntó Pedro con aire suspicaz.

—Eso es orina.

—*Puede que sepa como si fuera meado, pero no significa… ¡no puedes tocarlo!*—rapeó Pedro.

—Es orina.

Desde la parte de atrás de la barra, Sally, mientras vertía bourbon sobre un par de cubitos de hielo, captó un cierto tono áspero en la voz del recién llegado. Nunca había visto a aquel individuo en el Tapioca, y ya estaba empezando a tener la sensación de no querer volver a verlo nunca más.

La verdad era que Pedro aún no había pillado a qué se refería su compañero cuando hizo hincapié en lo de «es orina», de modo que cogió la bandeja con los vasos llenos, la llevó hasta la mesa de los hombres lobo y la depositó sobre la misma. La furcia se quedó sin sitio donde sentarse, porque Pedro quiso recuperar su silla, de modo que se levantó y propuso un brindis.

—¡Por Pedro, el nuevo jefe! —exclamó.

—¡Por Pedro! —entonaron los demás al unísono. Hubo un coro de vasos que entrechocaban en honor del líder. Todos estaban de un humor excelente y la bebida era gratis. ¿Qué más podía pedir un hombre lobo o una puta?

Sin embargo, todo aquel optimismo no tardó en quedar aplastado por el ruido que hizo Sánchez al bajar a toda prisa por la escalera. Al llegar al nivel del bar, agarró a Sally por el brazo con el que ésta estaba poniendo un vaso encima de la barra.

—Oye, ¿has visto por alguna parte a la chica que estaba arriba? —le preguntó en tono urgente, tirándole con fuerza del brazo.

—No, ¿por qué? ¿No está arriba? —inquirió Sally.

—No, no está. Dios, ha desaparecido. ¿Cómo es posible que te hayas despistado? Ha tenido que pasar por aquí. ¡Joder!

Sánchez fue incapaz de disimular la rabia. Estaba furioso con la camarera. Había sido bien advertida de lo valiosa que era Jessica. La hermosa mujer que descansaba en el piso de arriba no era un secreto que Sánchez compartiera con muchas personas. Por desgracia, Sally había subido una vez a la planta superior y había visto a Jessica durmiendo, así que Sánchez se vio obligado a revelar un poco de información acerca de la mujer de la que llevaba enamorado en secreto todos aquellos años. Y también

impartió una única instrucción: que jamás permitiera que nadie subiera allí arriba y jamás permitiera que Jessica saliera sin que él estuviera informado.

Pero antes de que le desgarrase el brazo a su desventurada empleada, oyó una voz que le encogió el estómago de golpe y le heló la sangre en las venas.

—Eh, camarera. Llena el vaso.

Se volvió hacia el hombre que estaba sentado a la barra. No se cagó encima como cuando era pequeño, pero estuvo muy cerca de perder el control del esfínter al ver a Kid Bourbon sentado en su bar con un vaso de líquido dorado delante. «No me conviene nada esta mierda», pensó aterrorizado.

Antes de que Sánchez pudiera decir algo o siquiera extender un brazo para agarrar la botella de bourbon y retirarla de la barra, le cayó en la cara el meado caliente que había en un vaso. Se le metió en los ojos, en la boca, en las fosas nasales y en los oídos, y después comenzó a gotearle sobre el rótulo de «¡QUE TE JODAN!» de su hermosa camiseta.

No era la primera vez que resultaba empapado en su propio brebaje, y probablemente no sería la última. El karma tenía la costumbre de cebarse con él en ocasiones como ésta. Cuando la conmoción fue disipándose, dedicó unos momentos a limpiarse los ojos para intentar librarse del escozor que *ya* estaba empezando a hacerle llorar. De pie ante la barra estaba un hombre lobo aspirante a rapero pero que muy enfadado, con el semblante distorsionado por una mueca rabiosa.

—¡Eres un puto saco de escoria, Sánchez! —le estaba gritando Pedro—. ¡No es la primera vez que esta zorra nos gasta la bromita de servirnos orina!

Los otros cinco licántropos y la furcia seguían en su mesa, echando humo. Cada uno de ellos había bebido un sorbo de la orina que tenían en su vaso, y todos se las habían arreglado como pudieron para escupir parte de aquel apestoso líquido al que tenían enfrente. Todos estaban intentando limpiarse la cara con la mano, al tiempo que gargajeaban y carraspeaban para quitarse aquel sabor de la boca.

Sally se echó atrás para quedar fuera del alcance del furioso hombre lobo. A todas luces, se sentía más segura llenando de bourbon el vaso del otro que haciendo frente a Pedro. Por un instante, Sánchez, aturdido, no supo adonde mirar ni qué decir. Entonces, obedeciendo un impulso, exclamó lo primero que le vino a la cabeza:

—¡Ése es Kid Bourbon! —chilló señalando al recién llegado.

Pedro se volvió bruscamente y miró a Kid, que estaba sentado a la barra y todavía no se había bajado la capucha.

—No digas gilipolleces, Sánchez, yo conozco a este tío, se llama…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Kid saltó de su banqueta y aferró al rapero por la nuca, asiéndolo del cabello. Y a continuación le estampó la cara contra el mostrador.

¡CRAC! El ruido que hizo la nariz de Pedro al partirse resonó por todo el local. Kid levantó la cabeza de su víctima. Ya estaba toda ensangrentada, y la nariz ya no estaba situada en el centro de la cara.

¡GRRRHH! Un sonido nuevo, el de Pedro transformándose de manera instintiva en un hombre lobo. Listo para pelear.

¡PAM! La cara, que se estrelló otra vez contra el mostrador.

Y otra vez.

Y otra.

Aquel hombre lobo se había regodeado en la carnicería perpetrada con Casper, un inocente cuyo hermano no estaba presente para salvarlo. Había que obligarlo a que pagara por ello. Aquel pedazo de mierda no se merecía una muerte rápida. Siete veces seguidas fue estampada la cara del hombre lobo contra el mostrador de la barra y levantada de nuevo. Cada vez que se levantaba estaba más destrozada que la vez anterior. Al llegar a la séptima emitió un fuerte crujido, y de pronto salieron volando por los aires un montón de colmillos hechos papilla que fueron a caer sobre el mostrador.

Kid Bourbon levantó por última vez la machacada cara del licántropo y lo obligó a retroceder unos centímetros, tirando nuevamente del pelo de la nuca. El hombre lobo se sostenía inseguro, profundamente desorientado por la salvaje velocidad de aquel ataque, que lo había pillado completamente por sorpresa. Mientras hacía un esfuerzo por recuperar la orientación, su agresor transformó la mano que le quedaba libre en un puño semicerrado y acto seguido, en un único movimiento de violencia inimaginable, clavó los dedos, convertidos en afiladas garras, en el blando cuello del hombre lobo. Aquellas garras perforaron la piel y la carne con horrible facilidad. Siguió un ruido desagradable, semejante a un chapoteo. La mano de Kid se retorció e hizo fuerza en la garganta de Pedro por espacio de unos segundos y después se retiró de golpe, dejando un tremendo socavón ensangrentado en donde antes estaba la parte frontal del cuello. Lo que Kid tenía en la mano era una masa palpitante de carne ensangrentada que antes había sido la nuez de la garganta del hombre lobo.

Durante unos segundos sostuvo aquella masa ensangrentada frente al rostro de Pedro, para que los ojos del agonizante la mirasen fijamente antes de empezar a ponerse en blanco. Una vez que comprobó que las pupilas de Pedro habían desaparecido en el interior del cráneo, soltó de la mano aquel cuerpo moribundo y dejó que se desmoronase en el suelo. A continuación, con gesto indiferente, arrojó la nuez convertida en un amasijo de sangre por encima de la barra. El proyectil acertó a Sánchez en la cara antes de resbalar hasta el suelo.

Los otros cinco hombres lobo y la puta que estaban sentados a la mesa del centro del local permanecieron sumamente quietos durante toda la agresión, paralizados por el pánico que se había apoderado de ellos. Todos habían abrigado la esperanza

de que Pedro hubiera presentado batalla y hubiera triunfado. Ahora, con sólo mirar a los ojos de Kid Bourbon cuando éste se volvió lentamente hacia ellos, se convencieron de cuál era la situación. Ninguno quiso quedarse allí tal cual, de modo que enseguida entraron en acción, se levantaron de la silla y echaron a correr en dirección a la puerta. Tan sólo permaneció sentada la furcia, con la esperanza de que a ella no le pasara nada.

Pero los licántropos no fueron lo bastante rápidos. Kid extrajo de su gabán un cuchillo con mango de madera y provisto de una reluciente hoja de veinticinco centímetros, lo levantó por encima del hombro y lo arrojó hacia la puerta, que estaba entreabierta. La hoja traspasó sin esfuerzo la plancha de madera y asomó por el otro lado de la misma. El impacto fue tan potente que la puerta giró sobre sus goznes y se cerró bruscamente, con lo que la punta del cuchillo se empotró en el marco y de ese modo la salida quedó bloqueada y todo el mundo quedó atrapado en el interior del local. «Ese cuchillo va a bailar un rato», pensó Sánchez, cuyo pensamiento se recreaba en naderías en el momento de mayor peligro.

Todos los hombres lobo se quedaron parados en seco. Se volvieron de cara a la barra y observaron horrorizados y boquiabiertos que Kid estaba volviendo a cubrirse la cabeza con la capucha. A continuación extrajo del gabán una de las pistolas automáticas Skorpion que constituían su marca de fábrica, apuntó con ella al cuerpo sin vida que formaba un guiñapo ensangrentado a sus pies y atravesó la cara de Pedro con una bala de plata. El disparo provocó una lluvia de sangre y fragmentos sólidos que salpicaron por todas partes y se pegaron a las paredes con un ruido acuoso. Seguidamente, Kid volvió la vista hacia su público y lo fulminó una vez más con la mirada. Lo único que se alcanzaba a ver bajo la sombra de la capucha era el blanco de los ojos.

Temiendo por sus vidas de no muertos, los licántropos empezaron a retroceder. Su atormentador alzó la otra mano para indicar que no debían moverse.

—Camarero —rugió con su voz áspera e inconfundible, sin mirar siquiera a Sánchez.

—¿Sí?

—Llénname el vaso mientras yo te cambio la decoración del bar.

Cuarenta

Robert Swann quería terminar de una vez su misión, y también quería echarle la zarpa a Kacy. Había dos cosas que podían dejar cerrado aquel caso. La primera era que Dante lograra encontrar e identificar al monje llamado Peto. Pero, en su opinión, aquello no tenía pinta de que fuera a suceder lo que se dice pronto, porque Dante era más bien un perdedor. La segunda cosa que podría poner fin al caso era que los vampiros descubriesen que Dante era un impostor y acabasen con él. Aquella noche iba a ocurrir una de la dos cosas, Swann estaba convencido de ello. Mientras retiraba la jeringa del brazo de Dante tras administrarle la inyección de suero enfriador que le ponía todas las tardes, miró detenidamente a Kacy. Esta contemplaba al imbécil de su novio igual que una adolescente enamorada. Swann anhelaba que llegara el día en que una mujer lo mirase a él de aquel modo. Sobre todo una que estuviera tan buena como Kacy. Se había puesto el pantalón más elegante que tenía, uno holgado y de color gris, y una camisa negra limpia, porque se acordó de cómo se ablandó con él Kacy la noche anterior, al verlo vestido de traje.

—Que tengas buena noche, colega —le dijo a Dante al tiempo que se llevaba la jeringa al cuarto de baño para limpiarla y esterilizarla.

Dante ignoró a Swann y se estiró la manga de la sudadera negra. Estaba sentado junto a Kacy en la cama de matrimonio de la habitación, ambos acompañados por Roxanne Valdez. Ésta le había contado todo lo sucedido la noche anterior, cuando Kacy y Swann se emborracharon juntos cenando. Dante no se lo había tomado muy bien, de modo que Kacy no quiso irritarlo más poniéndose algo sexy que hiciera que a Swann se le salieran los ojos de la cara. Se vistió simplemente con unos vaqueros y una sudadera blanca. Dante le tiró de la manga para atraerla hacia sí y darle un beso en los labios.

—Esta noche va a terminar todo, nena, lo noto —dijo con seguridad en sí mismo —. Estoy empezando a acostumbrarme a la sensación que me produce este suero, y ahora que ya me he integrado entre esos vampiros podré empezar a hacerles unas cuantas preguntas más. Esta noche me da buena espina.

Kacy se arrodilló en la cama y besó a Dante en la frente.

—Te esperaré despierta. Sé bueno.

—Te quiero, Kacy.

—Yo también.

Valdez se aproximó a ellos.

—Vamos, Dante —apremió—. Ningún momento es mejor que éste. Cuanto antes te pongas en marcha, antes encontrarás al monje. Estamos en Halloween, y todo el mundo andará por ahí borracho y de juerga. Así que existen muchas posibilidades de que el monje establezca contacto contigo si se pone igual de ciego que los demás.

Dante besó a Kacy en los labios y se levantó de la cama. Roxanne le pasó el chaleco de cuero negro y sin mangas que lo identificaba como miembro de las Sombras; él lo atrapó en el aire y se lo echó al hombro al tiempo que salía de la habitación. Cuando llegó a la puerta de salida, la abrió y miró una vez más a Kacy. Ésta permanecía sentada de rodillas en la cama, mirándolo con ojos amorosos, así que le guiñó un ojo con intención sexy y salió al pasillo.

Justo cuando Dante cerraba la puerta, salía Swann del cuarto de baño con la jeringa esterilizada en la mano.

—¿Ya se ha ido? —preguntó con una amplia sonrisa. Kacy afirmó con la cabeza desde el dormitorio al tiempo que se le entristecía la expresión al imaginar a Dante moviéndose una vez más en el peligroso mundo de los vampiros. Y se habría entristecido aún más de haber sabido por qué estaba Swann tan contento. Cuando le puso a Dante la inyección de suero, lo que había realmente dentro de la jeringa, en lugar de un líquido que enfriara la sangre, era agua.

Swann quería quitar a Dante de en medio, y al inyectarle únicamente agua se cercioraba de que los vampiros se dieran cuenta por fin de que en realidad era un impostor.

Cuarenta y uno

El detective Randy Benson hizo un alto en el Ole Au Lait para meterse un chute rápido de cafeína. Iba de camino a su cita secreta, fijada para dentro de una hora. Era una cita importante, pero aún era un poco temprano. No quiso quedarse matando el tiempo en la comisaría de policía, porque había descubierto una cosa que no deseaba que supieran De la Cruz ni Hunter, y era muy consciente de que aquel edificio era el emplazamiento ideal para un intento de asesinato por parte de Kid Bourbon, de manera que le pareció perfecto tomarse tranquilamente un café a solas en el siempre apacible ambiente del Ole Au Eait. O por lo menos, debería haber sido apacible.

Copito tuvo la amabilidad de llevarle el café a la mesa, junto con una selección de donuts en una bandeja plateada. El escogió un par de ellos, y la guapa joven que trabajaba de camarera se los puso en un plato de porcelana blanca colocado al lado del café, en la mesa redonda y de madera a la que había tomado asiento.

Cuando la camarera regresó a la barra, Benson dedicó unos instantes a admirar su forma de menear aquel culito pequeño y respingón debajo de la minifalda negra. La verdad es que era un milagro que todavía no se la hubiera cepillado alguno de los vampiros del lugar. Tal vez, si las cosas le salían bien aquella noche, volviera a dejarse caer por allí para propinarle un mordisquito a la chica. Pero de momento iba a tener que conformarse con el pegajoso aro de chocolate o con el azúcar de los donuts que le había dejado en la mesa.

Justo cuando estaba a punto de morder el donut cubierto de chocolate, la noche dio un giro inesperado. Un individuo trajeado en el que no se había fijado pero que lucía una tremenda corpulencia, y que estaba sentado a la barra, se levantó y se acercó hasta su mesa. Tenía el cráneo rapado al cero y llevaba gafas de sol oscuras. Vestía un traje gris plateado de aspecto caro. A medida que fue aproximándose a Benson se fue haciendo más obvio el tamaño real que tenía; a cada paso que daba parecía más grande, hasta que por fin se plantó delante del detective con su bastante más de metro ochenta de estatura y como metro y medio de ancho.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Benson.

En la mesa de Benson no había más sillas, de modo que, sin mirar, el otro alargó la mano izquierda y cogió una de la mesa de al lado. El hecho de que en ella estuviera sentado un joven no le importó lo más mínimo. El joven en cuestión, un estudiante de rostro rubicundo y pelo largo que estaba charlando animadamente con su novia,

cayó despatarrado en el suelo al faltarle el asiento.

—¿Pero qué coño…? —exclamó, sobresaltando a varios clientes del café. Estaba todo tenso y preparado para una confrontación, pero con sólo mirar una vez el gesto del hombre que le había quitado la silla optó sensatamente por buscarse otra que estuviera libre. Benson había observado sin alterarse lo que acababa de hacer el gigante, y siguió observando cuando éste tomó asiento frente a él.

—Verá, hay gente a la que no le gusta que le hagan eso —indicó a su visitante.

—Todos tenemos cosas que no nos gustan —replicó el otro sin apenas mover sus labios finos e incoloros.

—Muy cierto. Verá, una cosa que no me gusta a mí es que se sienten desconocidos a mi mesa cuando me estoy tomando un café. ¿Por qué no se busca otro sitio?

—Porque quiero sentarme aquí.

Benson no se dejó amilanar por la corpulencia de su interlocutor. Daba igual el tamaño que tuviera. Él, un no muerto, últimamente era más que capaz de lidiar con quien fuese. Se inclinó un poco sobre la mesa y dio un bocado a su donut de chocolate.

—Un donut… —Fue uno de esos comentarios que podrían interpretarse como una afirmación o como una pregunta. El gigante se lo tomó como una pregunta.

—No, gracias. Es malo para las arterias, no sé si lo sabes. Venga, deja de comer esa mierda. Como le pegues otro mordisco mientras yo te estoy hablando, te hago un culo nuevo.

Benson percibió en el tono del otro que lo decía plenamente convencido. Aunque no resultaba estrictamente necesario actuar con cautela, decidió recurrir a ella de todos modos, más por curiosidad que por otra cosa. Así que dejó el donut en el plato de porcelana.

—Muy bien, tío grande. ¿Quién coño es usted? El otro se inclinó sobre la mesa hasta que las caras de ambos quedaron a escasos centímetros la una de la otra.

—Soy tu superior.

Benson no se impresionó lo más mínimo.

—Verá, yo dependo directamente del jefe de la policía de…esta ciudad. Y puedo asegurarle que él tampoco es mi superior. Es solamente una fachada. El que manda en Santa Mondega soy yo, así que por muy superior mío que se crea usted, yo estoy todavía un poquito más por encima. ¿Lo pilla?

El gigante se reclinó en la silla y sonrió. Con seguridad en sí mismo. Aquel gesto no preocupó a Benson, pero sí lo desconcertó. ¿Quién coño sería aquel tipo?

—Tú pretendes ocupar el puesto de Archie Somers, o Armand Xavier, o como coño se llamase, ¿verdad? —dijo el gigante.

—Ya he ocupado el puesto de Archie Somers, gracias. No necesito que usted me preste ninguna ayuda para eso.

—Somers y yo éramos amigos, ¿sabes?, cuando se llamaba Armand Xavier.

—Bien, pues lo felicito.

—Pero luego me traicionó. Yo no le di permiso para que se casara con mi hija, de modo que él y su compañero de fechorías, Ishamel Taos, me tendieron una trampa. Un asunto bastante desagradable. Me encerraron en una tumba, en estado momificado, durante una larga temporada. Estoy hablando de varios siglos.

A Benson se le encogió el estómago.

—¿Cómo ha dicho?

—Ya me has oído. —El gigante se quitó las gafas de sol y dejó ver la prueba definitiva e incontrovertible. En el espacio que debía ocupar el ojo derecho, tenía una piedra translúcida de un color verde intenso—. El jefe soy yo. Llámame Señor Oscuro, si quieres. Podrías probar a llamarme Momia, pero no te lo aconsejo. Hay quien me llama señor E, pero es un nombre que está empezando a resultar demasiado repetitivo. Ahora bien, si quieres borrarte de la cara esa sonrisa alelada que tienes, puedes llamarme Ramsés Gaius. Así es como me llaman mis amigos. Y da la casualidad de que tú, joven, eres amigo mío.

—¿Gaius? ¿Cómo es eso?

—No te preocupes. Te he estado observando, Benson. A ti y a tus dos amigos, De la Cruz y Hunter. Menuda panda de idiotas formáis los tres. Contratando a hombres lobo para que os hagan el trabajo sucio. ¿Es que no tenéis respeto por vosotros mismos?

—Pues…

—Calla. Estoy hablando yo.

—Perdón.

—Haces bien en pedirme perdón. Tú y tus secuaces habéis interferido en mis asuntos. Os habéis puesto a buscar a Kid Bourbon sin contar con mi bendición.

—No me di cuenta de que tuviéramos que…

—Silencio.

Gaius hablaba en tono suave pero firme, y Benson percibió que sería una grave insensatez interrumpirlo de nuevo.

—Yo ya tenía un plan en marcha para encontrar a Kid Bourbon, y no incluía irritarlo como lo habéis irritado vosotros. Ahora vais a tener que subsanar el error que habéis cometido. Yo podría haberlo liquidado mientras durmiera, pero ahora tú y tus amigos lo habéis vuelto todo un poquito más complicado. De modo que vais a tener que compensarme.

Benson aguardó el tiempo suficiente para estar seguro de que le tocaba hablar a él.

—Adelante. ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Lo único que necesito de ti es el nombre de Kid Bourbon y el Santo Grial.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Pues es fácil. Puedo proporcionarle el nombre ahora mismo.

—¿En serio? —Gaius dejó ver lo mucho que lo sorprendía que Benson tuviera dicha información a mano.

—Sí. Se hace llamar Juan Desconocido.

—¿Cómo?

—Juan Desconocido. Según un trabajo de investigación que realizó una mujer llamada Stephanie Rogers, que estaba en el caso, su madre no le puso nombre. No quería que le ocurriera nada malo cuando era pequeño, de modo que, para que no figurase en ningún registro, no lo inscribió al nacer.

—¿Y cómo ha podido vivir sin tener nombre?

—Mierda, yo qué sé. A lo mejor su madre le llamaba Juan Desconocido cuando estaba en casa. ¿Cómo coño voy a saberlo yo?

Ramsés Gaius reflexionó unos instantes antes de volver a hablar.

—Fascinante. Bien hecho, Benson. Ahora, lo único que tengo que hacer es lo que me hicieron a mí Xavier y el padre de Kid.

—¿Y qué es?

—No es de tu incumbencia.

—Vale.

—Bueno, hasta ahora has enmendado moderadamente bien el error cometido. Ya tienes hecha la mitad del trabajo. Ahora, lo único que te queda por hacer es conseguirme el Santo Grial. No se te ocurra engañarme, sé que lo tienes. Cuando me lo hayas entregado, te convertiré en mi Sumo Sacerdote.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente?

—¿Es que no sabes en qué consiste servirme como Sumo Sacerdote?

—¿En tener que sacarle brillo al ojo una vez por semana?

En aquel momento se aproximó desde la zona del mostrador una figura en la que Benson no había reparado anteriormente. Era mucho más pequeña que Gaius, pero tenía un físico magnífico. Era la mujer que deseaban todos los vampiros por encima de las demás: Jessica, el Ángel de la Muerte. Iba vestida con su tradicional atuendo negro de los pies a la cabeza: pantalón de cuero muy ajustado y una fina blusa de

seda abotonada aproximadamente hasta la mitad.

Cuando llegó a la mesa, se quedó de pie a la derecha de Gaius y se inclinó hacia delante hasta situar el rostro a escasos centímetros del de Benson y el escote prácticamente debajo de su barbilla. Un rostro verdaderamente precioso. Piel suave como la seda, unos ojos enormes de color castaño y una melena negra y brillante que le caía hasta el hombro y que enmarcaba a la perfección un óvalo blanco como la nata.

—Podría ser toda tuya, cielo —le susurró con una voz que sin duda alguna era la más sexy que Benson había oído en toda su vida—. Piénsalo. Tú y yo, una cama con cuatro columnas, un poco de nata montada y unas esposas. ¿Qué te parece, eh? Sé que ya me deseaste en una ocasión, pero ahora te estoy ofreciendo la posibilidad de tenerme estando consciente.

¡Joder, joder! El Ángel de la Muerte era una diosa a la que codiciaban de manera instintiva todos los vampiros, aunque sólo resultaba accesible para los más poderosos. Benson notó que ya se le estaba tensando la tela del pantalón. Tenía aquello al alcance de la mano, y lo único que tenía que hacer era ir a buscar el Santo Grial. Un juego de niños.

—Y bien, ¿te apetece? —preguntó Jessica.

—Joder, claro. Me apetece mucho —contestó Benson con entusiasmo.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? Benson se bebió el café que le quedaba, aún caliente, de un solo trago.

—Voy ahora mismo —dijo al tiempo que se ponía de pie y, al darse la vuelta para esquivar a Jessica, tiraba de la mesa el plato de porcelana con el inesperado bulto que se le había formado en los pantalones. Ella le dirigió una mirada admirativa.

—No tardes —ronroneó.

Benson, ligeramente aturdido y enormemente excitado, salió del café como una exhalación. Sabía que para hacerse con el Santo Grial era posible que tuviera que cazar a Kid Bourbon. Era sin duda un adversario difícil, pero él contaba con una pequeña ventaja, un arma secreta que había preferido no compartir con sus colegas Hunter y De la Cruz, y tampoco con sus nuevos amigos Ramsés Gaius y Jessica. Lo único que tenía que hacer era ir a por ella, y entonces,' todo el poder que ansiaba y la mujer que deseaba serían suyos al momento.

De hecho, era posible que incluso se volviera más poderoso que Gaius.

Cuarenta y dos

Dante llegó al Abrevadero justo a tiempo. Al acercarse a la puerta de entrada, vio que el fornido portero, tío Les, estaba preparándose para cerrar y no dejar entrar ya a nadie.

—Eh, tú, el nuevo —exclamó el gorila al ver que Dante venía andando por la calle desierta en dirección a su local—. Si quieres entrar, más te vale mover el culo. Hoy cerramos temprano.

Dante se quitó las gafas de sol envolventes y echó a correr al trote para demostrar al portero que estaba moviendo el culo, tal como éste le había dicho.

—¿Qué pasa, tío? ¿Hay una fiesta privada o algo así?

—No. Se avecinan problemas. Por lo visto, ha vuelto a la ciudad Kid Bourbon. Si es verdad lo que dicen, viene buscando camorra.

Dante llegó a la entrada y penetró en el bar. A continuación, tío Les echó el cerrojo por dentro.

—Gracias, tío. ¿Así que esta noche puede que se cierre temprano? —preguntó Dante, esperanzado.

—O que se convierta en una encerrona. Literalmente hablando —replicó el gorila.

Tras echar un vistazo a la zona de la barra, Dante advirtió que aquella noche el local estaba de lo más animado, abarrotado de vampiros. Al parecer, todos estaban enterados de la mala noticia de que había vuelto Kid Bourbon y habían decidido congregarse en un solo sitio. «La unión hace la fuerza», supuso. O eso, o es que adoraban Halloween.

En un rincón del bar distinguió dos de los familiares chalecos de las Sombras. Los vampiros que los vestían eran Fritz y Obediencia, lo cual fue un alivio porque eran los dos con los que resultaba más fácil llevarse, simplemente porque eran los que hablaban más, aunque uno de ellos fuera un tanto gritón. Se encaminó hacia donde estaban ellos oyendo la melodía que tocaban Las Psíquicas a su izquierda, en el escenario. Estaban interpretando bastante decentemente el tema «Perdedor», de Beck.

Mientras se abría paso por entre la multitud hacia aquellos colegas no muertos cuyo respeto se había ganado en las dos noches anteriores, no pudo evitar darse

cuenta de que estaba atrayendo varias miradas de extrañeza. Iba tarareando el estribillo de la canción que cantaban Las Psíquicas —«Soy un perdedor, así que ¿por qué no me matas?»— y atribuyó dichas miradas al hecho de que aquellos vampiros estaban admirados de lo chulo que le quedaba el chaleco nuevo. Daba gusto sentirse aceptado por los demás.

Después de pelearse con el gentío, llegó por fin a donde estaban Fritz y Obediencia, que se encontraban de espaldas a él, y tiró a Fritz del chaleco.

—Qué hay, tíos, ¿a alguien le apetece otra copa? —preguntó.

Fritz se dio la vuelta y le sonrió. Obediencia hizo lo mismo, pero enseguida las sonrisas de ambos se transformaron en miradas ceñudas. Las gafas de sol no dejaron ver la expresión de desconcierto que tenían en los ojos.

—¿QUÉ COÑO ES ESO? —chilló Fritz con gesto pensativo, mirando fijamente a Dante.

—¿El qué? —respondió Dante, confuso—. ¿Tengo la palabra «gilipollas» escrita en la frente o algo así?

El mismo se río de su chiste y dio un empujón de broma a Obediencia, que estaba justo detrás del alemán. Pero no se río ninguno de los dos. En lugar de eso, Obediencia dio un paso al frente, extendió la mano y cogió a Dante de la cara para estrujarle las mejillas. *Y tomarle la temperatura.*

—Fritz, ¿estás pensando lo que yo estoy pensando? —le preguntó a su colega en tono glacial.

—¡pues clarro! ¡yo también estoy pensando lo que estoy pensando!

Dante captó un toque de hostilidad en Obediencia y lo achacó a que el chiste había sido muy malo.

—Oye, tío, perdona, ha sido una broma.

Obediencia le soltó la cara, pero al momento lo aferró del brazo izquierdo y lo atrajo hacia sí. Luego, sin miramientos, le subió la manga de la camisa y le examinó el brazo de arriba abajo. Después se lo retorció un poco, provocándole una mueca de dolor, e hizo una seña a Fritz para que echara un vistazo.

—Fritz, aquí nuestro colega se ha estado pinchando algo en el brazo. Fíjate, tiene marcas de pinchazos en las venas.

Fritz observó detenidamente el brazo de Dante y vio varias marcas en el punto en que Swann había inyectado el suero cada noche. Dante se percató de que estaba de mierda hasta el cuello y de que se imponía pensar rápidamente en algo.

—Joder, tío, no es nada malo —farfulló—. No es más que caballo.

Obediencia soltó una risita de burla.

—Yo más bien diría que te has estado metiendo algo de forma regular. Estas

marcas son muy recientes. Y no creo que te hayas pinchado tanta heroína en estos días de atrás. Tiene que ser otra cosa.

—Que no, que es heroína —protestó Dante—. Es que es muy adictiva, ¿sabes?

—Y también el suero que les inyectan a los agentes secretos que pretenden colarse entre los vampiros —rugió Obediencia, empezando a enseñar los colmillos. Tanto él como Fritz se dieron cuenta de que los habían engañado. Dante era un impostor desde el principio. Obediencia, de modo particular, estaba que echaba humo por aquella traición. Por culpa de Dante llevaba un ridículo tatuaje de color verde en la frente, y obviamente lo cabreó mucho el hecho de descubrir que su nuevo camarada en realidad no era uno de ellos.

Por fin Fritz expresó en voz alta lo que ya era evidente y dejó que Dante (y de paso todo el público presente en el Abrevadero) se enterase de que el juego había tocado a su fin.

—¡NO ES UN PUTO VAMPIRRO! ¡ES UN AGENTE SECRETO! ¡SCHWEINHUND! —ladró el alemán con más furia que nunca.

Obediencia apretó un poco más fuerte el brazo de Dante. No estaba dispuesto a aflojar la mano y permitir que se le escapase aquel topo que había actuado de incógnito.

—Puede que no sea uno de nosotros —gruñó—, pero nos va a servir muy bien de cena.

Cuarenta y tres

Cuando Hunter llegó al Abrevadero se encontró con que la enorme puerta de madera de la entrada se hallaba cerrada por dentro. Echó una ojeada por una de las altas y estrechas ventanas de cristales oscuros y vio que el local estaba hasta arriba de gente. «Qué raro», pensó.

Se inclinó hacia el marco de una de dichas ventanas y tocó en el cristal para intentar llamar la atención de la persona que estuviera más cerca al otro lado del mismo. La primera persona en que posó la mirada fue el payaso más temido de todo Santa Mondega: Reuben. Aquel chupasangre de peluca verde, semblante pálido y sonrisa ancha se encontraba de pie junto a un grupo de payasos. Hunter no lo sabía, pero estaban urdiendo un plan para vengarse de las Sombras por el malentendido que había tenido lugar la noche anterior en La Ciénaga. Más allá del grupo de payasos, el resto de la clientela del bar parecía estar pendiente de la actuación de Las Psíquicas, que estaban interpretando en el escenario un moderno número que combinaba música y baile.

Reuben oyó, por encima del ruido de la música, los golpecitos que daba Hunter en el cristal y se volvió de inmediato para ver de qué se trataba. Su cara maquillada se quedó mirando un instante al Cerdo Mugriento que estaba en la ventana *y* lo saludó con una inclinación de cabeza y una enorme sonrisa pintada que ocultó convenientemente la expresión de desprecio que había debajo. Hunter hizo un gesto con la cabeza y con la mano señalando la puerta, con el que pretendía indicar a Reuben que le dejase entrar. Como respuesta, el payaso se limitó a mirarlo fijamente de nuevo y le enseñó el dedo.

—¡Cuando consiga entrar ahí dentro, no te va a parecer tan gracioso, monstruo de circo! —chilló Hunter a través del cristal. Pero, para mayor fastidio, el payaso se volvió y le dio la espalda—. Jodido cabrón.

En aquel momento llegó a la entrada otro de los clientes habituales del Abrevadero. Había salido de las sombras y se había situado junto a Hunter sin hacer nada de ruido. Era Silencio. Llevaba la prenda obligatoria que constituía el distintivo de las Sombras, el chaleco de cuero negro sin mangas, pero sin camiseta debajo, y también unos vaqueros azules y unas botas negras y relucientes que terminaban en punta. Contempló al Cerdo Mugriento a través de sus gafas de sol.

—¿Qué pasa, tío? —inquirió Silencio en voz apagada—. ¿Qué problema hay con la

puerta?

Hunter no recordaba la última vez que había oído hablar a Silencio, y le causó una ligera sorpresa que aquel vampiro habitualmente tan callado decidiera soltar unas cuantas palabras valiosas para dirigirse a él. Pero no dedicó mucho tiempo a reflexionar sobre aquel punto; lo prioritario era entrar en el Abrevadero.

—No sé. Pero voy a arreglarlo enseguida —contestó por fin, al tiempo que introducía una mano en el interior de la chaqueta marrón de paño que llevaba puesta. Extrajo un teléfono móvil del bolsillo. Era el que le había dado De la Cruz, el que antes había pertenecido a Casper—. Voy a llamar a Dino. El nos dejará entrar.

Silencio echó una mirada al teléfono que sostenía Hunter en la mano y en el que estaba tecleando el número del Abrevadero.

—Un teléfono muy chulo. ¿Dónde lo has comprado? —le preguntó.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan hablador? —replicó Hunter. Cuando terminó de marcar el número, pulsó la tecla de llamar y se acercó el teléfono al oído. Sonó un par de veces antes de que contestaran. Entonces se oyó la voz de Dino.

—Abrevadero.

—Hola, Dino, soy Hunter. Déjanos pasar, hombre.

—¿Cuántos sois?

—Sólo estamos Silencio y yo.

—Un momento.

Dino colgó al otro extremo de la línea, de modo que Hunter volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y se puso a esperar impaciente frente a la puerta, en compañía de Silencio. El callado vampiro se quitó las gafas de sol y ambos hombres se miraron fijamente el uno al otro mientras aguardaban. A Hunter no le caía bien Silencio, y no deseaba malgastar esfuerzos en conversar con un individuo que era famoso por contar con escasas habilidades sociales. Por desgracia, Dino estaba tardando mucho en acercarse a la puerta, y aquel incómodo mutismo comenzó a irritar al detective.

—Bueno, ¿y qué es exactamente lo que te pasa en la voz? Por eso no hablas mucho, ¿no es así? Porque al hablar te duele, o algo parecido.

Silencio afirmó con la cabeza.

—Sí, al hablar me duele.

—Ya —dijo Hunter, asintiendo—. Da la impresión de que te has tragado un cubo de arena.

Silencio se metió la mano en el bolsillo.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —preguntó Hunter en tono agresivo. Hablaba como si estuviera nervioso. El hecho de tener que esperar tanto le estaba volviendo paranoico. Un sentimiento, pensó, que no debería tener ahora que era más poderoso

que ningún otro vampiro.

Pero Silencio se limitó a sacar un paquete de tabaco del bolsillo interior y ofrecérselo a él.

—¿Fumas?

—Sí, sí, gracias. —Hunter alargó la mano y cogió un cigarrillo que se colocó entre los labios—. ¿Tienes fuego?

Silencio asintió, y con la mano que tenía libre rebuscó una vez más en el bolsillo. Esta vez sacó un encendedor Zippo. Lo sostuvo en alto, abrió la tapa y accionó la rueda para prender

una llama. Hunter se inclinó hacia ésta y aspiró del cigarrillo. Una vez que éste se encendió, Silencio volvió a guardarse el mechero.

—¿Tú no vas a fumar? —inquirió Hunter.

Silencio se acercó el paquete de tabaco a la boca y extrajo un cigarrillo con los dientes. A continuación se guardó el paquete en el bolsillo y dio una profunda calada al cigarro, que se encendió solo.

—¡Vaya! —exclamó Hunter, impresionado—. ¿Cómo has hecho eso?

—Me lo enseñó un amigo.

De pronto se oyó un fuerte chirrido. Los cerrojos que había al otro lado de la puerta se descorrieron hacia un lado y la hoja se abrió lentamente. Jericho, el gorila que llevaba el arnés en la pierna, se asomó por la rendija y observó a los dos vampiros con cautela.

—¿Sólo estáis vosotros dos?

—Sí —respondió Hunter al tiempo que empujaba la puerta y se colaba al interior dejando al portero a un lado. Silencio hizo lo mismo, no sin antes dar las gracias a Jericho con una inclinación de cabeza.

Para cuando el gorila volvió a echar los cerrojos, Hunter ya se había abierto camino hasta la barra. Los demás vampiros, por lo visto, captaron la nueva aura que lo envolvía y se dividieron para dejarle espacio. Silencio fue detrás de él.

—¡Dino, ponme una cerveza! —gritó Hunter al propietario del local, que estaba echando una mano a sus empleados.

—¿Qué? —Con el ruido que armaba el grupo musical, a Dino le costaba oír. Las Psíquicas estaban interpretando un éxito de los Kaiser Chiefs, «Preveo un motín», y en aquel momento estaban cantando el estribillo a pleno pulmón.

—¡UNA CERVEZA! —chilló Hunter. Dino negó con la cabeza y se llevó una mano al oído. Aún estaba ocupado en llenarle la copa a uno del clan de los Terrores, situado también en la barra, un poco más adelante. El rastafari vigilaba al camarero con ojos de halcón para cerciorarse de que no le escatimara la bebida. Dino (a

diferencia de Sánchez) no era dado a cabrear a sus clientes, pero en aquel momento lo rodeaban demasiadas distracciones para entender con claridad lo que le gritaba Hunter.

—¡UNA PUTA CERVEZA! —vociferó Hunter una vez más. Pero no sirvió de nada, Dino no le oía. Se imponía recurrir a otro método, y por suerte Hunter descubrió que tenía a Fritz a su espalda. El alemán estaba con su colega Obediencia y el nuevo miembro del clan, Dante, el cual Hunter veía con toda claridad que ni siquiera era un vampiro. Obediencia lo tenía fuertemente asido por el brazo y parecía estar sujetándolo. Silencio se sumó a ellos. A Hunter le dio la sensación de que todos estaban agitados por alguna cosa; sin embargo, no sintió interés por lo que pudieran estar haciendo. Lo único que deseaba era llamar la atención de Fritz.

—¡Eh, Fritz! Échame una mano, ¿quieres? Pídeme una cerveza —le chilló al alemán.

—¡CÓMO NO! —chilló Fritz a su vez—. DINO, PONLE UNA PUTA CERRVEZA A ESE TÍO, ¿QUIERRES?

Cosa sorprendente, a pesar del alarido que lanzó el alemán, éste tampoco surtió efecto. Dino continuó ajeno a todo. Era necesario buscar otra manera. Hunter extrajo la pistola que llevaba bajo la chaqueta, guardada en la sobaquera; apuntó al techo y apretó el gatillo.

¡BANG!

El estampido fue ensordecedor, y vino seguido de una lluvia de cascotes de yeso y gran cantidad de polvillo blanco que se desprendieron del techo. Encima de Hunter quedaron flotando grandes volutas de humo de color azul. Se hizo un silencio sepulcral. Las Psíquicas dejaron de tocar «Preveo un motín». Lo único que se oyó fue el eco del disparo, reverberando todavía en los oídos de todos los presentes.

—Vosotras, ¿por qué no hacéis un puto descanso? —chilló Hunter en tono agresivo a las chicas del grupo, que estaban tan estupefactas como todos los demás.

Aquella noche eran seis. Mandina, la vocalista principal, llevaba un minivestido de color morado, y los demás integrantes de aquel grupo casi enteramente femenino, dos guitarristas, otra a la batería, el varón regordete que tocaba la tuba y la bailarina, iban todos vestidos nada más que con escuetos conjuntos de ropa interior negra. Resultaban atrayentes a la vista (a excepción quizá del que tocaba la tuba), de modo que la mayor parte del público siguió disfrutando de ellos aun sin oír la música. Ahora que ya no tocaban ninguna melodía a todo trapo y que el bar estaba totalmente en silencio, Hunter podía ya pedir su cerveza. Así que se volvió hacia la barra.

—Por cierto, ponme una cerveza, Dino.

Dino cogió un vaso de la parte de atrás y empezó a tirar una cerveza para Hunter. En el hombro de la chaqueta del traje tenía un trozo de yeso del techo. Se daba

cuenta de que Hunter estaba nervioso de verdad, y dado que aquel Cerdo Mugriento ya había sacado la pistola y la había utilizado una vez, lo mejor que le convenía hacer era tenerlo contento. Al fin y al cabo, Hunter era un tipo refinado y mafioso, a pesar de que la pinta de desastrado que tenía causara la impresión contraria. Llevaba el cabello cuidadosamente peinado como siempre, y daba la impresión de que se lo había arreglado con el secador hacía poco. Con el grueso jersey marrón que llevaba debajo de la chaqueta de paño parecía recién salido de la serie de televisión *The Cosby Show*. Pero resultaba innegable que era un tipo peligroso.

Como ahora el local se hallaba sumido en un profundo silencio y todo el mundo había dejado de hablar, Hunter se dio cuenta de que era la ocasión perfecta para llamar por teléfono a aquel «hermano mayor». Así que nuevamente extrajo el móvil del bolsillo y recorrió los menús para encontrar el número en cuestión. Cuando dio con él, ladró una última orden de recordatorio a los demás clientes del bar.

—¡Escuchadme todos! Que todo el mundo aguante un minuto más bien calladito, ¿estamos? Tengo que hacer una llamada importante. Así que, si no os importa, hacedme el favor de cerrar la puta boca durante un ratito más, mientras llamo a una persona de la que seguramente todos habéis oído hablar. —Paseó la mirada por su público, que en el mejor de los casos fingía interés por lo que estaba diciendo—. Sí, amigos, tengo el número de teléfono de Kid Bourbon. Y voy a llamarlo ahora mismo, así que a callar todo el mundo.

Se llevó el índice de la mano izquierda a los labios para hacer más énfasis y usó el pulgar de la derecha para apretar la tecla de llamar.

Divertido al ver que el local entero le prestaba total atención, se acercó el móvil a la oreja y esperó a oír el timbre de llamada. Este empezó a sonar pasados unos tres segundos. Medio segundo después, el silencio que reinaba en el bar se vio interrumpido por el timbre de otro teléfono.

El teléfono de un individuo que se encontraba a apenas un metro de Hunter.



Cuarenta y Cuatro

Josh tan sólo llevaba un mes trabajando en la Biblioteca Municipal de Santa Mondega, y había sido un infierno. La bibliotecaria jefe, Ulrika Price, era una verdadera tirana y lo ponía nervioso. Y cuando se ponía nervioso tenía tendencia a perder el control de sus funciones corporales. Esto podía suceder de muchas maneras distintas, como por ejemplo que de pronto le saliera de la nariz una súbita explosión de mocos, o que escupiera un salivazo que saliera volando por encima de la persona con la que estaba hablando, o, en casos extremos, que se hiciera un poco de pis en los pantalones.

Desde el primer día, Ulrika se había recreado a gusto en lograr que se sintiera incómodo y en hacer uso del poder que tenía sobre él. Intimidar a un muchacho de quince años como Josh le causaba un placer sin igual, un placer que no existía en su vida, que por lo demás era triste y solitaria.

Hoy era uno de esos días en los que estaba más neurótica que nunca, una actitud que llevó a Josh al borde de presentar la dimisión. De todos modos ya tenía otro trabajo, así que podía permitirse prescindir del empleo de bibliotecario en prácticas. La única responsabilidad que tenía encomendada era la de colocar los libros que iba devolviendo la gente en las estanterías correspondientes, y en opinión de la señorita Price, hasta aquello lo hacía mal. Aquel día, la jefa ya lo había reprendido por haber colocado una novela de Dan Brown en la sección de No Ficción y, todavía peor, por haber juntado una biografía de Barbra Streisand con los libros de humor. Por lo visto no hacía casi nada bien, al menos en opinión de Ulrika. Naturalmente, la culpable era ella, por haberlo estresado tanto para que recolocara los libros en el momento mismo en que ella registraba la entrada de los mismos. Una cosa que no soportaba Ulrika era ver una pila de libros devueltos acumulándose en el mostrador de recepción.

El pantalón negro de colegial que Josh estaba dejando pequeño rápidamente empezó a pegársele al trasero a causa del sudor que estaba segregando de tanto ir y venir a las estanterías, y la camisa blanca que llevaba estaba empezando a volverse transparente. Tras colocar un volumen titulado *Dieta para enanos* en el estante más alto de la sección de Cocina, regresó al mostrador de recepción para averiguar qué le mandaba a continuación la Vieja Gruñona.

La encontró al teléfono, y sabiendo lo mucho que valoraba ella su intimidad, aguardó pacientemente a que terminara la conversación. Estaba sentada en la silla de

plástico con relleno situada justo detrás del mostrador, de cara a la puerta para así poder ver quién entraba y quién salía. Siempre estaba vigilando, para cerciorarse de que nadie intentara escapar llevándose un libro sin firmar primero.

Josh sabía que no le convenía que su jefa lo sorprendiera escuchando una conversación telefónica. De vez en cuando Ulrika Price recibía ciertas llamadas muy dudosas de personajes bastante indeseables. Lo sabía porque hubo una ocasión en la que, estando Ulrika ausente de su puesto, él se hizo pasar por ella al contestar al teléfono. Su interlocutor fue un hombre de voz sumamente desagradable que le dio una lista de cuatro nombres y una fecha y seguidamente colgó de golpe. El joven bibliotecario no le dio importancia al hecho, pero cuando unos días después Ulrika averiguó lo sucedido, se puso hecha un basilisco y lo aprisionó contra la pared apretándole la garganta con la mano. Después de aquello, Josh decidió que nunca más iba a hacerse pasar por su jefa.

Y ahora, a esta hora tan avanzada del día, encontró a Ulrika con las gafas puestas y concentrada en anotar algo en un cuaderno apoyado en una balda que había bajo el mostrador, al tiempo que respondía con monosílabos a la persona con la que hablaba por teléfono. Josh, no muy seguro de que ella no lo hubiera visto esperando al otro lado del mostrador, carraspeó para hacerle saber que se encontraba muy cerca y que podía oírla. El carraspeo provocó una mirada hostil por parte de la señorita Price, que además se ciñó un poco más la chaqueta de punto a los hombros y se volvió hacia el lado contrario para que Josh no viera lo que estaba escribiendo. Al final, al cabo de otros diez segundos de monosílabos afirmativos y movimientos de cabeza, dejó el auricular en la horquilla del anticuado y ortopédico teléfono de color blanco y se volvió hacia su empleado.

—¿Ya has terminado? —le preguntó con un gruñido y frunciendo de tal manera el entrecejo que el nacimiento del pelo, que llevaba estirado hacia atrás en un severo moño, se adelantó tanto que casi se le juntó con las cejas. Para ser una treintañera, no estaba envejeciendo bien.

—Sí, señorita. Acabo de devolver a su sitio el libro de la dieta para enanos.

—¿Te has acordado de ponerlo en el estante del fondo?

—Pues… no.

Ulrika contorsionó el semblante en una mueca rabiosa y se levantó de la silla de plástico.

—Me desesperas —suspiró—. De verdad que sí. Ya voy yo a cambiarlo de sitio.

Dio la vuelta a la mesa y cruzó el mostrador de recepción utilizando un panel basculante que había junto a la pared. Después fue hasta donde estaba Josh.

—Lo siento —dijo Josh encogiéndose de hombros cuando su jefa pasó por su lado de camino a la sección de Cocina, que se encontraba justo al fondo del gigantesco conjunto de estanterías. Al oírlo, frenó en seco un instante, de espaldas a él. Josh

advirtió que las horribles venas azuladas que le recorrían las pantorrillas, más abajo del borde de la falda azul que llevaba puesta y que le llegaba hasta las rodillas, estaban vibrando. Tras una leve pausa, Ulrika se volvió hacia él.

—No te preocupes por ello. Algún día empezarás a hacerlo mejor… probablemente. De hecho, puedes empezar volviendo a poner en su sitio ese libro de *Barrio Sésamo.* Después vete a casa. Me pone enferma verte.

—¿ Qué libro de *Barrio Sésamo* ?

—El que está por ahí, detrás del mostrador. No es nada difícil de ver. ¡En serio! — Ulrika estaba exasperada y no se tomaba la menor molestia en disimularlo.

—De acuerdo. Haré eso último y después me iré. Gracias. Buenas noches, señorita.

Ulrika no respondió, y se limitó a seguir andando en dirección a la sección de Cocina, buscando a algún joven por el camino al que poder regañar o acusar de robar.

Josh se inclinó sobre el mostrador para buscar el libro de *Barrio Sésamo.* El único volumen que acertó a ver fue uno de color negro que había en la parte baja de la mesa en la que se sentaba Ulrika cuando hablaba por teléfono. Alargó el brazo y lo cogió. Se trataba de un tomo de tapa dura que pesaba mucho, y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para levantarlo con el escaso apalancamiento que podía ejercer desde donde estaba. Una vez que lo tuvo en las manos, echó una mirada al título. *Libro de la Muerte,* decía.

«¡Cielo santo! —pensó para sus adentros—. Hay que ver lo que han cambiado estos libros de *Barrio Sésamo* desde que yo era pequeño.»

Como no deseaba molestar más a Ulrika, decidió dedicar unos minutos a pensar dónde debía colocar aquel libro. No parecía apropiado ponerlo en la sección de Infantil, de modo que ¿dónde?

En Referencia. «Cuando tengas dudas respecto de dónde poner un libro, escoge la sección de Referencia.» Era una regla que le había resultado muy útil durante el tiempo que llevaba trabajando en la biblioteca, así que ¿por qué iba a cambiarla ahora? Dado que no quería que Ulrika lo encontrase allí cuando regresara de la sección de Cocina, se encaminó a toda prisa a la sección de Referencia. Colocó el libro en uno de los estantes y a continuación salió pitando de la biblioteca para tomar algo antes de dirigirse al empleo de noche.

Cuando Ulrika regresó por fin, se alarmó al ver que había desaparecido el *Libro de la Muerte, y* Josh también. Aquello era grave. Dicho libro no era para consumo público, era un libro especial que ella guardaba bajo llave en una caja fuerte y que sacaba únicamente cuando se lo ordenaban. Su amo, el gran Ramsés Gaius, le había concedido el honor de ser la guardiana del libro más poderoso de toda la historia de la humanidad. Y esta noche era una de aquellas noches en las que su amo le había ordenado que lo sacara y anotara varios nombres en sus páginas.

Si deseaba continuar siendo su amante y alcanzar la inmortalidad y la belleza eterna que él le había prometido a cambio de sus servicios, tenía que encontrarlo antes de que cayera en manos de quien no debía. Y además temía que si Gaius llegara a enterarse de lo descuidada que había sido con su libro, el tiempo que le quedaba por pasar en la tierra tocara a su fin de manera abrupta y dolorosa.



Cuarenta y Cinco

Hunter se giró en redondo. Tras marcar el número que correspondía al «hermano mayor», casi de inmediato oyó sonar un móvil muy cerca de él. Todavía tenía pegado a la oreja el teléfono de Casper. Y de pie casi justo enfrente de él estaba un miembro de las Sombras, sosteniendo en la mano un teléfono que estaba sonando. Era aquel simplón que siempre hacía lo que le decían, Obediencia. Hunter se apresuró a sacar el arma de la sobaquera que llevaba a un costado y apuntó directamente a la cabeza de Obediencia. Este levantó un dedo para indicarle que aguardase un momento mientras él contestaba al teléfono.

—Hola, ¿quién es, por favor? —preguntó.

—Yo, so gilipollas —respondió Hunter, y cortó la llamada.

Obediencia, con expresión perpleja, también colgó. El local entero estaba pendiente de ellos, sin entender qué estaba ocurriendo.

—Éste, amigos, es Kid Bourbon —anunció Hunter señalando a Obediencia y dirigiéndose a la multitud expectante.

Dante, que estaba al lado de Obediencia, se alzó como portavoz de todos:

—¿Estás loco?

—No, estoy hablando muy en serio. El teléfono que tengo en la mano tiene grabado dentro el número de móvil de Kid Bourbon. Acabo de marcarlo, y ha contestado este jodido memo. Él es Kid Bourbon. Lleva una temporada viviendo entre nosotros, urdiendo un plan para matarnos a todos.

En eso, Fritz dio un paso al frente para salir en defensa de su amigo, preparado para enfrentarse físicamente con Hunter si se diera la necesidad. Un vampiro siempre ha de estar dispuesto a pelearse por cualquier miembro de su clan, y Fritz era el amigo más leal que un vampiro pudiera desear.

—¡Y UNA MIERRRDA! —ladró en las narices de Hunter salpicándole sólo con un poquito de saliva.

—Oye, yo no soy Kid Bourbon —dijo Obediencia con una calma impresionante—. Y este teléfono no es mío. Se lo estoy guardando a otro.

Hunter quitó el seguro de la pistola y continuó apuntando con ella a la frente de Obediencia, justo al centro del infortunado tatuaje que decía «GILIPOLLAS».

—No se te ocurra mentirme.

—No estoy mintiendo.

—¡ES VERRDAD! —intervino de nuevo Fritz en ayuda de su amigo—. ¡SU MADRE DE DIJO QUE NO DEBÍA DECIRR MENTIRRAS, Y COMO SIEMPRRE HACE LO QUE LE DICEN, TÉCNICAMENTE TIENE QUE ESTARR DICIENDO LA VERRDAD!

—Entonces, ¿de quién coño es ese teléfono? —preguntó Hunter estirando el brazo para acercar un poco más el arma al rostro de Obediencia.

—No puedo decirlo. El propietario me hizo jurar que guardaría el secreto.

—Tienes tres segundos para decírmelo, ¡o te atravieso la puta cara de un disparo!

—¿Sabes? —terció Dante—, me recuerdas a ese personaje de *Barrio Sésamo* que…

—Cállate, gilipollas —rugió Hunter apuntando la pistola en dirección a Dante. Éste levantó los brazos y dio un paso atrás. Enseguida se recordó a sí mismo que Kacy no vería bien que empleara otra vez el insulto que más le gustaba de *Barrio Sésamo,* y que no era su vida la que corría peligro, sino la de Obediencia. En realidad, no hacía ninguna falta que metiera baza sin necesidad, sobre todo teniendo en cuenta que Obediencia había estado a punto de cargárselo a él antes de que interviniera Hunter. Además, Fritz y Silencio sin duda alguna saldrían en defensa de su colega.

—¡ESPERRA! —chilló Fritz como si le hubieran dado pie—. ¡SI LE HACES ALGO A OBEDIENCIA, TE ASEGURRO QUE LAS SOMBRRAS TE PERSEGUIRREMOS Y NOS VENGARREMOS!

—¿Ves esto? —repuso Hunter señalándose los pies. El izquierdo estaba dando golpecitos contra el suelo—. Soy yo, temblando de miedo. Perseguidme todo lo que queráis, me importa un rábano. Podría mataros incluso con las manos atadas a la espalda. Ah, eso me ha dado una idea…

Se sacó unas esposas del interior de la chaqueta y se las arrojó a Silencio, el cual las atrapó con ademán tranquilo con la mano izquierda.

—Tú, *lengua floja,* esposa a tu amigo Obediencia.

Silencio fulminó a Hunter con la mirada durante un segundo, pero después obedeció y le puso las esposas a Obediencia por delante, y no por detrás, a fin de proporcionarle al menos un poco más de comodidad. Hunter desamartilló la pistola y se la guardó una vez más en la sobaquera. Acto seguido agarró a Obediencia, lo obligó a darse la vuelta y lo empujó en dirección a la puerta de la calle del Abrevadero.

Para Fritz, la lealtad era una virtud suprema. Al ver que Hunter ya no empuñaba la pistola, procedió a ejecutar su maniobra. Arremetió contra el detective y le lanzó un puñetazo. Su puño derecho cortó el aire a una velocidad cegadora, apuntado hacia la mandíbula de su enemigo. Pero últimamente Hunter estaba hecho de un

material más duro, y vio venir el golpe incluso antes de que lo propinara el otro. Se salió de la trayectoria del puño con la facilidad de un niño. Su represalia fue rápida. Dejó de aferrar a Obediencia durante una mínima fracción de segundo y golpeó a Fritz en el estómago con un gancho de tal ferocidad que el alemán salió volando por los aires, como a un par de metros del suelo, y fue a caer diez metros más allá. La multitud se partió en dos como si estuviera atravesándola una bola de fuego, con lo que Fritz no halló obstáculo alguno en su recorrido. Se movió tan deprisa que bien podría haber terminado en la calle, si no hubiera sido por la pared del otro extremo del bar, contra la que acabó estrellándose. El impacto lo hizo rebotar violentamente hacia atrás y aterrizar sobre una mesa a la que estaban sentados tres miembros del clan femenino de las Punk. La mesa se rompió por la mitad y Fritz cayó al suelo, arrastrando consigo las bebidas que estaban tomando las chicas.

Silencio no esperó a que lo invitasen. Embistió a Hunter y se agarró a él en un abrazo de oso, desde atrás. Se le marcaron los músculos de los brazos por el esfuerzo de estrujar con toda su alma el pecho de aquel Cerdo Mugriento, pero no sirvió de nada. Hunter contaba últimamente con una fuerza muy superior, y se zafó fácilmente de él. Una vez liberado de su abrazo, se volvió hacia él y soltó una risita burlona, y a continuación lo agarró por la garganta y lo arrojó en la misma dirección en la que había arrojado a Fritz. Silencio siguió la misma trayectoria que el alemán: se estrelló contra la pared y después cayó al suelo a los pies de las tres Punk, encima de su amigo Fritz, que en aquel momento estaba intentando incorporarse.

Dante estaba tremendamente nervioso, porque al no estar presentes ni Vanidad ni Déjà-Vu todo el mundo pensaría que le correspondía a él hacer el movimiento siguiente. Por suerte para él, apareció Chip a su espalda, vestido con su habitual atuendo negro de karate. Cogió a Dante del brazo, el cual su dueño ya estaba poniendo en tensión para intentar propinar un puñetazo a Hunter, y le susurró en el oído:

—No es el momento. Sé inteligente.

Esta vez, Dante reconoció aquella voz. Se dio la vuelta y miró fijamente a Chip a través de las rastas y del velo pintado que le cubrían buena parte de la cara. Justo lo que había pensado. Le caía bien aquel tío, y además se fiaba de él —más o menos—, por eso Chip se había ganado el derecho de decirle lo que tenía que hacer. Por lo menos en una ocasión.

De modo que Dante bajó el puño que ya tenía preparado y dio un paso atrás. Aun cuando estaba replegándose sin prestar su apoyo a los miembros de su clan, era muy poco probable que nadie lo reprendiera por ello. Hunter había demostrado ser un tipo duro de pelar. En aquel momento, todos los vampiros del Abrevadero estaban profundamente preocupados de ver que aquel personaje tan desagradable y prepotente había adquirido semejante nivel de poder. Daba la impresión de que en Santa Mondega las cosas estaban a punto de ponerse feas, y no sólo aquella noche.

Hunter, y lo que éste significara, podía convertirse en un problema a largo plazo.

Todos los presentes observaron en silencio mientras Hunter empujaba a Obediencia en la espalda y lo obligaba a caminar en dirección a la salida, lanzando miradas agresivas a todo el que diera la impresión de querer causarle algún problema. Cuando ambos llegaron a la puerta de la calle, Jericho descorrió los cerrojos y los dejó salir. Luego volvió a cerrar la puerta y asegurarla. Los clientes del bar exhalaron un enorme suspiro colectivo de alivio.

No tardó en resurgir el murmullo de las conversaciones. Todo el mundo comenzó a comentar lo que acababan de presenciar y a debatir si Obediencia era Kid Bourbon o no. También hablaron de lo preocupante que era que aquel cabrón agresivo de Hunter se hubiera vuelto tan increíblemente poderoso como para lanzar por los aires sin esfuerzo, a una distancia de diez metros, a dos tipos duros como Fritz y Silencio.

En medio del alivio general debido al final del incidente, Dante perdió de vista a Chip. Lo buscó entre la multitud, teniendo todavía muy en cuenta que, por alguna razón desconocida, aquella noche el suero enfriador de la sangre no había funcionado. Por eso necesitaba quedar fuera de la vista de Fritz y de Silencio, y por supuesto de cualquier otro vampiro que tuviera los colmillos dispuestos a entrar en acción. Necesitaba largarse de allí. Y no tardando mucho.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando de pronto se hizo de nuevo el silencio. Había comenzado a oírse un fuerte estrépito en el exterior del local, en la calle. Se oyó hablar a gritos, y dio la sensación de que se había iniciado otra pelea. Unos cuantos clientes del bar corrieron a las ventanas y se asomaron por ellas. Allí fuera estaba ocurriendo algo grave, pero nadie lograba distinguir de qué se trataba. En la calle había demasiada luz y en el local demasiada penumbra para poder ver con nitidez lo que sucedía. Sin embargo, estaba claro que lo que sucedía, fuera lo que fuese, estaba desarrollándose a toda velocidad.

Y entonces se oyó un fuerte estruendo.

Algo, o alguien, había chocado contra la enorme puerta de madera que cerraba la entrada del local y la había hecho vibrar violentamente. Los que estaban en las ventanas se echaron hacia atrás. De hecho, también se echaron hacia atrás los que no estaban en las ventanas.

¡ZOMP! La puerta recibió otro potente golpe y tembló otro poco más. Todos los presentes retrocedieron otro palmo y se apartaron de la entrada. Aquella puerta, una gruesa puerta de roble macizo, corría el peligro de salirse de sus bisagras, así que lo mejor era no interponerse en su camino. Ni acercarse siquiera.

Las Psíquicas, que nunca eran capaces de resistir la tentación de tocar algo cuando estaba a punto de desatarse un poco de acción, intentaron aligerar el ambiente arrancándose con una canción nueva, y se pusieron a tocar un clásico de The Animáis: «Tenemos que salir de este lugar.»

¡ZOMP! La puerta emitió un sonoro crujido cuando las enormes bisagras metálicas empezaron a doblarse bajo el empuje de los golpes. Algo estaba golpeando la hoja con la fuerza de un ariete que empuñara una docena de hombres fornidos. Fuera lo que fuese lo que estaba en la calle, tenía la intención de entrar.

A aquellas alturas, todo el mundo se había alejado lo más posible de la entrada. Todos tenían la espalda literalmente pegada a la pared. Aquella puerta estaba saliéndose de sus goznes y de un momento a otro iba a precipitarse hacia el interior del bar.

¡CRASH! Y dicho momento llegó.

A enorme velocidad, la puerta salió volando de sus bisagras y, aún sin tocar el suelo, se desplazó un buen trecho por el interior del local. Pegado contra ella venía Hunter. Algo lo había golpeado con tanta fuerza que se había estampado contra la puerta y había arrancado ésta del marco, para a continuación recorrer el Abrevadero con la espalda planchada contra la madera. Dicho recorrido finalizó cuando la mitad inferior de la puerta chocó contra la barra, basculó hacia arriba y cayó por el otro lado catapultando a Hunter contra los estantes de botellas y vasos que había en la pared de atrás. Terminó por derrumbarse lentamente en el suelo al tiempo que se desplomaba sobre él una masa de estantes y vidrios rotos con un estruendo semejante al de un tren expreso estrellándose contra el camión de un cristalero. La persona que tenía más cerca era Dino, que tuvo la suerte, o el sentido común, de ponerse a buen recaudo agachándose en el otro extremo de la barra.

Por espacio de unos instantes, la clientela del bar permaneció de pie, contemplando boquiabierta lo sucedido en la barra, viendo cómo Hunter, aturdido y desorientado, se incorporaba trabajosamente detrás de la barra, cubierto de cristales, de alcohol y de diversos trocitos de escombros. Ya no parecía tan duro. Entonces, todos a la vez, igual que el público de un partido de tenis, volvieron la cabeza hacia el gigantesco agujero que se abría donde antes había estado la puerta principal del Abrevadero.

De repente apareció una figura en él.

Una figura más bien desagradable, con pinta de estar sumamente contrariada y dispuesta a continuar con la pelea.

Dante tenía la boca tan abierta como la de cualquiera. Puede que más. El año anterior, durante un eclipse, había visto a aquel tipo cargarse un bar repleto de gente. Y la cosa pintaba como que aquello iba a repetirse ahora. Tenía esa sensación que resulta tan conocida.

Deja— Vu.

El miembro del clan de las Sombras que estaba de pie en el umbral llevaba un gabán oscuro, largo y con una capucha que le colgaba alrededor de los hombros. Una vez que hubo captado la atención de todos los presentes, se cubrió la cabeza con la

capucha para confirmar con exactitud quién era. Por si acaso a alguien le quedaba alguna duda.

Pero resultaba inconfundible. Aquél era Kid Bourbon. Dante no había conseguido verle bien la cara durante el eclipse del año anterior, pero ahora que la llevaba casi cubierta del todo por la capucha, reconocerlo fue muy fácil. Y además estaba preparado para luchar.

En cambio Hunter todavía estaba convencido de que tenía posibilidades. Es más, no podía permitirse el lujo de perder el respeto de los vampiros a los que pretendía gobernar en el futuro. Se sacudió el polvo y se irguió en toda su estatura, y le gruñó a todo el que se atrevió a establecer contacto visual con él. Acto seguido se lanzó a la acción. En un movimiento fluido, saltó encima de la barra y arremetió contra Kid, que se había situado en el centro del local.

—¡Tú, escoria de mierda! ¡ERES HOMBRE MUERTO! —vociferó, y a continuación se abalanzó contra su enemigo encapuchado con una velocidad y una fuerza sin precedentes, incluso para tratarse de un vampiro. Pero intentó golpearlo y falló. Kid consiguió agacharse y luego, a modo de respuesta, asestó un puñetazo a igual velocidad pero con mucha más precisión. Era posible que Hunter fuera tan rápido y tan fuerte como Kid Bourbon, pero en lo que se refería a habilidad y destreza de luchador era un mero aficionado en un enfrentamiento con un profesional.

El puño de Kid se estrelló contra las costillas de su adversario produciendo un crujido enfermizo y obligándolo momentáneamente a doblarse sobre sí mismo. Sin embargo, Hunter poseía una resistencia y una tolerancia al dolor que eran excepcionales, y se recuperó con impresionante rapidez. Se enderezó y lanzó otro puñetazo de barrido en dirección a Kid. De nuevo falló. Una vez más, Kid le demostró a él y al público que los observaba cómo se lanzaba un buen gancho. Esta vez apuntó más arriba, con la misma velocidad y la misma precisión.

¡CRAC! Nariz rota.

Hunter, haciendo caso omiso del dolor, arremetió otra vez, de forma instintiva.

¡CRAC! Otro golpe en las costillas. Hunter tenía ya por lo menos tres costillas rotas que se le estaban clavando en el estómago y en los pulmones y le estaban bloqueando el suministro de oxígeno y causando una hemorragia interna nada despreciable.

Volvió a embestir, pero ya sin la fuerza ni la velocidad de antes. Una vez más, Kid lo esquivó con facilidad agachándose, y a continuación se acercó a su debilitado adversario con gesto amenazante. Cualesquiera que fuesen ahora sus intenciones, a todos los espectadores les quedó claro que si hubiera un arbitro presente aquella pelea habría sido interrumpida. Por desgracia, Hunter no contaba con ningún hombre vestido a franjas blancas y negras que pusiera fin a aquello, ni con otro que arrojara la toalla.

El asesino encapuchado agarró por el cuello a su maltrecha víctima y apretó con fuerza. Después, con una sola mano, levantó a Hunter del suelo y se lanzó a la carrera hacia el mostrador de la barra, que se encontraba semidestrozado, sosteniendo frente a sí al aterrorizado detective—vampiro. Cuando ya se estaba acercando a toda velocidad, se subió al mostrador de un salto arrastrando consigo al machacado policía. Le sujetó la cabeza en alto y la empujó hacia las enormes palas metálicas del ventilador que giraba en el techo, en la vertical de la barra. Hunter volvió la vista hacia arriba, totalmente consciente de hacia dónde se dirigía su cuero cabelludo. Pero ya había quemado su último cartucho. No podía hacer nada para evitar aquello.

Tras encontrar un punto de apoyo decente en el mostrador de la barra, Kid alzó a su víctima y aproximó la cabeza de la misma a la trayectoria de las aspas giratorias. El bar entero contempló la escena, como si estuvieran presenciando un accidente de tráfico, todos deseando apartar la vista horrorizados, pero todos permitiendo que su curiosidad morbosa les ganara la partida.

Por espacio de unos diez segundos, Kid fue acercando la cabeza de Hunter cada vez más hacia las afiladas palas del ventilador, que giraban a toda velocidad. Y contempló las consecuencias sin experimentar emoción alguna.

Para empezar, el cabello ralo y rubio del Cerdo Mugriento fue cortado de un tajo y salió volando hacia el bar como si fuera una voluta de humo. Y cuando desapareció el cabello, siguió el cuero cabelludo, que primero quedó descolocado por una de las aspas y luego fue arrancado de cuajo por el aspa siguiente. A continuación le tocó el turno a la parte superior del cráneo y por fin al cerebro. La cabeza de Hunter fue disminuyendo de tamaño a toda velocidad conforme iba siendo cortada en rebanadas por las aspas del ventilador. El bar entero quedó rociado por una lluvia de sangre, masa encefálica y fragmentos de ojos.

Cuando la *cabeza,* ya había sido cercenada casi hasta el cuello, Kid soltó el cuerpo de Hunter y éste comenzó a dar vueltas arrastrado por el ventilador, pues una parte de él se había quedado ligeramente enganchada a una de las palas. Pero enseguida, tras efectuar un giro completo de trescientos sesenta grados, el cuerpo se separó del ventilador, salió disparado y cayó sobre el mostrador, donde, llevado por el mismo impulso, resbaló sobre la superficie pulimentada y ensangrentada destrozando vasos y botellas a su paso.

Demasiado tarde los ocupantes del Abrevadero se dieron cuenta de que la matanza de Kid no había hecho más que empezar. Esta vez, había llegado el momento de hacer limpieza de todos los no muertos. Sin excepción y sin piedad. Extrajo dos Skorpion del interior del largo gabán y se situó de un salto encima del cadáver de Hunter aprovechando que éste se deslizaba lentamente sobre la superficie de la barra. Apuntando con las pistolas a la multitud expectante y sirviéndose del torso del cadáver a modo de tabla de surf, fue desplazándose por la barra y

disparando balas en todas direcciones. Y ningún disparo erró el blanco. Los vampiros huyeron en bandadas hacia la destrozada entrada del local.

Pero ninguno logró alcanzarla. Kid disparó cada uno de aquellos tiros teniendo en mente a Casper. Hizo fuego una y otra vez con sus dos armas automáticas con puntería certera, guiado en todo momento por el intenso odio que sentía hacia los no muertos. En el rostro que se escondía bajo la capucha estaba grabado el deseo de matar a todos los vampiros. A causa del acto cometido por los de su clase, iba a sufrir hasta el último de ellos.

Al llegar al final del mostrador de la barra, Kid se bajó del horrendo cadáver de Hunter y permitió que éste cayera por el borde y se estrellara contra una mesa vacía que había en el rincón lanzando varios vasos de cerveza abandonados contra la pared. Acto seguido comenzó a caminar por la barra en sentido contrario, eligiendo los blancos con lentitud y frialdad. Empuñando un arma automática en cada mano, disparó a todo el que se atrevió a intentar escapar. Para cuando llevaba recorrida la mitad de la barra ya había gastado toda la munición de las dos Skorpion. Entonces las tiró al suelo y, apenas un segundo más tarde, sacó otras dos pistolas automáticas, más pequeñas, de unas fundas que llevaba ocultas en el gabán. Al tiempo que empezaba a disparar ráfagas con aquellas dos armas, saltó del mostrador de la barra al suelo, al centro del local, apuntando a la espalda de varios clientes que huían, en su mayoría vampiros. Naturalmente, siempre existía la posibilidad de que algunos de ellos fueran simplemente civiles inocentes, pero aquello no era algo que preocupara al pistolero.

Para cuando puso fin a la segunda tanda de asesinatos, el bar quedó cubierto de cadáveres humeantes que se transformaban poco a poco en cenizas, y entre ellos, aquí y allá, el cuerpo de algún infortunado que no era vampiro.[2] Los únicos que quedaron, aparte del propio Kid Bourbon, fueron los conmocionados y parcialmente ensordecidos Dante, Dino, el propietario del bar, y Chip, del clan de los Terrores.

Dante estaba atareado en buscarse agujeros por el cuerpo, y se sintió aliviado al descubrir que, de forma misteriosa, no le había acertado ninguna bala. En cambio, Chip había sido alcanzado dos veces en el pecho y sangraba un poco por los orificios que le atravesaban el atuendo de karate, pero, cosa extraña, parecía encontrarse bien. El pantalón negro y holgado también lo tenía manchado de sangre, pero no era sangre suya.

Kid, con la capucha ahora retirada de la cara y descansando una vez más sobre sus hombros, ocultó las dos pistolas en algún lugar de su persona y seguidamente se agachó y recuperó las Skorpion, que también desaparecieron en los pliegues de su

[2] Una curiosidad que tiene la fisiología de los vampiros es que sus cadáveres no siempre se descomponen de la misma manera. Tras la carnicería del Abrevadero, hubo algunos restos que humearon y se prendieron fuego poco antes de quedar reducidos a cenizas; otros se derritieron despidiendo un hedor horrible, se fundieron y se colaron por entre los tablones del suelo, y aun hubo otros que simplemente se quedaron donde estaban, aguardando la descomposición natural.

gabán. Luego se dirigió hacia Chip pisando varios vasos rotos y cadáveres en descomposición. Se detuvo a medio metro de él y ambos se miraron el uno al otro por espacio de unos instantes. El rastafari blanco vestido de karateka no daba en absoluto la sensación de tener miedo del hombre que tenía delante. Al final, justo cuando Kid estaba a punto de decir algo, Chip sacó una pistola suya que llevaba escondida en la parte posterior del pantalón y, en un sencillo movimiento, apuntó a Kid a la cabeza y disparó. La bala pasó rozando la oreja izquierda del asesino.

De pronto había surgido detrás de Kid una figura que sigilosamente se había puesto en pie de un salto. Se trataba de Reuben el payaso, blandiendo un machete. Reuben había pasado aproximadamente un minuto tirado en el suelo, haciéndose el muerto, con la esperanza de sobrevivir hasta que al encapuchado se le agotara la munición. Y efectivamente lo consiguió, pero entonces cometió el error de creer que ya había pasado el peligro más grande. En el momento en que atacó a Kid por la espalda, Chip efectuó un único disparo apuntándole al rostro. Atinó justo en el centro. En un abrir y cerrar de ojos, el payaso se encontró nuevamente en el suelo, sólo que esta vez no estaba haciéndose el muerto.

Kid Bourbon no se tomó la molestia de darse la vuelta para ver contra quién había disparado Chip; en vez de eso, sacó un paquete de tabaco del interior del gabán, se lo acercó a la boca y extrajo un cigarrillo con los dientes.

—¿No vas a darme las gracias por eso? —le preguntó Chip indicando con la cabeza el cuerpo humeante del payaso de peluca verde que yacía en el suelo, detrás de Kid.

—Ya lo tenía previsto.

—¡Y una mierda! —exclamó Chip—. ¡Estaba a punto de rajarte por la mitad!

—¿Crees que no he visto esos pies?

Chip miró al suelo y se fijó en las botas de color marrón que calzaba Reuben. Cada una medía casi un metro de largo y se alzaba descaradamente desde el suelo formando con la otra una V. A fin de alcanzar a su víctima con el machete, el payaso habría tenido que colocarlas de forma que las punteras sobresalieran bastantes centímetros por delante de las botas negras de Kid.

—Ah, entiendo —dijo Chip con cierta vergüenza. Kid lo recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Ahora te sitúo —dijo, afirmando con la cabeza—. Tú eres el monje aquel.

—Me llamo Peto —replicó el ex monje de Hubal adornado de rastas.

—Cuando haya terminado aquí, quiero que me prestes esa piedra azul que llevas colgada del cuello. Peto también hizo un gesto de asentimiento.

—Ya lo sé.

Contempló cómo realizaba Kid el truco de encender el cigarrillo con sólo aspirar

una calada. Estaba deseando aprender dicho truco él mismo, pero antes de empezar a compartir conocimientos de fumador con aquel tipo necesitaba saber unas cuantas cosas. Como la razón por la que había matado a personas inocentes. Y si sentía algún remordimiento por lo que había hecho. Quizás, a cambio de intercambiar secretos, como el de prender un cigarrillo sin utilizar una llama, Kid atendiera a razones y le permitiera enseñarle un poco de moral y de ética. Abrigaba la esperanza de poder salvar el alma de aquel hombre. Al fin y al cabo, aunque fuera un asesino en masa, era el hijo de Ishmael Taos, de modo que algo bueno debía de tener, ¿no? Peto sabía que Taos hubiera querido que su hijo fuera capaz de distinguir el bien del mal, así como de sentir arrepentimiento cuando *pecara…* Le debía a su antiguo mentor intentar enseñarle aquellas cosas a su hijo. El preciado Ojo de la Luna constituiría un magnífico recurso para llevar a cabo dicha tarea, ya que el poder de curación que tenía podría liberar a Kid Bourbon de todos los pensamientos malvados. Pero antes Peto deseaba saber hasta qué punto eran malvados dichos pensamientos y si bajo aquella siniestra capucha había algún remordimiento oculto.

—Hay una cosa que tengo que decirte, amigo —empezó el monje, señalando a Kid con el dedo como si intentara establecer contacto visual—. No deberías haber matado a Ishmael Taos.

—¿Y?

A Peto lo irritó de inmediato la aparente falta de preocupación que mostraba Kid por haber asesinado al monje más grande que había existido jamás. Últimamente había averiguado suficientes cosas respecto de Kid como para aceptar que éste tenía sus motivos y que merecía la pena formar equipo con él a causa del odio que les tenía a los no muertos, pero lo cierto era que no acababa de comprender su total ausencia de conciencia.

—No deberías haberlo matado. Eso es lo único que pretendo decir.

—Vale. ¿Algo más?

—No.

—Bien. Vamos a beber algo. —Kid se volvió hacia Diño, que acababa de asomar la cabeza por el escondite en el que se había metido, detrás de la barra, y que estaba quitándose varios cristales rotos del pelo—. Tú. Ponme tres bourbons. Y llena los vasos hasta arriba.

—Enseguida —suspiró el asustado propietario del Abrevadero, y acto seguido se fue cojeando hasta los escombros del mostrador a buscar botellas y vasos que no estuvieran hechos añicos. Su bar había quedado convertido en un campo de batalla y casi todos sus clientes habituales habían muerto. Pero, misteriosamente, él no. Llegó a la conclusión de que aquello era un dato positivo.

Kid se volvió de nuevo hacia Peto y Dante.

—¿Vosotros queréis algo?

—Yo quiero una cerveza, por favor, Dino —le dijo Dante al camarero.

—A mí ponme otra —dijo Peto—. Con un chorrito de bourbon.

Dante había sido un atónito espectador de la reciente serie de acontecimientos peligrosos, que habían superado todo lo que había visto hasta entonces, y eso que había visto bastante. Recorrió con la vista la carnicería que se extendía ante él y exhaló un profundo suspiro. Lo que había sucedido en aquellos minutos iba a tardar una temporada en calar. Había preguntas que responder, eso sin duda. De entrada, el encapuchado que tenía enfrente acababa de liquidar al menos a un centenar de personas, y algunas de ellas se suponía que eran amistades de él. Más o menos. Fritz, Silencio y otros cuantos no muertos acababan de morir a manos de Kid. Y luego había otra cosa: ¿quién cojones era aquel tipo?

—Bueno, ¿y cómo tengo que llamarte a ti ahora, Déjà-Vu, Kid Bourbon o qué? —le preguntó Dante.

—Me importa un carajo. Llámame como te apetezca.

—Muy bien. A propósito, gracias por no matarme. Kid expelió una nube de humo de tabaco y recogió una banqueta del suelo para sentarse a la barra.

—Me parece recordar que el año pasado, durante el eclipse, te dije que te debía una, por haberme echado una mano en aquel momento. El que iba disfrazado de Terminator eras tú, ¿verdad?

—Sí. Gracias, tío. Imagino que ahora ya estamos en paz, ¿no?

—Lo cierto es que no. La otra noche le pegué un tiro en la cabeza a un payaso para salvarte a ti. Ahora me debes una tú a mí. —Hizo una pausa y miró con gesto severo a Dante y luego a Peto. Lo que dijo a continuación los sorprendió a ambos—. Quiero que me ayudéis en otra cosa que tengo que hacer. Hay un par de jefes de vampiros cabrones de verdad que hay que eliminar. ¿Estáis conmigo?

Por regla general, Kid Bourbon no era dado a pedir ayuda a los demás, pero un monje de Hubal que llevaba al cuello el Ojo de la Luna y un tipo que lo había ayudado a matar a Jessica, la reina de los vampiros, eran dos aliados muy útiles. Y como actualmente él también era un vampiro, no iba a poder utilizar el viejo recurso de llevar atado al pecho *El libro sin nombre* cuando llegara el momento de matar a quienquiera que fuese el chupasangre que más mandaba.

—Yo sí —contestó Dante encogiéndose de hombros. Le apetecía una pelea, como siempre. Además, no estaba seguro de lo que podía pasar si dejaba tirado a Kid.

—¿Eso tiene algo que ver con Ramsés Gaius? —inquirió Peto en voz baja.

Kid frunció el entrecejo.

—¿Y qué coño iba a tener que ver con ese tío? Lleva siglos muerto.

—Estaba muerto —convino Peto en parte—, pero habiendo sido momificado; y, según tengo entendido, se levantó de entre los muertos cuando tú mataste a Ishmael

Taos y a Armand Xavier. Eso levantó la maldición que pesaba sobre él.

—Eres un puto rastafari. Deberías dejar de meterte droga.

—Hablo en serio.

—Me importa una mierda.

—Pues debería importarte algo más. En esta ciudad hay una momia que anda suelta por ahí.

—Entonces, ¿por qué no te vas a joder con tu momia?

—Eso no es muy amable por tu parte —dijo Peto a la defensiva.

—¿Te parezco un tipo amable?

Aquélla era una pregunta bastante clara que no necesitaba respuesta. Kid Bourbon estaba cubierto de sangre y vestido como si fuera la Parca, de manera que no, no parecía un tipo amable.

—Oye, yo te lo estoy comunicando —protestó Peto—. Pero si Gaius te da igual, por mí vale. Pero sí, puedes contar conmigo para que te ayude a matar a esos vampiros, pero en ese caso sugiero seriamente que nos larguemos de esta ciudad antes de que aparezca esa momia.

—Gracias —dijo Kid con su inconfundible tono áspero—. Ahora vamos a tomar unas copas para relajarnos. Y tú, monjecito, pon algo de música en la gramola, ¿quieres? Por lo visto, me he cargado al grupo que estaba tocando.

Los cadáveres de los miembros del grupo estaban tirados en el escenario entre los instrumentos acribillados a balazos, despidiendo humo a medida que se transformaban en cenizas.

A Peto le dio pena que ya no estuvieran, le gustaba aquella costumbre que tenían de tocar un tema adecuado a cada ocasión. Lamentando el violento fin que habían tenido, fue hasta la vieja gramola Würlitzer que había al fondo, a la izquierda del escenario. Cosa sorprendente, en todo aquel tiroteo la máquina no había sufrido daños. Se trataba de un cacharro antiguo y bastante trillado que había conocido días mejores y que llevaba desconectado por lo menos seis meses, desde que aparecieron Las Psíquicas y se empeñaron en tocar por la noche gratis. Dino la desenchufó en mitad de una canción sin intención de volver a enchufarla nunca más.

Peto se situó al lado de la máquina y miró a los otros. Entonces le propinó un codazo, como había visto hacer tantas veces en las series de televisión. La máquina cobró vida de pronto, y para cuando él ya estaba sentado a la barra con Dante y Kid, Thin Lizzy interpretaba el estribillo del tema «Los chicos han vuelto a la ciudad».

Cuarenta y Seis

De *la.* Cruz, como era comprensible, se encontraba en un estado de pánico profundo, entre otras razones, porque seguía sin tener ni idea de dónde diablos se había metido Benson. Nadie lo había visto desde primeras horas de la mañana, cuando salió de la comisaría sin decir a nadie ni una palabra de adonde se dirigía. Y además de aquello estaba el asuntillo de las cosas que estaba oyendo contar del Fawcett Inn, del Tapioca y del Abrevadero. Los tres locales habían recibido una desagradable visita de Kid Bourbon. En cada uno de ellos había tenido lugar una masacre. Sin duda, la siguiente parada de aquel maníaco encapuchado sería la comisaría de policía.

De la Cruz sentía la fuerte tentación de salir huyendo, pero sabía que si hacía tal cosa se quedaría solo y tendría que pasar el resto de sus días vigilando la retaguardia, aguardando a recibir la visita de la Parca. Iba a tener que hacer venir a tantos agentes como le fuera posible y oponer resistencia allí mismo, en el interior del edificio. Su problema principal era que se estaba haciendo tarde y que los únicos polis a quienes gustaba trabajar en el turno de noche eran precisamente los que eran vampiros. Uno de aquellos agentes era el recepcionista pelirrojo, Francis Bloem. Estaba afanándose en encontrar entre los no muertos colegas que estuvieran disponibles para acudir a echar una mano a De la Cruz (y a Benson, si es que por fin asomaba la cara a no mucho tardar).

Sucedía que Bloem estaba volviéndose loco en su puesto, en la recepción. Estaba resultando poco menos que imposible hacer venir a agentes que estuvieran disponibles. Muchos de aquellos con los que había intentado ponerse en contacto ya no contestaban al teléfono móvil ni a los mensajes insertados en las redes policiales. Los motivos no estaban claros del todo, pero existía una alta probabilidad de que muchos de ellos no pudieran responder porque estaban muertos. Bloem, removiéndose nervioso en su silla, pasaba las páginas de su agenda personal de direcciones, una libreta pequeña y de color negro, con la esperanza de obtener algún otro dato de contacto de compañeros, cuando de pronto irrumpió De la Cruz en la recepción. Era evidente que estaba muy asustado; llevaba la elegante camisa roja prácticamente pegada al cuerpo por las manchas de sudor y parecía que se hubiera duchado con la ropa puesta.

—¿Has encontrado algo? —preguntó frenético, sin poder disimular el pánico.

—Las dos únicas personas que han respondido a la llamada son Goose y Kenny, señor. Están de camino a la comisaría —contestó Bloem.

A De la Cruz se le descolgó la mandíbula. ¿Sólo había dos agentes disponibles? Además, se trataba de dos completos holgazanes. Su desilusión quedó del todo patente.

—¿Goose y Kenny? —gimió.

—Sí, señor.

—Pues sí que estamos jodidos.

—Voy a seguir intentando contactar con alguno más, señor, pero no contesta nadie. Yo diría que intuyen lo que se avecina y no quieren saber nada. O es que ya están muertos.

De la Cruz frunció el ceño y cogió un papel de tamaño folio que estaba encima del mostrador de Bloem. Contenía una lista escrita a mano de nombres de agentes, y todos tenían una crucecita al lado a excepción de Goose y de Kenny, que tenían un signo de visto bueno. ¿Y si Benson también había decidido escaquearse? ¿Y si lo habían matado? Si las informaciones que se estaban filtrando estaban en lo cierto, Hunter acababa de recibir pasaporte a manos del despiadado Kid Bourbon. Toma inmortalidad. A pesar de lo que habían llegado a creer, el hecho de beber sangre del cáliz dorado no parecía cambiar demasiado las cosas. Si Kid le ponía a uno las manos encima, estaba jodido hiciera lo que hiciese. Aquello no era bueno, no era nada bueno. «Maldito seas, Benson —pensó—. Más te vale que no me hayas dejado tirado, precisamente ahora.»

En aquel preciso instante, Randy Benson estaba ante el mostrador de recepción de la clínica que se encontraba a apenas tres kilómetros de allí. El centro había vuelto a abrirse aquella noche, por orden suya. Tras cerrar las puertas a la hora normal, las cinco de la tarde, los principales miembros de la plantilla fueron obligados a regresar, cortesía de Benson. No es que les hiciera maldita la gracia, pero una urgencia policial justificaba —en realidad exigía— que colaborasen.

Benson tenía un libro en las manos y estaba leyendo una serie de detalles en voz alta a la mujer que estaba sentada tras el mostrador de recepción. La enfermera en cuestión, que se llamaba Jolene Bird, iba anotando los números que leía Benson. La ponía un poco nerviosa estar en presencia de un miembro importante de la policía, y se esforzaba por disimularlo. Con la mano libre, jugueteaba continuamente con su cabello rubio y dorado, y cuando no estaba haciendo eso se ajustaba las gafas, que eran azules y provistas de una montura en forma de ala. Lo que fuera, con tal de tener las manos ocupadas. Ya llevaba veinte años trabajando en la clínica, de modo que era capaz de reconocer una visita seria de un policía nada más verlo. Por lo general dichas visitas estaban relacionadas con un asesinato. Y ésta parecía ser una de dichas ocasiones. El mero hecho de saber que podía cometer un error que pudiera

dar lugar a poner en peligro la investigación de un homicidio la ponía sumamente nerviosa.

—¿Trae la orden con usted, señor? —preguntó a Benson estableciendo contacto visual sólo de manera fugaz.

—Claro —sonrió Benson en un intento de tranquilizarla.

Extrajo un papel amarillo del bolsillo delantero de la camisa y se lo entregó por encima del mostrador.

—Estupendo, gracias. —Jolene le sonrió a su vez, muy nerviosa, y tomó la orden. A continuación puso todo su empeño en concentrarse en los puntos principales del escrito para asegurarse de que todo estaba bien, después plegó el papel por la mitad y se lo guardó en un bolsillo de gran tamaño que tenía en la parte frontal de la bata blanca.

—Al parecer, está todo en orden —dijo—. Si tiene la amabilidad de acompañarme, le llevaré al sitio en cuestión y se lo entregaré.

Abrió un armario metálico que tenía a la espalda, buscó en su interior durante unos momentos, seleccionó una llave que acto seguido se guardó en el bolsillo, cerró el armario y se levantó de la silla.

Benson, yendo detrás de la enfermera Bird, atravesó una puerta doble y recorrió un par de pasillos, manteniéndose en todo momento a un metro de ella para poder admirar el culito prieto y pequeño que tenía. Si por una urgencia tuviera que recordar el camino de regreso, sin duda iba a encontrarse en un buen apuro, porque apenas prestó atención a la ruta que le marcaba la enfermera: tenía los ojos fijos en el contoneo de aquellas carnes que se agitaban bajo la bata blanca. Finalmente, después de que la enfermera lo hiciera bajar varios tramos de escalera que llevaban al sótano, y lo condujera hasta una cámara abovedada, cerrada con llave y vigilada por dos corpulentos guardias de seguridad vestidos de uniforme azul, todavía no había sido capaz de distinguir si llevaba ropa interior debajo.

La gigantesca puerta gris de la cámara que tenían delante lucía un letrero que decía lo siguiente: «CÁMARA DE CRIOCONSERVACIÓN.»

—¿Nos permiten entrar, por favor? —pidió la enfermera Bird.

—Por supuesto, Jolene —respondió uno de los guardias. Se dio la vuelta e introdujo un código de seis dígitos en un teclado montado en la pared. A continuación se adelantó Jolene y tecleó otro código propio. Seguidamente, acercó el ojo a un dispositivo lector de retina que se hallaba colocado justo encima del teclado. En éste destelló una luz blanca. El software analizador reconoció debidamente la retina que se le había presentado y la puerta de la cámara emitió un leve zumbido al comenzar a abrirse automáticamente hacia fuera. Fue girando lentamente, y tan sólo se había abierto unos centímetros cuando se detuvo de pronto. Estaba hecha de grueso acero, y la liberación del mecanismo de cierre sólo tenía potencia para

empujarla un poco. Uno de los guardias terminó de abrirla y la sostuvo hasta que la hubieron franqueado los dos visitantes. Primero entró Jolene, y después Benson.

—Uf, qué frío hace aquí dentro —comentó el detective. La verdad era que no sentía ningún frío en absoluto, pero las paredes de la cámara, de un blanco intenso, daban una sensación de frialdad. Él tenía una temperatura sanguínea lo bastante baja para que no le molestara el frío, pero como llevaba una camisa de manga corta, le pareció que resultaba apropiado hacer dicho comentario, dadas las circunstancias.

—Sí—sonrió la enfermera Bird—. Por regla general, aquí abajo no tenemos encendida la calefacción. —Se metió la mano en el bolsillo y extrajo el papel amarillo.

En el interior de la cámara de crioconservación había una serie de pasillos muy largos flanqueados por hileras de cajas de depósito numeradas que se extendían desde el suelo hasta el techo. A la izquierda de la puerta, según entraron, había una escalera de mano compuesta por seis peldaños, por si alguien necesitaba ayudarse de ella para alcanzar las cajas colocadas más arriba. La estancia estaba surcada por unos treinta pasillos, cada uno de ellos lo bastante largo y alto para alojar aproximadamente un millar de aquellas pequeñas cajas provistas de una placa metálica en la cara frontal.

Una vez más, la enfermera pasó primero y Benson fue detrás. Recorrieron unos diez pasillos y por fin se detuvieron al principio de uno que llevaba el código 9N86 rotulado en letras negras. Jolene examinó el papel que sostenía en la mano para confirmarse a sí misma que no se había equivocado de zona, y a continuación tomó dicho pasillo y recorrió unos dieciocho metros del mismo. Se detuvo de nuevo al llegar a la caja número 8447, que estaba situada casi a la altura de la cabeza, a mano izquierda.

Entonces sacó del bolsillo de la bata la llave que se había traído de la recepción. A pesar de tener los dedos entumecidos por el frío, logró insertarla limpiamente en la cerradura de la caja, ubicada justo debajo del número. Cuando tuvo la seguridad de haberla introducido lo suficiente, la hizo girar hacia la derecha con toda facilidad y, con gran alivio, oyó a continuación un chasquido.

—Para serle sincera, dudo que hubiéramos necesitado utilizar la llave —dijo al tiempo que abría la pequeña puerta y procedía a sacar la caja—. Es de un tipo sanguíneo de lo más raro. No lo habíamos visto nunca.

Metió la mano en la caja y extrajo un paquete de plástico de tamaño mediano que contenía sangre congelada. Se lo entregó a Benson. Éste lo contempló un momento y sonrió una vez más a la enfermera.

—Bueno, es que Archibald Somers no era precisamente un tipo normal, ¿no? —contestó.

Cuarenta y Siete

Peto dio una calada al cigarrillo y contempló la matanza que se extendía a su alrededor. El Abrevadero era un auténtico espectáculo de escombros y sangre. Había extremidades y otras partes corporales tiradas por el suelo y encajadas entre las mesas y las sillas, seccionadas del cuerpo de sus propietarios por las ráfagas de disparos de Kid Bourbon. A aquellas alturas se veían varios vampiros que ya eran poco más que cenizas y polvo. Era tanto el humo y el vapor que se elevaban de los pedazos de carne esparcidos por el suelo que el local ya estaba empezando a oler igual que una ciénaga. Peto, reflexionando sobre lo que había sucedido, expelió el humo de los pulmones y volvió a centrar la atención en el hombre que estaba sentado con él a la barra, Kid Bourbon.

—Hay una cosa que tengo que saber: ¿mataste tú a Kyle? ¿O fue otra persona? —le preguntó. Kid estaba sentado a su derecha, pero con Dante en medio, aunque resultaba obvio que Peto se dirigía a Kid. Sobre el mostrador descansaban tres vasos de bourbon, dos vacíos y el otro medio lleno. Tenían al lado dos vasos de cerveza, todavía casi intactos.

—¿Quién coño es ese Kyle?

—Era mi mejor amigo. Lo mataron en el Tapioca, durante el eclipse.

En eso intervino Dante:

—Me parece que a Kyle le disparó Gene Simmons o fredie Krueger. La policía le cargó la responsabilidad a Kid, probablemente porque les resultó cómodo.

—Sí —respondió Kid encogiéndose de hombros al tiempo que daba una calada a su cigarrillo—. Me han endosado cientos de asesinatos que en realidad no puedo reconocer haber cometido. Si uno se cree todo lo que dicen, soy responsable de haberme cargado a todo el mundo, desde Liberty Balance hasta Nice Guy Eddie.

—¿Quién? —preguntó Peto.

—No importa.

Dante decidió sacar a colación un asuntillo que venía preocupándolo un poco.

—Pero sí que te has cargado ahora a los miembros de las Sombras, ¿verdad?

—Verdad.

—¿No eran amigos tuyos?

—Yo no tengo amigos.

—No entiendo por qué —terció Peto.

—Lo creas o no, ha sido por decisión propia.

—Ya.

—Oye, imbécil, si trabo amistad con una persona, esa persona se convertirá en el objetivo de los vampiros, los hombres lobo y toda esa basura. He tenido que alejarme de todas las personas que me importaban. Pero por lo visto no me he alejado bastante, porque resulta que ahora ha muerto mi hermano pequeño. Lo han matado para atraparme a mí. Y vosotros podéis consideraros afortunados de que no os tenga por amigos, porque los dos acabaríais muertos en menos de una semana.

—¿Ha muerto tu hermano? —exclamó Dante impulsivamente.

—Sí, lo han matado ese cabrón de Hunter y cuatro de sus amigos. Todavía quedan dos por sufrir antes de que dé por terminado el trabajo. Así que si quieres saber si era amigo de esos vampiros, te contesto que no. Los odiaba a todos ellos. He estado esperando a que se presentara aquí el imbécil que tiene el Ojo de la Luna, a ver si puedo librarme de esta sangre de vampiro que me está contaminando las venas. Es posible que así pueda llevar una vida normal. Y entonces, sólo entonces, estudiaré la posibilidad de tener amigos.

—¿De modo que ni siquiera te caían bien los otros miembros de las Sombras? —persistió Dante, innecesariamente.

Kid lo miró con aire divertido. Decidió responder de todos modos a su pregunta, aunque no sin antes expeler una nube de humo de tabaco a la cara de aquel joven tan inquisitivo.

—Esos tíos, si hubieran descubierto que estabas fingiendo, te habrían matado en un abrir y cerrar de ojos. Por cierto, ¿cómo te las has arreglado para engañarlos? Yo te calé al instante, tío. Relucías igual que un puto faro.

—Gracias a un suero que estoy tomando. Me lo ha proporcionado uno del Servicio Secreto. Me baja la temperatura de la sangre y me ayuda a hacerme pasar por vampiro. Aunque por lo visto esta noche no estaba funcionándome muy bien. —Se estremeció al recordar lo que había dicho Obediencia de servirles a Fritz y a él para cenar.

—¿Trabajas para el Servicio Secreto?

—Sólo mientras tienen de rehén a mi novia.

—¿Quieres que los liquide? —preguntó Kid en tono de naturalidad.

—No me importaría —repuso Dante, y agregó a toda prisa—: pero a ella no, claro.

—Claro. Tengo otros dos vampiros más que matar, y después podemos ir a por ellos. ¿Y qué me dices de ti, monje? ¿Cómo has conseguido infiltrarte tan bien? Me

has engañado incluso a mí.

—¿Lo dices en serio? —replicó Peto rascándose una de las heridas de bala, ya casi curadas, que tenía en el pecho, justo debajo del hombro izquierdo—. He aprendido unas cuantas cosas sobre el uso del Ojo de la Luna. Es una piedra muy poderosa, ¿sabes? Tiene algo más que poderes curativos.

—Me alegro de saberlo —dijo Kid al tiempo que apagaba el cigarrillo en el mostrador de la barra y expulsaba la última nube de humo por las fosas nasales—. Esta noche, después de que terminemos aquí, voy a pedirte esa piedra y a utilizarla para curarme unas cuantas dolencias que tengo. Una de ellas, no poco importante, es la que me lleva a transformarme en un puto vampiro de forma aleatoria, en el momento menos oportuno.

—Supongo que te costará trabajo controlarte —inquirió Dante.

—Bueno, además de un pequeño problema con la bebida y de varios temillas que tengo con los accesos de cólera, lo cierto es que no es precisamente un lecho de rosas.

Kid apuró el último trago que le quedaba del bourbon y arrojó el vaso hacia atrás. Fue a estrellarse contra el suelo, a su espalda. Seguidamente se puso otro cigarrillo entre los labios. Dino, que se encontraba en la trastienda, reapareció tras la barra al oír el ruido de cristales rotos.

—¿De verdad era necesario hacer eso? —protestó.

—¿Cuál es tu color preferido? —le preguntó Kid metiendo la mano en su gabán.

—El azul. ¿Por qué?

¡BANG!

Kid había sacado un enorme revólver niquelado, había apuntado con él a Dino y le había abierto un agujero en medio de la cabeza. El impacto produjo una rociada de sangre que salpicó a Dante y a Peto, los cuales retrocedieron horrorizados. El cuerpo del propietario del bar permaneció en posición vertical durante uno o dos segundos más de lo que permitían las leyes de la física, principalmente porque Dino tenía los pies muy grandes y antes del disparo estaba erguido y con la espalda recta. Pero tras pasar unos instantes con la vista perdida en el bar y luciendo un enorme orificio en mitad de la frente, se le doblaron las rodillas y se desplomó de espaldas. Cayó justo sobre un estante de vasos que acababa de ordenar minutos antes.

—¡Dios! —chilló Peto—. ¿Qué problema tiene el color azul?

—Ninguno. —Simplemente quería distraerlo mientras apretaba el gatillo—. Kid dio una calada al cigarro—. ¿Cuál es tu color preferido?

Peto guardó silencio unos instantes.

—¿Te importa que te lo diga más tarde?

—Claro que no. —Kid escondió de nuevo el revólver—. Bien, en mi opinión, ha

llegado el momento de largarse de aquí. Por las pintas que tenéis, no os vendría mal hacer una pequeña visita a Domino's.

—Genial —dijo Dante levantándose de la banqueta—. Tengo ganas de asesinar una pizza. —Las matanzas y el caos siempre le daban hambre (y el sexo también).

—No es una puta pizzería, sino una tienda de ropa. Para cambiaros de ropa.

No le faltaba razón. Los dos estaban cubiertos de sangre. Aunque en realidad no había sido culpa suya. De hecho, todo era culpa de Kid. Así y todo, seguramente no había necesidad de decirlo.

Kid se dirigió hacia la puerta del bar, y Peto y Dante lo siguieron. Tan sólo hizo momentáneamente un alto para sacar de nuevo el revólver. Esta vez apuntó a la gramola y le hizo un agujero gigantesco que la atravesó de parte a parte. Aquello fue suficiente para que la vieja Würlitzer dejara de reproducir la canción de The Clash titulada «Luché contra la ley».

Ya en el exterior del local, se encaminó hacia un estilizado deportivo negro que estaba aparcado en el bordillo de enfrente. Las calles carecían de iluminación, de manera que ahora que el cielo ya estaba totalmente oscuro costaba distinguir de qué coche se trataba, aunque el bulto del capó sugería que el motor que guardaba dentro era más bien tirando a potente. La única luz que había era la procedente de la luna, azul y despejada, pero ésta se hallaba oculta en parte tras un nube gris de tormenta. Por fin, cuando Kid abrió la puerta del conductor, Dante descubrió qué coche era.

—¿Es un Interceptor V8? —preguntó.

—Pues claro. Mola, ¿eh?

—Y que lo digas. Yo, una vez tuve un DeLorean, ¿sabes?

—«Dios —pensó Dante—. Kid Bourbon y yo unidos por algo así… ¿Quién lo iba a pensar?»

—Me alegro por ti.

—Pero lo estrellé contra un árbol. Siniestro total.

—¿Haciendo un 88?

—Pues sí. ¿Cómo lo has adivinado?

—Era una posibilidad remota. Venga, cierra la boca y sube.

Dante se pidió el puesto de copiloto, de modo que se apropió del asiento del pasajero obligando a Peto a meterse con calzador en el poco espacio de que disponía el estrecho asiento de atrás. El monje había aprendido mucho desde que salió de Hubal, pero todavía había ciertas costumbres que lo pillaban desprevenido. Algunas veces tenía el convencimiento de que la gente inventaba cosas nuevas como reclamar el asiento del copiloto cuando le venía bien, sólo para aprovecharse de él. Mascullando un poco, se sentó en el estrecho espacio de la parte de atrás del coche

situándose entre los dos asientos delanteros, para sacar el máximo partido posible al espacio que había para las piernas.

Cuando el coche salió a todo gas por aquella calle desierta en dirección a Domino's, oyó a su espalda un leve golpeteo. Sonaba como si proviniera del interior del maletero. Y al golpeteo siguió una voz amortiguada.

—¿Tienes a alguien dentro del maletero? —preguntó Peto a Kid.

—Pues sí.

—¿Puedo preguntarte quién es?

—Pues no.



Cuarenta y Ocho

El agente Bloem estaba ya igual de preocupado que el capitán De la Cruz por la falta de agentes de policía de los que podían disponer, por eso experimentó un gran alivio al ver a dos individuos vestidos con el uniforme azul estándar que llegaron a las puertas de cristal de la comisaría. Fuera soplaba un viento fuerte, y a consecuencia de ello ambos venían un tanto despeinados. Como era absurdo hacer esperar a aquellos pobres diablos, salió corriendo de detrás del mostrador de recepción y pulsó un botón de segundad que había en la pared, junto a las puertas, para dejarlos entrar. El que estaba más cerca de los dos empujó la puerta, y Bloem se apresuró a tirar de ella desde su lado para ayudarlos.

—Ustedes serán Goose y Kenny, supongo —les dijo.

—Exacto. Yo soy Goose, y éste es Kenny —dijo el primer agente, un tipo joven de cabello moreno y desordenado por el viento. Traspuso la puerta de cristal y se sacó la porra del cinturón—. ¿Adonde se ha ido todo el mundo?

—Benson ha huido, y De la Cruz está escondido en el sótano. Pero se alegrará cuando se entere de que han llegado ustedes. Imagino que la idea inicial era que cada uno de ustedes actuara como guardaespaldas de cada uno de ellos, pero como el único que se encuentra aquí ahora mismo es De la Cruz, de momento lo protegerán a él solo. Si Benson regresa, uno de ustedes pasará a encargarse de cuidar de él.

—Genial —dijo Goose—. Bajamos directamente al sótano, ¿no?

—Ustedes mismos.

Los dos agentes dejaron a Bloem a un lado y penetraron en la zona principal de recepción. Cuando Bloem fue a comprobar que las puertas de cristal habían quedado bien cerradas y bloqueadas, Goose dio media vuelta y le asestó un fuerte golpe con la porra reglamentaria.

¡ZAS!

La porra se estrelló contra la nuca de Bloem.

—¡Ay! ¡Joder! ¿Se puede saber por qué coño ha hecho eso? —preguntó Bloem sosteniéndose la cabeza, en la que ya estaba empezando a formarse un tremendo chichón. Goose levantó el brazo por encima del hombro y volvió a descargarlo con todas sus fuerzas para golpear de nuevo a Bloem con la porra, esta vez en el hombro y parte del cuello—. ¡Ay! ¡Basta ya! —chilló al tiempo que se manoteaba el cinto en

busca de la pistola.

El otro agente, Kenny, se adelantó y propinó a Bloem un golpe seco en la nuca que lo dejó inconsciente al momento.

—Gracias —dijo Dante, que había fingido ser Goose—. No comprendo por qué no he conseguido yo eso mismo —se quejó mirando la porra. Venía junto con los uniformes de imitación que habían comprado por poco dinero en Domino's.

—Bueno —repuso su colega Kenny (papel que en realidad había interpretado Peto)—, ayuda bastante golpear al adversario de verdad, en lugar de hacerle cosquillas.

—Pero si lo he golpeado de verdad.

—Qué va. Te has rajado en el último momento.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

De repente se oyeron unos golpecitos en la cristalera. Fuera aguardaba la figura encapuchada de Kid Bourbon, que contemplaba con gesto impaciente la discusión que tenía lugar dentro. Era una discusión que no llevaba a ninguna parte, y era absurdo seguir con ella porque sólo iba a servir para poner de peor humor a Kid Bourbon. Se había entretenido en aparcar el coche y hacer acopio de munición, y seguramente estaría desilusionado por haberse perdido la escena de acción. De modo que Peto tomó la sensata decisión de no hacerlo esperar más de lo necesario. Así que esquivó el cuerpo inconsciente de Francis Bloem y apretó el botón de la pared que abría las puertas, para dejar pasar a su nuevo socio homicida.

El asesino encapuchado empujó las puertas y penetró en el edificio. Aquel lugar no había cambiado demasiado desde la última vez que él se dejó caer por allí y armó una carnicería con todos los agentes que se encontraban de servicio. Y con Somers.

—Al parecer, este tío está solo —dijo Peto señalando el cuerpo que yacía en el suelo. Kid observó a aquel agente de la ley, pelirrojo e inconsciente, y extrajo su escopeta de cañones recortados (que por lo visto era su favorita)—. ¡Eh, espera! —exclamó Peto alargando un brazo para detener a Kid—. Este tipo está inconsciente, no hay necesidad de matarlo. Dios, no todo el mundo tiene que morir, ¿vale? Algunas veces, cuando una persona ya no representa una amenaza, puedes dejarla viva. Podría tener una familia, ¿sabes? Esposa, hijos, perro, lo típico. Respira hondo y vamos a buscar al tal De la Cruz. Según ha dicho este tipo del suelo, está escondido en el sótano. ¿Lo ves? He obtenido la información que necesitaba, cosa que ha resultado más fácil porque no le he matado primero y preguntado después.

—¿Has terminado? —replicó Kid con la mirada fija en la mano con que Peto le asía el brazo. Peto, juiciosamente, retiró la mano.

—Sí. Escucha, el otro tipo, Benson, ha huido, de manera que de momento tenemos que encargarnos únicamente del tal De la Cruz. Así que tranquilo, ¿vale?

—Vale. —La voz del otro era grava pura.

El monje se volvió y echó a andar hacia la zona de recepción. Dante hizo lo mismo, y Kid los siguió ocupando la retaguardia. No obstante, el encapuchado asesino en masa no terminaba de decidirse respecto de si matar o no al agente Francis Bloem, de modo que dejó que los otros se alejaran unos cuantos pasos y después dio media vuelta.

¡BANG!

Kid disparó una ráfaga a la cabeza del agente postrado en el suelo.

Peto se volvió al instante.

—¡Joder! Déjalo de una puta vez, ¿quieres? ¿No has hecho caso de lo que acabo de decirte? ¡Te he dicho que tranquilo!

—He actuado con mucha tranquilidad.

—Y una mierda.

—Oye, *tío,* la escopeta se me ha disparado sola —dijo Kid con frialdad—. Ha sido una suerte que no te estuviera apuntando a ti. Esta cosa tiene voluntad propia.

Peto calló unos instantes para asimilar la visión de aquel cuerpo ensangrentado que yacía tirado en el suelo y la figura encapuchada y armada con una escopeta que se erguía entre el muerto y él.

—Muy bien —lo felicitó. Kid dio la impresión de querer murmurar algo más, algo que sonó sospechosamente a «nunca he soportado a los perros». Pero Peto lo dejó pasar.

De pronto se encendió una luz en la centralita de la que se ocupaba Bloem y comenzó a sonar el teléfono. Dante fue el que reaccionó primero, y se acercó al mostrador. Cogió los auriculares que reposaban sobre aquella sucia superficie y pulsó la tecla de contestar de la centralita.

—Diga, diez—cuatro… Roger. Esto… Departamento de Policía… esto es…

—¿Quién coño habla? —preguntó una voz al otro extremo de la línea.

—Este… agente Goose. ¿Quién es usted?

—De la Cruz. ¿Dónde está Bloem? ¿Está haciendo algo? Dante volvió la mirada hacia el bulto ensangrentado que había junto a la entrada.

—No está, señor. Me parece que ha perdido la cabeza.

—¡Ah! Típico. —Se oyó a De la Cruz chasquear la lengua—. ¿Está con usted el otro agente? Kenny se llama, ¿no es así?

—Sí, señor. Necesitamos que suba aquí, señor.

—¿Por qué?

—Ordenes de Bender, señor.

—¿De quién?

Peto se dio cuenta del error cometido por Dante y le dijo «Benson» con los labios, exagerando la sílaba «son».

—De Benson, señor. Ha dicho que conoce un lugar seguro al que debernos trasladarlo a usted, pero que tiene que darse prisa. Viene para acá Kid Bourbon.

—¡Mierda! Está bien, ya subo.

Dante se quitó los auriculares y señaló con un gesto los ascensores que había al fondo del recinto. Kid echó a andar hacia ellos.

Poco después se encendió la luz del ascensor del centro, lo cual indicaba que éste había arrancado del sótano y se dirigía hacia la planta baja.



Cuarenta y Nueve

Sánchez no era muy dado a ir a las bibliotecas. La de Santa Mondega la visitaba quizá dos o tres veces al año, y generalmente para llevarse libros que regalar a amigos suyos por su cumpleaños. Como sabía que la mayoría de sus amigos no sabían leer, normalmente se las ingeniaba para quitarles dichos libros sin que ellos se dieran cuenta y devolverlos a la biblioteca al cabo de una o dos semanas.

Una de las muchas cosas que no le gustaban de la biblioteca era la mujer que trabajaba detrás del mostrador. Se llamaba Ulrika Price y era la bibliotecaria jefe, una persona insignificante y rencorosa que albergaba un profundo odio hacia los hombres, un odio basado en alguna experiencia sexual desagradable que debió de sufrir en su adolescencia.

Sánchez, nada más entrar, ya notó que lo fulminaba con la mirada desde detrás del mostrador, que estaba situado cerca de la puerta, y siguió notando que le agujereaba la espalda con los ojos cuando se encaminó hacia la sección de No Ficción. A aquella hora tan tardía había muy poca actividad en la biblioteca, sobre todo siendo Halloween, de modo que Sánchez disfrutó de rienda suelta para examinar la multitud de estanterías que se extendían desde el suelo hasta el techo y a lo largo de los pasillos de aquel gigantesco recinto.

El motivo de que hubiera acudido a la biblioteca fue más bien un impulso emocional, para ser sincero. Con la desaparición de Jessica y el regreso de Kid Bourbon, había decidido investigar un poco. La policía local no iba a investigar, por dos razones: una, porque era un cuerpo formado por una pandilla de vagos; y dos, porque estaban todos corruptos, así que aunque en la biblioteca hubiera algo que encontrar, lo más seguro era que ellos no llegaran a verlo.

Lo que estaba buscando Sánchez era un libro sin nombre escrito por un autor anónimo. El motivo que tenía para buscarlo era bastante peregrino. Tras la última masacre de Kid Bourbon, perpetrada durante el Festival Lunar del año anterior, los periódicos publicaron un artículo que afirmaba que todos los asesinatos guardaban relación con un libro sin nombre de un autor anónimo. Todas las personas que lo retiraron de la biblioteca de Santa Mondega habían muerto, incluidos los detectives que estaban trabajando en el caso. Ahora, Sánchez, aunque no era nada que se pareciera a un valiente, había invertido mucho tiempo en cuidar de Jessica durante varios años, y si aquel libro (o una copia nueva del mismo) por casualidad volvía

estar en las estanterías, a lo mejor podía proporcionarle alguna pista que le permitiera saber qué diablos tenía Kid Bourbon contra las personas que lo habían leído. Y, aún más importante, a lo mejor le revelaba qué tenía contra Jessica y hasta le facilitaba alguna información sobre quién era ésta. Lo que encontró Sánchez fue otro libro del mismo autor.

Tropezó con él por casualidad. Simplemente mirando en la sección de Referencia en la letra A de Anónimo, con una rapidez sorprendente encontró un libro titulado *Libro de la Muerte.* No se citaba el autor. Lo sacó de la estantería pensando en echar un vistazo rápido al texto de la contraportada para ver de qué iba. Pesaba bastante, dado que era muy grueso, y se notaba que era un ejemplar viejo. Daba la sensación de estar a punto de desintegrarse, de tan frágil.

Pero el texto de la contraportada no resultó ni la mitad de emocionante que lo que sugería el título. Tenía una pegatina escrita a mano con tinta desvaída que decía sencillamente que aquel libro contenía una lista de nombres de un grupo de personas fallecidas escogidas de manera aleatoria y de las fechas en las que habían muerto. «Seguro que es el registro de un depósito de cadáveres», supuso Sánchez.

Pasó las primeras páginas y se encontró con un puñado de nombres escritos a mano *y* de lo más estrambótico, empezando por los dos primeros: Ra y Osiris. Aquello por sí solo ya casi fue suficiente para que le entrasen ganas de devolver el libro a la estantería, pero ya que había cruzado media ciudad para verlo, sintió la necesidad de concederle el beneficio de la duda. De modo que pasó las páginas hasta llegar al final, con la esperanza de ver el nombre de algún conocido. Las últimas páginas también estaban escritas a mano, pero ahora cada una de ellas llevaba una fecha en el margen superior.

Estaba a punto de volver a dejar el libro en su sitio cuando se le ocurrió que sería interesante comprobar si estaba actualizado. Fue directamente al final y se encontró con una serie de páginas en blanco. De manera que volvió atrás hasta encontrar la fecha actual, el 31 de octubre, indicada en el ángulo superior izquierdo de una de las hojas. Para sorpresa suya, ya se habían anotado las muertes de aquel día.

—¡Cielo santo, sí que se dan prisa! —susurró, en voz un poco más fuerte de lo que resultaba apropiado para una biblioteca.

Consciente de que estaba llamando la atención, se escabulló pasillo adelante y se escondió en un rincón más tranquilo del recinto, junto a una estantería de títulos que rara vez atraían a los clientes. Volvió a abrir el libro y echó una mirada a los nombres que figuraban en la fecha actual.

Aparecían Igor, Pedro y unos cuantos hombres lobo que Sánchez reconoció de haberlos visto en el Tapioca cuando se presentó Kid Bourbon. «Jodidos licántropos. Son una verdadera escoria. Estaríamos mejor sin ellos», pensó para sus adentros. Sin embargo, aquello era de lo más impresionante. Aquellos hombres lobo habían muerto tan sólo unas horas antes. ¿Cómo diablos se las habían arreglado para

actualizar el libro con tanta rapidez?

Mientras repasaba la lista de nombres, de pronto sintió que lo recorría un escalofrío.

—¡Esto sí que es de lo más raro! —exclamó, elevando *demasiado* el tono de voz. De inmediato se dio cuenta de que a lo mejor estaba llamando la atención de quien no debía, y miró en derredor. Por los huecos que quedaban entre las estanterías vio a Ulrika Price. Estaba sentada a su mesa, mirando en dirección a él. Era evidente que se había percatado de que había infringido la regla de oro que imponía guardar silencio. Ambos cruzaron la mirada durante unos momentos, ella entornando los ojos por detrás de las gafas. Acto seguido, se levantó de la silla. «¡Joder! ¡La muy cabrona viene para acá!»

Sánchez no pudo evitar el repentino sentimiento de paranoia que se apoderó de él. Aquella solterona vieja y resentida había sido una sospechosa importante en el interrogatorio llevado a cabo en relación con los asesinatos de todas las personas que habían leído *El libro sin nombre.* Se sospechó, aunque no llegó a probarse, que ella había estado suministrando los nombres de los lectores al asesino.

Se imponía pensar con rapidez. No había tiempo para dejar el *Libro de la Muerte* donde lo había encontrado sin que la bibliotecaria lo viera hacerlo, y ni por lo más remoto pensaba firmar para llevarse aquel maldito libro a casa y permitir que su nombre quedara registrado. Antes de cerrarlo, echó un último vistazo a la página por la que lo tenía abierto. Quedó claro que no lo había engañado la vista: la lista de nombres de los muertos llegaba hasta el 1 de noviembre, la fecha del día siguiente. Aquellos nombres correspondían a personas que ni siquiera habían muerto aún.

Pero antes de que tuviera tiempo de digerir los pocos nombres que figuraban bajo la fecha del día siguiente, oyó a Ulrika Price acercarse con paso firme hacia el pasillo en que se encontraba él. Y además venía con prisas. «¡Joder!» Cerró el libro y pensó frenéticamente dónde esconderlo. ¿Por debajo de la camisa? No, era demasiado obvio. Como no quedaba tiempo para buscar una solución mucho mejor, se apresuró a metérselo por detrás de los pantalones. Menos mal, se dijo, que se había puesto un pantalón de chándal, porque con el tamaño que tenía el libro habría sido imposible meterlo por la cinturilla de un pantalón normal. Una persona que estuviera situada a su espalda habría observado que tenía un trasero enorme y en forma de libro, en lugar de simplemente un trasero enorme, que era lo normal en él.

Sabiendo que la bibliotecaria jefe estaba a punto de aparecer por el extremo del pasillo, cogió sin mirar el libro de tapa dura que tenía más cerca, de una estantería situada a su izquierda, y se desplazó, con incómodos andares, hacia la zona en la que calculó más probable que apareciera la señorita Price.

Y en efecto, no habían transcurrido ni unos segundos cuando surgió el rostro de la bibliotecaria por la esquina del pasillo. Lo miró por encima de las gafas con una expresión tan irritada como siempre.

—Sánchez, ¿qué está usted haciendo aquí atrás? —le increpó—. ¿Se está masturbando?

—¡No! —se ofendió Sánchez con asco—. ¡Cómo se atreve a sugerir algo semejante!

—Mmm. Está bien —repuso la señorita Price, aunque con una nota de suspicacia en la voz—. Cerramos dentro de quince minutos, de modo que, si no le importa, dese prisa en elegir un libro.

—Ya tengo uno —dijo Sánchez con una sonrisa, sosteniendo en alto el volumen que acababa de sacar de la estantería.

—Pues muy bien, en ese caso venga conmigo. Firme y váyase. No quiero verlo aquí. Estamos en Halloween, y deseo llegar a mi casa antes de que aparezcan los gamberros y los borrachos.

—Claro.

Sánchez dejó escapar un suspiro de alivio y siguió a la bibliotecaria hasta la recepción. El libro que llevaba oculto en la parte de atrás del pantalón lo obligaba a caminar de una forma más bien antinatural y daba la impresión de que acababa de cagarse encima.

Permitió que Ulrika Price se adelantase un buen trecho, así era menos probable que se fijara en lo curioso de su manera de andar. La bibliotecaria pasó al otro lado del mostrador de recepción sirviéndose de la tabla basculante que había al final del mismo y se sentó en su silla habitual, junto al ordenador. Sánchez se quedó de pie en la parte de fuera mostrándole una ancha sonrisa y congratulándose por haber sabido esconder aquel libro de forma tan inteligente en la parte de atrás del pantalón. El único problema que tenía ahora era que iba a tener que marcharse caminando de espaldas, para que la señorita Price no viera la forma de libro que tenían sus posaderas.

Depositó sobre el mostrador el volumen retirado de la estantería y esperó a que la bibliotecaria lo registrase en el ordenador. Lo cierto era que no se había parado a mirar qué libro había retirado, y cuando vio el título indicado en la cubierta y se dio cuenta de que la señorita Price también lo había visto, se encogió de horror.

Guía del sexo anal para homosexuales.

«Maldita sea. ¡Sí que es mala suerte!», pensó.

La bibliotecaria, con los labios fruncidos, registró el título en el ordenador con el nombre de Sánchez y acto seguido se lo devolvió con ademán de cautela. Sánchez advirtió, fastidiado, que le ardía la cara de vergüenza. Pero como no tenía otro remedio, recogió el libro, colorado como un tomate, y a continuación, sonriendo como un idiota, empezó a retroceder lentamente hasta la salida, manteniendo en todo momento el contacto visual con la bibliotecaria, que lo observaba con gesto severo.

Por suerte, la señorita Price estaba tan horrorizada por el título que había escogido y tan desconcertada por el hecho de que le sonriera como un imbécil chiflado al tiempo que aferraba semejante libro contra sí, que no tuvo tiempo de plantearse por qué se iba andando de espaldas. Si se lo hubiera planteado, era muy posible que hubiera contemplado la posibilidad de que llevara un tomo de gran tamaño y de tapa dura escondido en las posaderas del pantalón.

Lo único que necesitaba Sánchez era volver a casa y comprobar que lo que había creído ver era cierto. En el *Libro de la Muerte* había visto varios nombres conocidos. ¿Era posible que dicho libro contuviera la profecía de que aquellas personas iban a morir el 1 de noviembre?

Al día siguiente.



Cincuenta

La figura negra de Kid Bourbon permaneció inmóvil, sosteniendo a la altura de la cintura, en actitud relajada, la escopeta de cañones recortados. El arma apuntaba hacia las puertas del ascensor, a la espera de que se abrieran y dejaran ver la cara de Michael de la Cruz. Dante, nervioso, observaba la escena desde donde se encontraba, detrás del mostrador de Bloem, preparado para agacharse en cuanto se iniciara un tiroteo. Por fin se oyó un leve sonido metálico y después, tal como estaba previsto, se abrieron las puertas automáticas. A Kid se le tensó el dedo con que apretaba el gatillo, pero cuando se abrió el ascensor enseguida se vio que no había nada a que disparar. La cabina se hallaba vacía. ¿Adonde había ido De la Cruz? Se suponía que debía subir en el ascensor y recibir al instante una lluvia de disparos en el pecho. La cosas no estaban saliendo de acuerdo con el plan.

Mientras Kid miraba ceñudo su imagen reflejada en el espejo del interior del ascensor, Dante y Peto decidieron que lo más seguro era reunirse con su socio, y se colocaron a uno y otro lado de él.

—¿Dónde coño se ha metido? —preguntó Dante a la vez que escudriñaba el interior de la cabina buscando algún rincón en el que pudiera ocultarse el detective.

—En el sótano —contestó Kid al tiempo que se metía en el ascensor.

Dante y Peto intercambiaron sendos encogimientos de hombros y lo imitaron. De nuevo se situaron a uno y otro lado de él. La imagen de Kid Bourbon de pie, escopeta en ristre, con dos agentes de uniforme haciendo de guardaespaldas, no era precisamente la que deseaba promover el departamento de policía, pero era la que habría visto cualquiera que pasara por allí.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, Kid pulsó el botón «S» para bajar al sótano. Los tres aguardaron en silencio a que la cabina comenzara a descender. Kid iba armado hasta los dientes. Llevaba todo un arsenal sujeto al cuerpo, bien oculto bajo la ropa dentro de fundas, bolsillos y sobaqueras. Dante y Peto empuñaban una porra cada uno. Dado el historial que tenía Kid en lo que a asesinar enemigos se refería, seguramente lo mejor era que todas las armas de fuego las portara él. Tal vez sólo pudiera disparar dos a un tiempo, pero conseguiría más guardándose para sí las armas de repuesto que prestándoselas a sus compañeros.

Los tres tenían la vista fija en las puertas del ascensor, listos para reaccionar a lo

que pudieran encontrarse a la salida cuando llegaran al sótano.

¡BANG!

El estruendo de un disparo efectuado dentro de la pequeña cabina resultó ensordecedor. A Dante se le antojó similar a lo que debía de ser la explosión de una bomba. Inmediatamente siguió un penetrante alarido y un fuerte estrépito. Entonces, de repente, como salida de ninguna parte, apareció una bota de color marrón que le propinó a Dante una patada en plena cara.

Kid había disparado la escopeta hacia arriba, y ahora estaba cargándola de nuevo. La ráfaga de perdigones había abierto un tremendo agujero en la trampilla de servicio que tenía el ascensor en el techo. Aquella carga de plomo la había atravesado y se había incrustado en el pie de De la Cruz, que estaba encima agazapado y sin hacer ruido. Ahora que el tirador de la trampilla había quedado hecho añicos, ésta quedó abierta, y por el hueco resbaló la mitad inferior del cuerpo de De la Cruz. Un pie colgaba alrededor de la cara de Dante, pero el otro se agitaba sin control de un lado al otro. Estaba perdiendo todos los dedos y toda la bota que lo cubría antes. Lo que quedaba de él era un muñón ensangrentado que estaba esparciendo materia de color rojo y bañando con ella todo el ascensor y el rostro de Kid.

En el hueco de la trampilla se había atascado el trasero del infortunado De la *Cruz.* Tenía todavía la mitad superior del cuerpo por encima del techo de la cabina, e intentaba con todas sus fuerzas izarse y desenganchar la mitad inferior. Chillaba y maldecía, colgado precariamente del grueso cable que estaba unido al techo. De pronto llegaron al sótano y el ascensor se detuvo.

Al abrirse las puertas, tanto Dante como Peto se bajaron de la cabina de un salto. El panel secreto del vestuario estaba abierto, pero no había gran cosa que ver, aparte de una curiosa estancia ubicada al fondo de la zona de las duchas, en la que se distinguía una mesa sobre la que descansaba una copa de oro. Por lo demás, el vestuario se hallaba vacío, de manera que los dos volvieron a centrar la atención en lo que estaba sucediendo dentro del ascensor, en el que Kid estaba intentando hacer bajar a De la Cruz por el hueco de la trampilla tirando de sus pantalones. Sin embargo, el detective estaba aferrado con toda su alma al cable del ascensor, con sus largos dedos de vampiro cerrados con fuerza en torno al mismo. Rápidamente estaba transformándose en una criatura de la noche, ¿pero no sería ya demasiado tarde?

En un movimiento poco digno, Kid consiguió bajarle a De la Cruz el pantalón y el calzoncillo hasta los tobillos. Pero su dueño no bajó al mismo tiempo. La única esperanza que le quedaba consistía en poder zafarse de las garras de Kid e intentar salir de allí trepando o saltando.

Kid se dio cuenta de que debía aprovechar la oportunidad ahora que podía, así que apuntó al objetivo que se le ofrecía. Sin preocuparse de las consecuencias, orientó la escopeta hacia la raja del culo del detective y después, tras titubear tal vez medio segundo, empotró las dos boquillas entre las nalgas del infortunado vampiro

penetrando tanto como le fue posible. Los alaridos de De la Cruz cesaron de pronto, sin duda sustituidos por una expresión de pánico y de terror y por unos ojos abiertos como platos.

¡BANG!

El estampido no fue tan sonoro como el anterior. Al fin y al cabo, esta vez Kid contaba con un silenciador de gran tamaño y con forma de culo acoplado a un extremo de la escopeta.

¡SPLAT!

Sangre, intestinos, heces, trozos de maíz, órganos internos, esquirlas de hueso; el ascensor entero quedó rociado de toda aquella masa sanguinolenta. Una buena parte de ella cayó sobre Kid y salpicó hasta el vestuario, incluso alcanzó a Dante y a Peto. Los restos de De la Cruz se escurrieron por el hueco de la trampilla y fueron a caer en el suelo con un ruido sordo. Kid retiró la escopeta y la sacudió para que se desprendieran los colgajos que empezaban a resbalar por los cañones en dirección a su mano. El tufo fue abrumador, pero aún peor era contemplar toda aquella materia esparcida por todas partes. Como de costumbre, el encapuchado permaneció impasible. Se quitó un pedazo de maíz del hombro izquierdo y acto seguido salió del ascensor con toda naturalidad y apoyó el extremo de la escopeta bajo la nariz de Peto. El monje retrocedió, asqueado.

—¡Aparta! ¡No quiero oler eso!

Kid dejó atrás a sus dos compañeros y se dirigió hacia la estancia secreta que había al fondo de las duchas; se había fijado en la mesa de madera que había dentro. Normalmente, dicha estancia estaba oculta tras la pared de las duchas, pero en aquel momento no se veía el panel corredizo, y no había nada que le impidiera acceder a la mesa.

—Cuatro menos. Queda uno —dijo, más para sí mismo que para los otros—. Entonces habremos terminado el trabajo y podremos irnos a casa.

—Amén —dijo Dante al tiempo que barría un pequeño fragmento de materia de color marrón que se le había adherido al hombro y que fue a aterrizar en las gruesas rastas de Peto. El monje, chasqueando la lengua, se apresuró a quitárselo de encima.

—Pero el que queda va a ser el más difícil de todos —siguió diciendo Kid sin mirar atrás para ver si los otros le estaban prestando atención—. Los dos primeros no eran más que dos hombres lobo de mierda. Y ahora han caído los dos lugartenientes. El único que queda es nuestro nuevo Vampiro Jefe. El nuevo Señor Oscuro. No sé hasta qué punto será duro de pelar, y aquí es donde puede que precise de vuestra ayuda. En alguna parte de esta comisaría hay un libro capaz de matar a ese jefe de los chupasangres. Es un libro que no tiene nombre, y fue fabricado con madera de la cruz en la que crucificaron a Jesucristo. Es capaz de acabar con cualquier no muerto, sin contemplaciones. El único problema es que yo no puedo tocarlo porque ahora

mismo llevo sangre de vampiro en las venas. —Por fin se volvió—. ¿Os importaría subir a la planta de arriba y buscar en todos los despachos hasta que deis con él?

—En absoluto —contestaron Dante y Peto al unísono—. ¿Y qué vas a hacer tú? —inquirió Dante.

—Yo voy a quedarme aquí a esperar a que regrese ese cabrón hijoputa de Benson. Venga, daos prisa, porque si regresa y me veo obligado a enfrentarme a él yo solo, puede que lo único que consiga sea patearle el culo durante unos segundos antes de que la cosa se complique. Si de verdad es el nuevo jefe de los chupasangres, si no tengo el libro, cada vez que yo lo tumbe resucitará.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Dante.

—Eso quiere decir que subas cagando leches al piso de arriba y te pongas a buscar el puto libro, imbécil.

Cincuenta y Uno

Cuando Benson se fue, Jessica y su padre, Ramsés Gaius, se quedaron en el Ole Au Lait para hablar del resto del plan a seguir aquella noche. Ninguno de los dos había pedido nada de comer ni de beber, pero ni Copito ni Rick el cocinero estaban por la labor de darles la lata al respecto.

No mucho después de que Benson se fuera con el firme propósito de regresar trayendo el Santo Grial, Jessica expuso cuál era su opinión.

—Voy a decirte una cosa, padre —se quejó a la imponente figura de Gaius, sentado al otro lado de la mesa—, por nada del mundo pienso permitir que se me acerque ese libidinoso montón de escoria. Ya sé que hemos quedado en que tú podías escogerme al que será mi nuevo compañero en la vida, pero si crees que voy a consentir que ese asqueroso me ponga las manos encima, ya puedes buscar a otro.

Su padre permitió que por su rostro se extendiera una sonrisa. Si no llevara puestas las gafas de sol oscuras, ella habría visto cómo se le iluminaba visiblemente el ojo bueno en un gesto de aprobación.

—No me decepcionas, querida —le dijo—. Sigues tan pendenciera como siempre. No me extraña que hayas durado tanto. Pero no temas, Randy Benson no es el único candidato que he escogido para que sea tu compañero en el futuro, y si he de ser sincero debo decir que es el que menos me gusta.

Me recuerda a tu último esposo, Armand, un gusano vil, traicionero y poco de fiar. Tengo la corazonada de que perecerá a manos de Kid Bourbon antes de lograr siquiera poner las manos de nuevo en el Santo Grial. — Hizo una pausa para reflexionar y luego continuó —: Verás, en realidad esto nos favorece. Que esos tres Cerdos idiotas matasen al hermano de Kid ha distraído a éste y nos ha permitido a nosotros tomarle la ventaja.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo, querida. Por lo visto, desconoce que tú vuelves a estar en las calles. Y a mí, si me viera no me conocería. Está demasiado atareado en perseguir a Benson y a sus colegas para preocuparse de nosotros. Si, tal como sospecho, mata a Benson, uno de los otros candidatos que he elegido para compañeros tuyos *acabará* con él cuando menos se lo espere.

—¿Y quiénes son los otros nominados? — Jessica estaba deseosa de saberlo.

—El segundo es Robert Swann, el que escogí para que hiciera de guardián de esos dos idiotas, Dante y Kacy. Lo elegí porque es descendiente directo de un antiguo amigo mío. Él no lo sabe, por supuesto, pero lleva sangre real en las venas. Si a eso le sumas la sangre de vampiro que llevas tú, en mi opinión formaréis una pareja interesante.

Jessica miró fijamente a su padre, dudando de que estuviera hablando en serio. El captó su expresión de desdén.

—¿Qué? — le preguntó en tono de no entender.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Swann es un buen espécimen masculino y un asesino despiadado — protestó Gaius.

Jessica sacudió la *cabeza* en un gesto negativo.

—Me cuesta creerlo. Mi padre es un retrasado.

—¿Disculpa?

Entonces Jessica se levantó e hizo una declaración a toda la clientela y el personal del café.

—Deseo hacer saber a todos los presentes que este hombre, Ramsés Gaius, es un retrasado mental. Gracias. — Y a continuación sonrió a su padre, el cual le respondió furibundo:

—Haz el favor de sentarte.

—Siéntate tú.

—Yo ya estoy sentado. Jessica negó con la cabeza.

—¿Sabes siquiera lo que significa «sentarse»? ¡Porque es obvio que no sabes lo que es un violador!

—¿Cómo dices?

—Tienes que haber perdido la cabeza. ¡Benson y Swann son violadores en serie! ¿Qué padre iba a intentar emparejar a su hija con un violador?

—Un padre que piensa hacerle un estupendo regalo de bodas.

—¿Cuál?

—Los cadáveres de todos tus enemigos. Esta noche, para cuando finalice la hora de las brujas, Kid Bourbon estará muerto, también estará muerto ese necio de Dante Vittori, que lo ayudó a acribillarte a balazos el año pasado, y también estará muerto para entonces el último de los monjes de Hubal. A cambio de eso, deseo elegirte yo el marido.

—Pues perdona que no esté bailando de alegría. ¿No podrías haberme regalado flores?

—No seas cursi.

—No puedo evitarlo.

Jessica estaba en pie, con las manos en las caderas, desempeñando el papel de hija desobediente ante su progenitor, y éste ya empezaba a cabrearse.

—Jessica Xavier, siéntate y compórtate —le ordenó—. No he pasado estos nueve últimos meses intentando dar contigo para emparejarte con una persona a la que no soportas.

¡siéntate!

Por una vez, la reina de los vampiros obedeció y volvió a sentarse a la mesa, frente a su padre. Los demás clientes del café reanudaron sus conversaciones, ahora que la escenita parecía haber concluido.

—Hablo en serio —dijo Jessica en voz mucho más baja, susurrando casi—. Los dos son violadores.

—Vamos —dijo Gaius defendiendo su postura—. Ambos tienen defectos, sí, pero aparte de ser violadores, los dos son buenos candidatos, ¿no te parece?

—No, no me parece una mierda. Si estoy dispuesta a aceptar esto del matrimonio concertado es solamente porque mi último marido te traicionó. Reconozco que encerrarte momificado en una tumba durante varios cientos de años fue pasarse un poco, pero si no te lo vas a tomar en serio, tendré que estudiar de nuevo mi posición. Si insistes en emparejarme con uno de esos dos delincuentes sexuales en serie, te aseguro que me quedaré viuda antes de que finalice la noche de bodas.

Gaius dejó escapar un suspiro.

—Qué quisquillosa eres. Pero por suerte existe un tercer candidato, que no es un violador.

—Algo es algo.

—De hecho —prosiguió su padre—, comparte un cierto vínculo contigo. —Hizo una pausa para causar un efecto teatral—. Ambos odiáis a Kid Bourbon.

Jessica, intrigada en contra de su voluntad, alzó una ceja.

—Sigue, cuéntame más. Pero si vas a decirme que se trata de Sánchez, el camarero, me largo de aquí en este momento.

—¿Y qué tiene de malo Sánchez? Le gustas, ¿no es verdad?

—Estarás de coña, ¿no? ¡No será Sánchez! Dime que no es Sánchez.

—No. No es Sánchez, cariño. Se trata de un hombre que se adapta mucho mejor a tus gustos. Un hombre muy respetado. Y también muy musculoso. ¿Quieres ver una foto?

—Cómo no.

Gaius extrajo una fotografía a color de diez por quince del bolsillo interior de la chaqueta y la deslizó sobre la mesa en dirección a Jessica. Ésta se la arrebató y la estudió por espacio de unos instantes. Su expresión delató lo que estaba pensando.

—Sí, este tío sí que me gusta —dijo, sonriente.

—Estupendo, porque sospecho que va a ser el que esta noche mate a Kid Bourbon en tu nombre —repuso Gaius.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que Kid va a morir esta noche?

—Me he ocupado de que así sea, querida. Esta noche morirán Kid y su cómplice, Dante Vittori, y también ese monje de Hubal.

—No dejas de repetirlo, pero ¿cómo lo sabes?

—Lo sé, querida, porque mientras tú te has pasado estos meses durmiendo, yo he estado viajando. He trasladado a otro sitio mi antiguo libro, el *Libro de la Muerte.* Ahora figuran en él los tres, con sus nombres. Morirán esta noche. La única incógnita es el modo y, quizás, a manos de quién.

A Jessica se le descolgó la mandíbula. Dio la impresión de estar a punto de abrazar a su padre, de tan contenta que estaba.

—¿Me permites que a uno de ellos lo mate yo? —solicitó. Gaius negó muy despacio con la cabeza y sonrió. Tenía una hija de lo más malvada, y la amaba por eso.

—Voy a decirte una cosa. Puedes encargarte del monje. Si lo matas antes de que nadie le ponga la mano encima, puedes recuperar mi Ojo, que él lleva al cuello. Si haces eso, te dejaré que elijas tú misma a tu marido. ¿Qué te parece?

—Oh, es un trato justo, padre.

—Estupendo. —Gaius introdujo un dedo por detrás de las gafas de sol y dio unos golpecitos a la esmeralda que llevaba en el lugar del ojo—. Cuanto antes pueda librarme de este ojo verde de mierda y recuperar mi Ojo de verdad, antes quedaremos libres paras siempre de la luz del día. Y entonces serán los no muertos quienes gobiernen el mundo. Y yo seré todopoderoso otra vez.



Cincuenta y Dos

Randy Benson llegó a la comisaría de policía sin albergar la menor duda de que iba a encontrarse un rastro de cadáveres que lo llevaría hasta el sótano. Pero en cambio sólo encontró uno. Francis Bloem (al que le faltaba parte de la cabeza) fue la única víctima con que se topó. La verdad es que nunca le había caído bien aquel tipo. No representaba un problema.

Sin embargo, el rastro de sangre no terminaba en Bloem. Halló una hilera intermitente de salpicaduras que conducía hacia los ascensores situados al fondo. Fue hacia allí con cautela, alerta a cualquier emboscada que pudieran tenderle. El ascensor del centro lo estaba esperando, con las puertas abiertas. Reparó en que las paredes de la cabina estaban cubiertas de sangre y de algo que a todas luces era mierda. Y que olía a mierda. Porque era mierda. Y además reciente.

No sintió necesidad alguna de entrar en aquel pestilente ascensor. «¿Cómo podría llegar hasta el Grial? —caviló—. Kid Bourbon no es idiota. Es muy posible que me tenga preparada una trampa. Pero el que tiene una cuenta pendiente es él. Sabe que estoy aquí. Seguirle la pista hasta el sótano sería una ingenuidad. Lo único que tengo que hacer es esperar.»

Su desarrollado instinto de conservación le había servido bien a lo largo de los años. Había salido ileso de todas las redadas de drogas y de los tiroteos en que había tomado parte, gracias a la costumbre que tenía de quedarse siempre rezagado, y por lo general oculto en algún sitio. Kid Bourbon sabría que había venido a buscar el cáliz de oro, estaba cada vez más convencido de ello. Pero Kid lo quería muerto y probablemente estaría deseando matarlo, de manera que si esperaba lo suficiente, su enemigo vendría a él.

Y estaba en lo cierto. Tras una espera de unos diez segundos, se cerraron las puertas del ascensor destrozado. Momentos después, Benson vio en el indicador que la cabina había llegado al sótano. Se oyó algo de ruido allá abajo, y seguidamente volvió a entrar en acción la maquinaria y el ascensor comenzó a subir de nuevo a la planta baja, donde estaba aguardando él. El pánico y la expectación que lo invadían permitieron que sus colmillos de vampiro crecieran hasta alcanzar su máxima longitud y que su piel comenzara a endurecerse al tiempo que se le abultaban las venas previendo ya el inminente derramamiento de sangre. De modo que esperó,

con una pistola automática apuntada a las puertas, preparado y deseoso de que éstas se abrieran.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Allí, de pie ante él, apareció la figura encapuchada que estaba esperando ver. Como siempre, la capucha le ocultaba buena parte del rostro. El hombre permaneció inmóvil en el centro mismo de la cabina, teniendo a su espalda el espejo casi cubierto totalmente de sangre. Ya se había derramado una gran cantidad de sangre dentro de aquel ascensor, pero no importaba; Benson estaba dispuesto. Se había arrodillado, por si acaso aparecía Kid disparando. Y sucedió exactamente tal como había previsto. «Dios, qué bueno soy», se dijo.

Sosteniendo la pistola a la distancia de un brazo, disparó dos veces primero, y después otras dos más, sin interrupción, al interior del ascensor.

Los cuatro certeros tiros se hundieron en el centro mismo del pecho de su objetivo, provocando una rociada de sangre que incluso llegó a alcanzar a Benson. Éste contempló, con horrible satisfacción, cómo su enemigo encapuchado se derrumbaba en el suelo y chocaba de espaldas contra el espejo de la pared que tenía detrás. Se vio a las claras que, debajo de la capucha, jadeaba en el afán de respirar.

Benson, emocionado, tampoco era capaz de controlar su propia respiración. Se sentía igual que si acabara de correr un kilómetro esprintando. El corazón le latía con fuerza, y estaba experimentando una gran descarga de adrenalina. ¿De verdad había logrado hacer lo que tantos otros habían intentado sin conseguirlo? ¿De verdad había herido fatalmente al personaje más buscado de todo Santa Mondega?

Eufórico, aquel policía corrupto que además era el jefe de los vampiros se acercó cautelosamente a las puertas abiertas del ascensor. En el suelo yacía inmóvil el cuerpo del encapuchado, cubierto de sangre. Tan sólo se le movía el pecho, que subía y bajaba de forma errática porque aún respiraba. Incluso asfixiándose. Benson entró en la cabina y contempló a su agonizante víctima a la vez que apuntaba con la pistola al rostro de la misma, que lo miraba desde debajo de la capucha.

—La verdad es que esperaba que fueras más difícil de abatir—comentó. Su enemigo, aquel Kid Bourbon del que tanto había oído hablar, después de todo era un ser mortal—. Esto ha resultado demasiado fácil. Tu hermanito el retrasado mental, que no dejaba de chillar, ofreció más resistencia que tú. Más que Kid Bourbon eres Kid Batido de Fresa.

Durante un segundo, Benson reflexionó sobre lo que acababa de decir. «La verdad es que esto ha sido demasiado fácil. Aquí está pasando algo. Pero no hay tiempo para averiguar qué es. Así que pega un tiro en la cara a este tío y acaba de una vez.»

¡ZAS!

Algo le cayó encima de la cabeza a Benson. Algo contundente. Que vino de arriba. Y estaba muy caliente. Oyó un siseo, y a continuación, fuera lo que fuese aquello,

resbaló y se desplomó en el suelo, a su lado. Era un libro.

El libro.

El que no tenía nombre.

Alguien se lo había arrojado encima a través de la trampilla del techo, y el efecto que tuvo fue que se le derritió el cabello. Se llevó una mano a la coronilla para apagar las llamas que le estaban consumiendo el pelo. Seguidamente, al levantar la cabeza para ver de dónde había salido aquel libro, recibió en toda la cara una patada que le propinaron con una bota de cuero negro. Después apareció un individuo vestido totalmente de uniforme de policía que se descolgó por la trampilla y saltó al suelo del ascensor.

Benson estaba atónito. ¿Quién era aquel tipo? Pero antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, y mucho menos de averiguarlo, el policía le dio otra patada de lleno en la entrepierna que le hizo doblarse de dolor. Lo siguiente que vio fue que las puertas del ascensor se habían cerrado y que una vez más se movían hacia abajo. Y que todavía le ardía la cabeza. Tenía la misma sensación que si le estuvieran aplastando el cuero cabelludo contra un hierro al rojo vivo del que no pudiera apartarse. Su único consuelo fue que las llamas parecían haberse apagado.

El encapuchado derrumbado en el suelo respiraba todavía, aunque ya no se asfixiaba. Más le preocupaba a Benson la actitud agresiva del policía uniformado que tenía ante sí, dentro del reducido espacio de la cabina. El agente, un joven de veintitantos años y cabello oscuro, vestía un uniforme de policía estándar, de color azul, cubierto de sangre y de heces. Y tenía en la cara la misma expresión que si estuviera a punto de arrancarse a correr para lanzar un penalti. Lo que estaba haciendo en realidad era preparar el pie derecho para propinarle otra patada en los huevos a Benson. Antes de que éste pudiera reaccionar, le atizó un segundo puntapié, con más fuerza, que lo arrojó contra la pared lateral de la cabina. Esta vez perdió el equilibrio, y lo único que impidió que se golpeara el culo contra el suelo fue *El libro sin nombre,* sobre el que fue a caer sentado.

—¡joder! ¡ay!

Al momento se le prendió fuego en las posaderas. Se incorporó de un salto e intentó apagar las llamas que le estaban quemando el pantalón. Pero su agresor no había terminado aún. Ni mucho menos. Había vuelto a adoptar la postura de chutar un penalti, y antes de que Benson pudiera calmarse le sacudió otra fuerte patada en la entrepierna. Esta vez, el dolor fue más insoportable y sintió que los testículos se le habían trasladado a otra zona, más cerca del estómago. Fatalmente debilitado por el libro, con ganas de vomitar de un momento a otro y totalmente falto de respiración, el vampiro detective se desplomó de bruces a los pies de su agresor.

—¡Mierda! ¡Para ya de una vez, joder! —dijo entre náuseas, intentando con todas sus fuerzas que lo que tenía en el estómago no le subiera a la garganta.

Entonces llegó el momento que más temía. El ascensor se detuvo, y cuando se abrieron las puertas apareció otro hombre. Vestía un pantalón de combate de color oscuro y una camiseta blanca sin mangas, y Benson advirtió que tenía una expresión de profundo cabreo. Había estado aguardando pacientemente en el vestuario a que llegara él, y, sin perder un segundo, lo agarró por lo que le quedaba de la mata de pelo canoso que anteriormente estaba grasiento pero que ahora se veía chamuscado.

Benson, igual que si fuera el cadáver de un animal en un matadero, fue arrastrado por el suelo del vestuario, deslizándose sobre las lisas baldosas de vinilo gris. La escena no difería mucho de la ocasión, todavía reciente, en que él y sus amigotes, entre risas, arrojaron sobre aquellas mismas baldosas a un joven aterrorizado de nombre Casper, mientras se preparaban para hacer una carnicería con él. Benson, arrastrando la cara por el suelo, fue a chocar de frente contra la pared que había metro y medio más adelante.

¡CRAC! El encontronazo contra la pared de hormigón produjo un crujido enfermizo. Benson sintió un temblor en las encías, y luego vio con horror dos incisivos y un chorro de sangre que salían volando por encima de su cabeza. Ay. Aquello sí que dolió. No se pareció al dolor que provocan los dentistas, a no ser que éstos se nieguen a ponerle a uno anestesia, le prendan fuego al pelo y al culo y después le pateen los huevos unas cuantas veces antes de arrancarle los dientes.

Benson buscó las fuerzas necesarias para rodar hacia un costado y conseguir mirar a su agresor. El tipo musculoso de la camiseta sin mangas que lo había sacado a rastras del ascensor y lo había lanzado con tanta violencia por el suelo era el que más miedo le inspiraba de todos. Miró a Benson con un profundo desprecio y le habló despacio y con decisión:

—Cuando éramos pequeños —empezó—, la gente decía que mi hermano y yo nos parecíamos tanto físicamente que nadie diría que éramos de distinto padre. Claro que al hablar era cuando se notaba quién era quién. Mi hermano era lo que se dice una persona simple, un chico inocente y confiado capaz de hacer lo que fuera por los demás, si creía que de aquel modo iba a caerles bien. Mucha gente se aprovechó de eso, y de pequeño yo pasé mucho tiempo velando por él cada vez que un hijoputa le hacía algo.

Calló unos instantes y volvió la vista hacia el cuarto secreto, sumido en sus pensamientos.

—Durante toda mi vida —prosiguió por fin— he tenido que oír llorar a mi hermano cuando alguien se metía con él. Le oía llorar incluso estando a miles de kilómetros, de tan fuerte que era el vínculo que nos unía a los dos. Pero lo que le hiciste tú, jodido pervertido, lo oí segundo a segundo y con toda claridad. Le oí suplicar clemencia, le oí llamarme a gritos, pidiéndome que acudiera a salvarle. Y le oí gemir de dolor, suplicarte a ti y a los hijoputas de tus colegas que lo dejaseis en paz. Y es algo que voy a seguir oyendo durante el resto de mi vida. Lo único que

puedo hacer para amortiguarlo es oír los gritos de quienes lo asesinaron, unos pocos aquí y otros pocos allí. Y tú eres el último. De modo que tus gritos van a tener que durar un ratito.

El hombre que se erguía sobre él, vestido con una camiseta sin mangas salpicada de sangre, musculoso, bronceado y tonificado, era Kid Bourbon. Aquello estaba más claro que el agua.

Benson se tragó un cuajaron de sangre junto con varios grumos de vómito que le habían subido a la boca. No quería mirar a Kid a los ojos; estaba probando en sus propias carnes el dolor y el miedo que sus amigos y él habían infligido a su hermano. La verdad era que no sabía hacia dónde mirar, pero cuando se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas captó un movimiento dentro del ascensor. El encapuchado al que había metido cuatro balas en el cuerpo, el que había tomado por Kid Bourbon, se había puesto en pie y se había retirado la capucha.

—¿Chip? —susurró Benson, estupefacto, provocando que le cayera un hilo de sangre por la barbilla. Reconoció al miembro más reciente de los Terrores, de una visita que había hecho hacía poco al Abrevadero. Luego miró al policía que acompañaba a Chip, el que le había pateado repetidamente los testículos, pero no le resultó en absoluto una cara familiar, porque Benson no conocía a Dante. Su principal preocupación era el rostro que ahora lo miraba fijamente a él. Aquél sí que lo conocía bien. Lo conocía de sobra.

—¿Déjà-Vu?

—¿Alguna vez has tenido la sensación de haber estado aquí en otra ocasión? —preguntó Kid—. Sólo que en esa ocasión no eras tú el que recibía.

Benson se tragó otra pequeña cantidad de vómito que acababa de subirle a la boca en aquel momento.

—¡Ay, Dios! No fue idea mía, lo juro. Yo intenté ser compasivo.

Kid Bourbon se inclinó sobre su enemigo, que en aquellos momentos era presa del pánico.

—La última vez que me llamó mi hermano oí cómo lo torturabais durante cinco minutos y veinticinco segundos, hasta que por fin murió.

A la derecha de Kid, Benson vio moverse la figura de Peto con sus rastas. Todavía llevaba puesto el largo gabán de Kid, y se lo estaba abriendo como si fuera a quitárselo. De inmediato se hicieron evidentes dos cosas. La primera fue que las cuatro heridas de bala que tenía en el pecho estaban curándose rápidamente, gracias a la piedra azul que le colgaba del cuello. La segunda, y más preocupante para Benson, fue que el forro interior del gabán guardaba una plétora de instrumentos afilados de diversos tamaños y formas.

Peto se acercó a Kid, el cual apartó un momento la mirada de la patética y

maltrecha figura de Randy Benson. En el interior del gabán había un arma que Peto había reservado especialmente para aquel momento, una bayoneta estilo M3 con empuñadura de madera. La extrajo del estrecho bolsillo que casi alcanzaba a ocultarla por completo y se volvió hacia su víctima. Aquella hoja sería sólo la primera de las muchas que pensaba utilizar para torturar y finalmente dar muerte a Randy Benson.

Kid Bourbon, con el semblante casi vacío de toda clase de emoción, alargó el brazo y agarró a Benson por el pelo.

—Ese idiota amigo tuyo, Igor, ha cantado y me ha dicho exactamente todo lo que hicisteis. Tengo entendido que la cosa empezó con cortar una mano a la altura de la muñeca.

—¡Eso lo hizo Hunter! ¡No fui yo!

—Como si me importara una mierda.

—Es verdad, lo juro. Yo les rogué a los otros que dejaran en paz al chico. Comprendí que no estaba bien.

—Admite lo que hiciste.

—Yo no hice nada, lo juro. —Benson intentaba escaquearse con todas sus fuerzas, pero no funcionaba. Tan sólo iba a servirle para dejar este mundo sin conservar el menor vestigio de dignidad ni respeto por sí mismo.

—¿Entonces eres inocente?

—¡Sí, sí! Soy inocente, lo juro.

Kid volvió la vista hacia la hoja de la bayoneta y contempló su rostro reflejado en la misma.

—Así que eres inocente, ¿no? ¿Sabes una cosa? Mi hermano también era inocente. Y existen muchas maneras de torturar a un completo inocente en cinco minutos y veinticinco segundos. Vamos a repasarlas juntos. Cuando lleguemos a una que te venga a la memoria de cuando matasteis a mi hermano, me la dices a gritos.

Cincuenta y Tres

Fueron muchas las veces en que Dante tuvo que mirar hacia otro lado durante la tortura y la ejecución del detective Randy Benson. No le cupo duda de que fue una operación cruel, asquerosa y desagradable, por no decir más.

Peto y él habían abrigado la esperanza de no tener que pringarse demasiado en aquel asunto, pero una vez que Kid se hubo servido de la bayoneta para cortarle a Benson la mano a la altura de la muñeca, su participación resultó esencial. Siguiendo las instrucciones de Kid, tumbaron a Benson de espaldas mientras él se cobraba venganza. Mientras el vampiro profería alaridos, empezó por arrancarle los párpados con un cuchillo pequeño, para cerciorarse de que pudiera ver todo lo que se le hiciera a continuación. Desde el principio mismo empezó a correr la sangre, y Dante volvió la cabeza cuando la cuchilla se empleó a continuación para cortar los labios de la víctima. Volvió a mirar ocasionalmente, cuando notó algún cambio en la forma de gritar de Benson, pero probablemente se perdió la mitad de lo ocurrido. Estaba claro que le habían rebanado los pezones, pero la peor parte que presenció Dante fue la extirpación de las uñas de la mano que le quedaba al vampiro. Kid introdujo un cuchillo por debajo y las arrancó de un tirón. Seguidamente le tocó el turno al ombligo. A aquellas alturas, ya era obvio que Kid estaba centrando la atención en la zona de la cintura de Benson para abajo. A partir de aquel momento, los chillidos de dolor que lanzaba éste obligaron a Dante y a Peto a mirar hacia otra parte.

Dante sabía que Benson era malvado, vampiro y demás, pero lo que le había hecho al hermano de Kid, fuera lo que fuese, seguro que no justificaba el infame y repugnante castigo que se le estaba infligiendo. ¿O sí? A Dante le caía bien Kid Bourbon, todo lo bien que puede caer un individuo capaz de matar en cualquier momento y sin ninguna razón, y que probablemente había quitado la vida a muchísimas personas que no se lo merecían. Personas que tenían una familia. Pero cada vez tenía más ganas de largarse de allí y rescatar a Kacy de los del Servicio Secreto. No le gustaba nada la idea de que llevara tanto tiempo a solas con Swann y Valdez. En especial con Swann. ¿Qué estaría haciendo con ella aquel saco de escoria mientras él le hacía el trabajo sucio? A lo mejor, lo de llevarla a cenar y emborracharla aquella noche fue sólo la primera parte de algún sórdido plan que tenía por fin seducirla. Así y todo, se dijo esperanzado, ya no iba a tardar mucho en presentarse con la caballería para llevarse a su chica de allí.

La existencia de muerto viviente del detective Randy Benson finalmente tocó a su fin cuando transcurrieron los cinco minutos y veinticinco segundos de puro infierno que le había prometido Kid. En los treinta últimos segundos Kid no utilizó más armas que sus propios puños, que se estrellaron una y otra vez contra la cara de su víctima hasta convertirla en una masa informe. El último acto llegó cuando Peto, siguiendo instrucciones de Kid, estampó *El libro sin nombre* contra el pecho del vampiro. Todos contemplaron cómo se prendía fuego en su maltrecho cuerpo y se transformaba en humo y finalmente en cenizas. Los chillidos fueron reemplazados por suspiros de alivio cuando se fueron consumiendo los últimos momentos de su existencia en la tierra.

Ahora que su misión parecía haberse cumplido, Dante y Peto estaban deseosos de marcharse de allí. Era absurdo quedarse en una comisaría cuando uno era un asesino de policías buscado por la justicia, ¿no?

Peto había recuperado del bolsillo de la chaqueta de Benson una bolsa de plástico sellada que contenía sangre. Dicha prenda había sido arrojada a un lado junto con el resto de su ropa, mientras tenía lugar su prolongada ejecución a manos de Kid.

—¿Qué quieres hacer con esto? —preguntó al torturador, el cual, con cara de agotamiento, se había quitado la camiseta blanca y la estaba usando para limpiar los diversos cuchillos y demás herramientas que había manchado de sangre para acabar con Randy Benson.

—¿Qué es? —inquirió Kid.

—Una bolsa de sangre, por lo que parece. De las que se usan para las transfusiones y cosas así.

—A la mierda. Déjala por ahí.

—¿Y si es importante?

—Vale, pues llévatela a casa y métela en el congelador, si quieres.

Peto hizo caso y tiró la bolsa de sangre al suelo. Ésta aterrizó con un ruido sordo y rebotó una vez, y a continuación resbaló sobre las baldosas y terminó desapareciendo debajo de uno de los alargados bancos de madera que estaban apoyados contra la pared, detrás de una hilera de taquillas.

—Bueno, y ahora, ¿qué? —preguntó el monje.

Kid no le hizo caso y se encaminó hacia el cuarto secreto. El cáliz dorado refulgía en el centro de la antigua mesa de madera que había dentro. Kid lo cogió y se lo lanzó a Peto, el cual lo atrapó con una sola mano.

—¿Qué se supone que he de hacer con esto? —preguntó el monje rastafari.

—Llévate el cáliz y *El libro sin nombre* a donde no los pueda encontrar nadie. Entiérralos en alguna parte. Ya puestos, ¿por qué no te vuelves a Hubal con ellos? Allí es donde deberían estar guardados el Ojo de la Luna, el Santo Grial y toda esa

mierda. Es el sitio en el que deben estar, y también en el que debes estar tú.

Peto se encendió. No le gustó que le hablasen de aquella forma, ni Kid ni nadie. Había luchado mucho para encajar en Santa Mondega, y no le hizo ninguna gracia la insinuación de que no era su sitio.

—Así que, según tú, debería regresar a Hubal, ¿no?

—Sí.

—¿La isla de Hubal, la que actualmente está deshabitada porque hace un año se dejó caer por allí un individuo —miró furioso a Kid— que mató a todos los monjes?

—Sí, esa Hubal.

—Ya, pues seré yo quien decida adonde coño he de irme, gracias. No necesito que tú me des una opinión de lo más barata e inútil. Además, cuando llegamos aquí estaba lloviendo a mares. No puedo irme llevando encima ese mamotreto de libro con la tromba que está cayendo.

—Pues guárdalo en una de esas taquillas y vuelve a buscarlo mañana, cuando haya escampado. Peto lanzó un profundo suspiro.

—¿Cómo es posible que conquistaras Hubal? ¿Alguna vez reflexionas sobre las cosas? Ese libro es valiosísimo. Es capaz de matar a los vampiros más feroces, por Dios.

—Sí, pero el que acabamos de matar era el nuevo jefe de los vampiros. Ese libro ya no sirve para nada. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que hayamos matado a este tipo. Cuando tú le estampaste el libro contra el pecho, ya estaba prácticamente muerto.

—Sí, pero así y todo…

Dante, cansado de la discusión, recogió *El libro sin nombre* de encima de las chamuscadas cenizas de Randy Benson. Se fue con él hasta las taquillas que había en la otra pared y lo guardó en la que tenía el número 65, situada en la fila de arriba de todas. Los otros dos observaron la maniobra, ligeramente desilusionados de que la trifulca hubiera terminado.

—Muy bien. ¿Estamos listos? —preguntó Dante.

—Yo, sí —respondió Kid Bourbon encogiéndose de hombros.

—Esperad, una cosa más —dijo Peto, y señaló al asesino, que estaba desnudo de cintura para arriba—. ¿Todavía quieres que te preste la piedra azul que llevo al cuello mientras hay luna llena, o qué?

—Sí. Sí que quiero. Vamos a hacerlo fuera —repuso Kid. Recogió su gabán y se lo echó sobre un brazo, y la camiseta manchada de sangre la metió en un bolsillo interior de dicha prenda. Después, dejando a Dante a un costado, se encaminó hacia el ascensor.

Dante carraspeó. Había llegado el momento de recordar a los otros un asunto que para él era de suma importancia.

—Esto… no se os habrá olvidado que vamos a rescatar a mi novia, ¿verdad?

Kid lanzó un suspiro.

—Por supuesto. Pero déjame que utilice esa piedra para librarme de estos impulsos de vampiro que tengo, porque en este momento me están entrando ganas de arrearle un mordisco a ese gilipollas de ahí —indicó con la cabeza a Peto—. ¿Vienes con nosotros, monje?

Peto se encogió de hombros.

—Sí. Pero ten clara una cosa: si voy, es sólo para prestarte la piedra. Nada más terminar con ella, me la devuelves.

Los tres se metieron en el inmundo ascensor y se dirigieron a la planta de la calle. Dante estaba más empeñado que nunca en recuperar a Kacy. Su chica lo necesitaba, y él necesitaba estar otra vez con la mujer que amaba.

La cual, dado el actual estado de cosas, probablemente era la única persona cuerda que conocía.



Cincuenta y Cuatro

Sánchez estaba bastante cabreado, incluso teniendo en cuenta el cabreo que era habitual en él. Había tenido un día de mierda, con la reaparición de Kid Bourbon y la excursión que había hecho hasta el otro extremo de la ciudad para acudir a la biblioteca. Y encima ahora, después de haber recogido el Tapioca y de haberlo limpiado de arriba abajo, después de haber lavado la sangre de las paredes y de haberle dicho a Sally que podía irse a casa, acababan de entrar cuatro puñeteros clientes.

El rechoncho camarero no estaba de humor para servir a nadie, pero tampoco deseaba que estuviera presente Sally, por si se presentaba algún policía. No había necesidad de que la chica hiciera declaraciones de ningún tipo que pudieran traerle problemas a él. Naturalmente, no había venido ningún poli a tomar declaración, ni huellas dactilares ni nada. Lo que lo tenía cabreado por encima de todo era que estaba deseando disfrutar de un poco de paz y tranquilidad para poder echar un vistazo al *Libro de la Muerte.* En particular, quería repasar los nombres que aparecían escritos bajo la fecha del día siguiente.

De modo que allí estaba ahora, con el bar más o menos limpio otra vez y con cuatro clientes sentados en cuatro banquetas de la barra. Y además tenían pinta de ser tipos duros. Pero no los duros que se veían normalmente por allí; éstos eran militares, Sánchez los caló en cuanto entraron en el local. Traían unos andares chulescos y una actitud que habrían intimidado a la mayoría de los demás clientes, si es que hubiera alguno. Su presencia bastó para que Sánchez decidiera poner el *Libro de la Muerte* a buen recaudo debajo de la barra.

Nada más entrar, los militares ya actuaron de forma extraña. Uno de ellos fue directo hacia la barra, mientras que los otros tres se quedaban atrás unos instantes, recorriendo con la mirada los rincones del local; era muy obvio que buscaban algún peligro potencial que pudiera estar acechando en las sombras.

De hecho, Sánchez reconoció a uno de ellos: era un antiguo residente de Santa Mondega, aunque se había ido de allí siendo mucho más joven. Se llamaba Toro y era el líder del grupo. El grupo, si lo hubiera sabido Sánchez, era la Compañía de las Sombras, un equipo de soldados de altas condecoraciones que estaban especializados en llevar a cabo operaciones clandestinas detrás de las líneas enemigas. Sin embargo, en los ratos de bien merecido descanso se los podía contratar para cualquier tarea

dura o de rescate, siempre que el precio fuera el adecuado. Los cuatro eran sumamente leales unos a otros. Y dicha lealtad era la principal razón por la que se encontraban en Santa Mondega. Tenían un trabajo especial que realizar.

Un trabajo por el que no iban a cobrar.

Una misión de venganza, que Toro llevaba muchos años esperando.

Y esta noche era la noche.

Los cuatro iban vestidos con guerreras de combate a juego, pantalón negro, cinturón marrón, camiseta negra ajustada, gafas de sol de cristales muy oscuros y botas negras de asalto. Al parecer, ninguno llevaba nada para cubrirse la cabeza. Lo que los distinguía entre sí era la diversidad de estilos del cuello para arriba. Toro llevaba el cabello, de color negro carbón, cortado a lo militar, plano en la coronilla. Tomó asiento al final de la barra mascando un grueso puro cubano.

A su derecha se acomodó Silvinho, un individuo claramente excéntrico. Llevaba casi toda la cabeza rapada al cero, a excepción de un penacho de indio *mohawk* en el medio, de diez centímetros de alto y color rosa intenso, que ondeaba de proa a popa. Además, lucía un distintivo tatuaje en forma de lágrima bajo el ojo izquierdo y llevaba un fino aro de oro en la aleta derecha de la nariz.

El hombre que se sentó a su lado era Navaja, cuyo corte de pelo al uno aparecía eclipsado por una cicatriz en diagonal que le cruzaba la cara partiendo justo encima del ojo derecho, atravesándole la nariz y terminando en la comisura izquierda de la boca. Se la había hecho muchos años atrás, en una pelea a muerte con un terrorista que blandía una espada de samurai.

El último hombre, el que se sentó más lejos de Toro pero más cerca de Sánchez, que estaba de pie detrás de la barra, era Tex. Con su metro noventa y siete de estatura y su tremenda corpulencia, era un verdadero gigante. Llevaba una melena negra y grasienta que le llegaba al hombro y una perilla que le sobresalía varios centímetros del mentón. Pero aunque Tex era el más grande de los cuatro, resultaba difícil escoger a uno u otro. Silvinho era el más bajo, ya que sólo medía uno ochenta y cinco, aunque contando el penacho de indio llegaba a uno noventa y cinco.

Cada uno de los cuatro soldados tenía una jarra de cerveza delante. Cuando Toro bebía un sorbo de la suya, los otros tres hacían lo mismo. Se notaba a las claras que era él quien marcaba el paso, y los vasos de los demás nunca estaban menos llenos que el suyo. El era el primero en terminarse la bebida, y a continuación se la terminaban los otros miembros del grupo. Todos iban ya por el segundo cigarro del día. Una vez más, cuando Toro prendió el suyo, los otros hicieron lo mismo.

Para disgusto de Sánchez, llevaban más de media hora sin pronunciar palabra. Toro había pedido las cervezas y a continuación los cuatro se habían sentado en silencio, con la vista al frente. Normalmente aquello habría hecho cagarse de miedo a Sánchez, pero dados los sucesos de aquel día, y habiendo sobrevivido a la masacre

de Kid Bourbon, ya tenía superado lo de ensuciarse los pantalones en público.

Con el asqueroso tiempo que hacía y siendo Halloween, no había nadie paseando por la calle ni asomando la cabeza por la puerta del Tapioca para ver si éste se encontraba abierto. Es decir, hasta que entró en el local una mujer que no venía acompañada. Tenía los movimientos y la figura de una mujer de veintipocos años, pero el gesto de cansancio que se le apreciaba en la cara sugería que podía tener bastantes más. Tenía una melena castaña que no parecía estar mojada, aunque el resto de su persona aparecía empapada hasta los huesos. Vestía una falda azul oscuro que le tapaba las piernas hasta los tobillos, pero que no había impedido que se le mojaran. Sánchez se fijó en que la sudadera, también azul, tenía una capucha a la espalda; era evidente que se la había echado por la cabeza para no mojarse el pelo pero que había tenido la inteligencia de quitársela antes de entrar en el bar.

Aunque a Sánchez no le gustaba demasiado aquella mujer, que tenía un pasado más bien colorido y una desfiguración en la cara hacía que resultase difícil hablar con ella sin mirársela, decidió darle la bienvenida (en la medida en que él era capaz de lograr que alguien se sintiera bienvenido), simplemente porque estaba empezando a sentirse irritado por aquella ausencia de conversación.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

—Zumo de naranja, por favor, Sánchez —respondió la chica.

—Lo siento. El natural se me ha acabado.

—Pues entonces un zumo de piña, por favor.

—También se me ha acabado el natural.

—Oh. Vale, ¿qué refrescos tienes?

—Natural, ninguno.

—¿Agua?

—Por supuesto. Pero sale un poco amarilla.

—En ese caso, paso, gracias. —Tomó asiento en una banqueta al lado de Tex—. ¿Te importa que me quede aquí un rato, hasta que la lluvia amaine un poco?

Los cuatro soldados no le prestaron la menor atención, pero Sánchez le sonrió.

—En absoluto, siempre que cumplas la ley del tabaco.

—No hay problema —contestó ella con otra sonrisa educada—. No fumo.

—Entonces tienes que irte. El Tapioca es un local sólo para fumadores. Está prohibido no fumar.

La mujer recorrió con la mirada a los cuatro hombres que se hallaban sentados a su izquierda. Todos tenían la vista al frente y daban caladas a gruesos cigarros puros.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Muy en serio —respondió Sánchez.

—¿De verdad?

—De verdad. Vas a tener que ponerte a fumar, o marcharte.

En eso, Tex se volvió hacia la recién llegada y le echó una nube de humo a la cara. Acto seguido la miró de arriba abajo, luego la miró fijamente a los ojos y le dijo con un fuerte acento sureño:

—Siga el consejo, señora.

La mujer se levantó de la baqueta y se cubrió la cabeza con la capucha. Seguidamente, lanzó una mirada de decepción a Sánchez y salió del bar.

Sánchez vio la oportunidad de aligerar el estado de ánimo con aquellos cuatros clientes.

—Una tía rara, ¿no? —comentó, con la esperanza de provocar alguna reacción en alguno de los militares. Todos lo ignoraron, pero él continuó de todas formas—: Es Beth *la Chiflada,* así es como la llaman.

Toro, que se encontraba en un extremo de la barra, volvió la cabeza y clavó la mirada en Sánchez. Su intención era la de sugerirle que cerrase el pico, pero el curtido camarero aficionado a servir bebidas de dudoso origen interpretó dicho gesto como una señal de interés y prosiguió con el relato.

Se volvió loca cuando era adolescente, porque su madre no le permitió que se viera con un chico. Una noche de Halloween mató a su madre a sangre fría. Le rebanó el cuello de oreja a oreja.

Silvinho, el del penacho de color rosa, que estaba sentado a continuación de Toro, se volvió hacia Sánchez como si aquella historia hubiera despertado su interés.

—¿De dónde a dónde?

—De oreja a oreja —respondió Sánchez, y se pasó un dedo por la garganta para representar un tajo imaginario que abarcaba desde un oído hasta el otro.

—¿De dónde a dónde?

—De oreja a… ¡Venga, corta el rollo!

Sánchez vio que el penacho rosa del *mohawk* temblaba levemente, y comprendió que estaba burlándose y riéndose de él para sus adentros. En cambio, aquello consiguió aligerar un poco el ambiente. De la actitud casi propia de un estado de trance que mostraban anteriormente los cuatro militares, pasaron a intercambiarse sonrisitas y miradas de complicidad.

—Termina la puta historia, camarero —exclamó Toro desde el final de la barra. Aquella historia incluía derramamiento de sangre, de manera que no pudieron evitar sentir un poco de interés.

—Pues Beth mató a su madre rajándole el cuello de oreja a oreja.

—¿De dónde a dónde? —corearon los cuatro a la vez.

—Ja, ja. En fin, que la madre no le permitió que aquella noche se viera con aquel chico al final del embarcadero. Y entonces se volvió loca, porque le había prometido al chico en cuestión que acudiría allí a determinada hora, y ciega de rabia mató a su madre. Luego, la muy tonta regresó al embarcadero, y resultó que el chico no estaba. No llegó a presentarse. Entonces la detuvieron y pasó diez años en la cárcel, por asesinato. Desde entonces viene por aquí todas las noches de Halloween y espera al final del embarcadero hasta que finaliza la hora de las brujas, con la esperanza de ver aparecer a aquel chico. Por eso todo el mundo la llama Beth *la Chiflada.* Supongo que seguramente el chico pensó que estaba loca y se largó. De todas formas, físicamente no está nada mal.

—Yo me la tiraría —anunció Tex.

—Pero esa cicatriz que tiene echa un poco para atrás, ¿no? —apuntó Navaja. Los otros tres miembros de la Compañía de las Sombras guardaron silencio durante unos momentos y después afirmaron con la cabeza.

—Me acuerdo de haber leído esa historia en los periódicos

—dijo Toro como si hablara consigo mismo—. Hoy hace dieciocho años. Fue la misma noche en que asesinaron a mi padre.

Sánchez percibió que el ambiente había vuelto a agriarse. ¡Mierda! ¿Qué podría hacer él para evitar que regresara el horrible e incómodo silencio de antes? Se imponía hacer un comentario ingenioso.

—Pues le rajó el cuello a su madre de oreja a oreja —bromeó, repitiendo el gesto de rebanar.

Pero resultó inoportuno. Los cuatro militares movieron la cabeza negativamente para indicar que aquello ya no tenía gracia. Y después, como si fuera algo programado, todos volvieron a mirar al frente, fríos e inexpresivos cual estatuas.

Pero esta vez, aquel incómodo silencio no duró mucho. Había transcurrido menos de un minuto cuando sonó el móvil de Toro, tan repentino que Sánchez brincó visiblemente, Sin embargo, ninguno le prestó atención. Toro se apresuró a sacarse el móvil del bolsillo del pantalón y contestó al segundo timbrazo.

—Sí, soy Toro… Entendido… Gracias. Luego desconectó el teléfono, volvió a guardárselo en el bolsillo y se levantó de la banqueta.

—Llegó el momento, tíos. Lo tenemos.



Cincuenta y Cinco

Dante, Peto y Kid Bourbon salieron de la comisaría sin tener que matar a nadie más, lo cual fue una cortesía, pensó Dante. Era evidente que se había esparcido el rumor de que había regresado Kid y de que estaba matando por diversión y, mira tú por dónde, también por razones personales, para variar. El hombre más buscado de todo Santa Mondega volvía a vestir su gabán oscuro. La capucha del mismo le colgaba alrededor de los hombros y por una vez dejaba ver el rostro y el pelo. Dante y Peto apenas iban mejor vestidos que él, con los uniformes de policía manchados de heces y sangre.

El Interceptor V8 de color negro seguía estacionado donde lo había dejado Kid, a unos cincuenta metros de la comisaría. A aquella hora las calles estaban oscuras y desiertas, en parte porque nadie quería andar por ahí existiendo la posibilidad de que lo matasen de un balazo sin razón alguna, y en parte porque la lluvia estaba arreciando bastante. Varias cestas que colgaban a la puerta de una floristería ubicada al otro lado de la calle se agitaban violentamente en el vendaval. Muchas de las plantas y de la tierra que contenían dichas cestas estaban desapareciendo calle abajo, sumándose a la basura habitual formada por periódicos viejos y envoltorios de comida, todo arrastrado por la calzada y las aceras mojadas en dirección al centro de la ciudad. De tanto en tanto, la luna, llena y azulada, se asomaba entre los nubarrones de lluvia que recorrían el cielo a toda prisa. Pero así y todo seguía lloviendo, y cada vez con mayor intensidad.

Los tres se acercaron al vehículo con el ánimo más bien sombrío, cada cual reflexionando sobre las macabras escenas de violencia que acababan de vivir. Peto fue el que rompió el silencio:

—Oye, Déjà-Vu, o como coño te llames. Bien podrías hacer uso de la piedra ahora —gritó por encima del viento—. Ha salido la luna, así que es mejor aprovechar ahora, antes de que se meta detrás de una nube y ya no salga en toda la noche.

Hizo dicha sugerencia justo cuando Kid estaba a punto de abrir la puerta del conductor. Este titubeó unos instantes. Su mano estaba deseosa de agarrar el tirador y abrir, pero al cabo de un segundo se relajó y se apartó.

—Sí, es verdad. Es un buen momento, coño.

—Estupendo. Pero escucha una cosa: te permito que la uses a condición de que

esta vez me dejes ir en el asiento delantero.

—Trato hecho.

Dante se había encaminado hacia la puerta del pasajero, pero al oír que esta vez tenía que sentarse en la parte de atrás, miró a Peto, que aún estaba de pie en la acera.

—¿Qué te pasa? Eres igual que un crío de ocho años —le dijo, contrariado.

—Oye, ahí detrás casi no hay sitio. No cabe ni un perro. Dante negó con la cabeza.

—Eres un jodido maricón.

—Sí —sonrió Peto—, ¡pero soy un jodido maricón que va a ir sentado delante!

Kid Bourbon miró a Peto de arriba abajo.

—¿Eres marica?

—No.

—Entonces, ¿por qué has dicho que sí? Peto estaba perdiendo los nervios. Aquello de trabajar con un par de imbéciles estaba empezando a irritarlo en serio.

—¿Quieres el Ojo de la Luna o no? —saltó. Kid se encogió de hombros.

—Claro. Pásamelo.

Peto se sacó la cadena que le rodeaba el cuello y permitió que la piedra azul saliera de donde estaba escondida: bajo la camisa azul del uniforme de policía. Nada más quedar al aire libre, comenzó a resplandecer con un tono azul más intenso, como si la iluminase una llama que se hubiera encendido en su interior. Kid Bourbon fue hacia él y extendió la mano. El ex monje, tras una brevísima vacilación, le entregó la brillante piedra azul junto con su cadena de plata.

—¿Sabes lo que tienes que hacer con ella? Kid lo miró con gesto irónico.

—¿Qué quieres decir? ¿Si sé cómo se pone un puto collar?

—No — suspiró el monje —. Mira. Ven, sitúate aquí, en el centro de la calle, y levanta la piedra en alto, en línea recta hacia la luna. Para verte libre de las trazas de sangre de vampiro que tienes en las venas, debes apuntar a una segunda luna llena que ocurra dentro en un mismo mes.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? — preguntó Kid en un tono suspicaz que daba a entender que dudaba del monje.

—Son enseñanzas de los ancianos. Yo no he probado a hacerlo, obviamente, pero hace varios siglos, un tipo llamado Ramsés Gaius, esa momia de la que te hablé, descubrió un gran número de cosas que es capaz de hacer esta piedra. Muchas de ellas dependen del estado de la luna. Si lo que quieres es purificar tu sangre y convertirte en un ser mortal, tienes que buscar una segunda luna llena. Pero te advierto que esto va a eliminar el problema que tienes con la bebida y todos esos pensamientos retorcidos y malignos que te invaden. Estás a punto de convertirte en

un hombre corriente.

Kid estudió largamente la piedra.

—Así que un hombre corriente, ¿eh?

Peto, que ahora se arrepentía de haberse irritado con aquel hombre tan extraño y peligroso, le apoyó una mano en el hombro y le dijo:

—Oye, me siento orgulloso de ti. Sé que esto es muy importante para ti.

Kid lo miró con un gesto de suspicacia.

—Es verdad que eres marica, ¿a que sí?

Aquello provocó una risita infantil en Dante, y aunque éste se encontraba un par de metros detrás, hizo el ruido suficiente para que lo oyera Peto.

—Los dos sois patéticos —gruñó el monje.

Kid Bourbon se pasó el colgante por la cabeza y se lo colocó alrededor del cuello. Acto seguido se fue hasta el centro de la calle. Seguía soplando un viento endiablado y los nubarrones descargaban cada vez más agua. Kid se quedó quieto, con los brazos extendidos como en una crucifixión, mirando hacia la luna. Dante y Peto observaron asombrados que la piedra empezaba a refulgir con más fuerza que antes. De repente, como si hubiera tomado energía de los rayos azulados de la luna, resplandeció con tal intensidad que casi pareció volverse blanca.

A continuación, Kid fue engullido por aquellos intensos rayos azules y blancos, tan intensos que tanto Peto como Dante tuvieron que desviar la mirada. Por espacio de unos diez segundos, su camarada permaneció en medio de la calle sacudiéndose y luchando con todas sus fuerzas por sostenerse en pie, mientras el poder de la piedra iba consumiéndolo y absorbiendo todos los males y las impurezas que corrían por su torrente sanguíneo y por su mismo ser. El alma de JD, el inocente adolescente que dieciocho años antes, en otro Halloween, presenció una gran maldad, estaba regresando.

Allá en lo alto, el cielo emitió un suave trueno. El breve destello del relámpago que lo había precedido pasó casi inadvertido en medio del intenso brillo que rodeaba a Kid Bourbon. Unos segundos después del relámpago, comenzó a disminuir el resplandor de la piedra azul. Tan sólo quedó una débil luz dentro de la misma, semejante a un ascua moribunda, como vestigio del poder que acababa de desplegar. Kid, aún de pie, parpadeó con expresión de aturdimiento, si no de estupefacción, por la experiencia que se había infligido a sí mismo.

—¿Te encuentras bien? —voceó Dante.

Kid tardó unos momentos en contestar. Parecía estar profundamente desorientado, hasta que al fin puso una cara como si acabara de beberse un vaso de leche cortada.

—Tío, me encuentro fatal —dijo con voz insegura.

—¿Te sientes curado? —preguntó Peto. Kid se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Un poco débil. Los impulsos de vampiro ya no los siento, pero lo mismo me ocurre con todos los demás impulsos que he tenido en mi vida, imagino. ¿Así es como os sentís vosotros todo el tiempo?

—Bienvenido al mundo real —dijo Peto, sonriente—. Eso es lo que se siente al ser un hombre corriente. Kid se quitó el colgante y se lo lanzó al monje.

—Toma, te lo devuelvo. Me parece que me voy a ir a casa.

—Oye —terció Dante—. No te olvides de que tenemos que rescatar a mi novia. La tienen retenida los del Servicio Secreto, ¿te acuerdas?

—A la mierda —respondió Kid, dirigiéndose de nuevo a la puerta del conductor del coche—. Se me ha pasado la etapa de matar. Lo siento, tío. No quiero verme envuelto en eso. Esto es un nuevo comienzo. Es que ya no tengo ganas de matar más. No te pasará nada.

—¿QUÉ? —A Dante le costaba trabajo creer lo que estaba oyendo. Descargó su frustración con Peto—: Tú, jodido imbécil —arremetió contra el monje—, podrías haber esperado a que rescatáramos a Kacy. Pero tenías que entregarle la puta piedra precisamente ahora, ¿no? ¡Serás idiota! ¿Y ahora qué vamos a hacer? Lo has convertido en un debilucho de mierda precisamente cuando tenemos que rescatar a mi chica del puto Servicio Secreto. Dios, eres un jodido perdedor de mierda.

—Cállate ya, ¿quieres? No nos va a pasar nada. Ya te ayudaré yo a recuperar a tu chica.

—Más te vale.

Mientras Dante despotricaba, ninguno de los dos había prestado mucha atención a Kid Bourbon. Se había metido en el coche y había cerrado la puerta. El rugido del motor al arrancar los hizo volverse a ambos.

—Vale, pues entonces me siento delante —dijo Dante a la vez que se dirigía hacia el lado del pasajero. Pero, por desgracia para él, antes de que le hubiera dado tiempo a agarrar el tirador de la puerta, Kid soltó el freno de mano, pisó el acelerador y salió disparado.

Peto y Dante echaron a correr en pos del Interceptor calle abajo y lo persiguieron a lo largo de unos veinte metros, en medio del viento y la lluvia que arreciaban cada vez con más intensidad en dirección al centro urbano. Pero fue inútil. El coche negro no aminoró. Kid se había ido.

—Oh, genial —gimió Dante—. Lo has hecho estupendo, de puta madre —dijo, aplaudiendo a Peto con sarcasmo. El monje puso una expresión contrita.

—Eh, venga. Vamos andando, no tardaremos mucho. Te prometo que te compensaré. Todavía tenemos el Ojo de la Luna, mis puños mortales y tu porra de policía. Va a ser coser y cantar. No tenemos necesidad de Kid ni de su puñetero

coche.

Dante dejó escapar un suspiro de frustración.

—¿Pueden empeorar más las cosas? —pensó en voz alta.

Como si fuera la respuesta a su pregunta, se vio el fogonazo de otro relámpago, seguido instantes después por un fortísimo trueno. Lo que poco antes parecía un diluvio resultó ser una llovizna en comparación con el súbito aguacero torrencial que empezó a caer ahora. Aquella manta de agua no se parecía a nada de lo que había visto ninguno de los dos en toda su vida. Dante miró ceñudo por última vez a Peto y seguidamente empezó a caminar chapoteando por el centro de la calle en dirección al Hotel Internacional de Santa Mondega. Ambos estaban ya completamente empapados, y las rastas de Peto empezaban a parecer más bien una melenita. La sangre y la suciedad que les cubría la ropa, la cara y el pelo, diluidas por la lluvia, les resbalaban por el cuerpo y se perdían en el interior de las alcantarillas.

—Venga, Dante, no te preocupes —voceó Peto—. En menos de una hora, todo esto se habrá acabado.



Cincuenta y Seis

Kacy estaba sentada en el cómodo sofá de color crema de la suite, delante del televisor, en compañía de Roxanne Valdez. Robert Swann se encontraba en el cuarto de baño, y ya llevaba como quince minutos allí dentro. Se había quejado de dolores de barriga durante casi toda la tarde, y por lo visto el malestar por fin había podido con él. Su colega había subido discretamente el volumen del televisor, con la intención de ahogar los ruidos de trompeta procedentes del baño.

Estaban viendo una peli de George Clooney titulada *Quemar después de leer.* Valdez parecía estar disfrutando de ella, pero Kacy no lograba concentrar la atención. Estaba ensimismada con la esperanza de que aquella noche fuera la última que tuvieran que pasar en el hotel. Si Dante conseguía regresar de una pieza trayendo la información que exigían los dos agentes especiales, a lo mejor les permitían que se fueran a casa. O a lo mejor no. No estaba segura del todo. Valdez ni le caía bien ni se fiaba en absoluto de ella, y Swann había adoptado la costumbre de mirarla fijamente y sonreírle cada vez que la veía, cosa que estaba empezando a darle miedo.

Al cabo de una hora de película más o menos, sonó el teléfono de Valdez. Esta se dio prisa en contestar, apenas permitió que sonara ni medio segundo, con lo cual Kacy no tuvo tiempo de identificar el tono de llamada.

Había abrigado la esperanza de que el que llamaba fuese Dante, pero se hizo obvio que no era él. En cambio, se vio claramente que la persona que estaba al otro extremo de la línea tenía información importante que transmitir, porque Valdez se puso de pie y se fue al dormitorio pequeño para que Kacy no pudiera oír la conversación. Pero Kacy, que era un poco cotilla, agarró el mando a distancia del televisor y le quitó la voz a George Clooney en mitad de una frase. Después aguzó el oído para intentar captar algo de lo que Valdez estaba diciendo.

—¿Déjà-Vu…? ¿En serio…? Sí, sé quién es… Dentro de cinco minutos te doy la dirección… Sé que vive por la zona sur… Vale. Déjalo de mi cuenta.

Kacy no le encontró lógica a nada de aquello, pero procuró memorizarlo todo en la cabeza por si acaso significaba algo para Dante, cuando regresara. Finalmente oyó a Valdez decir algo que sí merecía la pena escuchar:

—¿Y esta pareja…? Gracias… ¿Y qué pasa con la chica…? Vale. Se lo diré a él.

Kacy oyó que la agente regresaba al salón, y volvió a subir el volumen del

televisor. Por suerte, en aquel momento no hubo ningún ruido fuerte en la película, así que la transición fue relativamente fluida. De todos modos, Valdez no dio muestras de haberse percatado de ello.

—¿Me he perdido algo? —inquirió.

—No. La verdad es que no está pasando gran cosa.

—Bueno, en ese caso voy a ausentarme un rato. Luego me cuentas lo que pasa al final, ¿vale?

—Vale.

Roxanne Valdez se puso una cazadora de cuero marrón, muy ajustada, que se había traído del dormitorio y se encaminó hacia la puerta. Pero antes de abrirla, volvió a sacarse el móvil del bolsillo y empezó a pulsar teclas en el mismo. A continuación, sin mirar a Kacy, se deslizó por la puerta y salió al pasillo.

Kacy estaba incómoda y paranoica. Estaba a punto de suceder algo que no era bueno. Giró la vista hacia el teléfono del hotel que había en la habitación, pensando furibunda.

Podría llamar a Dante, decirle que el trabajo ya estaba hecho y quedar con él en algún sitio. Estando Swann en el cuarto de baño y Valdez ausente haciendo Dios sabe qué, se le presentaba una oportunidad de escapar. Era la primera vez, desde que la habían llevado a aquel hotel, que contemplaba dicha posibilidad seriamente, porque tenía una lógica considerable. Si, tal como sospechaba, la llamada que había recibido Valdez era para comunicarle que la misión había finalizado, daría igual que Dante y ella escaparan en el último minuto. Si no escapaban, lo más probable era que, al más puro estilo de las películas de clase B, los liquidasen. Una vez terminada la misión, ya dejaban de ser útiles.

Se acercó de puntillas al teléfono que reposaba sobre una mesa auxiliar que había junto al baño, y levantó el auricular con sumo cuidado. Cuando se lo llevó al oído no captó ningún tono de llamada, y tras pulsar varios botones comprendió por fin que el aparato estaba desconectado. Mierda.

Sintió que la inundaba un intenso calor, provocado por la sensación de paranoia. Entonces oyó un pitido procedente del dormitorio pequeño. El móvil de Swann estaba recibiendo un mensaje de texto. Su propietario debió de dejárselo en la habitación cuando se encerró en el baño para efectuar la descarga del siglo.

Entró en la habitación de puntillas, si bien esta vez un poco más deprisa. El móvil de Swann se hallaba sobre la cómoda que había en un rincón. Se acercó hasta él con el corazón desbocado a causa del pánico y de la ansiedad. Respiró hondo y lo cogió, pero con las manos temblorosas, por miedo a que la sorprendiera Swann. En la pantalla aparecía una alerta que indicaba que el teléfono acababa de recibir un mensaje de Valdez. «Es posible que se trate de un mensaje que merezca la pena leer», pensó para sí.

Y así era.

Abrió el mensaje de texto y lo leyó: «Trabajo terminado. La chica es toda nuestra. Deshazte del cadáver al acabar.»

Kacy estuvo a punto de vomitar. Necesitaba a Dante en aquel momento tan trascendental, era una cosa que siempre le decía el instinto cuando se encontraba en un apuro. Si Dante estuviera con ella, arreglaría la situación. Cuanto antes volviese al hotel, mejor. Daba lo mismo que el agente Swann fuese un tipo duro, Dante era capaz de enfrentarse a un tanque en una pelea a base de puños y derrotarlo, si era para rescatar a su chica de algún peligro.

Repasó frenéticamente el menú del teléfono, pues sabía que Swann tenía el número de Dante guardado en la agenda. Lo encontró enseguida y pulsó el botón de llamar. Hizo una inspiración profunda que la calmó momentáneamente cuando se llevó el móvil a la oreja. «No me falles, cariño. Contesta, por favor.» Se repitió aquella frase a sí misma una y otra vez, como un disco rayado.

El teléfono sonó tres veces, y por fin se oyó la voz de Dante alta y clara.

—¿Qué coño quieres, gilipollas?

—¡Cariño, soy yo! —chilló Kacy.

—¡Ah, mierda! Perdona, Kacy, creía que era Swann.

—Está en el cuarto de baño. Le he cogido el teléfono.

—Bien. Aguanta un poco más, pequeña, enseguida voy a buscarte. Tengo quien me ayude. Vamos a salir de aquí, ¿vale? ¿Me oyes?

Kacy estaba tan contenta de oír la voz de Dante que rompió a llorar y dejó que todos sus miedos se desahogaran en un torrente de emoción.

—Cariño, estoy muy asustada. He oído decir a Valdez que el trabajo estaba terminado. Me parece que van a matarnos. Valdez se ha ido y ha enviado a Swann un mensaje para decirle que se deshaga de mí… —El terror terminó por apoderarse de ella, y se le quebró la voz del todo.

Aquello hizo comprender a Dante cuál era la realidad de la situación. Suponía demasiado para Kacy. Sus sollozos se volvieron incontrolables. Desde el otro extremo de la línea, se dio cuenta de que su chica se encontraba muy mal y necesitaba alguien que la guiase. Sabía que cuando la dominaba el pánico se volvía indecisa, de manera que adoptó una actitud de firmeza, esperando con ello ayudarla a que se centrase.

—Kacy, escúchame. Sal de ahí cagando leches y vete al mostrador de recepción, a algún sitio público. Me encuentro a un par de minutos de ahí, pequeña. Enseguida te veo.

La voz de Dante delataba que estaba corriendo, porque se oía entrecortada por profundas inspiraciones y porque el volumen subía y bajaba.

—Te quiero —sollozó Kacy.

—Yo también. Ahora sal inmediatamente de ahí.

El teléfono quedó mudo, señal de que Dante había colgado. Lo siguiente que oyó Kacy fue el ruido de la cisterna en el interior del cuarto de baño. Al instante dejó de llorar, pero la invadió un pánico más intenso todavía. ¿Podría salir del dormitorio y llegar hasta la puerta que llevaba al pasillo antes de que saliera Swann del cuarto de baño? ¿Y el móvil? ¿Debería volver a dejarlo donde lo había encontrado?

Aquella vacilación le costó cara. Swann no era de los que se lavan las manos después de usar el retrete, y Kacy oyó el chasquido que hacía la cerradura de la puerta. Swann iba a salir. Entonces se acordó de lo que le había dicho Dante: «¡Sal de ahí cagando leches!» El siempre sabía lo que había que hacer en una crisis. «Haz lo que te ha dicho Dante», pensó para sus adentros. Entonces hizo una profunda inspiración respirando por la nariz y echó a correr hacia la puerta.

Por desgracia, calculó mal el momento. Swann salió del cuarto de baño y, al verla correr hacia la puerta, extendió la mano de forma instintiva y la asió por el brazo izquierdo.

—¿Adonde coño crees que vas? —le preguntó, con expresión un tanto confusa.

—Mmm. —A Kacy no le salieron las palabras.

—¿Adonde ha ido Roxanne?

—Mmm.

—¿Y qué estás haciendo con mi teléfono?

De pronto, el semblante de Swann se tino de preocupación. Notó que estaba ocurriendo algo raro. Agarró la mano derecha de Kay y le arrancó el móvil. A ella la delató la expresión del rostro. Estaba aterrorizada, y se le notaba en los ojos.

Sin dejar de asirle con fuerza el brazo, Swann se puso a repasar los menús de su móvil. Rápidamente encontró el mensaje de Valdez y, conforme lo leía, Kacy vio que se le iluminaban los ojos y se le descolgaba la mandíbula. Entonces se le extendió por la cara una enorme sonrisa malévola.

—Bueno, bueno, bueno —se regodeó—. Espero que te hayas depilado las piernas.

Cincuenta y Siete

Desde las habitaciones privadas que ocupaba en el pequeño edificio ubicado a un costado de la iglesia, el padre Papshmir vio un Interceptor V8 que se acercaba y por fin se detenía frente a la fachada de la misma. El conductor apagó el motor y se quedó unos instantes con la vista fija en el volante, sumido en profundas reflexiones. Entre que aún seguía lloviendo a mares y que las ventanillas del coche tenían las lunas ligeramente tintadas, resultaba difícil distinguir su rostro. Las calles de Santa Mondega estaban muy silenciosas desde que se propagó el rumor de que andaba por allí un asesino en masa que se divertía matando, y desde que se inició la tormenta había todavía menos gente fuera de casa. Entonces, ¿quién era aquel personaje? ¿Y por qué había acudido allí?

En eso, se abrió la puerta del conductor y se apeó una figura cubierta con una capucha. En ninguno de los edificios cercanos había farolas encendidas ni luces visibles. Vista desde arriba, la ciudad daría la impresión de encontrarse sumida en un apagón, pero no era el caso. En Santa Mondega era tradición que en la noche de una segunda luna llena la única luz permitida fuera precisamente ésa. Y, por supuesto, todavía duraba la hora de las brujas, de modo que todo aquel que no estuviera resguardado en su cama iba pidiendo guerra, ofreciéndose abiertamente a los no muertos, o como alimento para los vampiros y los hombres lobo. No era sensato. Sobre todo siendo Halloween.

La figura oscura y encapuchada cerró la puerta del coche y se dirigió a las puertas de entrada de la iglesia, con la cabeza inclinada para protegerse un poco de la lluvia. Hacía muchos años que no ponía un pie allí dentro. Esta noche era una noche importante. Había llegado el momento de confesarse.

Las puertas de la iglesia se abrieron con un leve empujón. Dentro no hacía más calor que fuera, pero por lo menos era un lugar seco y acogedor. Kid echó a andar por el pasillo central de la nave, pasando una fila de bancos tras otra, hasta que llegó al altar. Sabía moverse por aquella iglesia de muchos años antes, cuando a menudo acompañaba a su hermano pequeño a las clases de los domingos. Como si hubiera caminado por aquel recinto mismamente el día anterior, giró a la izquierda y rodeó una ancha columna para dirigirse al confesionario que había detrás. Entonces entró en la cabina del mismo y se dispuso a esperar a que llegara el clérigo con sotana que estuviera de guardia.

El caso es que esperó menos de un minuto, porque enseguida oyó abrirse la puerta del otro lado, la que correspondía al sacerdote. A continuación se descorrió la cortinilla de la celosía que separaba las dos partes del confesionario. Estaba demasiado oscuro para poder distinguir las facciones del santo varón, pero a través de la celosía se oyó una voz que habló en tono muy quedo, casi susurrando.

—Bienvenido, hijo mío. Puedes confesarte.

—Gracias, padre —fue la respuesta. La voz era áspera como la grava—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Cuándo fue la última vez que te confesaste?

—Joder, yo qué sé. Hace un par de décadas, me parece.

—¿Décadas? —El sacerdote dejó escapar una risita suave pero educada—. Has debido de estar muy atareado.

—Sí, padre. He estado matando.

—¿Disculpa?

—Asesinatos, padre. Masacres. He matado a muchos hombres. A muchos, muchísimos.

—Cielos, eso sí que es de lamentar. ¿Es eso lo que…?

—Y a mujeres.

—¿Y a mujeres?

—Y también a niños. Vampiros, hombres lobo, niños, animales. He matado a casi toda clase de criatura creada por Dios. Y lo he hecho sin sentir el menor remordimiento. Y a lo largo de muchos años. Y ahora vengo a confesarme.

Hubo una pausa, durante la cual se notó mucho que el sacerdote estaba conteniendo la respiración. Al final exhaló el aire con toda la lentitud y la calma que le fue posible y volvió a hablar.

—¿Se trata de una broma?

—No, padre. He cometido todos los pecados que pueda usted imaginar, y otros muchos que jamás se le pasarían por la cabeza.

—Entiendo. Y en tu opinión, ¿qué es lo que te ha llevado a cometer todas esas malas acciones?

—Todo empezó cuando maté a mi madre.

—¿A tu madre?

—Sí. Le disparé media docena de veces después de beberme una botella de bourbon.

Hubo otra pausa, durante la cual se oyó únicamente el continuo repiqueteo de la lluvia en el tejado de la iglesia y en las ventanas.

—¿De bourbon? ¿Has dicho bourbon?

—Sí, padre. —Otra pausa grave—. Era yo. Durante un segundo se hizo un silencio mortal, seguido por una ventosidad húmeda que se le escapó al sacerdote.

—Te ruego que me disculpes —farfulló nervioso a través de la celosía—. Es que me has dejado de piedra. Perdóname.

—Le perdono, padre —dijo con tranquilidad la voz áspera—. ¿Pero podrá perdonarme usted? ¿Me perdonará Dios por las cosas terribles que he hecho?

—¿Sientes remordimiento por las cosas que haces?

—Las que hice, padre, las que hice. Lo de matar se terminó. Tengo la intención de llevar una vida libre de pecado en la medida de lo posible, pero necesito saber si Dios me perdonará por todas las almas que he destruido, por todo el mal que he hecho.

De pronto los interrumpió el ruido de una puerta que se abrió al fondo de la iglesia y que sirvió para apremiarlos a ambos. Los dos desearon que finalizara la confesión lo más rápidamente posible. La llegada de una tercera persona fue una excusa más que suficiente para acelerar las cosas.

—Sí, hijo mío. Puedes salir de aquí con la tranquilidad de que el Señor te perdonará.

—¿Está seguro? ¿Ahora debería sentirme distinto?

—Te sentirás distinto mañana, hijo mío. Si mañana te despiertas, sabrás que el Señor te ha perdonado.

—Gracias, padre.

—La paz sea contigo, hijo.

Una racha de viento barrió la iglesia cuando el padre Papshmir se dirigía al confesionario. Alcanzó a vislumbrar la figura encapuchada que había visto fuera y que ahora salía por la misma puerta por la que había entrado pocos minutos antes. Papshmir dejó escapar un suspiro de irritación. Después de obligarlo a tomarse la molestia de ponerse todas las vestiduras, aquel tipo no se había quedado a confesarse. ¿O sí?

Por debajo de la cortina del confesionario que ocultaba al cura, Papshmir vio asomar un par de zapatillas deportivas blancas. Unas deportivas que conocía demasiado bien.

—Josh —ordenó con voz cansada—. Sal.

La cortina se descorrió hacia un lado y dejó al descubierto el rostro pálido y aterrorizado de un muchacho de quince años. Temblaba como una hoja, pero consiguió ponerse en pie con esfuerzo y salir de la cabina. Estaba tan asustado que apenas podía hablar. Había logrado mantener el miedo bajo control sabiendo que estaba sentado al lado del asesino en masa más prolífico de todo Santa Mondega,

pero ahora se encontraba fatal. Daba la impresión de sufrir una conmoción, de modo que el hecho de ver ante sí al sacerdote, con su calvicie incipiente, sus vestiduras de iglesia y su alzacuellos blanco, seguramente lo tranquilizó.

—Lo siento, padre. —El chico mostró una actitud sumisa, allí de pie y temblando, vestido con el uniforme del colegio.

—Eres tú el que debería confesarse. Es pecado hacerse pasar por sacerdote.

—Ése era Kid Bourbon —dijo de forma precipitada, llevado por el impulso.

—¿Qué?

—Ese hombre era Kid Bourbon. Ha confesado todos sus asesinatos, padre.

—¡Oh, por amor de Dios! ¿Has oído en confesión a Kid Bourbon? ¡No se puede ser más idiota! —Levantó la vista al cielo—. Perdóname, Señor —susurró, y seguidamente volvió a concentrar la atención en Josh—. ¿Qué te tengo dicho, eh? ¿Ves lo que ocurre? Acabas de oír en confesión a una persona que carece de alma. Bueno, espero que no le hayas dicho que sus pecados le serían perdonados. Para ese hombre no hay redención posible.

—Pues…

—¿Lo has absuelto? ¡Serás imbécil! Perdóname, Señor. ¿Así que ese hombre, no, ese monstruo, ahora va por la calle creyendo que Dios lo ha perdonado por todos los asesinatos que ha cometido? Pues te voy a decir una cosa: si es así, se equivoca de parte a parte.

—Le he dicho que si mañana se despertaba, ello querría decir que Dios lo había perdonado, de modo que, técnicamente, el asunto está ahora en manos de Dios, ¿no?

El sacerdote clavó la mirada en los aterrorizados ojos del adolescente y cedió un poco.

—Supongo que sí —respondió, sacudiendo la cabeza en un gesto negativo. De pronto olfateó el aire—. ¿Qué demonios es ese olor?

—Me he cagado, padre.

—¿En mi confesionario?

—Sí, padre.

—¡Mierda!

Cincuenta y Ocho

Robert Swann era un hombre tremendamente fuerte. Y también estaba magníficamente entrenado en lidiar con un prisionero que forcejease. Y en lo referente a prisioneros que forcejeaban, Kacy era bastante floja. No tuvo que esforzarse mucho para arrastrarla hasta el dormitorio en el que había pasado las últimas noches. Con una agresividad considerable, la arrojó como si fuera una muñeca de trapo sobre una de las dos camas, la que tenía más cerca. Kacy cayó de espaldas encima del edredón de plumas anaranjado y su cabeza se hundió suavemente en la almohada blanca colocada bajo el cabecero. El lado derecho de la cama estaba pegado a la pared, lo cual quería decir que la única forma de escapar que le quedaba sería rodar hacia su izquierda y salir por el espacio, de menos de un metro de anchura, que separaba las dos camas. En medio de dicho espacio, arrimada a la pared, había una mesilla con un espejo encima. Sin embargo, antes de que Kacy pudiera hacer ningún intento de bajarse de la cama, Swann se echó encima de ella y la aprisionó con su musculoso corpachón. Aquello la dejó sin aire en los pulmones, de modo que descubrió que ni siquiera podía gritar. Al ver el rostro libidinoso de Swann bajando hacia ella con la lengua fuera y los ojos salidos, volvió la cabeza hacia un lado. Así logró evitar que pudiera besarla en la boca; en cambio, lo alentó a que le lamiera aquel lado de la cara con su lengua húmeda y babosa.

Swann movió las manos deprisa; una de ellas agarró el pecho izquierdo de la chica, la otra se deslizó en dirección a la entrepierna. Kacy sintió unas fuertes arcadas, pero, sin saber cómo, logró contenerse, pues sabía que si perdía el tiempo en vomitar no podría ofrecer resistencia. La única parte de su persona que no estaba aprisionada por el cuerpo jadeante de Swann era el brazo izquierdo, de modo que lo estiró hacia la mesilla intentando encontrar algo que pudiera emplear como arma. Lo que encontró fue una lamparilla de noche. No era un arma muy buena que digamos, pero era la única que tenía a mano. La agarró por la base y golpeó con todas sus fuerzas la cabeza de Swann. La lámpara se estrelló contra el oído de su agresor y la frágil pantalla de color naranja salió despedida. El porrazo apenas causó efecto en Swann; éste se limitó a incorporarse un poco sin dejar de aprisionar a Kacy, sujetándole la cintura con las rodillas. La recorrió con la mirada de arriba abajo, recreándose ya en la idea de ver su carne desnuda, y sin perder tiempo asió la sudadera gris que llevaba la chica y procedió a sacársela por la cabeza. El movimiento de retirarle la prenda obligó a su presa a levantar los brazos hacia atrás,

con lo cual la lamparilla se le cayó al suelo. La bombilla se hizo añicos con un fuerte estrépito.

Mientras Kacy luchaba por sacar la cabeza y los brazos de la sudadera para poder forcejear, Swann se apresuró a aprovechar aquella oportunidad para desabrocharse el cinturón y bajarse la cremallera de los pantalones. Lo hizo todo a una velocidad increíble, aunque Kacy no se percató de ello: aún tenía la cara atrapada dentro de la sudadera cuando Swann se bajó el pantalón y el calzoncillo hasta los tobillos. Ya tenía el pene en erección, de modo que lo único que le quedaba por hacer para poder usarlo era desgarrar el vaquero y las bragas de la chica. Fue directamente a por el estrecho cinturón de cuero negro que cerraba los vaqueros y comenzó a pelearse frenéticamente con la hebilla. Manoteaba de forma parecida a un colegial, de tan falto de práctica que estaba, y para cuando consiguió abrir la hebilla y se disponía a abrir la cremallera de los vaqueros, Kacy ya había logrado liberar el brazo izquierdo de la manga de la sudadera. Cuando lo golpeó, Swann reaccionó con demasiada lentitud; estaba tan embobado por la visión de aquella piel del vientre, tan suave, y tan excitado pensando en cómo sería el resto del cuerpo, que no se había fijado en que su víctima estaba palpando el suelo con la mano izquierda. Kacy había conseguido agarrar el extremo metálico de lo que quedaba de la bombilla y atacó con él a Swann cuando éste se arrodilló por encima de ella, a la manera de un boxeador cuando propina un gancho. Sólo que no apuntó al mentón, sino directamente a la entrepierna.

—¡AAARRRGGGHH! —chilló Swann a todo lo que le dieron de sí los pulmones cuando los dientes de sierra del cristal de la bombilla se le clavaron en los genitales y le rasgaron parte del escroto. Se llevó las manos a las ingles y se agarró la herida, esperando no haber sufrido daños permanentes. Kacy soltó la bombilla rota y trató de zafarse, cosa que le resultó más fácil de lo que había esperado, porque Swann, retorciéndose de dolor, perdió el equilibrio y cayó de costado fuera de la cama, al suelo, sin dejar de lanzar alaridos y de agarrarse los testículos. Kacy se bajó a toda prisa la ropa de la mitad superior del cuerpo y se puso de nuevo la sudadera en un segundo. Luego se abrochó la hebilla del pantalón y saltó de la cama.

Se disponía a salir corriendo del dormitorio cuando de pronto reparó en el arma de Swann, que éste tenía guardada en una sobaquera bajo la axila izquierda. Aquel sucio saco de escoria estaba arrodillado en el suelo, de espaldas a ella y con el culo peludo en pompa, de modo que, aprovechándose de la situación, se lanzó sobre él y aferró el arma. La extrajo de la sobaquera y después apuntó con ella a la nuca de su agresor.

—¡No se te ocurra moverte! —le chilló.

Pero Swann apenas la oyó, porque estaba demasiado absorto en inspeccionarse los testículos y en gemir de dolor.

¿Qué hacer? Kacy pensó en todas las películas de policías y series de televisión

que había visto. «Golpéale con la pistola en la nuca», se dijo a sí misma. Entonces cogió el arma de otra forma y aquello fue exactamente lo que hizo.

¡ZAS! Justo en la nuca de Swann. El violador en serie *lanzó* un grito de dolor y luego retiró una mano de los genitales y se tocó en el punto en que lo había golpeado Kacy. Entonces volvió la cabeza y la miró.

—¡Serás zorra! —se mofó.

Kacy ya no aguantó más. El porrazo en la nuca no había conseguido dejarlo sin conocimiento, sólo sirvió para enfurecerlo más.

Que se jodiese. Había llegado el momento de largarse de allí.



Cincuenta y Nueve

Dante y Peto estaban calados hasta los huesos cuando por fin llegaron al Hotel Internacional de Santa Mondega. Además, traían una pinta un tanto desaseada por culpa de los uniformes de policía manchados de sangre que llevaban puestos. Ambos estaban deseosos de entrar. El primero fue Dante, que subió los escalones de piedra que conducían al edificio de diez pisos temblando violentamente, a causa de la lluvia helada. Detrás fue Peto, intentando escurrir el exceso de agua de las densas rastas con las que se había trenzado el cabello.

Una vez que atravesaron las puertas de cristal de la entrada se encontraron en el vestíbulo. Para ellos supuso un gran alivio sentir por fin un poco de aire tibio en el cuerpo. El vestíbulo estaba limpio, seco y civilizado, como siempre. La aparición de dos hombres desaliñados y vestidos de policías goteando agua por toda la carísima alfombra egipcia extendida en mitad del vestíbulo provocó un gesto de desaprobación en la muchacha que estaba sentada a la izquierda de ellos, tras el mostrador de recepción. Se trataba de una chica joven, que apenas habría rebasado la adolescencia, pero la divirtió mucho el hecho de ver a Dante y a Peto temblorosos como dos perrillos que hubieran estado revolcándose por el barro. Claro que ninguno de los dos se percató de ello, de tan aliviados que estaban de refugiarse de la tormenta.

El ambiente general de calma que flotaba en el interior del vestíbulo les subió considerablemente el ánimo. La iluminación suave, el rojo cálido de aquella alfombra y el tono beis de la moqueta que había debajo, así como los sofás de cuero marrón que se veían salpicados alrededor de todo el recinto, causaban un efecto profundamente balsámico. Además, se oía una música suave de fondo; Peto la reconoció: era Andrea Bocelli cantando «Con te partiró». En el tiempo que llevaba fuera de Hubal había adquirido un claro gusto por la música clásica, y Bocelli era uno de sus intérpretes preferidos, incluso aunque cantara ópera pop, como aquel éxito de Sartori.

Pero Dante ni siquiera reparó en la música. Lo único que quería era rescatar lo antes posible a Kacy.

—Tiene que estar en la tercera planta —le dijo a Peto con una patente urgencia en el tono de voz—. Yo voy a subir por la escalera, tú coge el ascensor. Así estaremos seguros de que no se nos escapa si resulta que está bajando de la habitación.

—Ya mismo.

Dante subió a la carrera por la escalera provista de moqueta beis que arrancaba a la derecha del ascensor, mientras que Peto pulsaba el botón de éste para hacerlo bajar. Vio cómo desaparecía su amigo al girar en el primer descansillo y después esperó quince segundos enteros, hasta que por fin llegó el ascensor a la planta baja. Estaba disfrutando tanto de la música, que con gusto habría esperado más tiempo. Al parecer, Bocelli estaba cantando a dúo con una mujer que poseía la voz más hermosa y angelical que Peto recordaba haber oído nunca.

Se miró el sucio uniforme de policía que llevaba y se tiró de la tela para evitar que se le pegara al cuerpo. Seguidamente, cuando se abrieron las puertas de acero del ascensor, penetró en la cabina. Y levantó la vista.

Había una sombra oscura que le cortaba el paso. Ante su sorpresa, aquella imponente figura salió de la cabina, vestida enteramente de negro y blandiendo en dirección a él una reluciente espada de doble filo. La capacidad de reacción de Peto era rápida, pero no lo suficiente para lo inesperado de aquella agresión. La figura vestida de negro que salía del ascensor era Jessica. Con una velocidad y una precisión increíbles, hundió la espada en el pecho de Peto. La hoja le atravesó el corazón y le salió por la espalda, rasgando la camisa azul empapada de lluvia. A continuación, haciendo uso de su extraordinaria fuerza, se sirvió de la misma espada para levantar al atónito monje del suelo. Con una sonrisa horrible y mirándolo profundamente a los ojos, le propinó una rápida patada en el vientre y extrajo la espada. La que antes era una reluciente hoja de acero, ahora se veía totalmente cubierta de sangre.

Peto se derrumbó de rodillas en el suelo, mareado y aturdido, escupiendo por la boca la sangre que le estaba llenando los pulmones y subiéndole a la garganta. Tenía los ojos abiertos como platos, por la conmoción de lo que acababa de ocurrirle. Llevaba el Ojo de la Luna colgado del cuello, de modo que aquella herida, que en circunstancias normales habría sido fatal, tenía posibilidades de curarse, pero tardaría mucho tiempo. Y él no tenía el tiempo de su parte. Recuperarse de una herida como aquélla no era una cosa de treinta segundos.

Lo único que impidió que gritase de dolor por lo violento del golpe fue la conmoción que se apoderó completamente de él. Levantó la vista hacia Jessica, que, erguida sobre él, lo miraba con expresión lasciva. Vio la sangre que goteaba de su espada y, sin poder contener el impulso, se la acercó a la boca y la lamió largamente con la lengua a fin de aprovechar tanta cantidad como le fuera posible. Aquello sirvió para calmarle un poco la sed, pero a continuación, como una auténtica profesional, enseguida volvió a centrar la atención en el aterrorizado monje que tenía arrodillado a sus pies.

—Así que eres tú. El último de los monjes de Hubal. —Sonrió. Fue una sonrisa de íntima satisfacción, una sonrisa que no logró disimular la maldad de su dueña ni el

odio que sentía hacia los vivos—. Pues ha llegado el momento de despedirse.

A continuación, igual que un jugador de béisbol que se prepara para efectuar un lanzamiento, alzó la espada ensangrentada con las dos manos hasta que la tuvo por encima del hombro derecho y, casi en el mismo movimiento, la descargó apuntando al cuello de Peto.

Objetivo conseguido.

La cabeza de Peto se separó de los hombros. No fue necesario recurrir a un segundo mandoble. La cabeza fue a caer como un metro más allá produciendo un ruido sordo, ante el horror de la chica de la recepción, que observó la escena horrorizada y sin pronunciar palabra, con la boca abierta. El cuerpo de Peto, descabezado, se desmoronó de bruces. La cadena de la que colgaba el Ojo de la Luna cayó al suelo y fue a aterrizar a los pies de Jessica. Aquello era lo que había estado esperando, y por fin lo tenía: la preciada piedra azul que codiciaba desde hacía tanto tiempo, en el suelo mismo, a sus pies. Ajena a todo cuanto la rodeaba, la recogió y la sostuvo en alto, a la altura de su rostro. Los ojos se le encendieron igual que fuegos artificiales en la noche más oscura.

—Por fin —susurró.

Sin embargo, la cosa no terminó allí. Cuando por fin dejó de contemplar el Ojo de la Luna, reparó en un cáliz dorado que sobresalía del bolsillo del pantalón del monje muerto.

¡Doble premio!

Desde la barra del Tapioca, que ahora se encontraba vacío, Sánchez encontró por fin la página del *Libro de la Muerte* que había estado buscando. En ella había tres nombres que destacaban de los demás, y los tres habían de morir el 1 de noviembre. Echó una ojeada al reloj para confirmar que ya habían pasado las doce de la noche de Halloween. Ya era el 1 de noviembre.

Los tres nombres escritos eran los siguientes:

Peto Solomon

Dante Vittori

Juan Desconocido



Sesenta

El hotel Corazón Roto, situado en la zona sur de Santa Mondega, no constituía precisamente un alojamiento agradable. Era el reducto de toda clase de maleantes. La policía procuraba no acercarse por allí, y, a decir verdad, hasta los vampiros evitaban pisarlo. Y, además, tenía una habitación en particular a la que tampoco se aproximaban los otros residentes.

La habitación ubicada al final del pasillo de la segunda planta siempre había sido un tanto horripilante. Yunque nunca se había acercado a menos de dos metros de ella, y eso que llevaba casi cuatro años viviendo en la habitación de al lado. Cuando se rebasaba la puerta número 23, empezaba a notarse que hacía sensiblemente más frío. La habitación número 24 se hallaba oculta al mundo por una robusta puerta negra de aspecto siniestro. La luz del pasillo dejaba de alumbrar metro y medio antes de llegar a la puerta, lo cual sólo servía para que ésta resultara más lóbrega. En aquel tramo final el aire era visiblemente polvoriento, incluso en medio de la oscuridad. Las partículas de polvo daban la impresión de no querer caer al suelo y se quedaban flotando en el vacío, como si alguien acabara de alborotarlas. Y aunque efectivamente dicho polvo llegara a acumularse en el suelo, no había limpiadora ni conserje que estando en su sano juicio se atreviera a acercarse a la puerta número 24 con una aspiradora.

Ni sin ella.

Que se jodiera.

El hombre que vivía allí dentro solía desaparecer semanas enteras o incluso meses. Nadie le había visto la cara, y nadie había intentado vérsela. Siempre llevaba la cabeza cubierta con una capucha, ya hiciera calor o frío, lloviera o hiciera sol, lo que fuese. Todo el personal del hotel sabía quién era, y nadie pronunciaba su nombre. Jamás. ¿Para qué? No había que hablar de él. Era él, el individuo que mataba. Mataba para ganarse la vida. Mataba por diversión. Mataba para pasar el tiempo. Incluso era posible que también *matara* el tiempo.

Aquel año, su habitación había permanecido vacía más de seis meses. Seis meses de alegría. Nadie supo dónde había estado, y nadie quería saberlo. Simplemente no deseaban que regresara. Pero había regresado.

Tres meses atrás, volvió sin avisar. Y ello le estaba quitando el sueño a Yunque.

Saber que en la habitación contigua vivía un asesino en masa era un billete seguro al país del Insomnio. ¿Cómo diablos iba a poder dormir una persona teniendo a un asesino en serie a la distancia de lo que mide un ataúd? Yunque ya tenía los ojos bastante hinchados y ojerosos para una buena temporada.

Sin embargo, lo que le impedía dormir no era sólo la idea de estar viviendo nuevamente al lado de un psicópata; también eran los gritos. Oh, Dios, qué gritos. Había una persona a la que aquel individuo torturaba todas las noches. Todas las noches se oía la misma voz sorda, chillando. No era una voz del todo humana, pero tampoco de un animal. Alguien le había comentado recientemente que parecía la voz de un *wookie,* pero en realidad sonaba como la de una persona que no tenía lengua y que gritaba como podía. Ello explicaría el hecho de que nunca se oyera pronunciar palabras, tan sólo gritos.

Y todas las noches los gritos duraban varias horas seguidas. ¿Pero por qué gritaba aquella persona o criatura? ¿Qué diablos le estaban haciendo? ¿Y por qué?

La respuesta se hallaba detrás de aquella puerta. De aquella terrible, horrible puerta. No se sabía por qué, pero nunca había nadie en el pasillo que intentase espiar por aquella puerta en las raras ocasiones en que se abría. Si el encapuchado se encontraba dentro del edificio, todo el mundo permanecía en el interior de su habitación.

Hasta hoy.

Resultaba que Yunque era uno de los inquilinos más valientes. Estaba de pie al otro extremo del pasillo, al borde de la escalera, preparado para salir corriendo a toda pastilla si ocurría algo. Lo que fuese. Que él supiera, el encapuchado había salido para no volver en todo el día. ¿Se habría ido a hacer la compra? ¿Los encapuchados van a la compra? Por supuesto que sí, seguro que van, ¿no? A Yunque no le había dado nunca por pensar en aquel detalle, y ahora tampoco era el momento de preocuparse por él.

Frente a la temida puerta número 24 había cuatro hombres vestidos de negro y armados hasta los dientes. Llevaban la parte superior del cuerpo protegida por un equipo especial también negro, como la ropa. Los cuatro apuntaban hacia la puerta con armas automáticas. Aquellos tíos eran algo especial. ¿Boinas verdes? Yunque reflexionó durante unos momentos. No, no llevaban boinas de color verde, así que seguramente no lo eran. Aquellos tipos tendrían algún nombre chulo, como la Compañía de las Sombras, o algo así. Y el individuo fornido que formaba la retaguardia, el del corte de pelo a lo militar, era el líder de dicha compañía.

Teniendo en cuenta que Yunque era medio tonto, la valoración que hizo resultó sorprendentemente exacta. Aquélla era, en efecto, la Compañía de las Sombras. El jefe era Toro, y los otros tres eran sus hermanos de sangre: Tex, Silvinho y Navaja. Un grupo que daba miedo. Uno de sus integrantes sobresalía de los demás gracias a un enorme penacho rosa tipo indio *mohawk* que se elevaba desde su cráneo, por lo

demás rapado al cero.

Resultaba inconfundible que Toro era el líder de su equipo, y como tal iba a hacer una cosa mejor que los otros: liderar. De modo que lideró. Yunque observó que los tres soldados que tenía ante sí se apartaban hacia un lado todos a la vez, al parecer sin haber recibido la orden de hacerlo. Seguidamente, Toro cargó contra la puerta número 24 y la arrancó limpiamente de sus bisagras propinándole una patada con la gigantesca bota de su pie derecho. La puerta cayó hacia dentro y se estrelló contra las tablas de madera del suelo, e inmediatamente salió por ella un repugnante tufo a rancio que invadió toda la planta. A Yunque le entraron ganas de vomitar. Los soldados que tenía enfrente no reaccionaron al hedor; se agacharon y adoptaron posturas de asalto, listos para disparar contra cualquier cosa que hiciera un movimiento agresivo. Y, en efecto, hubo una cosa que se movió en el interior de aquella habitación. Una cosa visible a través del hueco que antes había ocupado la puerta número 24.

Yunque posó la mirada en ello durante menos de un segundo. Era, sin duda alguna, lo más asqueroso que había visto en su vida. Había un cuerpo colgando del techo boca abajo. Un cuerpo humano, sólo que apenas conservaba restos de piel. Los brazos casi rozaban el suelo. Aunque Yunque no lo sabía todavía, aquella infortunada criatura era un vampiro llamado Kione. Lo habían mantenido con vida y lo habían torturado sin piedad todas las noches, a lo largo de dieciocho años.

Yunque desvió la mirada e hizo un esfuerzo para no vomitar.

—Mira a otra parte, a donde sea —se susurró a sí mismo.

Entonces concentró la vista nuevamente en la escalera, e hizo precisamente lo que siempre le había dado miedo hacer, la única cosa que siempre había jurado no hacer.

Miró fijamente a los ojos del encapuchado, que estaba subiendo la escalera y se dirigía hacia él.



Sesenta y Uno

Kacy estaba temblando como una hoja. Empuñar una pistola era algo que en el mejor de los casos la ponía nerviosa, y pensar que a lo mejor iba a tener que dispararla la aterrorizaba todavía más. ¿Dónde demonios se habría metido Dante? «Ya debe de estar cerca, no puede andar muy lejos», reflexionó. Y tenía razón. Fuera cual fuese el apuro en que se encontrasen ambos, siempre era mejor afrontarlo juntos. Cada uno por su lado era vulnerable; en cambio, cuando estaban juntos, el valor y la tenacidad de Dante combinados con la sensatez de ella formaban un tándem perfecto para hacer frente a cualquier problema que se encontraran por delante. Unidos, formaban un equipo formidable.

Kacy había dejado a Swann en el segundo cuarto de baño de la suite, bañado en sangre y con el pantalón a la altura de los tobillos. Ahora, mientras avanzaba con cautela por el pasillo de la tercera planta, la dominaba la paranoia y una terrible sensación de ansiedad. Estar sola le causaba pánico. Todas las decisiones iba a tener que tomarlas ella, sin que pasaran primero por otra persona, y cuando dichas decisiones se referían a cosas simples, como girar a la derecha o a la izquierda, pero tenían consecuencias gigantescas, como vivir o morir, eran decisiones que no deseaba tomar. Alguien saldría de una de aquellas puertas o aparecería frente a ella, al doblar una esquina, o, peor aún, a su espalda. Con una lógica irracional, producto de la angustia y la aprensión que la invadían, decidió no utilizar el ascensor, sencillamente porque se cagaba de miedo de sólo pensar en que al abrirse las puertas del mismo pudiera encontrarse cara a cara con un vampiro o con un policía corrupto. Lo mejor sería dirigirse a la escalera que bajaba al vestíbulo. «Actúa con naturalidad, como si no pasara nada», se dijo a sí misma.

Y de pronto, en cosa de un segundo, su mundo volvió a recuperar la paz. En el otro extremo del pasillo apareció Dante. Se notaba a las claras que había subido la escalera corriendo, porque llegaba un poco falto de respiración y estaba empapado. Además, por razones desconocidas, venía vestido con un uniforme de policía, con una camisa azul toda mojada por la lluvia que parecía tener grandes lamparones de sangre. Pero aquello no le preocupó demasiado; simplemente indicaba que sin duda Dante había conseguido meterse en una de aquellas legendarias y ridículas refriegas suyas de las que, sin saberse cómo, siempre salía ileso.

El semblante de Kacy se iluminó con una enorme sonrisa que no pudo controlar.

El mero hecho de ver a Dante sonriéndole a su vez bastó para borrar todos sus miedos en un instante. Tal vez Dante no fuera el hombre más duro del mundo, y desde luego que no era el más inteligente, pero era su hombre. Siempre estaba al lado de ella en mitad de una crisis, dispuesto a hacer lo que fuera, por más osado o absurdo que fuera, con tal de protegerla a ella, la mujer que amaba. Y aquél era uno de los muchos motivos por los que lo amaba ella.

—Oh, Dios, qué alegría para los ojos —exclamó pasillo adelante, en dirección a él. Dante estaba todavía a sus buenos treinta metros, pero era una distancia que se podía cubrir en segundos. Bajó la pistola y echó a andar hacia él. Se sentía un poco más débil que apenas unos momentos antes, simplemente porque la descarga de adrenalina que le había provocado la agresión de Swann estaba empezando a disminuir. Todo iba a salir bien. Dante echó a trotar hacia ella con una ancha sonrisa en la cara.

—¡Venga, vámonos de aquí enseguida! —chilló.

Kacy se guardó la pistola en la parte de atrás de los vaqueros y abrió los brazos de par en par.

—¡Abrázame, cielo! —exclamó, radiante. Dante apretó el paso, deseoso de lanzarse a los brazos de su chica igual que se ve en las películas cursis.

Y en eso…

¡BAM!

Justo al pasar por delante de un pasillo lateral, saltó de éste una figura vestida con un ceñido mono de leopardo y lo empujó contra la otra pared. Era Roxanne Valdez, y se encontraba en pleno modo chupasangre. A Kacy le dio la impresión de que todo se movía a cámara lenta. Contempló horrorizada cómo se desarrollaban los acontecimientos. Vio cómo cambiaba la expresión de Dante de la alegría a la sorpresa, y después a un terror extremo. Valdez lo había golpeado con la velocidad de un tren expreso. La cabeza se estrelló contra la pared del pasillo con tanto ímpetu que fue un milagro que no se quedase seco en el sitio. La fuerza de aquella vampiro —agente especial era a todas luces colosal, y al haber tomado a Dante del todo por sorpresa, los intentos de éste por desembarazarse de ella resultaron totalmente fútiles.

Kacy, aturdida y como en trance, contempló cómo Valdez abría la boca y dejaba al descubierto unos tremendos colmillos que hundió en un costado del cuello de Dante. Siguió un crujido horroroso, y seguidamente Kacy vio que brotaba sangre del cuello de su amado. Dante tenía el cuerpo entero aprisionado contra la pared, de manera que apenas podía hacer fuerza o tomar impulso con los brazos para oponer resistencia. Peor aún, para cuando Valdez echó la cabeza atrás para permitir que la sangre que había bebido le bajara por la garganta, Dante ya parecía incapaz de seguir forcejeando. Poco a poco la sangre fue desapareciendo de su rostro y se le empezaron

a doblar las rodillas, mientras miraba a Kacy con expresión vacía y casi como pidiéndole perdón.

Kacy chilló por fin:

—¡dante!

Tuvo la sensación de haber estado una eternidad contemplando aquella escena antes de que su boca le permitiera emitir aquel inevitable grito de desesperación.

El chillido llamó la atención de Valdez, enloquecida por la sangre. Soltó a su víctima y posó su malévola mirada en Kacy. El cuerpo de Dante, maltrecho y ensangrentado, resbaló hasta el suelo y fue dejando un ancho reguero de color rojo en la pared hasta que por fin se desmoronó sobre la moqueta, igual que una muñeca de trapo que nadie quiere.

Valdez dio un paso hacia Kacy con la mirada fija en ella, acaso por considerarla apropiada para el postre. Todavía le goteaba de la boca un hilo de sangre de Dante que le manchó el traje de leopardo. Kacy se quedó petrificada, y durante un segundo las dos mujeres se miraron fijamente la una a la otra. Entonces el vampiro pasó a la acción y arremetió contra la inocente que la miraba con los ojos desorbitados.

Aquello terminó por despejar el cerebro de Kacy. Obedeciendo a una reacción instintiva, sacó la pistola que se había guardado en la cinturilla del pantalón. Manoteó nerviosamente hasta agarrarla con firmeza y acto seguido, con manos temblorosas, apuntó al chupasangre que venía hacia ella. Entonces, por motivos que ni siquiera ella conocía, cerró los ojos, volvió la cabeza y disparó a ciegas.

¡BANG!

Por espacio de unos segundos se oyó únicamente el silencio ensordecedor que siguió al estampido. Entonces, Kacy, poniendo la misma mueca que una persona que espera que le lancen una tarta a la cara, abrió un ojo, después el otro. Sobre la moqueta, a menos de un metro de donde estaba ella, yacía un cadáver ensangrentado y humeante: los restos del agente especial Roxanne Valdez.

Dante continuaba derrumbado en el suelo del pasillo, contra la pared, como quince metros más adelante. Miraba a Kacy con ojos de cachorrillo, pero tenía la cabeza apoyada en el suelo en medio de un charco de sangre que iba haciéndose cada vez más grande, extendiéndose sobre la moqueta. Estaba sangrando por la boca, pero la causa principal de que la mancha de sangre fuera cada vez más ancha era el torrente que le brotaba de la tremenda herida del cuello.

A pesar del entumecimiento que la invadía, el cerebro de Kacy pensaba a toda velocidad. Dejó la pistola de Swann en el suelo, junto a los restos de Valdez, que ahora se habían incendiado, y corrió al lado de Dante con toda la fuerza que logró imprimir a sus piernas, aunque parecieran de gelatina. Se arrodilló y puso una mano encima del agujero que Dante tenía en el cuello en un intento de contener la hemorragia, al tiempo que con la otra le levantaba la cabeza y se la giraba hacia ella.

—Cielo, no me dejes —logró decir. El mero hecho de pronunciar aquellas palabras bastó para provocar el llanto que era inevitable desde el momento en que Dante cayó. Pasó los dos minutos siguientes arrodillada a su lado, acunándole la cabeza y suplicándole que no se fuera. Que no la dejara completamente sola en un mundo lleno de odio, rencor y maldad. Pero Dante no pudo responderle, ya había perdido la voz cuando ella llegó a su lado. Lo único que pudo hacer fue mirarla con una expresión de impotencia, esperando que ella leyera en aquella mirada que lamentaba profundamente haberlo estropeado todo justo al final. Había caído al saltar la última valla del recorrido, después de haber superado con éxito la prueba de haberse infiltrado en un antro de vampiros durante tres noches.

Kacy, sollozando, vio que Dante ponía los ojos en blanco, señal de que había dejado de luchar por vivir, pero continuó acariciándole el pelo y limpiándole la sangre de la cara. Si estaba partiendo hacia la otra vida, deseaba que estuviera bien guapo y que causara buena impresión. Desolada como estaba, mientras le recomponía el rostro le vinieron a la memoria todos los momentos felices que habían vivido juntos. Rememoró algunas de las tonterías que había hecho Dante desde que ambos se conocieron. Recordó el día en que se presentó en su casa con un montón de DVD del *Capitán Garfio* sonriendo como si le hubiera tocado la lotería. O aquel en que hizo que se sintiera violenta por haber llamado hijo de puta al profesor Cromwell. O cuando robó un Cadillac amarillo para impresionarla cuando ya tenían a media ciudad intentando matarlos. O cuando, disfrazado de Terminator, la arrastró hasta un lugar seguro en medio del tiroteo que hubo en el Tapioca el año anterior, durante el eclipse. Y, sobre todo, rememoró el día en que se le declaró, hacía ahora menos de una semana. Dante había sido lo mejor que le había ocurrido en la vida.

Dante llevaba muerto un minuto entero cuando de pronto algo distrajo a Kacy.

—¡Jodida puta! —exclamó una voz desde el otro extremo del pasillo. Era el agente Swann, y ya estaba agachándose para recoger su pistola del sitio en que la había dejado Kacy—. Ahora sí que lo vas a lamentar.

Sesenta y Dos

Cuando el encapuchado dio otro paso hacia él, Yunque se apresuró a bajar la vista hacia el suelo, con la esperanza de que aquello lo volviera invisible. Era absurdo entrar en una batalla de miradas con Kid Bourbon. ¿A qué soliviantarlo? Aquel tipo no necesitaba precisamente tener una excusa para matar. Si los rumores que hablaban de él estaban en lo cierto, era capaz de matarlo a él sólo porque le había mirado mal. A no ser, claro está, que acabase de experimentar una especie de revelación y hubiera decidido dejar de matar. Pero, ya fuera lo uno o lo otro, alguien, por lo menos una persona, estaba a punto de ser barrida del mapa. De aquello no le cupo duda.

Cuando Kid pasó por su lado rozándolo ligeramente con el gabán, Yunque se las arregló para descender un peldaño de la escalera, lo justo para apartarse un poquito del escenario de la acción que sin duda estaba punto de desatarse.

Toro y sus hombres se volvieron justo a tiempo para ver al hombre encapuchado que había llegado al rellano en que se encontraban ellos. No lo tenían ni a seis metros, y en cuanto éste vio que se daban la vuelta rápidamente con las armas apuntadas en su dirección, introdujo una mano en el gabán en busca de una pistola. Con una velocidad extraordinaria, extrajo una de sus semiautomáticas (una Beretta de 9 mm, nada menos) y apuntó a Toro y a sus tres camaradas. Consiguió efectuar un disparo.

Los miembros de *la.* Compañía de las Sombras no eran precisamente principiantes. Toro, en particular, no había ido hasta allí para echar a perder la mejor oportunidad que tenía de vengarse. Disparó una ráfaga sin previo aviso. Su fusil automático descargó plomo sin piedad contra su enemigo y le acribilló el pecho con un sinfín de balazos en cuestión de segundos.

Yunque tuvo el tiempo justo de ver que el solitario disparo que había efectuado Kid Bourbon no llegó a alcanzar a Toro ni a ninguno de sus hombres. En lugar de eso, atravesó con letal precisión la puerta abierta de la habitación 24 y se alojó en el centro mismo de la frente de la desgraciada criatura que colgaba del techo. Kione llevaba tanto tiempo siendo torturado sin piedad, que sin duda debió de agradecer con profundo alivio que alguien pusiera tan rápido fin a su sufrimiento. El infierno iba a ser un paseo por el parque en comparación con el suplicio al que había sido sometido durante los dieciocho últimos años. Y al infierno fue adonde se encaminó.

Los lastimosos restos de aquel ser por fin hallaron la muerte.

Una vez que Toro y sus hombres abrieron fuego, Yunque tuvo la inteligencia de agacharse en la escalera y taparse los oídos. Los otros tres integrantes de la Compañía de las Sombras habían secundado al instante la iniciativa de su jefe y también habían disparado sus armas sin piedad contra el objetivo. Yunque, agazapado en la escalera, vio cómo la figura encapuchada se tambaleaba hacia atrás. Con cada paso que daba se incrementaba la certeza de que en cualquier momento terminaría por desplomarse. De hecho, pensó Yunque, si los soldados dejaran de disparar, su víctima se derrumbaría mucho antes, porque cada nuevo balazo que recibía lo sacudía y lo mantenía en pie. Pero finalmente cayó, y entonces cesó el fuego. Había recibido al menos treinta disparos. Quedó una gran nube formada por el humo que despedían las armas de los soldados, y también una gran cantidad de sangre, procedente de las heridas del antiguo vecino de Yunque.

Pero Yunque no notó el silencio que siguió al tiroteo, porque no oía nada que no fuera el silbido que tenía en los oídos (a pesar de que se los había tapado con las manos) por culpa del ensordecedor estruendo de las armas de fuego.

Toro indicó con una seña a uno de sus hombres que se aproximase al cuerpo sin vida que yacía frente a ellos, junto al arranque de las escaleras.

—Examínalo —ordenó.

El tipo fornido y sin afeitar que llevaba la horrible cicatriz en la cara (era Navaja, si Yunque hubiera sabido cómo se llamaban) obedeció a su jefe y puso los dedos en el cuello de Kid para ver si tenía pulso. Al cabo de unos segundos, volvió a mirar a Toro y movió la cabeza en un gesto negativo.

—Sí, está muerto —informó.

Toro exhaló un suspiro de alivio. Por fin. Después de todos aquellos años, por fin se había cobrado la venganza que tanto ansiaba.

—Levántalo —rugió al tiempo que extraía un machete de una funda que llevaba atada a la pernera izquierda del pantalón—. Quiero su cabeza.

Navaja, que, al igual que todos ellos, poseía una fuerza increíble, alzó el cadáver todo lo que pudo. Consiguió elevarlo hasta ponerlo de rodillas, y a continuación asió la tela de la capucha para sostener la cabeza en alto a fin de facilitar el golpe a su jefe.

Con un método no muy diferente del que había empleado hacía poco Jessica para ejecutar a Peto, Toro asestó un fuerte mandoble con la hoja. Un segundo después, su colega ya no sostenía nada más que una capucha vacía, porque la cabeza que antes ocultaba se había separado de los hombros del muerto y había rodado por el suelo hasta detenerse por fin a los pies de Toro. Estaba toda ensangrentada y presentaba un gran agujero en la nuca, posiblemente a resultas de un balazo que le penetró por la cuenca de un ojo.

Toro cogió la cabeza asiéndola por el cabello y la sostuvo en alto.

—Ahora ya no eres tan duro, ¿eh? Te dije que iría a por ti, hijo de puta.

Acto seguido lanzó la cabeza al soldado del penacho rosa, que estaba de pie a su espalda.

—Métela en una bolsa con hielo y vámonos de aquí cagando leches.



Sesenta y Tres

Kacy necesitaba un motivo importante de verdad para despegarse del cadáver de Dante habiendo pasado tan poco tiempo, y dicho motivo se lo proporcionó el agente especial Swann apuntándola con una pistola. Swann se tambaleaba y parecía más que un poco inseguro al sostenerse en pie, sin duda porque había sufrido una considerable pérdida de sangre a causa de las heridas que Kacy le había infligido recientemente.

Su formación militar y su umbral para soportar el dolor, increíblemente alto, le permitieron olvidarse por el momento de la herida y seguir persiguiendo a la joven a la que deseaba sexualmente y al mismo tiempo quería matar. Se había vendado rápidamente el culo y la entrepierna usando las toallas de lavabo que había en el baño. Aquel improvisado vendaje había frenado bastante la hemorragia, y esto, unido a la descarga de adrenalina que le había provocado la furia desatada contra Kacy, le dio fuerzas. Mentalmente hizo caso omiso del dolor, y el resultado de ello fue que la herida pasó a ser una irritación de menor importancia. De modo que mientras Kacy huía hacia el otro extremo del pasillo con la intención de desaparecer por la esquina del mismo y bajar la escalera que conducía al vestíbulo, él se había recuperado lo suficiente para disparar dos veces. El primer disparo le pasó rozando la oreja a Kacy y se incrustó en la pared de enfrente. El segundo, efectuado de forma más precipitada debido a su errática carrera en pos de Kacy, dio en el techo y rebotó en una de las paredes laterales. Maldiciendo groseramente, se guardó la pistola en la funda y echó a correr, cojeando.

Kacy bajó la escalera como una exhalación, oyendo a Swann a su espalda gritándole insultos y tratando con todas sus fuerzas de darle alcance. Ella tampoco se movía todo lo deprisa de que era capaz; tenía los ojos tan llenos de lágrimas que casi no veía, y por la misma razón tenía taponada la nariz. El corazón le retumbaba como un tambor, y en el fondo de sí misma dudaba de que mereciera la pena huir. Dante había muerto. Ya no le quedaba nada. Si lograba escapar, ¿qué demonios iba a hacer? No tenía ningún sitio a donde ir ni a nadie con quien irse.

Sin embargo, había algo que la obligaba a seguir moviendo las piernas escalera abajo. Tal vez fuera la idea de que si ella no escapase, la muerte de Dante no habría servido para nada. Dante habría querido que escapase. Y, naturalmente, aunque en cierto modo ella deseaba morir porque sentía que ya no tenía nada por lo que vivir,

en realidad no deseaba ser golpeada y violada por Swann. Si éste acertase a pegarle un tiro en la cabeza y así poner fin a todo de forma indolora y sin que ella se diese cuenta, muy bien, pero lo más probable era que tuviera que pasar por una serie de sufrimientos y cosas bastantes desagradables antes de reunirse con Dante en la otra vida. Así que lo que hizo fue correr, y además con toda su alma.

Cuando finalmente llegó al pie de la escalera y salió al vestíbulo, se encontró con que allí cundía el pánico. A la derecha de la escalera había un cuerpo descabezado tirado en el suelo, frente al ascensor. Normalmente, aquello habría sido suficiente para que ella sufriera un ataque de nervios, pero en aquel momento apenas le causó otra cosa que una impresión leve. Estaban sucediendo cosas jodidas de verdad, y se hacía evidente que aquel cadáver decapitado era una de tantas. El vestíbulo estaba lleno de gente que chillaba, y al parecer estaba dando comienzo un éxodo en masa. El único problema era que nadie parecía huir en una dirección concreta. En total habría unas veinte personas, entre empleados y clientes, que vociferaban y corrían de un lado para otro igual que gallinas sin cabeza. Por lo visto, el que había decapitado al cadáver hacía mucho tiempo que se había largado. ¿Habría salido por la puerta principal? Ello explicaría que aquella masa de gente que gritaba no se amontonase intentando huir por allí…

Kacy, al oír a Swann doblar el último descansillo de la escalera, a menos de media planta de donde estaba ella, tomó rápidamente una decisión: «Sal a la calle. ¡Date prisa!»

Cuando por fin se vio al otro lado de aquellas puertas, deseó haber buscado otra salida. Fuera estaba cayendo una tromba de agua y soplaba un auténtico vendaval. Su intento de bajar los escalones que había delante del hotel se vio gravemente obstaculizado por el viento que barría las calles; era tan fuerte que tuvo que avanzar a paso de caracol. Daba la impresión de que el viento estuviera actuando en su contra y pretendiera obligarla a retroceder hacia el hotel y a caer en los brazos del agente especial Swann, que apareció súbitamente en la puerta, a su espalda. Hizo un esfuerzo para salvar el último escalón y alcanzar la acera, pero justo en aquel momento Swann se lanzó hacia delante y la agarró. La rodeó con sus gigantescas manos, cada una de ellas cómodamente aferrada a un pecho.

Swann, en vez de darle la vuelta para obligarla a encararse con él, aprovechó aquella oportunidad para estrujarle las tetas con fuerza por encima de la camiseta, que ya estaba muy mojada, y para empujarla con la mitad superior del cuerpo y con la ingle hacia un taxi amarillo que estaba estacionado justo enfrente de la entrada. La estampó violentamente contra el costado del taxi y le aplastó la cara contra la ventanilla trasera del lado del conductor.

Con la que estaba cayendo, no había ningún viandante por la calle, así que no iba a acudir nadie a socorrerla. Además, la gente tenía cosas más importantes que hacer que preocuparse de Swann y de sus intenciones, fueran las que fuesen, para con

Kacy. El único que se percató de lo que sucedía fue el taxista. Accionó el elevalunas de su ventanilla para bajar el cristal y protestó:

—Eh, tío…

Swann soltó momentáneamente la mano con que sujetaba el pecho derecho de Kacy y sacó la pistola de la funda de la sobaquera.

¡BANG!

El balazo acertó al confiado taxista en plena cara. Swann, después de contemplar cómo los sesos de aquel pobre desgraciado le salían por la nuca y salpicaban toda la luna del parabrisas por dentro, volvió a guardarse la pistola en la sobaquera con toda calma y reanudó la desagradable tarea que tenía entre manos con Kacy, que a aquellas alturas ya estaba demasiado débil y agotada para continuar debatiéndose. No era más que una piltrafa llorosa, aplastada contra el costado del coche, incapaz de hacer ninguna fuerza para oponer resistencia.

Las manos de Swann pasaron de los senos a la entrepierna. Sin dejar de presionar con la mitad superior del cuerpo contra la espalda de Kacy para aprisionarla contra el coche, empezó a tironearle de los vaqueros.

La lluvia mantenía prisionera a Kacy tanto como las libidinosas manos de Swann. Tenía la ropa completamente calada y el pelo empapado y cayéndole por el rostro. Su único consuelo era que el asqueroso hilo de saliva que le caía a su agresor de la boca y le goteaba en la nuca a ella era barrido por el agua con la misma rapidez con que iba depositándose.

En el momento en que sintió que sus vaqueros resbalaban unos centímetros, acertó a oír vagamente un fuerte estruendo, muy parecido al de una ventana al romperse. En medio de la intensa lluvia que caía formando verdaderas mantas de agua, vio algo reflejado en la ventanilla del taxi contra la que tenía la cara aplastada. Varios trozos de cristales de gran tamaño aterrizaron en el asfalto, detrás del agente Swann.

Y también algo más.

Una mancha borrosa. De la envergadura de un hombre.

Sesenta y Cuatro

Beth observó *la* luna, que había salido por un hueco que se abrió entre los nubarrones de tormenta. Parecía ocupar exactamente el mismo punto del cielo que en aquella otra ocasión, tantos años atrás. Todavía tenía fresca en la memoria la noche en que la agredió Kione. De pie al final del embarcadero, casi deseó que aquel odioso vampiro apareciera y la atacara otra vez, simplemente porque a lo mejor hacía que regresara el que aquella noche fue su salvador, JD.

Desde que salió de la cárcel, ocho años antes, todas las noches de Halloween esperaba en el embarcadero a que volviera JD. Todos los años aguardaba allí hasta que finalizaba la hora de las brujas, y todos los años regresaba a casa sola y desilusionada. De todas formas, aquél era siempre el mejor momento del año. Existía un retorcido placer en el hecho de convencerse a sí misma de que JD volvería, tal como le había prometido, y tal como había predicho aquella loca —ya fallecida— de la Dama Mística.

Los nubarrones grises parecían cercar a la luna, como si pretendieran ocultársela a ella. Cuando, una vez más, se fue acercando el final de la hora de las brujas de Halloween, con la misma rapidez de siempre, Beth volvió la vista hacia las olas. La tormenta estaba amainando lentamente. Las nubes, que habían venido del océano, se habían desplazado hacia el centro urbano después de pasar por encima de la zona del puerto. El caos de las horas precedentes había dejado una estela de devastación a su paso. El paseo que bordeaba el mar estaba lleno de inmundicias arrancadas de cubos de basura volcados y de macetas de flores hechas pedazos. Pero por lo menos el aguacero se había transformado en una suave llovizna y el vendaval ya no era más que una brisa suave que levantaba ligeramente la falda azul de Beth, larga hasta los tobillos. La sudadera con capucha que le había regalado Bertram Cromwell estaba totalmente empapada, en cambio Beth no tenía nada de frío; la lluvia que le estaba adhiriendo la ropa al cuerpo era de hecho bastante tibia, incluso reconfortante, y al contemplar aquella fina niebla que flotaba por encima de las olas se sentía como si se encontrara en una gigantesca sauna al aire libre.

La proximidad de Halloween la emocionaba más que a ningún niño de Santa Mondega. Por desgracia, cuando ya estaba en el embarcadero y la emoción inicial que le producía el convencimiento de que JD iba a venir iba desapareciendo gradualmente a la vez que las estrellas, siempre la invadía un triste sentimiento de

desilusión. De manera invariable, su pensamiento regresaba al momento en que mató a su madrastra. No obstante, aquellas imágenes no eran más que destellos fugaces que le cruzaban por la mente. Lo que llenaba sus pensamientos casi todo el rato era el rostro cálido y sonriente de JD y su tranquila calma. En los últimos minutos, siempre rezaba pidiendo que JD llegara aunque fuese con retraso y experimentaba una última oleada de emoción y tristeza. Durante aquellos minutos no se permitía a sí misma mirar hacia atrás, sino que permanecía con el rostro vuelto hacia el mar, convencida de que JD se le acercaría furtivamente por la espalda para sorprenderla justo cuando se ocultase la luna. Sin embargo, cada año se llevaba la misma desilusión, y este año no iba a ser distinto. Observó cómo las nubes comenzaban a tapar la luna y cómo el horizonte se teñía con la primera claridad del amanecer que llegaría más tarde.

Había abrigado la esperanza de que este año la cruz de plata que le había regalado el profesor le hubiera traído un poco de suerte. Si aquella cruz servía para alejar el mal, había cumplido su misión, pero no había conseguido devolverle a JD. Desabrochó la cadena y se la quitó, *y* después contempló el mar por última vez. Entonces, al tiempo que le corrían las lágrimas por las mejillas, arrojó cadena y cruz a las olas, con todas sus fuerzas.

Si JD estuviera vivo, habría venido a buscarla. Tenía que pensar que había muerto, porque lo contrarío significaría que ya no sentía por ella el mismo interés que sentía ella por él. De manera que ahora que ya no tenía la cruz de plata ni su curiosa piedra azul para alejar a los malos espíritus, anheló para sus adentros que ocurriera algo malo que pusiera fin a su existencia en la tierra y le permitiera reunirse con JD en la otra vida, para poder pasar la eternidad juntos.

Se enjugó las lágrimas que le humedecían las mejillas enrojecidas por el viento y dio media vuelta para regresar a la ciudad. Mientras caminaba por el embarcadero iba deseando que aquel trayecto no terminase nunca. Pero terminó, y no tardó en salir de nuevo al paseo marítimo y a encaminarse de nuevo hacia su casa.



Sesenta y Cinco

—¡EH, TÚ, GILIPOLLAS! —rugió una voz potente por encima del estruendo de la lluvia y del viento.

Kacy notó que Swann experimentaba una sacudida y que la aferraba con menos fuerza, que disminuía la presión que ejercía con su cuerpo en la espalda de ella. A continuación sintió la punta de una bota que le propinaba una patada en el trasero. Era evidente que el grueso de la bota y de la fuerza de la patada había alcanzado a Swann entre las piernas, desde atrás. Justo en los cataplines. Justo donde ella acababa de hacerle una herida con la bombilla rota. Lo oyó gemir de dolor y a continuación caer de rodillas detrás de ella, al tiempo que la soltaba. Fuera cual fuese la causa de la turbación de Swann, Kacy no necesitó una segunda invitación, de modo que al instante aprovechó la oportunidad para ponerse fuera de su alcance.

Detrás de Swann, preparándose para propinarle a éste una segunda patada en los huevos, se alzaba un vampiro de aspecto temible. Temible para la mayoría de la gente, quizá, pero en opinión de Kacy también poseía cierta vulnerabilidad que lo volvía adorable. Era Dante, todavía reconocible aunque ahora pareciera ser una criatura de la noche en toda su dimensión. Cuando el infortunado agente intentó recobrar el equilibrio apoyándose contra el taxi, Dante volvió a empotrarle la bota del pie derecho en los testículos, que ya estaban hinchados y rotos. Swann llevaba un pantalón vaquero con unos calzoncillos ajustados debajo, pero éstos no eran de hierro, y por lo tanto el dolor fue el mismo que si no llevara nada encima. Instintivamente se llevó las manos a la entrepierna para protegerse la zona, que rápidamente estaba hinchándose y comenzando a sangrar, al tiempo que hacía un esfuerzo para no vomitar. Entonces vio, horrorizado, una mano que se introducía en un pequeño hueco que tenía bajo el hombro derecho, entre el pecho y el brazo. Dicha mano extrajo su pistola de la funda que la contenía.

—¡Mierda! —Ésta fue la última palabra que atinó a pronunciar, pero se perdió entre la lluvia y el viento. En cambio, no sucedió lo mismo con el disparo que siguió un segundo después, que fue lo bastante sonoro para que lo oyese todo el que estuviera a un kilómetro del hotel.

Kacy desvió el rostro, pero demasiado tarde. De manera que vio cómo salían volando los sesos de Swann por la frente de éste y se esparcían por la puerta del taxi. Seguidamente, su cuerpo cayó hacia delante y chocó contra el suelo, para después

empezar a deslizarse lentamente hacia la alcantarilla. La lluvia lavó la sangre con la misma rapidez con que ésta había brotado de la herida.

El vampiro de ojos oscuros en que se había convertido Dante contempló aquel cuerpo sin poder disimular el asco que le provocaba pensar en lo que el agente especial tenía pensado hacer con la mujer a la que él quería.

Para Kacy, el hecho de ver a su amado erguido sobre el cadáver empapado del hombre que pensaba violarla y matarla fue algo abrumador. No fue capaz de ocultar la alegría que la embargaba. Todo el horror vivido en los últimos minutos desapareció súbitamente, más deprisa que la sangre del agente especial Swann.

—¡Cariño, te quiero! —chilló, abriendo los brazos para aferrarse a su héroe, que había regresado. Pero, ante su consternación, Dante dio un paso atrás.

—Apártate de mí —le dijo con una voz intimidatoria—. Ya no soy humano. No te acerques, porque te mataré, estoy seguro.

—¿Qué? —exclamó Kacy al tiempo que extendía un brazo en el intento desesperado de tocarlo por lo menos, pero él retrocedió otra vez.

—Hablo en serio. No te acerques. Siento un impulso irreprimible de morderte. No lo digo en broma, estoy sediento de sangre. Quédate ahí. Peto tiene en su poder el Ojo de la Luna; se lo pediré y con ello supongo que recobraré la normalidad. Entonces podrás abrazarme todo lo que quieras. Pero hasta ese momento, tendrás que esperar.

—¿Peto está aquí? —preguntó Kacy.

—Sí, en el hotel. Tomó el ascensor mientras yo subía por la escalera a buscarte.

—¿Llevaba un uniforme de policía como tú?

—Sí. ¿Lo has visto? Kacy asintió con tristeza.

—Todo excepto la cabeza.

—Repítelo.

—Estaba en el vestíbulo, pero le faltaba… la cabeza. Había sangre por todas partes. La gente era presa del pánico.

—¡Mierda!

Dante dio media vuelta y subió a la carrera los escalones de la entrada, cruzó las puertas y entró en el vestíbulo del hotel. De inmediato vio por sí mismo lo que le había descrito Kacy. El cuerpo sin vida de Peto empapaba la moqueta con la sangre que manaba profusamente del desagradable muñón que antes había sido el punto de unión entre la cabeza y el cuello. La piedra azul y su cadena de plata habían desaparecido, así como el Santo Grial. La única persona que quedaba a la vista era la joven del mostrador de recepción, que a todas luces había sufrido una conmoción y estaba sentada y mirando con expresión ausente el cadáver que yacía sobre la

moqueta. Dante, olvidando que ahora era un vampiro hecho y derecho, se volvió hacia ella y le preguntó con voz siseante:

—¿Dónde está la piedra azul?

La muchacha despertó de su estado de hipnosis y volvió ligeramente la cabeza hacia Dante, el cual la miraba fijamente desde el otro lado del vestíbulo enseñando un par de colmillos afilados como cuchillos y todo cubierto de sangre. En realidad, no era lo que ella necesitaba ver en aquel preciso momento, así que no tardó en desmayarse. Al caer se golpeó la cabeza contra la pared que tenía detrás.

En aquel momento apareció en el vestíbulo, a la espalda de Dante, la figura de Kacy, cansada, despeinada y ojerosa.

—¡Venga, cariño, vámonos de aquí! — suplicó.

Dante se volvió hacia ella. A pesar de los colmillos, a pesar del rostro surcado de venas, de los ojos enrojecidos y de la camisa empapada por la lluvia y cubierta de sangre, sin saber por qué, consiguió transmitir la sensación de ser una criatura totalmente desamparada. Entonces comprendió que el que hubiera matado a Peto se había escapado con el Ojo de la Luna. Estaba jodido. Iba a ser vampiro para toda la eternidad, muy probablemente. Y en aquel momento Kacy se le presentaba como su primera comida. No hay nada que más ansíe un vampiro que darse un festín con un miembro atractivo del otro sexo, así que para Dante, Kacy era tanto como la cena de Navidad.

—Cielo, aléjate de mí — le siseó en tono urgente —. Aléjate todo lo que puedas. Me están entrando deseos de matarte, de beber tu sangre. No me obligues. ¡Lárgate de una vez!

A Kacy se le hundió el semblante y puso cara de echarse a llorar de nuevo.

—¿Cómo? — tragó saliva. En todo el tiempo que habían pasado juntos, Dante jamás había dejado de desearla. Aquél era un sentimiento al que no estaba acostumbrada, y al que no quería acostumbrarse.

—Lo digo muy en serio — repitió Dante, ceñudo —. Aléjate de mí todo lo que puedas. — Calló un instante y luego agregó —: Lo siento. — Al decir esto empezó a sentir deseos de llorar también, comprendiendo lo que le estaba pidiendo a su novia. No tenía más ganas de separarse de ella que ella de él, pero tenía que apartarla de sí. Era lo único que podía hacer. El bien de Kacy era más importante que su deseo de beberse su sangre. Y en aquel momento, mientras todavía pudiera ejercer control sobre dicho impulso, que iba intensificándose muy deprisa, tenía que desembarazarse de ella —. Te quiero, Kacy, y siempre te querré, pero márchate ya. Aléjate de mí. No podemos estar juntos, te mataré, o peor aún, te convertiré en un vampiro como yo. Y hazme caso, no resulta nada agradable. Kacy dio un paso hacia él. Dante vio que tenía los ojos rebosantes de lágrimas, causadas por el dolor de oírle a él decir que la rechazaba. Aquello no hizo sino incrementar su malestar.

—Dante, cariño, ¿es que no has aprendido nada? — preguntó Kacy con mirada suplicante.

—¿Qué quieres decir? — contestó él con una voz que empezaba a quebrarse, señal del dolor que estaba intentando disimular.

—Quiero decir — dijo Kacy haciendo un esfuerzo para sonreír — que me des un mordisco, so tonto.

Dante se quedó petrificado. ¿De verdad le estaba pidiendo Kacy que la transformara en un miembro de los no muertos como él? ¿De verdad lo amaba tanto como para permitirle que la matase y la condenase a un infierno eterno?

—¿Estás… estás segura, Kacy? Me refiero a que…

—Calla — ordenó Kacy sorbiéndose las lágrimas, que fluían más rápidas que nunca —. Cierra la boca, ¿quieres? Soy tuya desde el momento en que gritaste: «¡Eh, tú, gilipollas!»

Nada más decir aquello supo que había logrado romper la barrera de Dante. La expresión de sus ojos lo traicionó, y Kacy tuvo la seguridad de que en ellos apareció fugazmente una lágrima. Desapareció con un parpadeo, pero de todos modos la vio. Dante aún la deseaba, y no podía ocultarlo por más que se esforzase.

—Te quiero, Kacy — dijo.

—Lo sé. Así que ven a por mí antes de que cambie de opinión.

Dante fue hasta ella, la rodeó con los brazos y la miró a los ojos.

—¿Te importa que te bese primero?

—Más te vale.

Minutos después ambos eran criaturas de la noche, destinadas a pasar sus eternas vidas de muertos vivientes buscando la preciada piedra azul que llaman el Ojo de la Luna.

Sesenta y Seis

Ramsés Gaius estaba sentado ante la mesa de su despacho oval con una expresión de satisfacción en la cara. Por lo que parecía, todo se había desarrollado conforme al plan. Lo único que tenía que hacer ahora era esperar a que sus dos sumos sacerdotes regresaran con la mercancía que tanto ansiaba él.

Justo pasada la medianoche llegó el primero. Se oyeron unos golpes en la puerta. No fueron demasiado fuertes, de hecho resultaron más bien suaves desde cualquier punto de vista, pero fueron perfectamente audibles.

—Adelante —respondió Gaius.

La puerta se abrió hacia dentro, empujada por un mercenario contratado que hacía guardia fuera. Era uno de los muchos policías de uniforme, miembros del clan de los Cerdos Mugrientos, que habían desertado de De la Cruz y compañía en el momento de mayor necesidad. Gaius era un líder de mucha más categoría, y todos los no muertos se sentían honrados de poder servirle.

El guardia sostuvo la puerta del despacho de Gaius, y seguidamente entró la esbelta figura de su nueva suma sacerdotisa y única hija, Jessica, vestida con su tradicional atuendo negro. Bajo el brazo derecho traía un paquete envuelto con un grueso paño de color marrón. El guardia cerró la puerta tras ella y se quedó fuera, y Jessica, en cuanto oyó el chasquido de la cerradura, inclinó la cabeza a modo de saludo a Gaius.

—Padre, tengo en mi poder el Ojo de la Luna y el Santo Grial — anunció al tiempo que volvía a alzar el rostro para mirarlo a la cara —. Y la cabeza del monje que tenía ambas cosas.

Acto seguido, y sin poder ya disimular una enorme sonrisa de vampiro, tomó el paquete envuelto que llevaba bajo el brazo y se lo lanzó a Gaius por el aire. Éste lo atrapó al vuelo con las dos manos justo cuando estaba levantándose de su asiento, y lo depositó sobre la mesa, frente a sí. Tomó uno de los picos de la tela y lo desenvolvió con cuidado. Dentro se encontraba la cabeza de Peto, el último de los monjes de Hubal, deformada y ya un poco marchita. Gaius acarició con la mano las rastas ensangrentadas que la cubrían.

—De modo que se ocultaba en el clan de los Terrores. Deberían recibir un castigo por no haberlo descubierto. Si después de todas las muertes de hoy queda vivo

alguno de ellos, cerciórate de que muera antes de que yo tenga que volver a verlo.

—Será un placer — sonrió Jessica. A continuación se llevó ambas manos a la nuca y se desabrochó una fina cadena de plata que le colgaba del cuello. De ella pendía el Ojo de la Luna. Vio cómo se le iluminaba el semblante a su padre cuando lo dejó sobre la mesa, delante de él. Después se metió la mano derecha por el escote (del cual se veía bastante, en la profunda V que formaba la túnica negra de karate) y extrajo una reluciente copa dorada. El Santo Grial. Lo agitó ante las narices de Gaius, al tiempo que sonreía de oreja a oreja —. Bueno, ¿y qué es lo que tienes para mí? — le preguntó —. ¿Sabes algo de los dos cabrones que me cosieron a balazos durante el eclipse?

—Los dos deben de estar muertos, querida. Sólo estoy esperando a que me lo confirmen de forma definitiva.

—¿En serio? ¿Y cómo ha muerto Kid Bourbon?

—Acabó con él tu nuevo socio, Toro. — Señaló la puerta —. Debe de ser éste. — Al momento se oyeron dos golpes —. Pase — ordenó Gaius.

La puerta se abrió de nuevo y entró Toro, seguido de sus tres camaradas de la Compañía de las Sombras. Traía bajo el *brazo* un paquete envuelto en un paño marrón, igual que Jessica. Sin pronunciar palabra, se lo pasó a Gaius. El recientemente nombrado Señor Oscuro lo atrapó al vuelo, lo depositó sobre la mesa y comenzó a desenvolverlo con mucha más impaciencia que el paquete que había traído su hija. Este era el que más ansiaba, y no pudo disimular la avidez que sentía por ponerle los ojos encima.

El paño, rígido a causa de la sangre que lo había empapado, cayó al suelo y Gaius lo apartó de un puntapié. Otra cabeza seccionada que había sido envuelta en tela, sólo que ésta descansaba ahora en las grandes manos de Ramsés Gaius. La sostuvo en alto frente a Jessica, Toro y los tres secuaces, aguardando a ver cómo reaccionaban.

—Bien —dijo haciendo una inspiración profunda que indicaba satisfacción—. La *cabeza,* de Kid Bourbon, hijo de Taos. Ahora ya no parece tan peligroso, ¿verdad?

Los otros rieron cortésmente. Gaius miró fijamente el ojo que quedaba en la cabeza cubierta de sangre que tenía en las manos. El cabello, oscuro y tupido, y apelmazado debido a los cuajarones, cubría una buena parte del rostro, pues estaba pegado a la frente. Gaius lo apartó hacia un lado y esbozó una sonrisa de desprecio al contemplar la cara de Kid muerto. Al cabo de unos segundos volvió de nuevo la vista hacia Toro y sus secuaces, conteniendo a duras penas el placer que sentía.

—Gracias, Toro. Tienes asegurado tu puesto de Sumo Sacerdote. Celebraremos nuestra victoria esta noche, con una fiesta.

—Gracias, señor —respondió Toro inclinando la cabeza en un gesto de respeto.

Jessica, que se encontraba a su espalda, se dirigió a Toro empleando su tono de voz más sexy:

—Eh, soldado, ¿qué tienes pensado para la próxima media hora?

Toro recorrió de arriba abajo con la mirada la atractiva figura de Jessica.

—Pues los chicos y yo vamos a tomar una ducha. Para quitarnos toda esta sangre, y eso.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Jessica mirando a los tres compañeros de Toro—. A mí tampoco me vendría mal ducharme. ¿Os importa que os acompañe, chicos?

Al instante se elevó un alegre coro de exclamaciones de aprobación entre el grupo de soldados, los cuales se apresuraron a moverse en dirección a la puerta.

Mientras Jessica y los cuatro soldados coqueteaban, Ramsés Gaius había aprovechado la oportunidad para quitarse aquel ojo verde que de nada le servía y sustituirlo por la piedra azul, el Ojo de la Luna, mucho más estética. Ésta, en cuanto halló su verdadero hogar en la cuenca vacía, empezó a refulgir levemente por dentro. Gaius volvió a sentirse completo.

Con una sonrisa satisfecha, contempló cómo su hija desplegaba todos sus encantos con los miembros de la Compañía de las Sombras. Toro, en particular, daba la sensación de estar profundamente prendado de ella, tal como Gaius había esperado. Asintió con un gesto de aprobación cuando el jefe de la Compañía tomó a Jessica de la mano y ladró una orden a uno de sus hombres:

—Navaja, abre la puerta. Las señoras primero.

Navaja obedeció y abrió la puerta para que pasara Jessica contoneando las caderas, para disfrute de los cuatro soldados. Cuando todos comenzaron a desfilar tras ella, Gaius voceó:

—Hay una cosa que quisiera saber —dijo, mirando de nuevo la cabeza de Kid Bourbon, que descansaba sobre su mesa—. ¿Por qué tiene tatuada en la frente la palabra «GILIPOLLAS»?

Sesenta y Siete

Aquella noche el cielo estaba encapotado y continuaba lloviendo en forma de una llovizna intermitente, pero el mar estaba tranquilo, y las olas lamían el paseo produciendo un susurro balsámico. La carnicería de otra noche más de Halloween bañada en sangre y muerte ya había finalizado. Beth paseaba por la acera desierta contemplando el cielo. Aquella larga caminata de regreso a casa, todos los años iba asociada a un profundo sentimiento de decepción, y para empeorar las cosas estaban empezando a dolerle los pies. Se le habían mojado los zapatos con la tormenta, y ahora sus pies estaban acusando el continuo roce contra el cuero húmedo.

Miró al firmamento para ver si se veían estrellas. Las nubes empezaban a abrirse y la luna azulada empezaba a brillar una vez más. Aquel tenue resplandor tocó su rostro como si ella fuera la única parte de la tierra que sintiera los rayos de la luna.

«¿Dónde estás, JD? ¿Qué pudo sucederte aquella noche, hace tanto tiempo ya? —Eran preguntas que se había formulado a sí misma un millón de veces a lo largo de los años—. Daría cualquier cosa por verte otra vez, aunque sólo fuera durante cinco minutos. Sólo para saber qué te sucedió. Estés donde estés, espero que tu alma se encuentre en paz.»

Cuando las nubes se retiraron por fin y la luna comenzó a brillar con fuerza, oyó un ruido a su espalda. Fue el roce de un zapato contra el suelo. Y casi inmediatamente le siguió una voz.

—Así que tu madre también, ¿eh?

A Beth le dio un vuelco el corazón. Se volvió y descubrió una figura oscura, de pie en el paseo, iluminada por la luna, a escasos metros de ella. Llevaba una chaqueta de cuero negro, una camiseta negra y unos vaqueros azules gastados. Su rostro tenía la expresión de un alma buena y apasionada, y lucía una sonrisa capaz de derretir el corazón de una chica.

Beth, casi sin atreverse a respirar, se acercó y miró a aquel hombre a los ojos, y en ellos vio el rostro del muchacho que conoció años atrás.

—¿Jack? —dijo impulsivamente—. *¿Jack Daniels?*

—Perdona que me haya retrasado.

—¿Dónde has estado?

—Me perdí por el camino. —Sus ojos buscaron los de ella, y por primera vez en mucho tiempo se permitió esbozar una sonrisa de verdad—. Y además he estado esperando a que averiguaras cómo me llamo. Bueno, ¿estás preparada para concederme esa cita o qué?

Beth estaba respondiéndole con una ancha sonrisa, cuando de pronto se acordó de la terrible cicatriz que le cruzaba la cara, causada por su madrastra dieciocho años antes. De manera instintiva, se la tapó con la mano, pero en el mismo momento se dio cuenta de que no servía de nada. Lo más seguro era que JD ya se hubiera fijado en ella.

—Tengo esta cicatriz —musitó, mirándose los doloridos pies y sintiéndose avergonzada y violenta por tener la cara desfigurada.

JD alargó una mano y le alzó la barbilla. Ella esperó nerviosa su reacción, sin atreverse a mirarlo a la cara, por si veía un gesto de decepción. Pero JD reaccionó inclinándose y besándola suavemente en los labios. Ella, a su vez, apretó los labios contra los de él. La sensación fue igual de maravillosa que el primer beso que se dieron tantos años antes. Cuando por fin JD se apartó, Beth lo miró a los ojos y sonrió. Y entonces, con sólo cuatro palabras, JD dejó a un lado todos sus temores:

—Nena, todos tenemos cicatrices.

Sesenta y Ocho

Sánchez, que *ya* había cerrado el bar por aquella noche, reflexionaba sobre lo ocurrido durante la jornada, otro día de mierda. Sí, había sobrevivido a otra visita más de Kid Bourbon, pero Jessica se le había vuelto a escapar, y puede que esta vez para siempre.

Sentado en una banqueta por fuera de la barra del Tapioca, hojeando las páginas del *Libro de la Muerte,* no pudo evitar sentirse un poco alicaído.

No le cabía duda de que dentro de unos días los niños volverían a corretear por las calles con pistolas de juguete, fingiendo que eran Kid Bourbon o uno de los policías. La idea de que los niños tuvieran como ídolos a conocidos asesinos en masa y policías corruptos lo preocupaba de verdad. ¿Cuándo iba a llegar él a ser un héroe? Probablemente nunca, y, sin embargo, la abyecta comunidad de Santa Mondega no sería nada si él no le ofreciera un lugar razonablemente seguro al que pudiera acudir la gente a beber y a relacionarse. El duro trabajo que realizaba él día tras día simplemente se consideraba cosa normal. A lo mejor debería organizar una matanza por iniciativa propia, y así por lo menos obtendría un poco de notoriedad.

Mientras se tomaba un vaso de cerveza tibia, procuró consolarse con el convencimiento de que con el tiempo le llegaría a él la hora. Llegaría el día en que alguien como Jessica apreciaría la bondad que anidaba en lo más hondo[3] de su corazón. El escondía muy bien sus puntos fuertes, y las mujeres, en particular, por lo visto no se daban cuenta de lo buena gente que era. Una vez más visualizó mentalmente el bello rostro de Jessica, y llegó a la conclusión de que lo mejor sería terminarse la cerveza y marcharse a la cama.

Para deprimirlo todavía más, el *Libro de la Muerte* no le había proporcionado ninguna de las respuestas que estaba buscando. En él no se hablaba en absoluto de Jessica, ni del Ojo de la Luna, ni de Kid Bourbon, tan sólo había una lista de nombres de muertos. Lo hojeó una vez más y por fin se detuvo en una página en blanco que había casi al final. Se quedó mirando aquel papel amarillento mientras cavilaba sobre lo que debía hacer con su vida de allí en adelante. Ya no tenía a Jessica para cuidar de ella, y había menos clientes a los que servir. ¿De verdad merecía la pena hacer un esfuerzo?

Mientras se recreaba en dicha autocompasión, le sonó el teléfono móvil. El aparato

[3] Pero que muy hondo.

sólo logró emitir dos timbrazos antes de que Sánchez lo sacara del bolsillo del pantalón de chándal y contestara.

—Sí. Sánchez al habla.

—Hola, Sánchez, soy Rick. Del Ole Au Lait.

—Qué hay, tío. Es un poco tarde para hacer una llamada amistosa, ¿no?

—Tengo una noticia para ti, Sánchez. Esa tal Jessica por la que me preguntaste el otro día. Tengo la información que querías.

Sánchez se enderezó en la banqueta.

—¿Sí? ¿De verdad has descubierto quién puso en el periódico el anuncio de persona desaparecida?

—Exactamente no, colega, pero esa tía ha venido por aquí con un tipo gigantesco. Parecían ser pareja. Tengo el nombre de él, por si te interesa.

—Espera un momento, voy a coger un bolígrafo. —Sánchez dejó el teléfono sobre el mostrador, al lado del *Libro de la Muerte,* que todavía estaba abierto por la página en blanco.

Había un bolígrafo negro en un estante de vasos de la parte de atrás de la barra; Sánchez se estiró sobre el mostrador todo lo que el cuerpo le dio de sí y lo alcanzó con las puntas de dos dedos. A continuación volvió a sentarse en la banqueta y garabateó en una de las páginas en blanco del *Libro de la Muerte* para ver si escribía el bolígrafo. Lo alivió comprobar que sí. Entonces tomó de nuevo el teléfono y dijo—: Ya lo tengo. Dime.

—El individuo se llama Ramsés Gaius. Es más grande que un armario, tío.

—¿Ramsés Gaius? —Sánchez reflexionó intensamente. Aquel nombre no le sonaba de nada, pero si hacía una búsqueda rápida en internet a lo mejor aparecía algo en relación con él. Pero lo primero era lo primero. Se colocó el móvil debajo de su amplia barbilla y anotó el nombre en la página en blanco del libro que tenía delante, para que no se le olvidara—. Gracias, Rick. ¿Tienes alguna otra cosa que deba saber?

—Sí. La tal Jessica. Según parece, se apellida Xavier.

En todo el tiempo que hacía que Sánchez conocía a Jessica, nunca había conseguido averiguar su apellido, de manera que, teniendo en mente la consulta por internet, escribió el nombre completo en el *Libro de la Muerte,* debajo del de Ramsés Gaius.

Ramsés Gaius

Jessica Xavier

—Gracias otra vez, Rick. Me parece que te debo una botella de alcohol, ¿no?

—Ya lo creo que sí, Sánchez —repuso Rick con retintín.

—Vale, ¿de qué la quieres?

—De Jack Daniels. Mañana me paso a recogerla.

—Está bien. Voy a anotarlo para que no se me olvide —contestó Sánchez. Escribió la J debajo de los nombres de Ramsés Gaius y Jessica Xavier. De pronto se le ocurrió una idea. Jack Daniels era una marca muy cara; a lo mejor llegaba a un acuerdo con Rick.

—Rick, ¿seguro que no prefieres una botella de Jim Beam?

FIN (TAL VEZ…)